

CECELIA
AHERN



*i*MPERFECTOS

Una sociedad dividida



CECELIA AHERN

IMPERFECTOS

Traducción de Francisco Pérez Navarro



Título original: *Flawed*

Traducción: Francisco Pérez Navarro

1.ª edición: octubre 2016

© Cecelia Ahern 2016

www.cecilia-ahern.com

© Ediciones B, S. A., 2016

para el sello B de Blok

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-542-5

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Definición

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40

41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66

Agradecimientos

Para ti, papá

IMPERFECTO: incorrecto, defectuoso, sucio, dañado, distorsionado, endeble, débil, deficiente, incompleto, inválido.

(Referido a persona): tener debilidad de carácter.

1

Soy una chica de definiciones, de lógica, de blanco y negro.
Recuérdalo.

Nunca confíes en un hombre que se sienta a la cabecera de una mesa en casa de otro hombre sin que se le haya invitado expresamente a que lo haga.

No son palabras mías. Son palabras de mi abuelo Cornelius, y la consecuencia al pronunciarlas fue verse relegado al extremo más alejado de la mesa y a no poder recuperar su lugar en un futuro próximo. El problema no fue exactamente lo que dijo, sino a quién se lo dijo. Al juez Crevan, uno de los hombres más importantes del país y que, a pesar del comentario de mi abuelo el año pasado, vuelve a sentarse a la cabecera de nuestra mesa en la comida anual del Día de la Tierra.

Papá volvió de la cocina con una botella de vino tinto y descubrió que le habían usurpado su sitio habitual. Me di cuenta de que se sentía desplazado, pero como se trataba del juez Crevan, se limitó a manosear nerviosamente el abridor mientras pensaba qué hacer. Terminó sentándose junto a mamá en el extremo opuesto, allí donde debería estar el juez.

Mamá está nerviosa, lo sé porque se comporta de la forma más exquisita posible. No tiene un solo pelo fuera de lugar en su perfectamente cuidada cabellera rubia, que lleva recogida en un moño tan elaboradamente retorcido como solo ella es capaz de hacer. Seguro que para llegar a la nuca se disloca ambos hombros. Su piel brilla tanto que se diría que es de porcelana; su maquillaje es imaculado; su vestido azulado de encaje combina a la perfección con el azul de sus ojos, y sus brazos están perfectamente tonificados.

Para ser sincera, mi madre es ese tipo de belleza que la gente asocia con las modelos publicitarias más solicitadas. Quizá se deba a que realmente lo es. A pesar de haber tenido tres hijos, su cuerpo es tan perfecto como creo que siempre lo fue. Aunque sospecho, mejor dicho, sé, que, como la mayoría, ha contado con ayuda para mantenerlo así. La única forma de saber si mamá ha tenido un mal día o una mala semana es verla llegar a casa con las mejillas sonrosadas, los labios carnosos, la frente tersa o los ojos menos cansados. Alterar su aspecto es su forma de levantarse el ánimo. Suele ser muy puntillosa con su aspecto y, tras echar un rápido vistazo a la gente, es por este por lo que la juzga. Se siente incómoda cuando algo es menos que perfecto; un diente torcido, una doble papada o una nariz desproporcionada, hacen que cuestione a esa persona, que desconfíe de ella. No es la única, claro, la mayoría de la gente piensa exactamente igual aunque no lo reconozca. Mi madre nunca intentaría vender un coche sin lavarlo primero y dejarlo reluciente. Y aplica la misma regla a todo el mundo. Si eres indolente con tu aspecto, también lo serás con tu interior. Yo también soy una perfeccionista, pero no con el aspecto físico, sino con el lenguaje y la conducta, lo que pone de los nervios a mi hermana Juniper, la persona más indefinida que conozco. Aunque es definitivamente indefinida, eso se lo concedo.

Observo el nervioso comportamiento de mi familia con una sensación de vanidosa satisfacción, porque yo no siento ni una pizca de tensión. La verdad es que me divierto. Para mí, el juez Crevan es,

sencillemente, Bosco, el padre de Art, mi novio. Voy casi todos los días a su casa y comparto vacaciones con él, asisto a muchas de sus fiestas familiares y lo conozco mejor que mis padres y la mayoría de la gente. He visto a Bosco a primera hora de la mañana, con el pelo enmarañado y restos de pasta dentífrica en los labios; lo he visto en mitad de la noche, deambulando soñoliento en bóxers y calcetines —siempre duerme con calcetines— hasta el cuarto de baño o hasta la cocina para beberse un vaso de agua; lo he visto tumbado en el sofá, borracho, con la boca abierta y rascándose la entrepierna; lo he visto en un karaoke, bailando pasado de copas o cantando desafinadamente. He metido palomitas de maíz debajo de su camiseta, o la punta de sus dedos en un bol de agua templada mientras dormía para que sintiera ganas de orinar. Lo he oído vomitar en medio de la noche, roncar, lloriquear y hasta he oído sus pedos. No puedes tenerle miedo a alguien cuando has convivido tanto con él y conoces su lado humano.

No obstante, mi familia —y el resto del país— lo ven como una persona terrible a la que venerar, incluso temer. Yo lo comparo con uno de esos jueces de los concursos televisivos de nuevos talentos, un personaje caricaturesco siempre a un paso de ser abucheado. Disfruto imitándolo para diversión de Art. Se retuerce de risa mientras paseo arriba y abajo imitando a Bosco en «modo juez», con una capa improvisada alrededor del cuello, frunciendo el ceño y señalándolo todo con el dedo. A Bosco le encanta señalar con el dedo cuando se encuentra frente a una cámara. Estoy convencida de que el papel de juez temible, por importante que sea, no es más que una actuación y no tiene nada que ver con su verdadero yo.

Bosco, conocido por todo el mundo como el juez Crevan, excepto para Art y para mí, es el juez principal de un comité llamado Tribunal. El Tribunal, creado como una solución temporal para investigar públicamente ciertos crímenes, es ahora una comisión permanente que supervisa el interrogatorio de individuos acusados de ser imperfectos. Los imperfectos son ciudadanos normales que han cometido graves errores sociales de tipo ético o moral.

Nunca he estado en ese tribunal, aunque sé que muchos de sus juicios están abiertos al público, además de retransmitirse por televisión. Son procesos justos porque se escucha a los testigos del hecho en cuestión, y tanto amigos como familiares son llamados para que testifiquen acerca del carácter del acusado. El Día del Nombre los jueces deciden si el acusado es imperfecto o no. Si lo es, sus imperfecciones son expuestas públicamente y su piel es marcada con una «I» en una de cinco partes corporales, que dependen del error de juicio cometido.

Por una mala decisión, marcan la sien.

Por mentir, la lengua.

Por robar, la palma de la mano derecha.

Por deslealtad o mentir al Tribunal, en el pecho por encima del corazón.

Por salirse de la línea marcada por la sociedad, la planta del pie derecho.

También tienen que llevar un brazalete con una «I» roja, para que se lo identifique en todo momento y sirva de ejemplo. No entran en prisión, no han hecho nada ilegal, pero sus actos han sido juzgados como dañinos para la sociedad. Siguen viviendo entre nosotros pero condenados al ostracismo, rigiéndose por reglas distintas.

Cuando nuestro país se deslizó por una resbaladiza pendiente y terminó sumido en una gran confusión económica por las malas decisiones de nuestros líderes, el objetivo principal del Tribunal fue apartar a esas personas imperfectas de cualquier tarea relacionada con el liderazgo. Ahora, su misión es marginarlas antes de que accedan a esos puestos para evitar que hagan daño a la sociedad. En un futuro cercano, el Tribunal podrá jactarse de haber conseguido una sociedad moral y éticamente perfecta. Para muchos, el juez Bosco Crevan es un héroe.

Art ha heredado el aspecto atractivo de su padre, su pelo rubio, sus ojos azules y su sempiterna disposición a cometer una travesura. Tiene unos rizos incontrolables y unos ojos enormes que brillan como los de un diablillo revoltoso, aunque es muy capaz de salir siempre bien librado. Se sienta a la mesa frente a mí y tengo que esforzarme para no estar mirándolo todo el rato, aunque por dentro doy saltos de alegría al saber que es mío. Afortunadamente, no comparte la intensidad de su padre. Sabe cómo divertirse y soltarse la melena, y cuándo intercalar un comentario divertido si la conversación se vuelve demasiado seria. Sabe elegir tan bien el momento oportuno, que incluso Bosco no puede evitar reír. Para mí, Art es la luz que ilumina hasta los rincones más oscuros.

En este día de abril celebramos cada año el Día de la Tierra con nuestros vecinos y amigos, los Crevan y los Tinder. A Juniper y a mí nos encanta esa fiesta desde que éramos niñas, y siempre vamos tachando en nuestros calendarios los días que faltan, planeando qué vestido nos pondremos, decorando la casa o preparando la mesa. Y este año me siento más emocionada que nunca, ya que es el primero que Art y yo estamos juntos oficialmente. No es que planeé meterle mano por debajo de la mesa ni nada por el estilo, pero tener a mi novio cerca hace que todo resulte más excitante.

Papá es el director de una cadena de televisión que emite noticias las veinticuatro horas del día, News 24, y el otro invitado a la mesa, Bob Tinder, además de nuestro vecino es director del periódico *Daily News*. Ambos medios de comunicación son propiedad de Crevan Media, así que los tres combinan trabajo con placer. Los Tinder siempre llegan tarde. No sé cómo consigue Bob sacar puntualmente su diario, cuando nunca logra llegar a tiempo a una cena. Cada año ocurre lo mismo. Hemos pasado una hora tomando aperitivos en el salón y deseando que habernos trasladado al comedor haga que, mágicamente, los Tinder se den prisa. Ahora estamos sentados con tres sillas vacías. Su hija Colleen, que va a mi clase, es la tercera invitada que falta.

—Deberíamos empezar —dice Bosco repentinamente, poniendo fin a la cháchara y adoptando una postura más formal.

—La cena ya está preparada —apunta mamá con un vaso de vino en la mano—. Podemos permitirnos un pequeño retraso —añade sonriendo.

—Deberíamos empezar —insiste Bosco.

—¿Tienes prisa? —pregunta Art, dirigiéndole una mirada burlona que de pronto parece nerviosa—. El problema de ser puntual es que, como llegas primero, no hay nadie para comprobarlo —añade, provocando la sonrisa de todos—. Y yo debería saberlo, porque he esperado a esta chica toda mi vida. —Me da un ligero golpecito con el pie por debajo de la mesa.

—No —niego—. Ser puntual es actuar o llegar exactamente a la hora indicada. Tú no eres puntual, tú llegas ridículamente temprano.

—El pájaro madrugador se lleva el mejor gusano —se defiende Art.

—Pero el segundo ratón es el que se queda con el queso —replico. Y Art me saca la lengua burlonamente.

Mi hermano pequeño, Ewan, deja escapar una risita, y Juniper pone los ojos en blanco.

Bosco, frustrado por nuestra conversación, la interrumpe y repite:

—Summer, Cutter, empecemos a comer.

La forma en que lo dice hace que todos dejemos de reír en el acto y volvamos la cabeza hacia él. Ha sido una orden.

—¿Eres la policía de la comida, papá? —pregunta Art sorprendido, con una extraña media sonrisa.

Bosco sigue mirando fijamente a mamá. Eso tiene un extraño efecto en todos los reunidos, creando una atmósfera similar al instante anterior al estruendo del trueno: pesado, húmedo, capaz de

provocar dolor de cabeza.

—¿No crees que deberíamos esperar a Bob y a Angelina? —consulta papá.

—Y a Colleen —apunto, provocando que Juniper vuelva a poner los ojos en blanco.

Odia que rectifique hasta los menores detalles de los demás, pero no puedo evitarlo.

—No, creo que no —se limita a responder Bosco con firmeza.

—Está bien —acepta mamá, levantándose y dirigiéndose hacia la cocina, tranquila y sosegada como si no pasara nada, lo que me indica que las piernas le tiemblan incontroladamente.

Miro confusa a Art y me doy cuenta de que también está tenso porque parece a punto de soltar otra broma, algo que suele hacer cuando se siente incómodo, atemorizado o molesto. Veo que su labio superior empieza a curvarse hacia arriba ante la idea de soltar su chiste, pero no llegamos a escuchar lo que iba a decir, porque en ese momento oímos una sirena.

La sirena resuena larga, baja, premonitoria. Salto alarmada de mi asiento y mi corazón comienza a latir salvajemente. Cada centímetro de mi ser presiente el peligro. Es uno de esos sonidos que conoces desde siempre pero que nunca esperas que retumbe por ti. El Tribunal lo llama «la señal de alerta», y es una sirena continua de tres a cinco minutos que surge de las furgonetas del Tribunal. Y aunque no he vivido ninguna guerra, me transmite lo que la gente debió de sentir momentos antes de un ataque. Puede invadir tus pensamientos más felices en medio de cualquier acontecimiento normal.

Ahora, la sirena resuena cerca de casa y transmite una sensación siniestra. Todos quedamos momentáneamente inmóviles, hasta que Juniper reacciona antes que nadie —ya que es la que suele hablar antes de pensar y la más chapucera actuando—, se levanta y choca contra la mesa, haciendo que los vasos se tambaleen y derramen gotas de vino tinto sobre el mantel blanco. Parecen gotas de sangre. No se molesta en disculparse ni en limpiarlas, sino que sale corriendo del comedor con papá pisándole los talones.

Mamá parece completamente desconcertada, congelada en el tiempo. Mira a Bosco blanca como el papel, y me da la impresión de que está a punto de desmayarse. Ni siquiera intenta impedir que Ewan salga corriendo por la puerta.

La sirena resuena más fuerte todavía, se está acercando. Art se levanta de improviso. Yo también lo hago, y lo sigo hasta el recibidor y al exterior, donde todos se han reunido y apiñado en el jardín delantero. Lo mismo está ocurriendo en los jardines vecinos. Los ancianos señor y señora Miller, en el de la derecha, se abrazan aterrados. Cuando miro alrededor, veo que todo el vecindario está haciendo lo mismo. Han salido a sus jardines y esperan aterrados a ver ante qué casa se detiene la sirena. Al otro lado de la calle, Bob Tinder abre la puerta y sale. Ve a papá y ambos intercambian una mirada seria. Parecen decirse algo en silencio, pero no acabo de captarlo. Al principio, creo que papá está furioso con Bob, pero el rostro de este no cambia de expresión, y no sé interpretarla. Me pregunto qué estará pasando. La espera es tensa. ¿A quién vendrán a buscar?

Art me coge la mano y me da un suave apretón para infundirme confianza. Intenta ofrecerme una de sus sonrisas tranquilizadoras, pero resulta demasiado breve e insegura, con lo que solo consigue el efecto opuesto al deseado. Las sirenas están casi sobre nosotros, ensordeciéndonos, invadiendo nuestros sentidos. Las furgonetas aparecen en nuestra calle, con las brillantes «I» rojas grabadas en sus costados para que todo el mundo sepa a quién pertenecen. Los denunciadores de ilegalidades, también conocidos como «soplones», son el ejército del Tribunal, enviados para proteger a la sociedad de los imperfectos. No son nuestra policía oficial, sino los responsables de capturar a todos los moral y éticamente imperfectos. Los criminales van a prisión directamente, no tienen nada que ver con el sistema judicial para imperfectos.

Las luces de emergencia situadas en el techo de las furgonetas giran y giran, emitiendo haces

rojos tan brillantes que casi iluminan el cielo crepuscular, enviando una señal de advertencia a todo el mundo. Grupos de familias que celebraban el Día de la Tierra se mantienen abrazados esperando no ser ellos a quienes buscan, esperando que ninguno de los suyos sea apartado de su lado. Ni de su familia. Ni de su hogar. No esta noche. Las dos furgonetas se detienen en medio de la calle, justo frente a nosotros, y siento que mi cuerpo empieza a temblar. Las sirenas enmudecen.

—No —susurro.

—No puede tratarse de nosotros —murmura Art, y su expresión transmite tanta seguridad, tanto convencimiento, que le creo.

Por supuesto que no podemos ser nosotros, tenemos al juez Crevan sentado a nuestra mesa, somos prácticamente intocables. Eso ayuda a disipar parte del miedo, pero aumenta mi ansiedad por el pobre desgraciado al que estén buscando. Me sorprende, porque siempre he creído que los imperfectos son dañinos, que los soplonos están de mi parte, que me protegen. Pero lo que está ocurriendo en mi calle, frente a mi puerta, lo cambia todo. Siento que en este momento somos nosotros contra ellos. Y ese ilógico y peligroso pensamiento hace que me estremezca.

Las puertas laterales de las furgonetas se deslizan con un sonido susurrante y los soplonos saltan a la calle, exhibiendo su emblema rojo sobre los negros uniformes de combate. Hacen sonar sus silbatos mientras se mueven y su sonido nubla mi mente, impidiéndome formular un solo pensamiento racional. En mi cabeza solo hay lugar para el pánico. Quizá sea esa la intención. Los soplonos corren, y yo me quedo paralizada.

Pero no se acercan a nosotros, sino que se alejan en la dirección opuesta, hacia la casa de los Tinder.

—¡No, no, no! —grita papá, y capto el estallido de rabia en su voz.

—Oh, Dios mío —susurra Juniper.

Miro asombrada a Art esperando su reacción, pero él no deja de contemplar fijamente la escena, con la boca abierta.

Y entonces advierto que Bosco y mamá no están con nosotros.

Suelto la mano de Art y corro hacia la puerta de casa.

—¡Mamá, Bosco, deprisa! ¡Son los Tinder!

Mamá ya corre por el pasillo. Un mechón de pelo se ha soltado de su moño y le cae sobre la cara. Papá la recibe en el jardín e intercambian una mirada que solo significa algo para ellos dos, con los brazos a los lados del cuerpo, abriendo y cerrando las manos casi espasmódicamente. Pero sigue sin haber rastro de Bosco.

—No lo entiendo —exclamo al ver que los soplones se acercan a Bob Tinder—. ¿Qué está pasando?

—Shhh. Calla y espera —me dice Juniper.

Colleen Tinder, a quien conozco desde la infancia, se encuentra en el jardín delantero de la casa junto a su padre, Bob, y a sus dos hermanos pequeños, Timothy y Jacob. Bob se coloca frente a sus hijos en actitud protectora, resoplando ante los agentes. Su familia, no. Su hogar, no. Esta noche, no.

—No pueden llevarse a los niños —dice mamá en voz baja y distante, de forma que sé que está allí y a punto de dejarse arrastrar por el pánico.

—No lo harán —responde papá—. Es por él. Tiene que ser por él.

Sin embargo, los agentes pasan junto a Bob, ignorándolo como ignoran a los niños, que, aterrorizados, se han echado a llorar. Agitan una hoja de papel ante ellos y entran en la casa. De repente, comprendiendo lo que está pasando, Bob atrapa la hoja de papel en el aire y corre tras ellos. Le grita a Colleen que vigile a los pequeños, tarea nada fácil porque el pánico también está empezando a dominarlos.

—Yo la ayudaré —dice Juniper dando un paso al frente, pero papá la sujeta por el brazo—. ¡Ay! —se queja.

—Quédate aquí —le ordena papá con un tono de voz que jamás le había oído.

De repente, se oye un grito procedente de la casa de los Tinder. Es Angelina Tinder. Mamá se tapa la cara con las manos. Un gesto fallido en su máscara habitual.

—¡No! ¡No! —oímos gritar una y otra vez a Angelina, hasta que por fin la vemos aparecer por la puerta con dos soplones arrastrándola por los brazos.

Estaba casi preparada para asistir a nuestra cena: vestido negro de raso, collar de perlas, sandalias enjoyadas y rulos en el pelo. Sus hijos gritan al ver que se llevan a su madre. Corren hacia ella e intentan abrazarla, pero los soplones los retienen y hacen a un lado.

—¡Apartad las manos de mis hijos! —grita Bob, cargando contra ellos, y de inmediato es derribado y sujetado contra el suelo por dos enormes soplones, mientras Angelina grita desesperadamente que no la separen de sus hijos.

Yo jamás había oído un grito de angustia similar. Jamás había oído un sonido tan desgarrador como ese. Ella tropieza, pero los soplones evitan que se desplome y se la llevan cojeando a causa del tacón roto de su zapato.

—¡Dejadla conservar algo de su dignidad, maldita sea! —grita Bob desde el suelo.

La meten en la furgoneta y las puertas se cierran. El sonido de los silbatos cesa.

Nunca había visto a un hombre llorar como lo hace Bob. Los soplones que lo inmovilizan le hablan en voz baja y tranquila. Él deja de gritar, pero no de llorar. Por fin lo sueltan, suben a la segunda furgoneta y se alejan.

Mi corazón late desbocado, me cuesta respirar. No puedo creer lo que estoy viendo.

Espero el estallido de solidaridad de mis vecinos. Somos una comunidad fuertemente unida, celebramos muchas fiestas juntos y cuidamos los unos de los otros. Miro alrededor y aguardo. La gente se limita a contemplar a Bob sentado sobre la hierba, abrazando a sus hijos y llorando. Todos permanecen inmóviles. Quiero preguntar por qué nadie hace nada, pero me parece estúpido porque yo tampoco lo hago, no puedo moverme. Aunque ser imperfecto no es un crimen, ayudar a un imperfecto conlleva riesgo de encarcelamiento. Bob no es imperfecto, su mujer está acusada; aun así, todo el mundo tiene miedo de involucrarse. Entonces, el señor y la señora Miller dan media vuelta y vuelven a entrar en su casa. La mayoría de los demás los imita. Me quedo con la boca abierta, asombrada.

—¡Maldito seas! —grita Bob al otro lado de la calle. No muy alto al principio, de modo que pienso que se lo está diciendo a sí mismo. Pero, a medida que va elevando el tono, creo que su grito se dirige a las furgonetas que ya han desaparecido. Y a medida que incrementa su rabia, me doy cuenta de que se dirige a nosotros. ¿Por qué? ¿Qué hemos hecho?

—Quedaos aquí —nos ordena papá. Y mirando a mamá, añade—: Que todo el mundo vuelva dentro y conserve la calma, ¿de acuerdo?

Mamá asiente, tan serena como si nada hubiera pasado. La máscara se ha recompuesto. El mechón de pelo ha vuelto a su lugar, aunque no recuerdo haber visto que se lo arreglara.

Al dar media vuelta para entrar en casa, veo a Bosco mirando por la ventana con los brazos cruzados, contemplando plácidamente la escena. Y entonces comprendo que es a él a quien gritaba Bob. A Bosco, al presidente del Tribunal, al director de la organización que se ha llevado a Angelina.

Sé que él puede ayudarla. Es presidente del Tribunal de los Imperfectos, de modo que tiene que estar en condiciones de hacerlo. Todo se solucionará y recuperaremos la normalidad. El mundo volverá a girar en la dirección correcta. Las cosas tendrán otra vez sentido. Con esa convicción, mi respiración empieza a normalizarse.

Mientras papá se acerca a Bob, este deja de gritar, aunque sigue llorando. Es el sonido de un corazón destrozado.

Cuando ves algo, ese algo no puede ser invisible. Cuando oyes un sonido, este nunca puede ser inaudible. Sé, sin asomo de duda, que esta tarde he aprendido algo que jamás olvidaré. Y ese aspecto de mi mundo que se ha visto alterado, nunca volverá a ser el mismo.

—No hay más ciego que el que no quiere ver —dice Bosco repentinamente, alcanzando la botella de vino y llenando generosamente su copa.

Ha insistido en que nos sentemos de nuevo a la mesa, aunque después de lo que ha pasado ninguno tenga hambre. Papá sigue con Bob y mamá ha ido a la cocina en busca del plato principal.

—No lo entiendo —le digo a Bosco—. ¿Angelina Tinder está acusada de ser imperfecta?

—Ajá —responde él cordialmente, con los ojos brillantes, casi como si disfrutase con mi reacción.

—Pero, Angelina es...

Mamá deja caer un plato en la cocina, y el sonido que produce al romperse me hace callar. ¿Acaso se trata de una advertencia, de un modo de decirme que no siga hablando?

—¡Estoy bien! —grita, demasiado animadamente.

—¿Qué era lo que ibas a decir sobre Angelina, Celestine? —pregunta Bosco, mirándome a los ojos.

Trago saliva. He estado a punto de decir que es amable, encantadora, que tiene hijos pequeños, que es una madre estupenda y que la necesitan, que nunca, en todo el tiempo que he estado con ella, la vi hacer o la oí decir nada incorrecto. Que como profesora de piano nunca he conocido una mejor, y que ojalá toque como ella cuando sea mayor. Pero no lo hago, porque Bosco me mira fijamente y porque mamá no suele romper nada. En lugar de eso, digo:

—... Es mi profesora de piano.

A mi lado, Juniper hace un gesto de desaprobación. Estoy tan disgustada conmigo misma que ni siquiera soy capaz de mirar a Art. Bosco se echa a reír.

—Podemos encontrarte una profesora nueva, querida Celestine —dice—. Además, creo que deberíamos ir pensando en prohibir a Angelina que toque el piano. Los instrumentos musicales son un lujo que los imperfectos no se merecen. —Ataca su primer plato llevándose a la boca un gran trozo de *carpaccio*. Es el único de los presentes que ha cogido los cubiertos—. Pensándolo bien, espero que haya sido lo único que te enseñó —agrega con una expresión risueña en la mirada.

—Sí, claro —aseguro frunciendo el ceño, confusa ante su pregunta implícita—. ¿Qué ha hecho de malo?

—Enseñarte a tocar el piano —se burla Art—. Si alguien te oye tocarlo, será su perdición.

A Ewan se le escapa una risita. Yo miro a Art con una sonrisa, agradeciéndole que haya roto la tensión que reinaba en la sala.

—No tiene nada de divertido —interviene Juniper, a mi lado, tranquila pero firme.

—En eso estás en lo cierto, no tiene nada de divertido —corrobora Bosco, fijando la mirada en ella.

Juniper desvía la suya.

Y la tensión vuelve a dominar el comedor.

—No es cómicamente divertido, sino peculiarmente divertido —digo.

—Gracias, lingüista —masculla Juniper entre dientes. Siempre me llama así cuando hago precisiones gramaticales.

Bosco me ignora y sigue dirigiéndose a mi hermana.

—¿Angelina también era profesora tuya, Juniper?

—Sí. La mejor profesora que he tenido —contesta Juniper, observándolo con el rabillo del ojo.

Se hace el silencio.

Mamá entra en el comedor justo a tiempo.

—Debo reconocer que sentía mucho afecto por Angelina —dice—. La consideraba una buena amiga. Me sorprende este... acontecimiento.

—A mí también, Summer. Y créeme, a nadie le duele tanto como a mí, ya que tendré que pronunciar su veredicto.

—No solo lo pronunciarás, ¿verdad? —dice Juniper con una extraña calma—. Será tu veredicto. Tu decisión.

El tono de Juniper me da miedo. No es el momento oportuno para lanzar uno de sus discursos, no quiero que moleste a Bosco. Se trata de alguien que debe ser tratado con respeto, y el lenguaje de Juniper me parece peligroso. Nunca he visto a nadie hablarle así a Bosco.

—Es imposible saber cómo es realmente la gente que nos rodea, aquellos que consideramos amigos —dice Bosco, sin apartar la mirada de Juniper—. Nunca sabemos lo que ocultan aquellos que consideramos nuestros iguales, lo veo todos los días.

—¿Qué ha hecho Angelina? —vuelvo a preguntar.

—Por lo que sabemos, hace unos meses viajó al extranjero con su madre para que a esta le practicasen la eutanasia. Algo que aquí es ilegal.

—Pero acompañó a su madre a otro país donde sí era legal porque su madre se lo pidió —protesta Juniper—. No hizo nada ilegal.

—El Tribunal no es una sala de justicia legal. En él solo se cuestiona el carácter, y creemos que con lo que hizo, tomar la decisión de viajar a otro país para llevar a cabo un acto semejante, demostró tener un carácter imperfecto. Si el gobierno hubiera sabido sus planes, habría actuado para impedirlo.

Permanecemos en silencio tratando de digerir sus palabras. Yo sabía que la madre de Angelina había estado enferma muchos años, que sufría una enfermedad incurable. Lo que no sabía, aunque todos asistimos a su funeral, era cómo había terminado sus días.

—El Tribunal no juzga las creencias religiosas de nadie, por supuesto —prosigue Bosco, presintiendo nuestras dudas sobre su juicio—. Solo evaluamos el carácter de una persona. Y observando estrictamente las enseñanzas admitidas sobre la santidad de la vida, al permitir que Angelina Tinder regrese a nuestro país tras haber hecho lo que hizo, el Tribunal se siente capaz de sancionar la angustia y el dolor provocados. El tema no es que lo hiciera en otro país, ni que en ese país fuera legal o no. Lo que juzgamos es su carácter.

Juniper suelta un bufido a modo de respuesta.

¿Qué le pasa? Odio que mi hermana se comporte así, porque todo el mundo dice que somos idénticas. Aunque es once meses mayor que yo, podríamos pasar por gemelas. No obstante, basta con conocernos un poco para cambiar de opinión, porque Juniper se pierde en cuanto abre la boca. Como mi abuelo, nunca sabe cuándo mantenerla cerrada.

—¿Estabas al corriente de que Angelina Tinder planeaba un viaje para matar a su madre? —pregunta Bosco con los codos sobre la mesa y centrando su atención en Juniper.

—Claro que no —responde mamá por ella con un hilo de voz. Y sé que lo hace así para ahogar su deseo de gritar.

Juniper tiene la mirada fija en su plato, y yo ruego en silencio que se mantenga callada. Esto no resulta nada divertido. Estoy en un salón lleno de la gente que más quiero, y mi corazón late como si me hallara frente a un grave peligro.

—¿Marcarán a Angelina? —pregunto, todavía conmocionada tras conocer a una persona imperfecta que vivía en mi misma calle.

—Si la encuentro culpable el Día del Nombre, sí, será marcada —confiesa Bosco. Hace una pausa y, dirigiéndose a mamá, continúa—: Haré todo lo posible por que esto no trascienda a la prensa, por supuesto. No será difícil, ya que el caso de Jimmy Child ocupa todos los titulares. Nadie se preocupará por una profesora de piano imperfecta.

Jimmy Child es un futbolista de élite que estuvo engañando a su esposa con la hermana de esta durante diez años, y ahora se enfrenta a un veredicto de imperfecto, algo desastroso para él, ya que no podría viajar al extranjero para jugar los partidos. Entre los muchos castigos a que son sometidos los imperfectos, se encuentra la retirada del pasaporte.

—Seguro que Bob agradecerá tu discreción —dice mi madre, tan suave y calmadamente que sé que se siente muy incómoda y afectada.

—Eso espero. —Bosco asiente—. Eso espero, de verdad.

—¿Dónde la marcarán? —pregunto, obsesionada con el tema.

No me atrevo a mirar a los demás, y no comprendo por qué nadie más pregunta nada. Aparte de Juniper, por supuesto, pero sus preguntas son más acusatorias que otra cosa.

—Celestine —interviene mamá—, no creo que debamos discutir...

—En la mano derecha —la interrumpe Bosco.

—Por robarle una vida a la sociedad —confirmo.

—Exacto. Y a partir de ahora, cada vez que alguien le estreche la mano, sabrá lo que es.

—Eso si finalmente es declarada imperfecta —escupe Juniper—. Mientras no se demuestre lo contrario, sigue siendo inocente.

Pero todos sabemos que Angelina Tinder no tiene la menor oportunidad. Quienes comparecen ante el tribunal de Bosco son declarados culpables indefectiblemente; de no ser así, ni siquiera los llevarían allí para empezar. A diferencia de Juniper, yo comprendo las reglas. Hay una línea, una línea moral, y Angelina la ha cruzado. Aunque sigo sin poder creer que conociera a una imperfecta, que me sentara a su lado delante del piano, un piano que primero tocaba ella y después yo.

Siento el imperioso deseo de lavarme las manos. Intento recordar nuestra última conversación, nuestras charlas previas, para descubrir alguna grieta en su carácter. Pienso en su hija Colleen, en si podré seguir hablando con ella en el colegio. Probablemente sea mejor que no lo haga, pero eso tampoco me parece correcto. Me encuentro ante un grave dilema.

—¿Dónde está Cutter? —pregunta de pronto Bosco con evidente disgusto, mirando a mamá.

—Con B. Estoy segura de que no tardará en venir —responde ella en tono amable.

—No lo encuentro nada bien —dice Bosco—. Debería estar aquí.

—Estoy segura de que...

—Espero que pueda seguir tocando el piano a pesar de la marca en la mano —suelta Juniper inesperadamente.

—¿Sientes lástima por ella? —pregunta Bosco, cada vez más irritado.

—¡Por supuesto que no! —exclama Art con la boca llena de comida, empuñando cuchillo y tenedor en sus enormes manos y señalando el techo con la actitud de un hombre de las cavernas mientras la comida sale disparada sobre la mesa—. Todos estamos conmocionados por la noticia, papá. Quiero decir, ¿no podrías habernos advertido de que vendrían en busca de unos invitados a esta cena? Cuando oyó la sirena, la pobre Celestine creyó que se la iban a llevar al manicomio. Que, entre tú y yo, es donde debería estar... Pero no se lo digas, no necesita saberlo.

Habla de una forma tan directa, tan dulce, tan razonable, que parece recordarle a Bosco que no se encuentra en su juzgado, sino en el comedor de su vecino, comiendo con su hijo.

—Claro, por supuesto. —Bosco parece confuso por un segundo antes de mirar a Ewan, que ha estado extrañamente callado. Tiende la mano y da una cariñosa palmada en la mía—. Lo siento, querida Celestine, no quise asustarte. Volvamos a empezar, ¿de acuerdo? —Levanta su copa y la sostiene en alto, exhibiendo una sonrisa resplandeciente—. ¡Feliz Día de la Tierra!

Cuando todos en la casa se han retirado para pasar la noche y los discretos murmullos se han acallado en el dormitorio de mis padres, aunque tras los acontecimientos vividos se hayan alargado más de lo habitual, me dirijo hacia la Cumbre, donde Art y yo nos hemos estado viendo la mayor parte de las noches de los últimos tres meses.

En esos meses he pasado más tiempo con los Crevan que con mi propia familia, y a menudo he deseado pasar con ellos todavía más. Creo que encajo mejor con esa familia, con ellos todo es más lógico, tiene más sentido. Siempre he creído en la labor del Tribunal, y soy una de las grandes defensoras de Bosco. Me gusta escuchar las anécdotas que cuenta mientras cenamos. Por ejemplo, cómo expulsó al miembro de una organización benéfica por concederse a sí mismo una pensión de escándalo, o cómo denunció ante la opinión pública a un famoso que ganó millones con la venta de un DVD de gimnasia, pero que se había sometido en secreto a una liposucción para eliminar sus propios pliegues de gordura. Todos los días suceden cosas interesantes en su sala, y a mí me encanta sentarme a escucharlas. Comprendo la tarea que realiza: impedir que la gente sea engañada. Conozco la diferencia entre el bien o el mal. Comprendo y acepto las reglas. Pero ahora creo que esas reglas, de las que soy una partidaria entusiasta, se han vuelto borrosas, porque hoy mismo han llegado a la puerta de mi casa. Literalmente.

Son las once y la Cumbre ignora la ciudad durmiente. Vivimos en un valle rodeado de montañas, en la cima de una de las cuales el Highland Castle se yergue sobre la ciudad. De noche, iluminado por potentes focos de luz roja, su aspecto resulta incluso amenazador. Construido el año 1100 d.C. para ser sede de los Reyes Supremos, Highland Castle es una fortaleza. La torre más alta del mundo se alza por encima de todos nosotros como un ojo poderoso capaz de ver muy muy lejos. Objeto de invasiones y matanzas durante siglos, ahora es destino de turistas que acuden a admirar su arquitectura y alberga conferencias de Estado y cenas, museos de utensilios antiguos y, por supuesto, lo más famoso actualmente: las oficinas del Tribunal.

Nos sentamos en la cumbre opuesta al castillo. A nuestra izquierda vemos las manchas luminosas de otras ciudades extenderse hasta el infinito, vigilados atentamente por la fortaleza; a la derecha, donde vive mi abuelo, se desperdigan las granjas y las industrias. Humming es la ciudad más grande y la capital de Highland, rica en historia y belleza. Multitud de turistas llegan de todo el mundo para admirar nuestra ciudad, nuestros puentes, nuestros castillos y palacios de cuento de hadas, nuestras vías empedradas y nuestras plazas ornamentadas. La mayor parte de los edificios han sobrevivido a la violencia y la destrucción del siglo xx, y es el foco de los admiradores de nuestras arquitecturas románica, gótica y renacentista. El puente Humming es uno de los puentes más famosos del mundo. Con sus diez metros de ancho y seiscientos de largo, fue construido en el siglo xiv, cruza el río y conduce al Highland Castle. También es una belleza por la noche gracias a sus seis arcos iluminados,

sus tres torres y las estatuas de nuestros santos alineadas en él como si estuvieran protegiéndolo.

Dejando aparte las vacaciones familiares anuales, en las que viajamos por el mundo, intento quedarme aquí. Art y yo hemos hablado al respecto y queremos estudiar en la universidad de nuestra ciudad. Yo, Matemáticas; él, Ciencias. Todo está calculado. Juniper quiere marcharse en cuanto pueda y trabajar como instructora de *snowboard* en Suiza durante el invierno y salvavidas en Portugal durante el verano... o algo parecido.

Art dice que le gusta subir a la Cumbre porque le da perspectiva. Ha tenido un año difícil debido a la muerte de su madre, y creo que este lugar le ayuda a evadirse de sus preocupaciones cotidianas, a verlas desde las alturas como si así se distanciara de los problemas, se alejara momentáneamente de su dolor, que disminuye poco a poco con los meses. Para mí, en cambio, es el lugar donde Art y yo estamos unidos contra el mundo. Mientras un millón de personas duermen en la ciudad a nuestros pies, Art y yo podemos estar juntos, y eso hace que nuestro lazo sea más fuerte, que me sienta viva, invencible. Como se siente el castillo dominando toda la ciudad. Intocable.

Hace solo seis meses que siento esta pasión por Art. Hemos sido amigos desde que teníamos doce años, cuando empezamos el colegio y nos sentamos uno al lado del otro desde el primer día. Nos juntamos al formar un grupo. Yo frecuentaba a las chicas y él a los chicos. No obstante, siempre terminábamos juntos. Nunca nos habíamos visto a solas, a pesar de que nuestras casas están a ambos lados de la carretera, una casi frente a la otra. Fue hace un año solamente, al morir su madre, cuando Art empezó a buscarme sin importarle lo que los demás pudieran opinar sobre nosotros. En principio, vinimos aquí para estar juntos y charlar, para que compartiera su dolor y aceptase lentamente la ausencia de su madre, a la que vio morir lentamente de cáncer. Ese dolor fue desapareciendo poco a poco y dejó de ser la razón principal de nuestros encuentros para convertirse en otra cosa.

Entonces, algo cambió en mí. Empecé a sentirme nerviosa al verlo, a exhibir una sonrisa idiota al pensar en él, a experimentar un burbujeo en el estómago, a percibir una descarga eléctrica cuando su piel rozaba la mía. De repente empezó a importarme mi aspecto, la ropa que llevaba, lo que decía. Nada de todo eso pasó inadvertido, especialmente para mi hermana Juniper, que me observaba todos los días obsesionarme ante el espejo antes de salir de casa. Art también se dio cuenta, y dejé de aturullarme momentáneamente para notar que a él le ocurría lo mismo. Estamos juntos desde hace tres meses.

Cuando llego a la Cumbre, veo su figura iluminada por la luna y siento que me convierto en gelatina. Siempre provoca ese efecto en mí. Siempre llega antes, me espera sentado sobre una manta, con una expresión de perfecta concentración mientras contempla la ciudad dormida. «Perfecto» es una palabra que utilizo mucho para describir a Art o a cualquier momento que paso con él.

—Hola, pájaro madrugador —lo saludo.

Alza la mirada y sustituye su triste expresión por una sonrisa. ¿Y un cierto alivio, quizás?

—Hola, ratón —dice—. Si vienes buscando queso, lo siento, me lo he comido.

—Gusanos y queso... ¡mmm, delicioso! —contraataco, sentándome a su lado.

Nos besamos.

—Esto sí es delicioso —susurra, acercándose para darme otro largo y apasionado beso.

Esta noche percibo algo distinto en él. Me distancio un poco y estudio su rostro, sus ojos.

—Te propongo un trato —sugiere Art—. ¿Y si no hablamos de lo que ha pasado esta noche?

—Buena idea. —Suspiro—. Solo de pensar en ello me duele la cabeza.

Me da un beso en la frente y permanecemos en silencio, perdidos en nuestros pensamientos. Y, obviamente, pensamos en Angelina Tinder y en sus gritos mientras se la llevaban. No podemos

permanecer callados mucho tiempo.

—Mi padre... —comienza, y mira los techos y las chimeneas como si buscara en ellos la respuesta.

Advierto la angustia que le produce lo que ha ocurrido esta noche. Desde la muerte de su madre he intentado que no caiga en la tristeza, y a pesar de los sentimientos encontrados que me genera lo ocurrido, sé que he de reponerme para ayudarlo.

—Mira, Juniper no tendría que haberle hablado como lo hizo, pero ya sabes cómo es ella. Tiene que aprender a mantener la boca cerrada. Es como mi abuelo.

—Juniper solo dijo lo que pensaba —replica para mi absoluta sorpresa.

—No debió decirle esas cosas.

—Para ti todo es blanco o negro, Celestine. —Sonríe tristemente—. Somos vecinos, estábamos celebrando el Día de la Tierra en vuestro comedor y él tenía que saber lo que le iba a pasar a Angelina. Si no quería decírnoslo, ¿por qué no advertirle por lo menos a ella? Son amigos. Podría haberse preparado y no verse arrastrada de esa manera frente a su familia, a sus hijos...

Me sorprende escuchar esas palabras en su boca. Art nunca ha hablado así de su padre. Son amigos, forman un equipo, tienen una conexión que la muerte de su madre no hizo más que fortalecer. Son supervivientes; o por lo menos se comportan como tales. Lograron superar la pérdida y seguir viviendo. Puedo comprender que se sienta tan confuso por lo ocurrido como yo misma.

—Estaba cumpliendo las normas —me atrevo a decir, aunque sé que no basta. A mí no me basta, pero es la verdad—. Aunque lo que le ha pasado a Angelina es horrible, no creo que puedas culpar a tu padre por eso.

—¿Ah, no? —dice, y noto amargura en su voz.

—Es su trabajo. Casi todos los días arrestan a un imperfecto en un lugar u otro del país. Tu padre vive con la presión de mantener la perfección en este país. ¿Qué pasaría si hiciera la vista gorda con unos y no con otros? —cuestiono, haciéndome eco de mis propios pensamientos—. Quiero decir, ¿qué pasaría entonces? Que juzgarían al juez Crevan por ser imperfecto con otro imperfecto.

—No había pensado en eso —admite Art.

—Deberías hacerlo, porque es tu padre. Y un hombre poderoso. Mucha gente lo admira, prácticamente lo adora. Eso hace que te resulte más difícil tener un padre así, pero es el que tienes, y te quiere. Es parte de la razón de que seas como eres, y eso, para mí, lo convierte en un genio.

Sonríe, coge mi cara entre sus manos y me hace una mueca de fastidio.

—No quiero pensar qué parte es, muchas gracias.

—Puajjj —digo entre risas.

—Blanco y negro.

—Siempre —repongo sonriendo. Pero mi sonrisa es un poco falsa, no estoy tan segura como antes. Convencer a Art es más fácil que convencerme a mí misma.

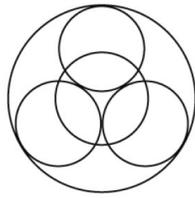
—No pensaba hacer esto hasta tu cumpleaños, pero después de lo que ha pasado hoy... —Art se aclara la garganta y añade—: Creo que te lo mereces más que nunca.

Pasa su pierna izquierda por encima de las mías y acerca nuestros cuerpos, de forma que me siento atrapada entre sus muslos. Mi inseguridad desaparece al instante y decido que estoy donde quiero estar.

—Lo compré para tu decimoctavo cumpleaños —prosigue—, pero quiero dártelo ahora para que sepas que, a pesar de todo lo que está pasando en el mundo, tú eres lo único que tiene sentido para mí. Eres preciosa. —Recorre con su dedo mi mejilla, mi nariz, mis labios—. Eres lista. Eres leal. —Deja caer la mano y deposita en la mía una pequeña caja forrada de terciopelo.

Me tiemblan tanto las manos que me da vergüenza. Abro la caja y extraigo una delicada cadena de

plata, tan fina que temo romperla. En uno de los extremos lleva un símbolo.



—Y eres perfecta —me susurra, haciendo que un escalofrío recorra mi cuerpo y se me ponga carne de gallina.

Examino el símbolo, incapaz de creer lo que estoy viendo.

—Conozco a un tipo en Highland Castle que lo hizo especialmente para mí —dice—. ¿Sabes lo que significa?

Asiento con la cabeza.

—Los círculos son un símbolo de perfección —respondo—. Todos los radios son iguales para que no haya diferencia entre ellos. Eso demuestra que se encuentran en un estado de armonía. Geometría armónica.

—Perfección —repite en voz baja—. Es difícil sorprender a un matemático, ¿sabes? —bromea—. Tuve que investigar un montón, creo que todavía me duele el cerebro.

Río a pesar de las lágrimas que surcan mis mejillas.

—Gra... gracias —respondo.

Intento atarme la cadenita en torno a mi muñeca, pero la toma de mis temblorosas manos y descruza mis tobillos con delicadeza.

—No, aquí. —Sube lentamente la pernera de mis tejanos y sus dedos parecen quemarme la piel. Ata la cadena en torno a mi tobillo y vuelve a acercarse a mí, a acercarse mucho, haciendo que mis piernas rodeen su cintura.

Levanta mi barbilla y nuestras narices se tocan. Solo la luz de la luna se interpone entre nosotros. Inclina la cabeza y me besa suave, tierna, dulcemente. Sus labios son jugosos; su lengua, deliciosa, y le acaricio el pelo y me pierdo en él.

Cuando pienso en ese momento, mi corazón se acelera como lo hizo entonces, y todo es mágico, y musical, y místico, casi demasiado bueno para ser verdad. Podría revivir ese instante eternamente: sus labios pegados a los míos, nuestros cuerpos apretándose hambrientos de más, nuestro futuro tan amplio como la vista que se extiende ante nosotros y tan brillante como la luna. Estamos en la cima del durmiente mundo. Invencibles. Intocables.

Es el instante más perfecto de mi vida.

Fue el último instante perfecto de mi vida.

Despierto, y lo primero que hago es sacar la pierna por un costado del edredón para verme el tobillo. La cadenita sigue ahí, no fue un sueño ni un producto de la imaginación que se esfuma en cuanto despiertas. Me acurruco bajo las sábanas para revivir el momento y entonces me doy cuenta de que cuanto más tarde en levantarme, más tardaré en ver a Art. Me estará esperando en la parada del autobús para ir juntos al instituto, como siempre.

A pesar de la alegría, mi duermevela es intermitente, tengo demasiadas cosas que digerir después de lo que le ocurrió a Angelina Tinder. Me siento insegura mientras me visto. Mi sensación de certidumbre, de confianza, ha sido puesta a prueba, aunque no respecto a Art, en quien confío más que nunca, sino, por extraño que parezca, respecto a mí misma.

No necesito pensar mientras me visto. Nunca lo hago, a diferencia de Juniper, a la que oigo maldecir y suspirar mientras se prueba una prenda tras otra, siempre insatisfecha con su aspecto, siempre frustrada. Suele levantarse media hora antes que yo para vestirse, y aun así todas las mañanas termino antes que ella.

La mayoría de gente que no conoce nuestras personalidades, no puede distinguirnos. Con un padre negro y una madre blanca, las dos hemos heredado la piel de papá. Tenemos también sus ojos marrones, su nariz y su color de pelo. Hemos sacado las mejillas de mamá y sus largas extremidades. Cuando éramos más jóvenes, intentó introducirnos en el mundo del modelaje, y Juniper y yo participamos en algunas sesiones fotográficas, pero ninguna de las dos se sintió satisfecha. Yo, porque posar para una cámara no me estimulaba intelectualmente, y Juniper, porque bajo el escrutinio de los fotógrafos se comportaba de una forma todavía más extraña y patosa de lo normal. Aunque en lo referente a cómo actuamos, cómo vestimos y todo lo demás, no podríamos ser más diferentes.

Me pongo un vestido crema de lino, un jersey rosa de cachemir y unas sandalias doradas, cuyos cordones ato en espiral a lo largo de mi pantorrilla. Hace calor y siempre me visto de colores pastel. A mamá le gustan los colores pastel para toda la familia, opina que vestidos así damos más impresión de unidad. Conozco familias que contratan estilistas para que les ayuden a coordinar no solo la ropa que se pone cada uno de sus miembros, sino el conjunto de estos. Nadie quiere parecer discordante o fuera de lugar, aunque a Juniper a menudo le gusta ir por libre y ponerse algo que no se adecue a nuestra paleta de colores familiar. Y aunque a mamá le preocupa que eso nos haga parecer fragmentadas, se lo permitimos. Ella se lo pierde. Yo creo que la única que parece fragmentada es mi hermana.

Bajo antes que Juniper, como siempre. Ewan está desayunando y lleva unos pantalones de lino color crema y una camiseta rosa. Me alegra que hayamos coincidido. El día empieza bien.

Mamá está inmóvil, mirando la tele.

—Mirad lo que me regalaron anoche —canturreo contenta.

Nadie me presta atención.

—Yujuuu —digo, y muevo el tobillo en círculos, con la gracilidad de una bailarina de ballet.

Ewan se fija al fin y puedo bajar la pierna, que mantenía alzada cerca de su cara.

—Oh, un brazalete —comenta aburrido.

—No. Un brazalete es una cinta ornamental para la muñeca, Ewan, esto es una pulsera tobillera.

—Vale, lingüista. —Pone los ojos en blanco y vuelve a fijar la atención en el televisor.

—Me lo ha regalado Art —informo, pasando entre mamá y papá hasta la nevera para coger la leche y verterla sobre mis cereales.

—Maravilloso, cariño —comenta mamá robóticamente. Estoy segura de que no se ha enterado de nada.

Me detengo para mirarla fijamente. Permanece absorta ante la tele. Por fin presto atención y me doy cuenta que está viendo News 24, y a Pia Wang informando en directo desde Highland Castle.

Pia Wang es la corresponsal del Tribunal de los Imperfectos y cubre con escrupulosidad todos los casos, brindando un completo perfil de los imperfectos antes, durante y después del juicio. Nunca ofrece un retrato favorable y es una experta en evitar cuanto suene a positivo. De todos modos, hay que considerar que se trata de casos relativos a imperfectos, a personas que han tomado malas decisiones, así que no tiene por qué ensalzarlas.

Al mirar por la ventana, no veo el coche de papá. Han debido de avisarle que las últimas noticias requerían su presencia y se ha marchado temprano. Le pasa muy a menudo.

«Este caso ha despertado más atención que cualquier otro —está diciendo Pia, con su rostro perfecto de mejillas color melocotón. Su vestido es del mismo color y dan ganas de comérsela. Una perfecta muñeca china. Brillante melena negra enmarcando un rostro que transmite inocencia. ¡Es tan perfecta!—. La atención del mundo entero está centrada aquí, en las inmediaciones que rodean el Tribunal de Highland Castle, con una afluencia récord de gente en apoyo de la estrella del fútbol Jimmy Child, el mejor delantero del Ciudad Humming, que nos ha conducido a la victoria en tantas ocasiones. Y hoy ha vuelto a resultar victorioso, ya que ha abandonado la sala hace apenas unos momentos tras ser declarado no imperfecto por el juez Crevan y sus colegas. Repito para quienes se han incorporado tarde a la transmisión: Jimmy Child ha sido declarado no imperfecto.»

—¿Qué? —exclamo asombrada y jadeante—. ¿Había pasado alguna vez?

—No lo sé, creo que no... —responde mamá, saliendo por fin de su estado de hipnotismo—. Quizás una vez... —añade vagamente.

—No es nada sorprendente, si tenemos en cuenta que Crevan tiene intereses en el equipo —interviene de repente Juniper a nuestras espaldas. Doy media vuelta para mirarla.

—Juniper... —se limita a decir mamá con expresión compungida.

—Damon Crevan es propietario del cincuenta y cinco por ciento del Ciudad Humming —prosigue Juniper—, pero supongo que todo el mundo dirá que es una coincidencia. Si queréis mi opinión, a quien estaban juzgando realmente era a su esposa. Y ese asqueroso se ha salido con la suya.

Nadie la rebate. La glamurosa esposa de Jimmy Child ha copado las portadas de los periódicos estas últimas semanas, mientras todos y cada uno de los aspectos de su estilo de vida eran puestos en tela de juicio, todos y cada uno de los centímetros de su cuerpo eran expuestos en las páginas web de cotilleo e incluso en las que no lo son.

—Venga, tenéis que ir al instituto —ordena mamá en tono imperioso—. Y tú, Juniper, sigue hablando así y también vendrán por ti.

Le pellizca la nariz cariñosamente. Tiene razón. Casi.

Cuando salgo de casa veo a Colleen de pie, ante el coche familiar, mirando hacia la puerta principal de su casa como si esperase algo o a alguien. Creo que hoy no iré al instituto, seguramente acudirá al juzgado para asistir al juicio. Mi corazón late desbocado mientras intento decidir qué hacer. Si me acerco a saludarla, podría meterme en un lío. Aunque lo dudo. Si Bosco estuviera junto a alguna ventana de su monstruosa casa, podría verme hablar con ella. Saludarla probablemente daría la impresión de que no apoyo el dictamen de Bosco, de que soy desleal con el Tribunal, de que apoyo tanto a Colleen como a su madre. Pero ignorarla resultaría una grosería. La acusada de ser imperfecta es su madre, no ella.

En ese momento, Colleen desvía la mirada hacia mí y me doy cuenta de que no puedo hacerlo. Vuelvo la cabeza rápidamente.

Oigo que Juniper le grita «Buena suerte», y me molesta la facilidad con que lo hace, antes de colocarse los auriculares y aislarse del mundo.

Art está en la parada del autobús esperándome y su aspecto es espléndido, como siempre. Me arrojo sobre él en cuanto llego a su lado.

—Pájaro.

—Ratón.

Me besa, pero estoy demasiado ansiosa por contarle las novedades.

—¿Has oído lo de Jimmy Child? —pregunto.

Espero que Art se muestre eufórico. Jimmy Child es su héroe y, hasta hace unos cuantos años, todas las paredes de su habitación estaban cubiertas con sus pósteres. Igual que las de la mayoría de los chicos. Art tuvo oportunidad de conocerlo gracias al juicio, aunque un breve encuentro y un fugaz saludo en una celda no era precisamente lo que había soñado desde su infancia, y no quería hablar de ello.

—Sí —responde—. Papá salió de casa apenas amaneció. Quería tener el veredicto listo a tiempo de las noticias de la mañana.

Creo que, después de todo, podría haber saludado a Colleen, ya que Bosco no estaba en su casa para verme. Además, ¿qué daño habría hecho decirle, sencillamente, hola? Estoy furiosa conmigo misma.

—¿Estás bien? Creo que se te está quemando el cerebro, puedo olerlo —se burla Art, frotándose la frente con los nudillos.

—Solo estaba pensando —respondo riendo—. No sabía que tenían Días del Nombre secretos, creí que siempre eran públicos. Todo es tan furtivo...

—No tanto como tú y yo —dice Art con una sonrisa al tiempo que recorre mi top con la punta de los dedos.

Vuelvo a reír y pongo fin al viajecito de sus dedos porque algo ha cruzado de improviso por mi mente. Miro a Juniper, que sigue escuchando su música a un volumen tal que puedo oírla desde donde me encuentro.

—¿Crees que a quien juzgaban realmente era a la esposa de Jimmy Child? —pregunto en voz baja.

—¿A Serena Child? —se sorprende Art.

—Sí. Piénsalo —digo. Porque yo he estado reflexionando acerca de ello desde que Juniper lo mencionó y mientras caminaba hacia la parada del autobús sobre mis inseguras piernas, que apenas si se han movido desde que me levanté esta mañana—. Todos los días no se hablaba de él ni de lo que había hecho, sino de que ella es insufrible, y falsa, y mala esposa. ¿Cómo podía no engañarla?

—No creo que Pia dijera exactamente eso —replica Art, y esboza una sonrisa cariñosa—. Informando en directo —añade, imitando a Pia—. ¿No es Serena Child una mala esposa? ¿Cómo podía no engañarla?

Río, comprendiendo lo estúpido que suena. Pero enseguida me pongo seria, porque quiero que me comprenda.

—Es que la forma en que hablaban de su aspecto, de sus operaciones estéticas, de su ropa, de su pasado, de su celulitis... Que si besó a una chica, como si eso importara, que si su bronceado es demasiado naranja, que si tuvo trastornos alimentarios a los quince años, que si fue al colegio con alguien que terminó robando bancos, que nunca ha cocinado para él... Lo sabemos todo acerca de ella. Es como si la juzgada como imperfecta fuera ella y no él.

Art vuelve a reír, disfrutando de la ridiculez de lo que estoy diciendo. O quizá de que lo que estoy diciendo es sorprendentemente extraño en mí.

—Entonces, ¿por qué la han juzgado con tanta dureza? Por eso se ha librado Jimmy Child. La gente ha quedado convencida de que no es una buena esposa, lógico que la engañase. Y el famoso deportista sigue siendo famoso.

Su sonrisa desaparece instantáneamente y me mira como si no me reconociera.

—Celestine, ten cuidado.

Me encojo de hombros como si no me importara, pero mi corazón parece querer salirse del pecho.

—Es mi opinión —digo.

Juniper me ha engatusado. Ya tenía algunas dudas, y lo que ha dicho esta mañana me ha irritado hasta el punto de meditar cuánto hay de verdad en sus palabras. Pienso en todo ello mientras caminamos en silencio hacia el autobús. Pienso en Colleen a punto de ir a ver a su madre, la madre que va a ser declarada imperfecta por viajar a otro país para cumplir los deseos de su madre enferma. ¿Realmente la convierte eso en imperfecta? Aún no estoy preparada para aceptarlo. Ya que Art es la persona con la que comparto todos mis pensamientos, puedo compartir uno más. Quizá me ayude a poner fin a esta confusión.

Art me coge de la mano, y eso hace que me sienta más segura y decidida.

—¿Crees que lo que hizo Angelina es tan malo? —pregunto discretamente—. Porque he estado pensando en eso toda la noche, y no creo que lo sea. No, si es lo que quería realmente su madre. Puedo pensar en cosas peores.

—Por supuesto que las hay peores.

—¿Todo el mundo es marcado de la misma forma, aunque haya hecho cosas peores?

—Solo llevará una marca. En la mano. Hay gente que lleva dos.

No está pensando correctamente, lo sé, lo conozco. Sus respuestas son demasiado rápidas. Se ha

puesto a la defensiva, a pesar de que no lo estoy atacando. Es lo que ocurre cuando la gente discute sobre los imperfectos. Todo el mundo tiene una opinión firme sobre ellos, se convierte en un asunto casi personal. Más aún en el caso de Art, ya que su padre es el juez más veterano del Tribunal y su abuelo fue un miembro fundador del mismo. Siempre me sentí impresionada por eso y sigo estándolo. ¿Lo estoy?

Una vez en el autobús, sentados en nuestros asientos habituales, me concentro en la mujer imperfecta que ocupa el asiento que solo a estos se les permite usar. Los autobuses tienen dos asientos exclusivos para ellos porque, según las reglas, no está permitido que se reúnan más de dos imperfectos a la vez. Es para prevenir los altercados que se produjeron cuando se instauró el castigo para los imperfectos. No obstante, me pregunto por primera vez por qué no habilitan dos asientos más para imperfectos al fondo del autobús o en cualquier otro lugar alejado de los dos primeros. O por qué no alternan asientos para la gente normal con otros para imperfectos. Suelo ver a menudo imperfectos de pie, a pesar de haber muchos asientos vacíos. Nunca me ha importado desde un punto de vista moral, pero sí cuando viajo en un autobús lleno y tengo que empujarlos para que se aparten. Juraría que algunos no se mueven a propósito, y para poder pasar he de apretarme contra sus cuerpos imperfectos. Los asientos que les corresponden son de un color rojo brillante y están situados en la parte delantera del autobús, de cara al resto de los pasajeros, para que todo el mundo pueda verlos bien. Cuando era pequeña solía sentirme incómoda al tenerlos todo el viaje frente a mí, pero me acostumbré y dejé de verlos.

Ahora veo a la imperfecta sentada en su asiento, solitaria, con el brazalete rojo sangre, el símbolo que la identifica.



Veo el símbolo marcado también en su sien, y me pregunto qué habrá hecho para que la señalen así. La cicatriz de su sien no es precisamente reciente, no presenta la típica costra que suele verse en tales casos. Esa mujer ya lleva bastante tiempo siendo imperfecta. Me pregunto si ello significa que ahora es peor de lo que fue o no, si los imperfectos se vuelven más imperfectos con la edad, o si la marca y su aceptación impide que su imperfección crezca y se extienda.

Está enviando un mensaje de texto con su móvil y, cuando deja este en su regazo, veo en la pantalla una foto de ella con sus hijos. Por primera vez me pregunto cómo será para los imperfectos vivir en el mismo mundo que sus seres amados pero rigiéndose por reglas distintas. Nunca se me

había ocurrido pensarlo. Pienso en Angelina y en sus hijos. Angelina tendrá limitaciones en su trabajo, toque de queda, restricciones a la hora de viajar. ¿Estará obligada a irse a la cama antes que ellos? ¿Cómo podrá criarlos si se rigen por reglas distintas? ¿Qué hará una madre imperfecta con un bebé recién nacido, cuando tenga que alimentarlo en mitad de la noche? ¿Y si tiene una emergencia? ¿Podrá romper el toque de queda para llevar a sus hijos al hospital? ¿Y si la familia decide irse al extranjero de vacaciones? Angelina no podrá acompañarlos. ¿Y si Colleen decide trabajar y vivir en el extranjero? Su madre no podrá ir a visitarla. Nunca. ¿Por qué no habré pensado antes en esas cosas?

Porque nunca me había importado, por eso. Porque siempre he pensado que si la gente ha hecho algo malo, merece su castigo. No son criminales, pero solo les falta estar físicamente entre rejas. Si a Angelina, de quien yo creía que nunca había hecho daño ni a una mosca, se la puede considerar imperfecta tan fácilmente, quizá la mujer que tengo frente a mí no sea peor que ella. Nunca he hablado con un imperfecto, no porque nos esté prohibido hacerlo, sino porque no habría sabido qué decirle. Cuando alguno se me ha acercado, he evitado mirarlo a los ojos y he dado un rodeo para no cruzarme con él. Supongo que lo mejor es hacer como si no existieran. Siempre se mueven por la sección de los supermercados reservada para ellos, comprando sus cereales, sus copos de avena o lo que sea que coman como parte de su dieta básica para su vida básica. Su castigo es una vida sin lujos. Nunca pensé que fuera algo tan malo, no es que tengan que vivir entre rejas, pero tampoco reflexioné en lo que significa vivir así cuando tu esposo, tus hijos o el resto de la sociedad tampoco lo hace. Porque no les está permitido relacionarse con ella en grupo. Solo de uno en uno. Para que dos imperfectos puedan reunirse, tiene que estar presente una persona normal. Pienso en una boda imperfecta, en un bautizo imperfecto, en un cumpleaños imperfecto, y me estremezco. Me pregunto cuáles serán sus temas de conversación. ¿Intercambiarán sus historias o hablarán de lo imperfectos que son? ¿Se mostrarán sus marcas y reirán orgullosos, o se sentirán avergonzados, que es lo que se espera que hagan?

Siento el contacto de los labios de Art en el lóbulo de mi oreja.

—Si no dejas de pensar, te explotará la cabeza —susurra.

Su aliento es cálido y hace que se me ericen los pelos de la nuca. Quiero dejar de pensar, en serio, pero no puedo. Por una vez en la vida, Art no capta toda mi atención. Intenta atraerme hacia él, pero no puedo permitirselo. Estoy atrapada en mis pensamientos.

El autobús se detiene y sube una mujer con muletas. El chófer la ayuda y la conduce hasta los asientos de los imperfectos, ya que, para evitar la posibilidad de que los toquemos, están muy separados de los que tienen enfrente. Se sienta al lado de la mujer imperfecta, que le dedica una sonrisa.

La otra mujer le dirige tal mirada de disgusto, que me avergüenzo por la imperfecta. Esta desvía la mirada, visiblemente dolorida. Advierte que la observo y nuestras miradas se cruzan por un instante, antes de que desvíe la mía con el corazón desbocado por ese mínimo contacto. Espero que nadie haya reparado en ello. Espero que no parezca que estoy de su parte.

—¿Qué te pasa hoy? —pregunta Art, con expresión de desconcierto y ligeramente divertida.

—Oh, nada —respondo, intentando cambiar de tema—. Estoy bien, perfectamente. Eso es todo.

Sonríe y acaricia con el pulgar la palma de mi mano. Y yo me derrito.

Juniper está sentada al otro lado del pasillo, con el cuerpo y la cabeza apoyados contra la ventanilla, de forma que no podría encontrarse más lejos de Art y de mí. O de cualquier otro, ya puestos.

No sé cuándo cambió la relación entre Juniper y yo. Las fotos y los recuerdos demuestran que de

niñas estábamos estrechamente unidas. Juniper es la mayor por muy poco, pero siempre disfrutaba mimándome, adoptando el papel de hermana mayor que se preocupa por la pequeña. Sin embargo, cuando empezamos la enseñanza secundaria, todo empezó a cambiar entre nosotras. A pesar de que íbamos al mismo curso, estábamos en clases separadas y teníamos nuestros propios amigos, y ahí es cuando empezamos a alejarnos. Yo destacaba en el colegio, adoro la información y siempre estoy ansiosa por aprender más y más. Leía libros, veía documentales y me apasionaban las matemáticas. Cuando acabe el instituto este año, espero poder ir a la universidad. Mi meta es ganar la Medalla al Mérito, la Medalla Internacional por Descubrimientos Destacados en Matemáticas, el mayor honor al que puede aspirar un matemático, una especie de Premio Nobel de la materia. Normalmente, hay que tener menos de cuarenta años para ganarla, y yo tengo diecisiete, así que hay tiempo suficiente. Los resultados de los exámenes parciales demuestran que, por ahora, no tendré dificultades para entrar en la universidad. Juniper no es celosa, pero la diferencia de nuestras notas fue lo primero que nos diferenció.

Mis notas eran y son elogiadas por todos; las tuyas no. No es que fuesen malas, es que no eran perfectas como las mías. Todo el mundo quería que lo hiciera mejor, que fuese mejor. Yo comprendía la presión a que estaba sometida, pero por mi parte estaba ahí para ayudarla, no para ser la persona a la que culpar por las comparaciones.

Ella opina que soy una sabelotodo. Lo sé porque no deja de repetírmelo. Intento no hacerle caso, sé que tengo la costumbre de corregir los errores gramaticales de la gente o soltar definiciones de diccionario, pero así soy yo, y eso no me hace sentir mejor que la persona a la que estoy corrigiendo. Solo es una forma de expresar cómo soy. A veces intento verbalizar sus preguntas fingiendo no saber algo que sé, pero ella cree que eso es condescendiente. Quizá tenga razón, pero no sé cómo evitarlo. Mi búsqueda de la perfección incluye tener una relación ideal con mi hermana, como sucede en las películas que veo y en los libros que leo, en todas esas historias que te aseguran que un hermano es tu verdadero amor y la mejor relación que tendrás en toda tu vida.

Juniper es disléxica. Ella lo ve como un fallo, una característica que la hace inferior, pero me doy cuenta de que también hace que vea las cosas de una forma distinta. Yo resuelvo problemas, leo los datos, estudio las pruebas que tengo ante mí y extraigo una conclusión. Juniper es más inteligente que eso, tiene otra forma de afrontar esos problemas. Ella «lee» a la gente. No sé cómo lo hace, pero observa, escucha y llega a conclusiones que a mí nunca se me ocurrirían. Y normalmente tiene razón. Yo miro las cosas directamente, pero su perspectiva parece que rodea las cosas, las contornea, las retuerce y las vuelve del revés para obtener la respuesta. Nunca le he confesado lo que pienso de ella, y me digo a mí misma que es porque no quiero que me acuse de crearme superior. Pero en realidad sé que es porque yo también siento celos. De ella.

Pienso en lo que dijo mamá sobre Jimmy Child, en que quizá no sea la única persona en haber sido declarada no imperfecta.

—¿Sabes que es posible que haya más personas que se hayan enfrentado al tribunal de tu padre y no hayan sido declaradas imperfectas? —le susurro a Art.

Siento que su mano suelta la mía mientras se gira hacia mí. Está molesto de que siga dándole vueltas al mismo tema.

—No, no lo sabía.

—Creo que puede que haya más gente que haya sido declarada inocente, aunque no lo sepamos. ¿Nunca te ha comentado nada tu padre?

—¡Maldita sea, Celestine! Déjalo ya, ¿quieres?

—Solo preguntaba.

—Pues no deberías.

—¿Ah, no?

—Al menos, no aquí —replica, mirando nerviosamente alrededor.

Me callo. Solo acierto a mirar a la mujer imperfecta mientras me asaltan extraños pensamientos.

Peligrosos pensamientos.

La mujer imperfecta que se ha levantado para bajarse en la próxima parada, lo hace y sube otra mujer. Parece conocer a la de las muletas, ya que se sienta a su lado y se ponen a charlar.

Un anciano sube en la parada siguiente y casi tengo que ahogar una exclamación de sorpresa. Se parece tanto a mi abuelo que por un instante estoy convencida de que es él. Sé que no tiene sentido, porque mi abuelo vive a varias horas de distancia, en una granja en el campo, pero entonces veo el enorme símbolo de la «I» en su brazalete y me estremezco, enfadada conmigo misma por haber pensado que alguien como él pudiera estar emparentado conmigo.

Ese prejuicio me desconcierta. La reacción de la mujer de las muletas ante la sonrisa de la imperfecta me repugnó, pero resulta que he reaccionado igual sin darme cuenta.

El hombre tiene setenta u ochenta años, más o menos. Es un anciano, y lleva un traje elegante y unos zapatos muy pulcros. Su aspecto es el de alguien que se dirige al trabajo. Desde mi posición no distingo ninguna marca, pero puede que la lleve en el pecho, en la lengua o en el pie. Su imagen es respetable y lo estudio, sorprendida por su físico. Siempre he pensado que los imperfectos son inferiores y me resulta increíble que esté admitiéndolo. El anciano no puede sentarse porque los dos asientos reservados a los imperfectos están ocupados por dos mujeres que no son imperfectas, pero están tan distraídas charlando que ni siquiera se dan cuenta de su presencia. Así que se queda cerca de ellas, sujetándose a la barra del autobús para no caerse.

Espero que las dos mujeres no tarden en reparar en el anciano. No parece que pueda resistir mucho en pie.

Pasan los minutos y la situación no cambia. Miro alrededor. Hay por lo menos una docena de asientos libres en los que podría sentarse, pero le está prohibido. Soy una persona lógica, y eso no me parece nada lógico.

Miro a Juniper, que se ha quitado los auriculares y se ha erguido en su asiento, expectante ante la situación. Ella siempre ha sido más emocional que yo, y advierto que solo está apoyada en el borde de su asiento, a punto de saltar. En vez de temer que cometa una tontería, me alegra que por una vez en la vida sintamos lo mismo.

El anciano empieza a toser. Y no puede parar.

Jadea un instante y vuelve a toser. Busca un pañuelo en sus bolsillos y tose contra él, intentando bloquear los gérmenes y el ruido. Su rostro pasa del blanco al rosa y de este al púrpura, y veo que Juniper está a punto de levantarse. Mira a las dos mujeres, que no paran de charlar, y al anciano, pero este deja de toser.

Falsa alarma. Segundos después empieza de nuevo, y todas las cabezas se vuelven para mirar por la ventana. La mujer más gruesa deja por fin de hablar y mira al anciano. Siento alivio, porque seguramente le dejará el asiento reservado a los imperfectos. Pero no, solo chasquea la lengua,

disgustada como si el anciano la estuviera molestando, y sigue con su conversación.

Ahora soy yo la que se yergue, tensa, en su asiento.

La tos la está molestando. Molesta a todos los ocupantes del autobús. No deberían ignorar su respiración entrecortada, pero lo hacen. Las reglas señalan que si alguien ayuda a un imperfecto será encarcelado, pero no se aplican a este caso, ¿verdad? Estamos viendo cómo se ahoga ante nuestras narices.

El anciano vuelve a dejar de toser.

Siento que se me acelera el corazón.

Suelto la mano de Art. La noto sudada.

—¿Qué pasa? —pregunta Art.

—¿Es que no lo oyes?

—¿Si no oigo el qué?

—La tos.

Mira a un lado y a otro.

—No veo que nadie tosa.

El anciano vuelve a toser, y Art ni siquiera parpadea cuando acerca su rostro al mío y me dice:

—Sabes que no puedo esperar más para estar a solas contigo. ¿Y si nos saltamos la primera clase?

Apenas puedo escucharlo por encima del ruido de la tos y los latidos de mi propio corazón. ¿Es que nadie oye al anciano? ¿Es que nadie lo ve? Miro, confusa, a los demás. La mayoría de los pasajeros están mirando por la ventana, y los que lo miran a él lo hacen con asco, como si fuera a infectarnos a todos.

Juniper tiene los ojos llenos de lágrimas. Si alguien de mi propia carne, de mi propia sangre, está de acuerdo conmigo, eso me basta. Voy a levantarme, pero Art me sujeta con fuerza del brazo.

—No —gruñe.

Me quejo. Intento moverme, pero no puedo. Su mano me inmoviliza.

—Me haces daño —digo.

—¿Crees que cuando te marquen no te dolerá todavía más? —Y me aprieta aún más el brazo.

—¡Art, para! ¡Ay! —La piel me arde.

Art deja de apretar.

—¿Es justo? —siseo.

—Ha hecho algo malo, Celestine.

—¿Como qué? ¿Como algo que es completamente legal en otro país, pero por lo que pueden castigarte en este?

Eso parece escocerle.

—No hagas una estupidez, Celestine —dice, consciente de que ha perdido la discusión—. No lo ayudes.

—No tengo intención de ayudarlo.

¿Por qué hago esto por ese anciano que tose, jadea y lucha por respirar? No lo sé, pero lo hago. Veo la vaga cicatriz en forma de «I» en su sien, como si llevara ahí mucho tiempo, como si ya fuera parte de él, al igual que las pecas y el pelo. Me acerco a las dos mujeres que siguen charlando en los asientos de los imperfectos como si no pasara nada, como si estuvieran haciendo lo correcto.

—Disculpen —les digo amablemente, exhibiendo la sonrisa más cortés de que soy capaz.

Ellas responden al instante sonriendo a su vez. Son dos amistosas mujeres de los suburbios, que parecen ansiosas por ayudarme con cualquier problema que pueda tener. O casi cualquier problema.

—¿Sí, querida?

—Me preguntaba si podrían ayudarme...

—Por supuesto, querida.

—¿Le importaría a una de ustedes cambiarse a cualquiera de los asientos libres? Les ofrezco incluso dos asientos juntos, los que ocupamos mi novio y yo, para que puedan seguir conversando.

Le echo un vistazo a Art, y todo lo que puedo ver es una expresión de terror en su cara. No me importa. Busco una solución. El problema me estaba preocupando y lo adecuado es solucionarlo. No estoy haciendo nada malo, no estoy quebrantando ninguna regla. Siempre me he centrado en mis propios asuntos. Vengo de una buena familia y soy agradable, mi tobillera de armonía geométrica lo demuestra.

—¿Puedo preguntar por qué? —pregunta la otra mujer.

—Bueno, este hombre es un imperfecto —digo, señalando al anciano—, y ustedes están sentadas en asientos destinados a los imperfectos. No puede sentarse en ningún otro sitio y lo está pasando mal.

Varios pasajeros vuelven la cabeza hacia nosotros. Espero que comprendan que no intento entablar una conversación con el anciano. Incluso espero que los pocos que me han escuchado me apoyen al darse cuenta de la situación. Pero no lo hacen. Parecen confusos, algunos hasta asustados. Uno de ellos hasta divertido. Esto es ilógico, es patrimonio de Juniper, no mío. La miro y veo que tiene la misma expresión de terror que Art. Y que permanece inmóvil. Si pensaba que me apoyaría, ahora sé que no lo hará.

—Pero... estamos hablando —dice la otra.

—Y él se está ahogando —digo, sin dejar de sonreír. Me doy cuenta de que puedo parecer un poco psicótica, porque mi tono ya no es cortés.

—¿Estás intentando ayudarlo? —pregunta la mujer de las muletas.

—No, no... claro que no... —tartamudeo—. Solo intento resolver la situación... —Le dirijo una amplia sonrisa, pero ella se echa hacia atrás en su asiento.

—No quiero tener nada que ver con esto —dice en voz alta, atrayendo más atención de los pasajeros.

—¿Con qué? —pregunto, y río nerviosamente—. Su pierna está bien. Solo tiene que cambiarse a otro asiento; su amiga puede quedarse aquí si quiere...

—No pienso moverme —niega rotundamente.

Más pasajeros fijan su atención en nosotros.

El anciano apenas puede tenerse en pie. Se dobla sobre sí mismo tosiendo. Me mira con el rostro congestionado, casi púrpura, e intenta hablar, pero se ha quedado sin aliento.

No sé lo que pretende decirme y no se me ocurre qué hacer. No sé qué ayuda puedo prestarle. La verdad es que no se me permite ofrecerle ninguna. Piensa, Celestine, piensa, me digo. Yo no puedo ayudarlo, pero un médico sí.

—¿Hay algún médico aquí? —grito desesperada, mientras Art se tapa la cara con las manos.

Percibo exclamaciones ahogadas entre los pasajeros.

Miro los rostros sorprendidos y críticos que me rodean. Me siento mareada y confusa. El anciano está a punto de desplomarse, quizá de morir. Mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas.

—¿Es que se van a quedar mirando sin hacer nada? —aúllo.

—Basta, querida —me ordena una mujer en voz baja. También ella está claramente alterada. Pero me está advirtiendo de que he ido demasiado lejos.

Esto es completamente ilógico. ¿Es que no podemos sentir compasión por un ser humano y ayudarlo, sea imperfecto o no?

Las miradas se apartan, nos evitan.

—Tranquilo —le digo al anciano, que ha entrado claramente en estado de pánico. Sigue tosiendo y puedo ver otra «I» marcada en su lengua, lo que me hace retroceder un poco, instintivamente. No puedo ni imaginar el dolor que debió de sentir—. Todo saldrá bien.

Se golpea el pecho con un puño, empieza a caer de rodillas.

Lo sujeto por los brazos y lo acerco a uno de los asientos.

—¡Paren el autobús! —grito.

El autobús se detiene, y le aseguro al anciano que todo se solucionará.

Miro a Juniper y veo que está llorando.

—No pasa nada —les digo a ella y a Art, aún con el corazón desbocado—. Todo saldrá bien. Todo esto ha sido muy ridículo —añado con voz aguda, estridente. No parece la mía.

Y entonces oigo la sirena. Alta, cercana, intensa y amenazadora.

Nadie se mueve de sus asientos, expectantes. Mi corazón late alocadamente. Dos soplones suben a bordo haciendo sonar sus silbatos tan fuerte que la mayoría de los viajeros tienen que taparse los oídos. Se abren paso hasta donde estamos el anciano y yo.

—¿Lo ve? Ya le dije que todo se arreglaría —intento calmarlo por encima del ruido de los silbatos—. Ya están aquí. La ayuda ha llegado.

Asiente débilmente con los ojos cerrados. Espero que atiendan al anciano que se ha desmayado en el asiento, exhausto y respirando entrecortadamente, con una fina capa de sudor recubriéndole la piel. Pero los soplones no han venido por él. Han venido por mí.

Y me llevan con ellos.

Juniper les grita con desesperación que me suelten, respaldada por Art, que no tiene mucho mejor aspecto. Y sigue gritando «¡Mi hermana! ¡Mi hermana!» mientras me sujetan y me arrastran por el pasillo, por los escalones del autobús y me meten en su furgoneta, con el sonido de los silbatos resonando en mis oídos.

Antes de que yo naciera, el país sufrió una gran recesión. Los bancos colapsaron, el gobierno colapsó, la economía quedó devastada y el desempleo y la emigración se multiplicaron. Lo ocurrido tomó por sorpresa a la gente, que culpó de todo a los líderes de aquel momento. Deberían haberlo sabido, deberían haber previsto lo que iba a ocurrir. Fue culpa suya; su mal juicio y sus malas decisiones habían conducido el país al colapso total. Eran mala gente, habían destruido familias y hogares, tenían que pagar por ello. Fue esa gente moralmente imperfecta la que propició nuestra caída.

Como resultado, se dispuso que cualquiera que hubiese cometido el mínimo error de juicio sería castigado de inmediato. Los líderes fueron públicamente ridiculizados, señalados como un ejemplo del fracaso y obligados a dimitir. Sus nombres fueron difundidos para que sufrieran el escarnio de la opinión pública. No eran criminales, pero habían tomado malas decisiones. La sociedad necesitaba líderes que no se lamentaran *a posteriori*, sino líderes que, para empezar, no cometieran esos errores. No se admitiría ni compasión ni una segunda oportunidad. No se aceptarían explicaciones ni excusas. Cualquiera que hubiera cometido errores en el pasado, no podría ser líder en el futuro. Y mientras cientos de miles de personas se manifestaban contra el gobierno, se decidió que toda persona que cometiera un error de juicio sería arrancada de raíz de la sociedad. Las rectificaciones serían algo del pasado. Todo el mundo tendría que mirar siempre, siempre hacia delante, antes de que fuera demasiado tarde, y así prevenir los errores futuros.

Se probaron muchos caminos distintos. ¿Podríamos alcanzar la perfección buscada? El gobierno creó un comité de jueces, el Tribunal, cuyo papel sería interrogar y procesar a los acusados, y los juicios se celebrarían en Highland Castle.

No importa lo que hagas después de ser marcado, el estigma nunca puede ser borrado, lo llevarás hasta que mueras. Sufres las consecuencias de tu error por el resto de tu vida. Tu castigo sirve como recordatorio a los demás de que hay que pensar antes de actuar.

Me llevan hasta un calabozo situado en los sótanos de Highland Castle, tras pasar por un mostrador en el que me dan un paquete con toda la información que necesito saber sobre el Tribunal de los Imperfectos. Hay todo un capítulo sobre las nuevas reglas que regirán tu vida como imperfecto. Incluso una completa sección acerca del marcaje de la piel, del proceso y de cómo tratar la piel una vez marcada. Lo cierro y miro a mi alrededor.

Las celdas son agradables. Se encuentran en el sótano y las han renovado por completo. Hay cuatro en total, dos a cada lado de un pasillo central y separadas por cristales insonorizados e irrompibles. El paquete de información explica que es una representación de la transparencia del sistema, pero yo creo que preparan al acusado para la falta de dignidad y la invasión de la intimidad que le espera en su vida futura. Cada celda contiene una mesa y cuatro sillas, una cama individual, un

cuarto de baño con paredes opacas y algunas sillas más distribuidas al azar por si reciben más de un visitante. Todo está pintado en tonos verdes y tierra, para dar la impresión de que es el lugar más natural y confortable del mundo.

Soy la única ocupante de las cuatro celdas. Las dos opuestas a la mía están vacías, pero la contigua parece ocupada. Lo deduzco por la ropa esparcida por el suelo. Supongo que su ocupante está en la sala del juzgado, esperando su destino. Afortunadamente, el cuarto de baño tiene paredes sólidas y opacas, pero es tan pequeño que no puedes pasar ahí un minuto sin sentirte asfixiada. Es donde pienso ir cuando tenga ganas de llorar, aunque bien podría quedarme aquí y hacerlo a la vista de todo el mundo, porque, aunque mi rostro surcado por las lágrimas y mis ojos enrojecidos serían una muestra de debilidad, de todas formas nadie puede verme.

Aún no he tenido la oportunidad de hablar con nadie para analizar, diseccionar y discutir lo que ha pasado. Me inscribieron en recepción, y una mujer muy agradable con uniforme de soplona, que dijo llamarse Tina, me trajo a esta celda situada bajo la Torre del Reloj, donde el Tribunal tiene sus oficinas. Lo sé por la retransmisión televisiva de los juicios, por los reportajes de Pia, en los que las cámaras de televisión siguen a los acusados desde la Torre del Reloj hasta la sala del Tribunal, pasando por el patio empedrado, siempre con la cabeza gacha y acosados por el público que los silba y los abuchea mostrando su apoyo al Tribunal.

Estoy conmocionada. Debo estarlo. No alcanzo a comprender por qué estoy aquí. Yo, que no he hecho nada malo, que soy una persona complaciente, que cuenta sus exámenes por sobresalientes, que tiene un novio cuyo padre es el juez principal del Tribunal.

Repaso mentalmente mi actuación en el autobús. La repaso tanto que empieza a volverse borrosa, como un disco repetido mil veces. Pienso en lo que hice, en lo que debí hacer y en lo que podría haber hecho mejor, pero solo consigo sentirme confusa acerca de lo ocurrido. Revisar una y otra vez los hechos es como contemplar el rostro de alguien hasta que llega un momento en que empieza a parecer diferente. Me siento en la cama, apoyo la espalda contra la única pared sólida de la celda, abrazo mis piernas y dejo caer la cabeza sobre las rodillas. No sé cuánto tiempo llevo aquí. Quizá minutos, quizás horas, pero mi ánimo salta de la calma al pánico mientras discuto conmigo misma.

No puedo ser una imperfecta. No puedo ser una imperfecta.

Soy perfecta.

Lo dicen mis padres, lo dicen mis profesores y lo dice mi novio; incluso mi hermana, que me odia. Mi hermana. Pienso en los gritos de Juniper defendiéndome mientras me llevaban y no puedo contener las lágrimas. Mi hermana mayor, que forcejeaba contra un inamovible Art intentando llegar hasta mí. Espero que esté bien. Espero que no la hayan cogido también a ella. Se verá obligada a decir que no estaba de acuerdo con mis actos y me preocuparé. No quiero involucrarla en esto. ¿Quién sabe lo que dirá Juniper? ¿Y Art? ¿Cómo se sentirá en este momento? ¿Se habrá metido en algún lío? ¿Me ayudará su padre o no volverá a hablarme en su vida? ¿Volverá a hablarme Art en su vida? La idea de vivir sin él me pone enferma.

Le doy vueltas a todo ello una y otra vez, hasta que oigo abrirse una puerta.

Es Tina, la guardiana que me condujo hasta aquí. Ella y otro guardia escoltan a un chico que parece tener mi misma edad, quizás un poco más. Pasan por delante de mi celda y lo llevan hasta la contigua. Por lo familiar que parece resultarles el recinto deduzco que no es nuevo. Cuando me trajeron, yo no dejaba de mirar hacia todas partes, examinando todo lo que me rodeaba. Su cabeza y su camiseta están cubiertas de un polvo blanco que también ha salpicado a Tina y a su compañero, lo cual me confunde. Es alto y de hombros anchos. Su expresión es tozuda, decidida; su mirada, culpable. Es casi tan joven como yo, pero parece mucho mayor por su aspecto.

El hecho de que sea joven como yo hace que baje las rodillas y me siento de una forma más normal. Quiero que me vea, quiero intercambiar una mirada con él, hacer algo que nos reconforte a ambos. Los guardias no lo tratan tan amablemente como a mí. Es egoísta por mi parte, lo sé, pero me da esperanzas de que todo esto sea únicamente un malentendido y que terminaré saliendo de aquí como una persona normal. Miro su rostro duro, atrevido, cruel, y me mira. Me pregunto qué habrá hecho. No puede ser un acto criminal o no estaría aquí, pero habrá sido algo malo. Sea lo que sea aquello de lo que le acusen, no dudo que lo ha hecho.

Mira hacia mí en cuanto entra en la celda y me ve a través del muro transparente que nos separa. Mi corazón se acelera. He contactado con alguien por primera vez en horas. Pero en cuanto me ve, desvía la mirada. Da una zancada con sus largas piernas y se sienta de espaldas a la pared transparente, de forma que todo lo que puedo ver son los músculos de su espalda, ondulando bajo su manchada camiseta.

Insultada, atemorizada y sintiéndome más sola que nunca, empiezo a llorar de nuevo. Las lágrimas me reconfortan, hacen que me sienta humana, me recuerdan que lo soy aunque esté aquí, en esta especie de caja metida en otra serie de cajas.

Los guardias cierran su celda y se marchan. Desaparecen por la puerta principal y vuelvo a quedarme sola. Sola con un hombre que ni siquiera quiere mirarme.

La puerta principal se abre y aparece mamá, que parece preocupada, y papá, serio, con su amplia mandíbula temblorosa, intentando contenerse. En cuanto mamá fija su mirada en mí, vuelve a recomponerse como si estuviera paseando por el parque y disfrutando del paseo, por lo que sé que debe de sentirse muy mal. Cuando papá me ve, su rostro se descompone. Nunca ha sido capaz de ocultar sus sentimientos. Abren la puerta de mi celda y corro para abrazarlos a ambos.

—Oh, Celestine —exclama mamá con voz cargada de dolor y apretándome contra su pecho—. ¿Cómo has podido?

—Summer... —dice papá con dureza, y ella reacciona como si la hubiera abofeteado.

Yo también siento una punzada de dolor. Es el primer contacto que tengo desde que todo pasó y esperaba que me defendieran, que me respaldaran, no que me atacaran, no que mi propia madre estuviera de acuerdo con ellos y me señalara con el dedo. Sabía que estaba metida en un lío, y esto lo confirma.

—Lo siento —se disculpa mamá—. No quise decir eso, pero Juniper nos ha contado lo que pasó y parece algo tan impropio de ti...

—No tiene sentido, mamá —la interrumpo—. Todo esto desafía la lógica.

Papá esboza una triste sonrisa.

—Ese hombre tosía, apenas podía respirar —digo—. Estaba a punto de desmayarse, a punto de morir seguramente, y la mujer gorda y la de la pierna rota seguían hablando y hablando sin hacerle caso, ocupando sus asientos. —Hablo deprisa, inclinada hacia ellos, a pocos centímetros de sus caras, intentando que comprendan.

Tengo que contárselo a alguien, a quien sea, ya que desde que ocurrió no he podido hacerlo. Casi les ruego que entiendan mi punto de vista, que se den cuenta de lo repugnante e injusto de la situación. Se lo cuento todo desde el principio, desarrollándolo, quizás exagerándolo un poco: que la mujer gorda era un poco más gorda, que el hombre no podía respirar a causa de la tos. Intento que vean lo que yo vi, que lo entiendan, que admitan que si hubiesen estado en mi lugar ellos habrían hecho lo mismo, que me digan que no soy una imperfecta.

Papá tiene los ojos arrasados en lágrimas, lucha por comprenderme. Pero es mamá la que reacciona antes y me sujeta por los hombros. Sorprendida por su gesto, miro alrededor y me doy

cuenta de que el chico de la celda contigua ya no nos da la espalda, sino que se ha sentado en su cama, desde donde puede vernos. Me pregunto si será capaz de leernos los labios y habrá entendido lo que he dicho, pero mamá me aprieta con más fuerza y vuelvo a enfocar mi atención en ella.

—Escúchame, no tenemos tiempo —dice, y su voz es un susurro lleno de urgencia—. El juez Crevan vendrá a verte dentro de pocos minutos y tienes que comportarte de la forma más encantadora de que seas capaz. Olvida todo lo que te hemos enseñado, olvídate de lo que es correcto o incorrecto. Se trata de tu vida, Celestine —añade en tono enfático.

Nunca he visto u oído a mamá hablar así, y eso me asusta.

—Mamá, es Bosco. Él no...

—Tienes que decirle que te equivocaste —me interrumpe—. Tienes que decirle que sabes que cometiste un error, ¿comprendes?

Miro a papá. Está conmocionado, tapándose la cara con las manos.

—¿Papá?

—Cutter, díselo tú —se apresura a pedir mi madre.

Papá baja lentamente las manos. Parece tan triste, tan hundido... ¿Qué he hecho? Me derrumbo en los brazos de mamá, que me lleva hasta una de las sillas que hay junto a la mesa.

—Pero si le confieso a Bosco que me equivoqué, será admitir que soy imperfecta.

Papá decide intervenir por fin.

—Si Bosco descubre que creías tener una razón para hacer lo que hiciste, te marcará como imperfecta.

—No mientas sobre lo que hiciste, pero admite que fue un error. Confía en mí —susurra mamá, temerosa de que puedan oírla.

—Pero, el anciano...

—¡Olvídate del anciano! —dice seria, fríamente, tan desprovista de todo el amor que yo sé que tiene, que no la reconozco, y por eso no reconozco el mundo que ahora me rodea. Ellos son mis raíces, mis fundamentos, y ahora se sientan ante mí diciendo cosas que nunca pude imaginar que dirían—. No permitas que un imperfecto arruine tu vida... —añade, antes de que se le quiebre la voz.

Permanecemos unos segundos en silencio, mientras mamá intenta recuperar la compostura y vuelve a colocarse su máscara. Papá le acaricia la espalda suave, rítmicamente, y yo me siento anonadada. Mis pensamientos sobre lo que acaban de decirme apenas son coherentes, saltan de una cosa a la otra antes de completarse.

Quieren que mienta, quieren que admita que lo que hice estuvo mal. Pero mentir a conciencia es ser imperfecta. Para ganar mi libertad debo convertirme por primera vez en imperfecta. No tiene sentido. Es ilógico.

La puerta se abre y papá y mamá se ponen tensos. El juez Crevan está a punto de llegar.

Me doy cuenta de que el chico de la celda se yergue atento en su cama. Veo el destello rojizo antes de verlo a él. El juez Crevan es como un ser alado con su capa roja flameando tras él. Me fijo en su cabello rubio, en sus centelleantes ojos azules, y pienso en Art. Y me siento en casa, a salvo. Me sonrío a través del cristal blindado, y unas arruguitas aparecen en la comisura de sus ojos como siempre. Y me relajo. Me siento más segura.

—Celestine —me saluda, en cuanto Tina le deja entrar en la celda. Sonríe mostrando sus dientes blancos, perfectos, y abre los brazos. Al hacerlo, parece que esté extendiendo sus alas para acogerme. Corro hacia él, cierra los brazos y la capa roja me rodea, haciendo que me sienta protegida, como envuelta en un capullo. Todo se solucionará. Bosco me cuidará, no dejará que me condenen.

Al abrazarme, mi mejilla presiona contra la enseña de su pecho. Estoy cara a cara con la enseña del Tribunal y su lema: «Administradores de la Perfección.»

Me da un beso en la cabeza y me suelta.

—Sentémonos, Celestine, tenemos mucho de qué hablar —dice, clavando en mí su célebre mirada severa.

Como siempre, la encuentro cómica, caricaturesca, no es la del hombre que estoy acostumbrada a ver en su casa.

Reprimo la risa nerviosa que pugna por asomar a mis labios. Reírme ahora no sería nada conveniente.

—Las cosas van a ser muy difíciles para ti en los próximos días, pero entre todos lo solucionaremos, ¿de acuerdo?

Mira a papá, que, de repente, parece completamente exhausto. Y, por primera vez, pienso en lo que tendrá que decirle a la gente con la que trabaja, en cómo va a poder dirigir una cadena de televisión cuando su propia hija copa los titulares del día.

Asiento a las palabras de Bosco.

—Tendrás que escucharme y hacer lo que te diga.

Vuelvo a asentir con la cabeza.

—Lo hará, lo hará —confirma mamá firmemente, muy rígida en su silla.

Bosco me mira, esperando mi respuesta.

—Lo haré.

—Bien, veamos. —Saca una tablet, manipula su superficie y veo pasar varios documentos. Termina suspirando y sacudiendo la cabeza—. Ese sinsentido del autobús de esta mañana... Art me lo contó todo.

No me sorprende. No creo que Art tuviera elección, y lamento otra vez que mis actos afecten a la gente que quiero. Doy por supuesto que Art le ha dicho la verdad, él nunca le ha mentado a su padre.

Pero ¿lo habrá hecho por mí, para protegerme? De repente, no estoy segura de lo que tengo que contarle a Bosco, especialmente cuando mis padres me han recomendado que mienta.

—Por desgracia —sigue Bosco—, ya hay gente que quiere aprovechar tu relación con Art para obtener ventaja y socavar el trabajo del Tribunal. Es una minoría, por supuesto, pero quieren utilizarte como un peón en su juego. —Hace una pausa para mirar a mis padres y vuelve a centrar su atención en mí—. Este es un momento extraordinariamente delicado debido al veredicto de Jimmy Child de esta mañana, ya que la gente cree que he sido demasiado indulgente con él. Pero tú, Celestine, siempre has sido una de mis mayores simpatizantes. Todo saldrá bien...

Sonrío, aliviada.

—Tengo mis notas, pero quiero oír tu propia versión de lo que ha pasado esta mañana —añade.

Me pregunto qué le habrá dicho Art, pero decido contar la verdad, deseando que eso no lo meta en un lío. Al fin y al cabo, había treinta personas más en el autobús que testificarán haber visto exactamente lo mismo. Todo lo que tengo que decir es que sé que me equivoqué. Y eso debería ser fácil.

—Dos señoras habían ocupado los asientos destinados a los imperfectos —comienzo—. Una tenía la pierna rota, y se sentó allí porque así disponía de más espacio para acomodarla. La otra era su amiga. Un imperfecto subió al autobús y no había sitio donde pudiera sentarse. Empezó a toser, se doblaba sobre sí mismo, apenas podía tenerse en pie. Su tos empeoraba y empeoraba, y le pedí a la señora que no tenía la pierna rota...

—Margaret —me interrumpe Bosco mirándome fijamente, analizando cada palabra, cada cambio de expresión, cada mínimo movimiento. Me concentro en mi relato.

—Sí, Margaret —dije—. Le pedí que si podía cambiar de asiento para dejarle sitio al anciano.

—¿Por qué?

—Porque...

—Porque estaba molestando a los pasajeros del autobús, por eso —vuelve a interrumpirme—. Porque la asquerosa infección de ese imperfecto estaba contaminando a la buena gente de nuestra sociedad, y tú estabas preocupada por ellos y por ti misma.

Me quedo con la boca abierta sin saber qué decir. Miro a mamá, que asiente con sangre fría, mientras que papá aprieta los dientes y no levanta la mirada de la mesa. No sé qué decir. Esto no es lo que esperaba.

—Continúa —me anima Bosco.

—Bien, pues... Las dos mujeres no quisieron moverse, y pensé que a lo mejor había un médico en el autobús.

—Para impedir que su asquerosa enfermedad se extendiera —apunta Bosco—. Estabas pensando en la seguridad de los pasajeros del autobús, en protegerlos de los peligros del imperfecto. Sigue.

—Como no había ningún médico, le pedí al chófer que detuviera el autobús.

—¿Por qué?

—Para ayudar...

—Para que bajara del autobús —rectifica Bosco—. Para deshacerte de él. Para que el aire que respiraban los pasajeros estuviese más limpio, menos contaminado. De hecho, eres una heroína. Es lo que cree el público en estos momentos. Es lo que ha estado diciendo Pia las últimas dos horas. La gente se está reuniendo ante la puerta del Tribunal para aplaudirte, para darle las gracias a la heroína que se enfrentó a un imperfecto.

Me quedo con la boca abierta y miro a papá. Ahora comprendo por qué parece tan destrozado. ¿Se ha pasado toda la mañana preparando esa historia?

—Solo hay un problema —sigue Bosco—. Lo ayudaste a sentarse. En un asiento no autorizado a los imperfectos. Y ahí es donde mis colegas y yo disentimos; me he pasado una hora discutiendo con ellos. No le hemos mencionado esa parte a Pia, pero, por supuesto, había media docena de personas en ese autobús que ratifican ese detalle. Es probable incluso que lo hayan grabado.

Vuelve a mirar a papá, y papá asiente. Ya ha recibido esas imágenes, grabadas con el teléfono de alguien y enviadas directamente a la cadena de televisión. Es casi seguro que se ha pasado la mañana intentando que no se emitan, pues sabe lo que pasaría si eso ocurriera.

—No me cabe duda de que tu padre hará todo lo necesario para asegurarse de que esas imágenes nunca salgan a la luz.

La frase me suena a amenaza.

—Ya te he dicho que hago cuanto puedo —se defiende papá, mirándolo fijamente.

Bosco aguanta su mirada y durante unos segundos se observan impasibles.

Mamá carraspea para romper el hielo.

—Tras escuchar tu testimonio, me atrevería a decir que esta acusación es una grave injusticia —dice Bosco por fin—. Alguien que en realidad estaba ayudando al Tribunal no puede ser condenado como imperfecto. No obstante, mis compañeros jueces no están de acuerdo. Ni conmigo, ni entre sí. Normalmente, el juez Jackson, que suele ser un hombre razonable, cree que cometiste un error de juicio y pide un veredicto de imperfecta. La jueza Sanchez opina que ayudaste y socorraste a un imperfecto, lo que comporta una pena de prisión.

Mamá jadea, yo me quedo helada y papá no hace nada. Probablemente ya estaba al corriente.

—Como bien sabes, la prisión mínima por ayudar a un imperfecto es de dieciocho meses, pero teniendo en cuenta que esa ayuda fue ofrecida públicamente, en un medio de transporte igualmente público, ante unas treinta personas, se considera un delito grave. Hemos discutido eso una y otra vez. —Suspira y advierto el agotamiento, el auténtico disgusto por lo que está pasando—. Al final, hemos llegado a un acuerdo: tres años. Pero saldrás libre en dos años y dos meses.

—¿Qué?! —exclamo. De pronto es como si no estuviera aquí. Hablan de mí, pero no estoy aquí —. ¿Dos años en prisión?

—Celestine ha... resbalado en un momento muy inoportuno —le dice Bosco a papá y a mamá—. Los buitres de ahí fuera quieren que sirva de ejemplo. Pia no podrá mantener su historia por mucho tiempo. Cutter, tu equipo y tú estáis cubriendo la noticia como siempre hacéis, por supuesto, pero os encontraréis con una fuerte competencia que quizás afirme lo contrario. No nos interesa que se hable del juicio de Celestine, cuando el propio Tribunal está en tela de juicio. Eso es algo que no podemos permitirnos. —Se sienta e hincha el pecho—. Cutter, necesitaré que tu equipo esté preparado. Candy me ha comentado que recientemente has tenido algunos... problemas en tu redacción. Por el bien de tu hija, espero que el reportero esté en estricta sintonía con el estilo y la filosofía de la cadena. Nada de opiniones personales...

¿Eso es una amenaza? ¿Acabo de oír a Bosco amenazar a mi padre? Candy es la hermana de Bosco; está al cargo de la cadena de noticias. Miro a papá, y me parece que bajo su piel hay otra versión de sí mismo pugnando por salir. Pero logra contenerla, frenarla a la fuerza.

—Los pesimistas que miran el pasado y creen ver en él una mítica edad de oro del periodismo se equivocan —dice—. La edad de oro es la actual, y en el futuro lo será aún más. Candy ha hecho bien al concederle a Bob Tinder unos días de permiso por asuntos personales. Con el clima existente lo necesitaré en forma, a su mejor nivel, para mantener a raya a los chismosos y a los oportunistas. Nuestros detractores dan por sentado que Celestine se libraré de esta, que el Tribunal no es todo lo justo que debería ser, y que, como ella es la chica del hijo del juez, recibirá un tratamiento especial. Y eso es lo que pretendo, Celestine —agrega, triste, muy triste—. Haces feliz a Art, la única persona que lo ha conseguido desde que murió su madre, y sé que él haría lo que fuera por ti. Por desgracia, mis colegas, mi propia gente, también te consideran un peón en este juego, el ejemplo perfecto para demostrar a los escépticos que el sistema es justo, que incluso la nuera aparentemente perfecta del juez principal puede ser declarada imperfecta. ¡Estoy enfrentándome a los dos bandos, Celestine!

Apenas consigo tragar saliva.

—Y estoy de acuerdo con ellos en que nadie puede estar por encima del Tribunal —añade—. Nadie puede escapar a la justicia del Tribunal.

Me parece que la función del Tribunal no es administrar justicia, que su trabajo es meramente inquisitorial. Quiero declararlo en voz alta, pero sé que no debo hacerlo. No es el momento para mi lógica de blanco o negro, aunque... ¿no debería serlo?

—¿Comprendes ahora el lío en que estás metida, niña? —me pregunta Bosco.

—Niña. Eso es, soy una niña —salto de repente—. No pueden enviarme a la cárcel, no cumpliré los dieciocho hasta dentro de seis meses.

—Celestine, a los dieciséis ya puedes ser considerada imperfecta. En cuanto a la prisión, se puede retrasar la fecha de ingreso hasta que cumplas los dieciocho.

Bosco me había prometido que celebraríamos mi decimotavo cumpleaños en su yate. Pero ahora pasaré la primera noche de mi vida adulta en la cárcel. No me lo merezco. ¿O sí? ¿Acaso se lo merece alguien? Angelina seguro que no.

Miro al chico de la celda contigua preguntándome qué habrá hecho y cuánto tiempo llevará aquí. Bosco sigue mi mirada. Como si pudiera sentirlo, el chico alza unos ojos llenos de odio y clava una mirada dura, fría, en Bosco. Este le sostiene la mirada, pero lo hace con tanta repugnancia y desprecio que casi me entran ganas de disculparme en su nombre.

—No deberías estar aquí con esa basura —escupe. Y me alegra que el chico no pueda oírlo.

—¿Qué ha hecho?

—¿Él? Es imperfecto hasta la médula aunque ni siquiera lo sepa —responde con tono de desdén—. No necesito ver o escuchar las pruebas de su caso para saberlo. Puedo verlo en él. No es como tú, Celestine. Tú eres pura. No deberías compartir el futuro al que está destinado.

—¿Qué debo hacer? —pregunto con voz temblorosa.

—Repite la historia que hemos hablado, y cuando te pregunten por qué ayudaste al anciano a sentarse, di que no lo hiciste, que se sentó él solo.

—Pero... entonces castigarán al anciano.

—Claro que lo harán. Pero es viejo y está enfermo, puede que de todas formas se muera antes de dictar sentencia.

El anciano no se sentó. Hizo todo lo posible por permanecer en pie. Fui yo quien le ayudó a sentarse.

—No puedo...

—No puedes ¿qué? —dice Bosco clavando en mí su mirada.

—Mentir.

—Claro que no —acepta él, confuso, mirándome como si no me reconociera—. Si mintieras, demostrarías que eres una imperfecta. Nunca te pediría que mintieras —protesta como si lo hubiera insultado—. Es la única forma de que salgas libre, de que no seas marcada de por vida, de impedir que seas expulsada de la sociedad. La única forma. Aquí solo hemos comentado lo que pasó, y tú solo tendrás que confirmarlo ante la corte. Dirás bien alto y claro para todo el que quiera escucharlo, que la sociedad debe perseguir y condenar al ostracismo a la basura imperfecta. Esa es la misión del Tribunal y tú, en apoyo del Tribunal y de sus valores, actuabas según sus reglas. No ayudaste a un imperfecto, ayudaste al Tribunal y por extensión a la sociedad. Eso es lo que dirás. ¿De acuerdo?

Soy la chica modelo. Un bando quiere utilizarme para demostrar que el Tribunal no es imparcial. Y el Tribunal quiere utilizarme para demostrar que lo es. Soy la chica perfecta para mostrar a todo el mundo su poder. Quieren que alimente el miedo.

—De acuerdo —acepto con voz temblorosa.

Mi vista es esta tarde. El chico de la celda contigua, al que he decidido llamar Soldado, sigue sin hacerme caso. Estoy segura de que verme abrazar a Bosco no ha hecho nada por mejorar la opinión que haya podido hacerse de mí. La historia que Pia Wang ha estado difundiendo por televisión, en beneficio de Crevan, es que yo intentaba deshacerme del anciano del autobús, no que quisiera ayudarlo. Si el chico ha visto esos programas, y estoy segura de que sí, tiene un buen motivo para no querer mirarme siquiera. De eso solo puedo deducir que no es antiimperfectos y que debe de opinar que fui injusta. Si conociera la verdad, sabría que cuenta con una aliada en estas celdas. Sé que las mentiras de Pia quizá me salven la vida, pero no puedo evitar la vergüenza que me produce la percepción que se tiene de mí en el exterior. Siento el desagrado de Soldado a través del muro de cristal y no lo culpo, pero me pregunto si, de tener la misma oportunidad que yo de salir bien librado de esto, la aprovecharía.

Papá ha vuelto al trabajo y mamá se ha quedado conmigo. Ha traído una maleta llena de ropa para el juicio, y da la impresión de que ha ido a una tienda y comprado todo lo que había en ella. Soldado nos observa con expresión sarcástica, mientras mamá extiende las prendas sobre la cama. Agita la cabeza insatisfecha y vuelve a reorganizarlo todo. Soy consciente del revuelo que se produce en mi celda, mientras que él ha estado solo toda la mañana, pero intento apartarlo de mi mente y concentrarme en salvar mi propia vida.

—Mucho rosa, ¿no? —digo, al tiempo que estudio la selección.

—Tenemos rosa pálido, rosa bebé, rosa orquídea, rosa champán, rosa encaje, rosa cereza, rosa lavanda, rosa algodón de azúcar, rosa eléctrico...

Mamá describe los colores mientras señala las prendas y elimina las que no le gustan, devolviéndolas a la maleta. El rosa eléctrico, el rosa algodón de azúcar y el rosa encaje desaparecen de la cama. Los tops sugerentes con escote también quedan eliminados. Al final elegimos el rosa bebé, unos pantalones ajustados y una blusa de un rosa tan pálido que casi parece blanco, con pliegues en el centro, y un par de zapatillas planas. Caminar con tacones por el patio empedrado camino de la sala nos parece excesivo. Es como si quisiéramos provocar el desastre, y eso daría mala impresión ante las cámaras y el público histérico, que estarán pendientes de mí. Las zapatillas son rosadas y beis leopardo.

—Son encantadoras, pero también sugieren que es mejor no meterse contigo —dice mamá—. Recuerda que en este mundo la imagen lo es todo.

Tina, la celadora, llega con un hombre, una especie de maniquí viviente. Después, se va.

—Cariño, este es el señor Berry —explica mamá—. Él te representará. Nos lo ha recomendado el juez Crevan, dice que es el mejor. Representó a Jimmy Child.

Aquella especie de maniquí se mueve repentinamente. Me ofrece una enorme sonrisa, una sonrisa

que no me creo, una sonrisa tan falsa como la suave piel de su rostro. Del cuello hacia abajo parece tener sesenta años; de la mandíbula hacia arriba apenas treinta. Lleva un traje elegante, como si acabara de salir de las páginas satinadas de una revista. Zapatos brillantes, pañuelo perfectamente colocado en el bolsillo superior de la chaqueta, gemelos de oro para combinar con su corbata dorada... Su cara brilla allí donde los pómulos han sido retocados quirúrgicamente, y distingo el maquillaje que cubre su piel. Es perfecto, pero demasiado artificial para que confíe en él. Miro a Soldado, que desde su celda estudia a mi reciente representante con expresión de sospecha, y confieso que, una vez más, estoy de acuerdo con su instinto. Nuestras miradas se encuentran y sacude la cabeza antes de dirigirse al extremo opuesto del calabozo, tan lejos de mí como le es posible.

—Celestine, por favor... —reclama mi atención mamá, moviendo la cabeza en dirección al señor Berry, y caigo en la cuenta de que ni siquiera lo he saludado.

—Lo siento.

Me acerco rápidamente, como si me hubieran empujado.

—Tranquila, lo entiendo —dice él con una sonrisa que deja al descubierto unos dientes blanquísimos, pero en un rostro desprovisto de todo rastro de comprensión o afecto. Toma asiento, coloca su maletín sobre la mesa y lo abre tras manipular sus cierres dorados—. Lo de hoy solo es un trámite. No tendrás que decir o hacer nada, excepto negar la declaración del imperfecto. Entonces, fijarán una fecha para el juicio y te enviarán a casa.

Dejo escapar un suspiro de alivio.

—Celestine, muéstrate de acuerdo conmigo, haz lo que te diga y ambos saldremos adelante —añade, intentando tranquilizarme al darse cuenta de lo nerviosa que estoy—. He hecho esto un millón de veces.

No se me escapa que ha utilizado la palabra «ambos».

—Tu situación es única, por supuesto —prosigue—. Normalmente no tengo a todos los periodistas y a la MTV en la puerta de mi casa, ni siquiera cuando defendí a Jimmy Child. Pero, claro, las chicas jóvenes son más interesantes para los medios. En el caso de Jimmy, se mostraron más interesados por su esposa y su hermana que por él.

—¿La MTV?

—Eres una chica de diecisiete años, nacida y criada en un barrio respetable, sin problemas serios, novia del hijo del juez Crevan... ¿Quién no se interesaría por este caso? Además, intentan competir en la misma franja horaria de un nuevo *reality*, y parece que eres su nueva estrella. Representas a una generación obsesionada con todos los detalles de este caso, una generación flexible, moldeable, y que tiene más capacidad adquisitiva que cualquier otro sector demográfico. Cualesquiera que sean los zapatos que te pongas hoy, ellos querrán llevarlos mañana; cualesquiera que sean tus pendientes, a finales de semana estarán agotados; cualquiera que sea tu perfume, mañana ya habrá lista de espera para comprarlo. Será el efecto Celestine North. La industria de la moda y los complementos te adorará.

Habla tan deprisa que apenas puedo seguirlo y no deja de sonreír, por lo que me resulta difícil leer sus labios, que por otra parte apenas mueve.

—Todos los medios van a querer utilizarte para sus propios fines, recuérdalo. Eres la chica modelo del Tribunal y eres la chica modelo del Antitribunal; eres la chica modelo de la ropa que llevas y del lápiz de labios del que no dejarán de preguntar la marca. ¿Tu dieta incluye carbohidratos? ¿Cuántos abdominales haces diariamente? ¿Quién te peina? ¿Cuántos novios has tenido? ¿Te has operado las tetas? ¿Deberías operártelas? Los cirujanos plásticos harán cola para hablar de tu físico, Celestine North. Y yo me encargaré de todo eso porque afecta a la respuesta de la pregunta más

importante de todas: ¿eres una imperfecta?

No sé si espera una respuesta o no. Sencillamente me estudia con sus ojos de serpiente, que mantiene fijos en mí, así que no respondo. No le daré la satisfacción de preguntarme de dónde viene mi tozudez congénita.

—Todo el mundo está a la espera, deseando utilizarte en beneficio propio. Recuérdalo.

Todo el mundo, dice.

—¿Y cuál es su beneficio? —pregunto.

—¡Celestine! —exclama mamá, indignada—. Lo siento, señor Berry, pero Celestine tiene tendencia a interpretarlo todo de manera literal.

—No tiene nada de malo —asegura el señor Berry sin dejar de sonreír y de estudiarme, dando la impresión de que en realidad lo tiene todo de malo—. Como he dicho, lo de hoy solo es cuestión de procedimiento. Negarás los cargos, te irás a casa y esperarás el juicio de mañana. Mañana todo acabará. Ahora tienes que pensar en los testigos que puedes presentar para que valoren tu carácter. Padres, hermanos, amigos... Todos aquellos que estarían dispuestos a morir por ti, y ese tipo de cosas.

—Mi novio, Art, es mi mejor amigo. Hablará por mí.

—Encantador —susurra él, repasando sus documentos—. Pero no lo hará.

—¿Por qué? —pregunto sorprendida.

—Será mejor que me dejes a mí las preguntas. Pero ya que has hecho una, te responderé. El juez Crevan ha decidido que se mantenga al margen.

Advierto que se siente incómodo con esa decisión y comprendo el motivo. Bosco no puede pedirle a su hijo que mienta y diga que no ayudé al anciano a sentarse. Tiene sentido, aunque me decepciona profundamente no poder contar con Art. Lo necesito más que nunca, y me pregunto cuánto habrá luchado para poder declarar a mi favor... si es que lo hizo.

—De todas formas, no importa —prosigue el señor Berry—. No necesitamos escuchar que tu novio te cree perfecta, ya que todos los novios lo piensan de sus novias. Y si no lo piensan, mentirán. Sea como sea, no es un testigo de carácter válido. Demasiado parcial; lo comprendes, ¿verdad? Y no lo llamarán simplemente como testigo de lo ocurrido porque hay treinta personas ansiosas ante la oportunidad de hacerlo. Especialmente Margaret y Fiona, las dos mujeres involucradas.

Hecho humo en silencio. Pero me controlo y pienso.

—Mi hermana Juniper —digo.

—No —interviene mamá—. Juniper no subirá al estrado —agrega volviéndose hacia el señor Berry.

Intercambian miradas unos segundos, comunicándose en un idioma silencioso que no comprendo.

—¿Por qué? —pregunto.

—Ya hablaremos de eso después —responde sonriendo, pero avisándome con sus ojos de que no insista.

De modo que Juniper no hablará en mi favor. La paranoia me dice que se avergüenza de mí, que me ha dado la espalda. No mentiría por mí, o mis padres no dejarán que mienta. No quieren que la arrastre conmigo. ¿Por qué perder dos hijas cuando puedes perder solo una? Mi amargura me sorprende. Antes no quería que se metieran en líos; pero ahora que soy yo quien se encuentra metida en uno, me indigna que los demás se desentiendan.

—Tendrás más amigos, supongo —insiste el señor Berry—. Además de tu novio y tu hermana, quiero decir. Solo necesitamos uno.

Cuando la madre de Art murió, él se convirtió en toda mi vida. Y al pasar tanto tiempo juntos, nos

marginamos un poco de nuestros respectivos grupos de amigos. Supusimos que lo entenderían, pero también se sintieron un poco traicionados y abandonados. No obstante, sé que Marlena, mi mejor amiga desde la infancia, me apoyará a pesar de lo que haya podido sentir últimamente.

—Esta noche ya habrás salido —me asegura el señor Berry.

—¿No me retendrán aquí?

—No, claro que no. Solo lo hacen en casos especiales, aquellos en los que existe riesgo de fuga, como el de ese chico de la celda contigua.

Todos miramos a Soldado, y mamá se estremece visiblemente. Parece tan perdido, tan solitario, que no creo que tenga la mínima oportunidad.

—¿Quién lo representa? —pregunto.

—¿A él? Ha elegido representarse a sí mismo y lo está haciendo de pena. Casi podría decirse que quiere ser un imperfecto.

—¿Quién querría semejante cosa? —interviene mamá, apartando la vista de Soldado.

Pienso en los imperfectos con los que me cruzo a diario, la gente a la que no puedo mirar a los ojos, aquellos a los que esquivo dando un rodeo cuando se me acercan. Con sus cicatrices identificativas, sus brazaletes y sus posibilidades limitadas. Viven entre la sociedad, pero sin tener a su alcance todo aquello que puedan desear. Los ves en las paradas del autobús esperando para estar en casa a las diez de la noche, que es su toque de queda. Las once en verano. El mismo mundo y vidas muy distintas. ¿Quiero ser como ellos?

—¿Cómo se llama? —pregunto.

—No tengo ni idea —confiesa el señor Berry con tono de hastío.

Soldado está solo en su celda; yo estoy en la mía rodeada de ropa, de mis padres, de mi representante, incluso del juez principal. Debe de odiarme, pero es lo que tengo que hacer si pretendo salir de aquí con mi vida intacta. Una luz que ilumina mi camino. Podría estar en una posición peor, podría estar en su situación. Todo lo que me separa de eso es una mentira. Tengo que convertirme en imperfecta para demostrar que soy perfecta. Tengo que hacer todo lo que el señor Berry me dice que haga.

Tina me trae una bandeja de comida antes de que me toque cruzar el patio para presentarme ante el Tribunal, pero estoy demasiado nerviosa para comer. En la celda contigua, Soldado devora hasta la última migaja de comida, como si su vida dependiera de ello.

—¿Cómo se llama? —pregunto a Tina.

—¿Él? Carrick —responde, y le dedica la misma mirada de desdén que los demás, aunque a mí nunca me haya tratado de esa forma.

—Carrick —repito en voz alta. Por fin tiene nombre.

—Deberías mantenerte alejada de ese chico —me advierte entornando los ojos, suspicaz.

Ambas desviamos la mirada hacia él, y entonces siento el peso de sus ojos clavados en mí. Me aclaro la garganta, intentando comportarme como si no me importase.

—¿Qué ha hecho?

Tina vuelve a mirarlo.

—No necesita haber hecho nada —dice—. Los tipos como él son manzanas podridas. —Y centra su atención en mi bandeja—. ¿No vas a comer nada?

Niego con la cabeza. Ya comeré después, cuando llegue a casa.

—Todo saldrá bien, Celestine —me anima amablemente—. Tengo una hija de tu misma edad, me recuerdas a ella. No deberías estar aquí, pero esta noche ya habrás vuelto a tu casa, a tu cama, donde deberías estar.

Le sonrío en señal de agradecimiento.

—Me han llamado de arriba para una reunión, es la primera vez que lo hacen. —Pone una cara rara—. No sé si habré hecho algo mal. Volveré, no te preocupes. Lo estás haciendo muy bien, chica. Iremos a la sala dentro de media hora, así que come un poco.

No puedo tocar la comida. Aparece un guardia nuevo, Funar, que abre la puerta de la celda de Carrick y le dice algo. Sea lo que sea, Carrick parece ansioso, salta de la cama y se dirige a la puerta. Entonces, Funar se acerca a mi celda.

—¿Quieres respirar un poco de aire fresco?

Doy un respingo. Claro que sí. Abre la puerta y camino tras Carrick comprendiendo que es la primera vez que lo tengo tan cerca sin un cristal blindado de por medio. Los músculos de sus hombros son enormes, sus bíceps y tríceps parecen estar permanentemente flexionados. Al mirarlo, me siento culpable si pienso en Art. Funar intenta abrir la puerta lateral que conduce al exterior, pero está cerrada.

—¡Maldita sea! Tendré que ir a buscar la llave —masculla—. Sentaos ahí y no os mováis. Vuelvo enseguida. —Señala un banco adosado al muro, y tanto Carrick como yo nos sentamos, obedientes, uno al lado del otro.

No nos tocamos, pero estamos tan cerca que noto el calor de su cuerpo. Emanaba de su piel como de un radiador. Siento la tentación de hablar con él, pero no sé qué decirle, no me parece la persona más abordable que haya conocido. ¿Le pregunto sobre su caso? Es imposible entablar conversación con estos temas. Sigo inmóvil, intentando pensar en algo que comentar, intentando mirarlo de reojo cuando sé que no mira en mi dirección y, finalmente, estoy a punto de abrir la boca para hablar con él, cuando un grupo de gente dobla una esquina y entra en el pasillo donde nos encontramos. Son seis personas. Mujeres llorando, junto a hombres que también tienen los ojos enrojecidos. Pasan por delante de nosotros como la procesión de un funeral y abren una puerta situada junto a nosotros. Veo una pequeña sala con dos hileras de sillas. Están frente a un muro de cristal que llega hasta el techo y detrás del cual hay otra sala. En el centro de esta hay lo que parece un sillón de dentista, aunque mayor de lo normal. Al fondo, una pared con compartimentos metálicos. También veo a un guardia con quien me había cruzado anteriormente llamado Bark abrir uno de estos dejando al descubierto lo que parece el fuego de una caldera. Lo observo todo confusa, intentando deducir qué es aquello y para qué sirve.

Entonces, un hombre flanqueado por dos guardias pasa ante nosotros. Parece más aterrorizado que asustado, y ni nos mira. Debe rondar la treintena y lleva una bata de hospital, pero de color rojo, el color de los imperfectos. Lo hacen entrar por una puerta distinta de la que han franqueado las mujeres llorosas y que supongo conduce a la sala con el sillón del dentista. La Cámara de Marca.

Carrick y yo observamos la escena con curiosidad, pero la puerta se cierra de golpe, lo que me hace saltar, sorprendida, en mi asiento. Carrick se acomoda en el banco, cruza los brazos y se queda mirando al frente con una expresión seria en el rostro. Su mirada no invita a la conversación, de modo que decido permanecer callada, pero no puedo impedir sentirme inquieta por lo que pueda estar pasando en esa sala. Un segundo después, un grito horrible rasga el silencio, cuando la piel del hombre de la bata roja es abrasada por el hierro al rojo con la marca de los imperfectos.

Me echo a temblar. Miro a Carrick, que traga saliva nervioso, moviendo espasmódicamente la enorme nuez de Adán.

Funar regresa con una expresión petulante.

—Ya las he encontrado —canturrea, haciendo resonar las llaves en la mano—. Resulta que las tenía en el bolsillo.

Nos sonrío y abre la puerta que conduce al patio interior del castillo.

Carrick se pone de pie y se dirige hacia la puerta. Cuando está a punto de franquearla, mira hacia atrás, hacia mí, para comprobar si lo sigo.

A mi alrededor todo empieza a moverse, las paredes se cierran sobre mí, el suelo se alza a mi encuentro. Mi visión se torna borrosa. Me siento enferma. Carrick me observa con preocupación.

Y me desmayo.

Nunca llegamos a hablar.

Media hora después, me encuentro, con las piernas temblando, ante las enormes y ornamentadas puertas dobles de madera que se abren al patio. Por las veces que he visto las retransmisiones, sé que los acusados entran y salen de la Torre del Reloj para dirigirse a la sala del Tribunal, dando al público y a los medios de comunicación la oportunidad de verlos y expresar sus sentimientos. Papá y mamá están conmigo; mamá me coge de un brazo y el señor Berry del otro. Tina y Bark flanquean el grupo.

El señor Berry se ajusta la corbata.

—¿Está bien? —le pregunta a Tina.

Ella asiente y lanza una mirada significativa a Bark.

Tomo aliento mientras se abren las puertas, antes de enfrentarme a una visión y un bullicio para el que no estaba preparada. Lo primero que veo es una calabaza que vuela directamente hacia mí y me golpea en el pecho. Los abucheos y los silbidos llenan mis oídos y mi cabeza. El señor Berry empieza a caminar llevándome con él y, por un instante, percibo las dudas de mamá. Pero entonces, como si estuviera en una pasarela, da un paso al frente y se coloca a mi lado, me hace levantar la barbilla e intenta esquivar la harina, los huevos y los escupitajos que nos arroja el público.

El señor Berry no deja de darme órdenes sin abandonar su sonrisa. Sonríe, no sonrías, levanta la barbilla, no parezcas preocupada ni culpable, no reacciones, no hagas caso de ese hombre, cuidado con esa mierda de perro. Y siempre con su sonrisa perfecta, hoyuelo incluido.

Aprieto la mano de mamá y le echo un rápido vistazo. Va cogida del brazo de mi padre, cabeza alta, expresión completamente serena, cabello perfectamente peinado y rematado por un elaborado moño. Intento copiarla. Nada fuera de lugar. Compostura, inocencia, serenidad. Perfección.

Las cámaras me enfocan, los flashes me ciegan. Oigo algunas preguntas, otras no.

—¿Eres una imperfecta, Celestine?

—¿De qué diseñador es la ropa que llevas?

—¿Crees que tendrás un juicio justo?

—¿Esperas el mismo veredicto que Jimmy Child?

—¿Cuál es tu cantante favorito?

—¿Es cierto que te has operado la nariz?

—¿Qué opinas de la actual relación entre el gobierno y el Tribunal?

Pienso en todos aquellos que han hecho este recorrido a lo largo de las décadas, que han ido perfectos y regresado imperfectos. Un patio lleno de abucheos y condenas, empedrado de prejuicios, y lo único que se recuerda de él son los insultos y no el resultado. Me acuerdo de Carrick, que volvió esta mañana con la camiseta manchada de harina. Ahora sé el motivo. Para el resto del mundo representamos su peor pesadilla, chivos expiatorios por todo lo malo de sus vidas.

Las cámaras de televisión se centran en mi cara, y siento que jamás en mi vida he dado un paseo más largo. Micrófonos, burlas, abucheos, silbidos. Noto que me tiemblan los músculos de la cara y me pregunto si los demás lo advertirán. Echo un rápido vistazo a los rostros de la multitud. Son rostros de gente normal, pero que reflejan odio. Algunos solo están interesados en ver lo que ocurre, mientras que otros parecen desencajados de rabia. Una mujer me mira y asiente con la cabeza. Es un gesto respetuoso y le agradezco el esfuerzo.

Y, de repente, ya hemos entrado en el edificio.

—Creo que necesitamos convencer a la gente de nuestra historia —susurra el señor Berry, un poco alterado mientras sacude la pechera de su traje.

Tres jueces con togas rojas se sientan en un estrado que domina la sala, la mayor parte de la cual está ocupada por filas de sillas. No es la típica sala de un tribunal, sino el salón de actos del viejo castillo. No hay un solo asiento libre y, tras las sillas, se agolpa más público, de pie y apretujado. En un primer momento creo que se trata de la prensa, pero al fijarme mejor descubro que muchos llevan brazaletes y que son imperfectos. Están separados de dos en dos por un periodista o un espectador del público, tal como establecen las reglas de los imperfectos.

Me siento ante una mesa situada frente a las hileras de sillas con el señor Berry a mi lado.

Papá y mamá lo hacen en la primera fila, justo detrás de mí. No veo ni rastro de Juniper. Busco desesperadamente a Art, esperando que su mera visión me dé un chute de energía, pero no lo localizo y eso me rompe el corazón. En cambio, sí descubro a mi abuelo, y casi me echo a llorar. Me saluda tocándose ligeramente el ala del sombrero.

Bosco me pide que me levante.

—Celestine North —comienza—, te presentas ante este Tribunal acusada de ser una ciudadana imperfecta de este país por haber cometido un error de juicio, como resultado del cual afrontas la posible expulsión de la sociedad. ¿Te declaras culpable o inocente de esta acusación?

—Inocente —respondo. Mi voz suena diminuta en la enorme sala, y me alegra que todo haya acabado para mí. Eso es lo único que tengo que decir hoy, porque me tiemblan tanto las piernas que temo que me fallen en cualquier momento.

—Muy bien —dice Bosco—. Tomamos nota, y en el transcurso del proceso escucharemos tanto testimonios de los hechos como testimonios acerca de tu carácter. Ahora puedes marcharte a tu casa. Mañana por la mañana volverás a presentarte ante este tribunal para...

—Un momento, juez Crevan —interrumpe la jueza Sanchez—. El juez Jackson y yo misma quisiéramos presentar una moción para que la señorita North permanezca en nuestras celdas de retención hasta que se celebre el juicio.

Bosco parece sorprendido.

—Debido a la posición social de la señorita North y la atención despertada por este caso —continúa Sanchez—, creemos que la vuelta a su casa, a su vida, podría darle la oportunidad, o dársela a otros, de usar su situación y a ella misma en su provecho.

—Es la primera vez que escucho esa argumentación y me opongo —dice Bosco con rabia—. Solo mantenemos detenido a un acusado si hay riesgo de fuga, y ese no es el caso de la señorita North. Le sería imposible desaparecer dada la atención pública que ha despertado.

—Cierto, juez Crevan, pero, dada esa atención pública que menciona, nos gustaría que este caso no se convirtiera en un circo, en un espectáculo mediático.

—Pero si se queda en casa, sin hablar con nadie...

—Lo mismo le dijimos a Jimmy Child, y todos sabemos que esa prohibición no fue respetada.

Bosco parece tan enfurecido como si las palabras de su colega fueran una acusación personal.

—La señorita North no es el señor Child.

—No, no lo es, pero hemos aprendido de nuestro error. En interés del Tribunal, creemos que la acusada debe quedar confinada entre los muros de Highland Castle.

—Lo discutiremos en mi despacho, no es algo que deba ser...

—Propongo la moción —lo interrumpe fríamente la jueza Sanchez.

—Y yo la secundo —interviene el juez Jackson.

—Y yo me opongo —dice Bosco, perplejo por la evolución de los acontecimientos—. Solo es una niña.

—Cumplirá dieciocho años dentro de seis meses y su celda está separada del resto. Solo otro acusado de dieciocho años ocupa una celda contigua, que es lo mejor que tenemos dadas las circunstancias.

Bosco se queda mudo.

—Queda decidido, pues —anuncia la jueza Sanchez, golpeando con su mazo el taco de madera—. Celestine North seguirá en su celda mientras dure el juicio.

La sala estalla de furia.

El señor Berry, aturdido, observa a Bosco en silencio, mientras el resto de la sala bulle de movimiento.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —le pregunta mamá al señor Berry, que permanece tan inmóvil que da la impresión de que no la ha oído. Le sujeta la manga de su traje diplomático a rayas rosas—. ¿Cómo ha podido dejar que ocurra?

—Aquí hay algo raro —susurra, más para sí que como respuesta.

Me mira y percibo una grieta en su apariencia flemática. Detecto lástima en sus ojos y eso es algo que, viniendo de él, me aterroriza.

—Lo siento, señorita North —añade—, parece que los enemigos del juez Crevan también han decidido utilizarte como peón en su juego.

Cuando regreso a la celda, ni siquiera sé lo que me ha tirado la gente mientras cruzaba el patio. Carrick salta de su cama de inmediato. Está tan sorprendido de verme como yo de encontrarme otra vez aquí. Estoy mareada y confusa. Ya me he despedido de mis padres, y Tina me guía hasta la celda. Carrick me sigue con la mirada hasta que llego a la cama. Por primera vez desde que llegué, reclama mi atención. Quiere una explicación. Aunque es lo que deseaba hacer desde la primera vez que lo vi, ahora no puedo mirarlo. Todo el mundo pensaba que podría irme a casa, todo el mundo pensaba que me libraría de la acusación. Carrick también. Carrick creía conocer las reglas, pero las reglas han cambiado, y ansía saber más que nadie qué es lo que está pasando. Si me condenan a mí, también lo condenarán a él.

No me molesto en darle una explicación porque no la tengo. Estoy totalmente bloqueada. Me siento en la cama mirando al vacío, pero noto sus ojos clavados en mí. Está pegado al cristal que nos separa, presionándolo con las manos, casi ordenándome en silencio que lo mire.

Pero yo quiero a Art. Necesito a Art. Solo él puede hacerme sentir que todo se arreglará. Me tumbo en la cama de espaldas a Carrick, y no me muevo en toda la noche porque no quiero que nadie, ni siquiera él, me vea llorar.

Tras una noche de pesadilla, de rememorar los gritos angustiados del hombre en la Cámara de Marca, de soñar con lenguas sangrantes e imperfectos macabros persiguiéndome y arrancándome del cordón policial formado en el patio, despierto sintiéndome agotada, atemorizada y confusa por encontrarme todavía en la celda. Hoy testificaré en mi propio beneficio. Hoy contaré la mentira de Bosco. Es el Día del Nombre.

Estoy despierta desde las cinco de la mañana, pero no me levanto hasta las cinco y media. Y me pongo a caminar arriba y abajo como una fiera enjaulada, esperando a que el proceso dé comienzo. Carrick se despierta a las seis y se queda en la cama, contemplándome soñoliento bajo las sábanas. Al cabo de un rato se sienta en la cama con la espalda contra la pared, las rodillas levantadas y los codos apoyados en ellas, rutina con la que ya estoy familiarizada. Y eso hace que me sienta aún más frustrada. No tengo forma de esconderme de él, a menos que me encierre en el minúsculo cuarto de baño, pero es tan pequeño (sin duda adrede) que no puedo pasar en él más tiempo del estrictamente necesario.

A las ocho, se presentan Tina y Funar y abren las celdas para que vayamos a las duchas. Espero que Carrick no me haga caso, como ayer, pero me saluda con un movimiento de la cabeza y creo advertir que su mirada se ha ablandado un poco. Quizás el que no me hayan enviado a casa ha hecho que suba en su estima, y lo comprendo, siempre he sentido que él y yo estamos en esto juntos, desde el momento mismo en que lo trajeron a la celda. Ha tardado dieciocho horas en darse cuenta. Cada vez que he despertado durante la noche, temerosa y desorientada, he mirado hacia Carrick y de inmediato me he sentido tranquila y orientada. Ha sido el recurso para calmarme, quizá porque no había nadie más a mano. Ignoro si tener a alguien en este lugar que esté de mi parte es, sencillamente, una esperanza. Sé que esta conexión parece demasiado intensa para que se haya producido en tan corto tiempo, pero me siento como si estuviera en una olla a presión, y él es la única persona capaz de entenderlo. El que tengamos la misma edad ayuda a establecer esa conexión.

Le ofrezco una sonrisa de buenos días y él hace un ademán invitándome a que camine delante. Funar deja escapar un silbido de admiración, casi infantil, y Tina le ordena que se calle. Sonrío y miro hacia atrás para ver la reacción de Carrick. No sonrío, pero me parece ver un brillo burlón en sus ojos. Creo que son verdes. Nuestras miradas comparten un instante la diversión de la vergüenza de Funar al verse reprendido, y doy media vuelta para seguir a Tina. Me siento algo cohibida teniéndolo detrás de mí y espero que no nos hagan presenciar otra «lección» como la de ayer. Veo a Tina con nosotros y me pregunto si debería contarle lo que ocurrió mientras estaba arriba o si debería callarme como ha hecho Carrick. Quizás haya reglas en la valentía. De ser así, seguiré los pasos de mi compañero de cautiverio.

A él lo llevan hacia la izquierda; a mí, hacia la derecha. Después, me visto con ropa limpia y me

devuelven a mi celda. Carrick ya está en la suya, sentado a la mesa con un hombre regordete que viste un traje bastante andrajoso. Carrick, cuyo cabello todavía está húmedo y brillante, parece recién afeitado y lleva una nueva camiseta verde caqui. Seguro que mamá habría elegido otro color algo más cálido que resaltara el color de sus ojos, sea este el que sea, pero a mí me gusta. Es como un soldado que, lejos de pedir clemencia, busca pelea. Lo estudio mientras no me mira para averiguar de qué color son sus ojos, aunque no sé por qué me obsesiona este detalle. Supongo que porque los de Art son azul claro. Los ves a ellos antes que a él, es una de las cosas que más me gustan, mientras que los de Carrick parecen negros, aunque eso es imposible. Quizá sus pupilas están permanentemente dilatadas a causa de la ira.

El hombre regordete que está en la celda de Carrick tiene el rostro enrojecido y respira como si le costase hacerlo. Busca algo entre sus papeles. Discuten intensamente, pero no consigo oír lo que dicen. El hombre le explica algo, preocupado, y el rostro de Carrick refleja su rabia.

Se abre la puerta de mi celda. Es Tina.

—¿Quién es? —pregunto, señalando al hombre.

—Su asesor.

Advierto que nunca se refiere a Carrick por su nombre.

—Creí que se representaba a sí mismo.

—Así es, pero necesita ayuda. Hay papeles que rellenar y todo eso. Paddy es su mentor. De no tener al señor Berry, a ti también te hubiera correspondido uno.

Miro a Paddy, que parece a punto de sufrir un infarto, y doy mentalmente las gracias al señor Berry, a pesar de que en cualquier otra situación no confiaría en él ni pondría mi vida en sus manos.

—Alguien quiere verte. Te espera en la cafetería.

Mi corazón da un salto mortal. Art. Es Art. Lo necesito, necesito estar de vuelta en la Cumbre con mis piernas alrededor de su cuerpo, sintiendo el latido de su corazón contra mi pecho. Sé que en cuanto lo vea me calmaré, volveré a sentirme otra vez un ser humano y no un animal enjaulado.

Al pasar por delante de la celda de Carrick algo, un relámpago de color, atrae mi atención. No oigo nada porque el cristal es insonorizado, pero percibo algo con el rabillo del ojo. Me detengo, miro por un instante hacia el interior de la celda y de pronto veo una bandeja de comida estrellarse contra el cristal y copas, platos y comida caer al suelo. Un poco más allá está Carrick, el responsable de arrojar la bandeja directamente hacia mí, con el rostro deformado por la furia.

Me quedo anonadada. Obviamente, el blanco era yo, pero no tengo ni idea de qué habré hecho para merecerlo.

Tina me sorprende echándose a reír.

—Creo que ya se ha enterado.

—¿Enterado? ¿De qué?

—¡Bark! ¡Funar! —grita—. ¡Manzana podrida!

Funar aparece en la puerta del despacho de guardia y suelta un gruñido.

Tina se vuelve hacia mí y seguimos caminando.

—Se ha enterado de que su caso queda en suspenso hasta que no termine el tuyo —explica—. Es la cuarta vez que pasa. Primero por la doctora Blake, después por Jimmy Child y luego por Angelina Tinder.

—¿Cuánto hace que está aquí?

—Unas cuantas semanas.

—¿Semanas? —repito asombrada—. ¿Y cuánto más seguirá?

—Hasta que termine tu juicio —responde—. Existe el riesgo de huida y, como puedes ver, sufre

de estallidos de ira. No podemos arriesgarnos a soltarlo. Desde que llegó no ha dejado de causar problemas. Si no se comportase como un animal, su caso ya habría sido juzgado. Ahora ven conmigo a la cafetería, puedes aprovechar el viaje para desayunar —añade, y me empuja suavemente por el hombro.

Vuelvo la cabeza hacia Carrick. Me está observando fijamente con sus ojos fríos, las manos en las caderas, la barbilla levantada, respirando agitadamente, en pleno ataque de rabia. Tina lo ha llamado animal, pero no puedo culparlo. Dos semanas en este lugar y yo también me comportaría como él. Intento componer un gesto de disculpa, pero no estoy segura de cómo dárselo a entender, necesitaría palabras, y él y yo nunca hemos intercambiado ninguna. En parte camino y en parte corro empujada por Tina. Carrick me sigue con la mirada, inmóvil, probablemente deseando que no vuelva. Quizá sus ojos sean negros después de todo.

Mi corazón está a punto de salirse del pecho cuando llego a la cafetería y me encuentro con un ambiente absolutamente distinto del que he dejado atrás. Es como si hubiera llegado a la civilización, y apenas puedo creer que ayer por la mañana yo también podía circular libremente por donde quisiera. La gente está desayunando antes de ir a trabajar, montones de trajes oscuros, cabezas casi tocándose y tablets en cada mesa. Gente yendo y viniendo, cuando y a donde quieren. Y en algún lugar de esta sala se encuentra Art. Siento que se me encoge el estómago.

—Está por ahí. —Tina señala al fondo—. Volveré dentro de media hora, así tendrás tiempo de prepararte para tu gran momento.

Trago saliva solo de pensarlo.

Camino en la dirección que Tina me ha indicado buscando a Art, su cabello rubio platino, sus ojos azul turquesa, pero no lo veo por ninguna parte. Mientras paseo entre las mesas, soy consciente de todas las miradas centradas en mí. Cuando llego al final de la sala, miro a mi alrededor confusa y empiezo a desandar el camino.

Siento que una mano se cierra en torno a mi muñeca.

Me quejo, intentando liberarme. Una mano arrugada con venas prominentes me retiene con firmeza.

—¡Abuelo! —exclamo.

—¡Siéntate! —me dice con dureza. Pero su rostro es amable.

Lo abrazo rápidamente y me siento en la silla que hay ante él, feliz de verlo pero intentando ocultar mi decepción ante el hecho de que no sea Art. Me pregunto si no ha venido porque no le han dejado o porque no ha querido.

No veo al abuelo tan a menudo como solía desde que el último Día de la Tierra mamá y él discutieron. Es bienvenido a nuestra casa, pero solo cuando se le invita, y ya no se le invita tanto como antes. La abuela murió hace ocho años, y desde entonces vive solo en su granja.

Mira alrededor con actitud conspirativa y por una vez no lo achaco a sus paranoias, ya que la mayoría de la gente nos está mirando.

—Tenemos que hablar en voz baja —sugiere, acercando su cabeza a la mía—. ¿Has visto esto?

Busca en el interior de su chaqueta y saca un periódico. Está doblado longitudinalmente y lo desliza por la mesa hacia mí.

—No quieren que lo veas, seguro.

Abro el ejemplar y lo que veo me deja atónita. Mi foto ocupa prácticamente toda la primera página, dejando únicamente espacio para un titular y un aviso de que el resto del reportaje está en el interior. El titular reza: ¿EL ROSTRO DEL CAMBIO?

El abuelo desliza otro periódico hacia mí. Es una variación de la misma foto con el titular: NORTH.

—¿Qué? ¿Qué diarios son estos? —pregunto al no reconocerlos.

—Estos no los verás por aquí —susurra—. No son de Crevan. No es el dueño de todos, ¿sabes?

—No es el dueño de ninguno, abuelo. Son de su hermana Candy —lo corrijo, intentando leer los artículos.

—Solo nominalmente. Crevan está más involucrado con esos diarios que cualquier otro. También apareces en todos los periódicos de Crevan, aunque el enfoque es ligeramente distinto. En ellos eres la chica que protege a la sociedad de los imperfectos. Eres una heroína para ambos bandos, dependiendo de tu opinión.

Eso explica el nivel de odio que me encontré en el patio. He conseguido enfadar a todos los bandos que puedan imaginarse. Nadie viene a ver a un imperfecto a punto de ser juzgado para apoyarlo.

Las teorías conspiranoicas del abuelo son el motivo de la pelea con mamá. No le importaba que creyera en ellas estando solo, en su granja, en medio de ninguna parte, pero cuando las trae a tu casa, como ella dice, está trayendo el peligro a nuestro hogar. Especialmente si se sienta a la misma mesa que Bosco. Yo, en aquel momento, creía que sus comentarios eran divertidos, pero ahora comprendo de qué tenía miedo mamá.

Me resulta abrumador verme en la primera página de los diarios, leer las cosas que dicen de mí, el modo en que analizan y diseccionan cada uno de mis actos cuando yo, la protagonista de aquello de lo que están hablando, apenas pensé lo que hacía. Si realmente soy quien dicen que soy, ¿en qué bando creer? Ninguno de los dos me conoce en absoluto.

—Abuelo, ¿has hablado con Juniper? —pregunto—. ¿Sabes algo de ella? ¿Está bien? Me han dicho que no quiere testificar en mi favor. ¿Es que me odia?

—No la he visto, pero estoy seguro de que no te odia. Tu madre no me deja entrar en vuestra casa. Lo he intentado, pero cree que me he vuelto loco. Pero tengo todo esto... ¡estas pruebas! —Empieza a sacar trozos de papel de todos los bolsillos de su chaqueta; algunos son recortes y otros están cubierto de garabatos—. He estado reuniendo información que puede servirte de ayuda. Tu madre no quiere escucharme, pero tú tienes que hacerlo. Debes recordar dos nombres, Celestine: la doctora Blake y Raphael Angelo. Olvídate del señor Berry, ellos pueden ayudarte con tu caso. Tenemos que buscarlos y...

—Para, abuelo, por favor —le suplico amablemente, poniendo mis manos sobre las suyas—. Todo saldrá bien.

Intento parecer más tranquila de lo que realmente estoy. La Cámara de Marca me dejó conmocionada y sé que fue un aviso de alguien. No pienso ignorar la advertencia.

—Bosco está ayudándome —le susurro en voz muy baja—. Hemos hablado. Solo tengo que hacer lo que el señor Berry y él dicen, y todo irá bien.

Pero no para el anciano, me advierte mi conciencia, al que voy a acusar de quebrantar las leyes de los imperfectos, no para el hombre que me recordó a mi abuelo. ¿Cómo puedo hacerle algo así? Sé que tengo que activar mi «modo supervivencia», de manera que relego ese pensamiento al fondo de mi mente.

—Celestine, sea lo que sea lo que te haya prometido, no te fíes —dice mi abuelo—. Ayer lo traicionaron sus propios jueces. Sanchez y Jackson están hartos de él y de su doble rasero, y volverá a pasar. No están contentos con sus últimas decisiones. Creen que está utilizando su relación con los medios para sacar adelante las decisiones que le convienen, intentando convencerlos de sus creencias, por no mencionar lo que le hizo a la pobre esposa del director de ese periódico. Se está preparando

una guerra, Celestine, no dejes que te utilicen.

—Bosco nunca me utilizaría, abuelo.

—¿Crees en lo que hiciste, cariño? —pregunta, estudiándome.

Bajo la cabeza, pero vuelvo a levantarla al instante y asiento.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo? —añade.

—¡Tengo miedo de ser marcada como imperfecta! Temo el dolor, las cicatrices, el toque de queda, a los soplones, a perder a mis amigos, a que la gente se ría de mí, a que me mire con desprecio, a que piense que soy uno de ellos. Ayer hicieron que oyera a un hombre mientras lo marcaban, abuelo. Su grito fue tan desgarrador que jamás lo olvidaré —confieso, y me echo a llorar.

—Ah, cariño. —Toma mi mano y la acaricia—. Están jugando contigo, y lo sabes. Intentan manipularte. Todo tiene que ver con el control, el poder, la sociedad en la que vivimos.

Vuelve a sus conspiraciones paranoicas, pienso.

—Ven a vivir conmigo —me propone de repente, lleno de entusiasmo—. Es una vida sencilla, pero que puedes vivir como quieras. Nadie te vigilará por encima del hombro diciéndote lo que debes hacer o a quién tienes que amar. No habrá toque de queda ni dietas sin sentido. Podrás irte a la cama cuando quieras y levantarte cuando te dé la gana, comer lo que te apetezca y salir con quien te plazca. No será como en la ciudad, pero serás tan libre como puedas serlo.

—En el campo también hay soplones, abuelo —digo amablemente, agradecida por su ofrecimiento, pero eso es algo que ni siquiera he contemplado—. No puedo hacerlo. No puedo ser una imperfecta. Y añoro a Art. Dime, ¿lo has visto? ¿Han dicho algo sobre él en los periódicos? Creí que me visitaría, o que me enviaría un mensaje, o yo qué sé...

Me muerdo las uñas. El abuelo no aparta los ojos de mí, y detecto preocupación en ellos.

—Es que... No se trata de un capricho adolescente, ¿sabes? —sigo—. Lo nuestro es serio, tenemos planes. Hemos hablado de lo que queremos hacer cuando acabemos el instituto. Lo quiero de verdad.

Ni siquiera se lo he dicho a Art con esas palabras, pero lo haré en cuanto salga de aquí. Será lo primero que le diré porque ahora lo siento mucho más profundo, lejos de él, de lo que había sentido nunca.

El abuelo parece triste. Busca en uno de sus bolsillos y espero que saque otro diario, pero en lugar de eso desliza un sobre hacia mí.

—Esto es de su parte. No quería dártelo, Celestine. Esa familia no te conviene, y él tampoco. —Sacude la cabeza con pesar—. Eres mejor que ellos, pero no puedo jugar a ser Dios con tu vida. Debes tomar tus propias decisiones. Y tienes por delante unas cuantas muy importantes.

Asiento con la cabeza, sin escuchar apenas lo que está diciendo. Solo pienso en la carta, en irme de la cafetería para abrir el sobre y leer lo que Art me ha escrito.

—Piensa una cosa, cielo —continúa mi abuelo—. ¿Crees que cuando salgas de aquí tu amigo Bosco dejará que te acerques a Art, aunque no te condenen por imperfecta? Yo que tú me lo pensarías dos veces. Hazte a la idea, nada volverá a ser como antes.

Ya lo he pensado y enterrado en el rincón más oscuro de mi mente. Pero Art es lo único que me mantiene entera. Si lo pierdo, me hundiré irremediabilmente.

—Cuando hoy te presentes ante el Tribunal de la verdad, Celestine. Y si ellos dicen que eres una imperfecta, lleva la marca como una medalla honorífica. ¡Mira lo que dicen los periódicos! Estás en disposición de cambiar las cosas, y lo sabes. Hiciste lo que creías correcto, lo que te dictaban tus entrañas, y has servido de inspiración a mucha gente.

—¿Inspiración? ¿Yo? —Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas—. Ayer una anciana me escupió, abuelo. Una ancianita decente y agradable.

—Si te escupió, es que no tenía nada de decente. La gente que quiere cambios te está implorando que seas su chica. No dejes que el Tribunal te envuelva en sus malditas alas rojas y te haga creer que eres una de los suyos. No lo eres y nunca lo serás. Aprovecha la situación, Celestine, y sé la voz de aquellos a los que han silenciado.

Sus ojos brillan de excitación, llenos de lágrimas y esperanza por que su nieta sea la persona que él quiere que sea.

—No soy como Juniper y como tú, abuelo —respondo con tristeza—. No soy así. Yo cumplo con las leyes, me gusta la lógica y resolver problemas. No hablo si no me corresponde, y menos de cosas sobre las que no sé nada. No quiero destacar, quiero encajar. No quiero ser el estandarte de nadie.

—¡Oh! Pero ya lo eres, Celestine. La marea está cambiando, y tanto si sales libre como llevando la marca de imperfecta, nunca serás la misma mujer que llegó aquí. Todos te estarán observando, los de un bando y los del otro. ¿Y a quién prefieres que observen, a ti o a la chica que ellos desean que seas?

Hola, Chica Perfecta:

Espero que estés bien. No puedo creer que no te dejaran volver a casa, pero papá dice que está haciendo todo lo que puede por ti. Quería ir a verte, pero no me han dejado. Demasiada prensa y todo eso, ojalá lo comprendas. De todos modos, te veo en la tele todo el rato. Espero que lleves puesta la tobillera, para mí siempre serás perfecta. Haz todo lo que te digan papá y Berry y podremos volver a la Cumbre antes de que te des cuenta.

Estoy de tu parte.

Siempre tuyo,

ART

P. D.: ¿Qué le dice el elefante al hombre desnudo?

¿Cómo puedes respirar a través de algo tan pequeño?

Río nerviosamente, doblo la carta hasta convertirla en un cuadrado pequeño y me la guardo en el bolsillo. ¡«Siempre tuyo»! ¡¡¡«Siempre tuyo»!!! Bien, no es un «te quiero», pero se le acerca, ¿no? ¿No es lo mismo?

No miro a Carrick, que sigue tumbado en la cama de su celda, dándole la espalda a todo el mundo. Estoy segura de que aún me odia más de lo que ya me odiaba. Las palabras de Art me han dado esperanzas de que, cuando salga de aquí, él y yo aún podamos tener un futuro. Retengo esa idea. Me siento más animada, como si hubiese estado conectada al mundo real y todo este asunto fuera un malentendido fácilmente solucionable. Ni siquiera me doy cuenta de que el señor Berry y mamá entran en la celda. Entonces comprendo que es la hora.

—Verde —dice mamá, mostrándome el vestido más bonito que he visto en mi vida—. El color de la naturaleza, la juventud, la primavera y la esperanza.

El vestido no es enteramente verde. Tiene un estampado precioso de hojas verdes, flores, pájaros exóticos, una representación de la naturaleza, de cosas naturales y hermosas.

—También es el color de la envidia —señala el señor Berry, ajustándose su corbata verde de seda—. Y es el que veremos en todo imperfecto del país —añade con una sonrisa—. Porque, querida Celestine, es el día en que saldrás de aquí exactamente como entraste.

Me parece una mala analogía, no volveré a ser la misma. Aunque existe la posibilidad de que no se equivoque. Habré sido tan juzgada cuando me vaya como lo he sido al llegar. El abuelo tenía razón, esto nunca terminará.

Antes de dejar la celda, miro a Carrick buscando algo, una respuesta de algún tipo. Se ha erguido

en la cama y estudia mi vestido. Me siento como si estuviese desnuda, y no puedo moverme.

Me hace un gesto de asentimiento. Un «adiós», un «buena suerte», no sé, pero no parece enfadado. Y le devuelvo el gesto. Archivo su imagen en mi mente, consciente de que es la última vez que lo veo, ya que a partir de hoy nuestras vidas tomarán direcciones muy distintas.

Papá, mamá, el señor Berry y yo, flanqueados por Bark y Tina, contemplamos las dobles puertas cerradas que tenemos frente a nosotros. Algo está sucediendo, porque Bark y Tina empuñan escudos antidisturbios, y eso inquieta al señor Berry. Se ajusta el nudo de la corbata cinco veces como mínimo. Todos saben algo excepto yo. En cuanto se abren las puertas, veo que la seguridad y la multitud son el doble de lo que eran ayer, así como los representantes de los medios de comunicación. La multitud está contenida por una barricada, los hombres de seguridad llevan casco y sus manos enguantadas sostienen escudos antidisturbios. El ruido que surge de la multitud es insoportable. No consigo entender qué gritan, pero si se pudiera guardar el odio en una botella, esto es lo que uno escucharía cada vez que quitara el tapón.

Una lata de algo vuela ante nosotros soltando humo, los miembros de seguridad la bloquean y todos aceleramos el paso. Hoy mamá no titubea, mantiene la cabeza erguida y la barbilla en alto, y aunque me recomienda que no levante la mirada, me obliga a seguir caminando. Si no me siento fuerte por dentro, quiere que al menos lo aparente. Hay gente que me grita convencida de que soy imperfecta y gente que me grita porque odia a los imperfectos. Lo único que tienen en común es que me detestan y que han venido para verme marcada como imperfecta y expulsada de la sociedad. Nadie ha venido para apoyarme, solo para airear su frustración, para utilizarme como un saco de boxeo. No sé cómo va la campaña de Bosco y Pia intentando convencer a la gente de que soy la heroína del Tribunal, pero a juzgar por lo que veo, alguien está perdiendo. Yo.

A pesar de mi terror, miro a aquella gente. Si consigo poner rostros a los gritos, quizá logre sentirme mejor. Veo a Pia Wang informando desde una plataforma elevada, con su traje perfecto, su cabello perfecto y su maquillaje perfecto; en persona aún se parece más a una muñeca que vista por televisión. Una mujer de pelo corto me dedica un asentimiento de cabeza como hizo ayer. Un hombre de aspecto extraño me lanza un beso. Tiene algo familiar, pero estoy segura de no haberlo visto nunca. Lleva el cabello y la barba muy largos, al estilo hippie, pero parece demasiado joven para tener tanto pelo en la cara. Su sombrero es de lana y tiene la forma de un pequeño elefante. Las enormes orejas de este tapan las suyas y una trompa sobresale de su cabeza. Es algo muy extraño para un joven de su edad y para esta época del año en que no hace frío. Lo miro fijamente mientras me acerco a él, y en un momento dado me guiña un ojo. Son esos ojos azules los que lo traicionan. Es Art. Sabía que encontraría la forma de venir. Estoy a punto de tropezar, pero entre mamá y el señor Berry impiden que me caiga. Me acuerdo del chiste del elefante que mencionaba en su carta y sé que el sombrero es una referencia al mismo y que intenta animarme. No es algo que me haga reír en esta situación, pero lo agradezco y me cuesta reprimir una sonrisa.

—¡Celestine, soy Pia Wang, de News 24! —grita. La cámara me enfoca y veo que su piloto rojo está encendido—. Estamos en directo. ¿Puedes saludar al público que se ha quedado en sus casas?

—Sonríe —me ordena el señor Berry entre dientes, y alzo el rostro hacia la cámara de la plataforma elevada, dedicándole un pequeño saludo y una tímida sonrisa. Tampoco quiero que parezca que estoy disfrutando.

Al igual que ayer, me arrojan toda clase de objetos, pero los escudos antidisturbios hacen un buen trabajo bloqueando la mayor parte de ellos. Aun así, algunos consiguen impactar en mi vestido, pero

esta vez mamá está preparada y en cuanto terminamos de cruzar el patio saca un quitamanchas y en unos segundos vuelvo a tener un aspecto inmaculado. Una vez dentro, nos miramos, y queda claro que todos estamos alterados. El señor Berry pide un vaso de agua e intenta recomponerse. Mamá corre hasta el cuarto de baño.

Papá me lleva aparte.

—Cariño, pase lo que pase hoy, me sentiré orgulloso de ti. Y puedes estar segura de que siempre te querré —me dice con urgencia.

—Gracias, papá.

Mira alrededor con expresión tensa, dudando si debería añadir algo más o no.

—Dime, papá —le animo en voz baja.

—No hemos hablado mucho de lo que ha pasado; tu madre cree que es mejor así, pero necesito hacerlo. Es que... no quiero que pienses que, por culpa de mi trabajo, tú tengas que... que no puedas decir lo que sientes, ¿comprendes? —Su mirada es intensa. Parece agotado, como si llevara varios días sin dormir, y sus ojos están inyectados en sangre—. Bob se arriesgó en su trabajo, quiso expresar su opinión y... bueno, lo castigaron por ello. Angelina fue castigada por su culpa. Era un aviso para todos nosotros. Yo te defenderé pase lo que pase, Celestine, sin importarme lo que suceda después. Publicaré lo que quiera Crevan porque es mi trabajo y porque será mi forma de protegeros. A Summer, a Juniper, a Ewan y a ti, pero no será mi opinión, no seré yo. Tú haz lo que debas.

¿Ahora? ¿Ahora me dice eso? ¿Angelina Tinder fue marcada por las opiniones de Bob? Y aun así, en cuanto lo dice sé que en el fondo ya lo sabía, pero que tenía miedo de expresarlo en voz alta.

Trago saliva y asiento, un poco temerosa de la intensidad de su mirada, de la fuerza con que me sujeta el brazo. Sé que intenta ayudarme, pero me siento confusa sobre lo que cree que debería hacer. El plan siempre había sido mentir.

Para que no me declaren imperfecta he de traicionar al anciano del autobús.

Pero si soy fiel a mí misma, me declararán imperfecta.

Permanezco de pie en el pasillo, aturdida. Tengo diecisiete años, y aunque siempre me he peleado con mis padres porque me he creído más responsable de lo que ellos suponían, no me siento preparada para tomar esta decisión. Entro llena de dudas en la sala del juzgado. Lo que antes era un plan establecido y aceptado, ahora está borroso en mi mente. Ya ni siquiera sé qué es lo correcto. Yo, que siempre estaba tan segura. Mi blanco o negro es ahora algo vago y gris.

Busco a Art en la sala, aunque sé que seguramente se ha quedado fuera, disfrazado. Sin embargo, tengo esperanzas de que haya conseguido entrar con el público. Cuando miro hacia la parte trasera de la sala, no puedo creer lo que ven mis ojos. Carrick está allí de pie, con el rostro casi oculto por la gorra, los brazos cruzados y erguido como si fuera un guardaespaldas que vigila la puerta. Nuestras miradas se cruzan, pero ninguno de los dos reacciona. Tiene tras él a los imperfectos, como si ya se sintiera uno de ellos. Su presencia me conmueve y tengo que reprimir las lágrimas. Me pregunto si ha sido él quien ha querido acudir a mi juicio o si lo han obligado, al igual que nos obligaron a escuchar los gritos del hombre al que estaban marcando. Si lo han obligado, es que quieren darle otra lección para que sepa lo que le espera. ¿Está aquí para apoyarme o quieren asustarlo?

El abuelo me dedica una amplia sonrisa y alza los pulgares en señal de solidaridad. Juniper se sienta a su lado, encogida y aterrorizada, pero también me dirige una tímida sonrisa. Me alegra que esté aquí, me tranquiliza pensar que al menos no se siente avergonzada.

El juicio comienza con el primero de los testigos de mi carácter. Marlena, mi amiga desde que tenía ocho años. Está nerviosa pero es leal, y cuenta que siempre he sido un modelo de conducta correcta, incluso cuando ninguno de quienes me rodeaban lo era. Creo que me describe correctamente: lógica, leal, divertida y siempre obedeciendo las reglas. Es la primera vez en estos dos últimos días que me reconozco en la descripción que de mí hace otra persona, y me alegra que según esa descripción se me considere una persona aburrida tratándose de una adolescente.

—Señorita Ponta, ¿cree que el carácter de Celestine North es imperfecto? —le pregunta Bosco.

Ella me mira y veo lágrimas en sus ojos, pero su respuesta es firme.

—No. En absoluto.

—Gracias, señorita Ponta.

Papá testifica en favor de él mismo y de mamá, y cuenta cómo, cuando era más joven, en una ocasión me llevó a la emisora de televisión, y cómo tuvieron que echarme de la sala de montaje porque quería que todo fuera perfecto y no paraba de señalar imperfecciones y errores de continuidad.

—Celestine es una chica lógica —dice—. Tiene unas notas excelentes en Matemáticas y quiere estudiar Ciencias Exactas. Los exámenes parciales de diciembre muestran que puede conseguirlo, ya que ha obtenido más puntos de los necesarios. Es una joven brillante y un placer tenerla como hija. Le

gusta que todo esté en el lugar correcto. Se enfrenta a los problemas aplicando los teoremas adecuados, y los resuelve. Sigue las reglas. Siempre.

Miro a papá y sonrío. Esa soy yo.

La jueza Sanchez contempla a papá y sonrío también; sus labios están pintados de un rojo tan intenso que podría verse desde la luna. Pero su mirada es la de una persona astuta.

—Señor North, me gustaría señalar una cita de Kaplansky sobre las matemáticas: «Los momentos más interesantes no son aquellos en los que se demuestra algo, sino cuando se introduce un concepto nuevo.» Las matemáticas utilizan conceptos básicos, pero sus diversas aplicaciones nos llevan a cierto número de teorías abstractas. ¿Es ese el tipo de mente de su hija, señor North? ¿La mente que crea nuevas teorías y nuevos conceptos, que corre riesgos y le gusta ir contra la corriente?

Papá se lo piensa y me mira antes de responder.

—No. Yo no diría que Celestine es el tipo de persona que va contra la corriente. Nunca.

Comprendo lo que quiere decir. Ir contra la corriente en estas circunstancias sería ir contra mí misma. Nunca he sido la clase de persona que actúa en contra de sus creencias. Me está diciendo que siga los dictados de mi corazón.

La jueza Sanchez sonrío de nuevo. Sé que ha entendido lo mismo que yo.

—¿Y ahora, señor North? —pregunta con un tono dulce, meloso—. Nuestros hijos siempre tienen la habilidad de sorprendernos, cambian sin que lo advirtamos.

Papá vuelve a mirarme, y parece que me viese por primera vez. Me pregunto qué demonios va a contestar.

—Lo que la jueza Sanchez le pregunta, señor North —interviene Bosco, molesto—, es si cree que el carácter de su hija, Celestine North, es imperfecto.

—No, señor —responde papá, dirigiéndose directamente a él—. Mi hija no es imperfecta en ningún aspecto.

Noto que lucha por que su voz no transmita la rabia que lo consume. Sé que desearía saltar y gritar y chillar y pelearse con cualquiera que esté cerca de él.

—Gracias, señor North.

Después, Margaret y Fiona consiguen su minuto de gloria. Cuando escucho su testimonio, me da la impresión de que no hablan de mí, sino de otra persona. Nunca he sido tan valiente. Es como escuchar a un grupo de payasos chapurrear algo completamente ilógico. Lo que cuentan sobre las leyes de los imperfectos y sobre nosotros no tiene sentido para mí. Solo me confirman que tuve motivos para hacer lo que hice en el autobús. De no hacerlo, habría significado que soy uno de ellos.

La intervención del señor Berry no resulta la actuación estelar que me esperaba que fuese, nada que ver con un abogado de película. No se pasea arriba y abajo como si bailara, soltando frases ingeniosas que ridiculizan o ponen en evidencia los testimonios en contra. Es perfectamente sencillo y normal, lo que lo hace mucho más creíble. Pero es rápido y agudo, cambia de tono y matiz tan velozmente que creo que ni siquiera Juniper podría igualarlo. Las mujeres desconfían de él, pero no pueden evitar que les caiga bien. Es encantador y se interesa por ellas, no las llama mentirosas... todavía. Comparte con ellas la teoría creada por Bosco, según la cual yo intentaba proteger del imperfecto a la gente del autobús.

Las obliga a pensar.

La primera mujer, Margaret, admite que la teoría es posible; la segunda, Fiona, se muestra firme en que no fue así.

—Me da igual lo que argumente la defensa —dice Fiona—. No conseguiré lavarme el cerebro, sé lo que vi —añade, y me señala con una de sus muletas—. Esa chica ayudó al imperfecto a sentarse.

El público estalla de furia ante la acusación, y varios miembros de los medios corren a enviar sus reportajes.

Bosco anuncia que la grabación de la cámara de seguridad del autobús, grabación que el Tribunal había solicitado, es borrosa e incompleta, y no puede ser admitida como prueba. No tengo duda de que Bosco ha manipulado las cosas en mi favor y borrado la prueba que podría haberme perjudicado. Después, hace constar que el testimonio de las dos mujeres es solo el punto de vista de los que viajaban en el autobús y no algo que hayamos presenciado. Supongo que si hubieran podido hacerlo, habría sido nocivo para mí. Al menos, así pueden creer a las testigos o no creerles, y tomar su propia decisión. Doy las gracias por que haya pergeñado ese engaño.

Mientras todo el mundo habla del anciano, me doy cuenta de que ni siquiera sé su nombre. Nunca lo pregunté y nadie lo ha mencionado hasta ahora, como si no importara. El caso se basa en él y, aun así, se ve apartado como si no fuera nadie. No quiero preguntárselo al señor Berry, no quiero que parezca que siento lástima de él o que simpatizo con los imperfectos. Necesito que el señor Berry crea en mí más de lo que cualquiera me ha creído jamás.

Cuando se hace una pausa para el almuerzo, me vuelvo rápidamente hacia mi abuelo antes de que me lleven.

—¿Puedes conseguir información del anciano? —le susurro al oído.

Asiente, y sé que no me fallará.

Tras el espectáculo todo el mundo vuelve a su rutina diaria, y los periodistas siguen informando desde el exterior. Agradezco que podamos esperar en una sala cercana a la del juicio, y así no tener que cruzar de nuevo el patio enfrentándome a la multitud furiosa.

Me siento con mis padres, Juniper y el señor Berry en la sala de espera, picoteando de una bandeja de embutidos y tostadas, sintiéndome al mismo tiempo muerta de hambre e incapaz de dar un bocado. Agradezco la compañía, pero no tengo ganas de hablar. Al menos, me siento feliz por estar lejos del tumulto, lejos de la atención no requerida, sin tener que preocuparme por ser analizada hasta en los mínimos detalles, por la expresión de mi rostro, mis reacciones, cómo me siento, cómo camino...

No podría resistirlo.

Tina entra en la sala y me entrega un sobre. Sé que es del abuelo. No me ha fallado. Desconocedores del remitente, mamá y el señor Berry lo miran como si fuera una granada de mano, que es el efecto que tiene en mí cuando leo su contenido.

Lo que descubro en la nota del abuelo es esto: Clayton Byrne, el anciano del autobús, fue consejero delegado de Publicaciones Beacon. Licenciado en Literatura Inglesa por la prestigiosa Universidad de Humming. Conoció a su esposa en la universidad y se casó con ella a los veintiséis años. Tuvieron cuatro hijos. Se convirtió en consejero delegado de Publicaciones Beacon a los cuarenta y dos, y en su momento fue alabado por su liderazgo, su ingenio y su habilidad para mejorar la situación de la compañía. Corrió demasiados riesgos, pero salió airoso de todos excepto de uno. A causa de ese fracaso por el riesgo corrido fue obligado a dimitir de su cargo y, para servir de ejemplo a todos los empleados actuales y futuros de la compañía, llevado ante el Tribunal y declarado imperfecto. Por su mal juicio en los negocios fue marcado en la sien, y como mintió a sus colegas e intentó ocultar sus fallos, también en la lengua. Es un hombre educado, un respetado hombre de negocios en su tiempo y padre de cuatro hijos. Su esposa murió hace dos años y en la actualidad él padece un enfisema. Ese día había salido de casa sin su botella de oxígeno.

Por fin me toca declarar. La sala está abarrotada. Veo a Carrick al fondo, con los brazos cruzados, junto a la mujer de pelo corto que me hizo un gesto de asentimiento en el patio. Juniper está en primera fila, al lado del abuelo. Este me mira fijamente hasta que asiento con la cabeza, como reconocimiento de que he recibido su nota. Todavía no hay rastro de Art, aunque pensar que sigue fuera, disfrazado, es mejor que nada.

—Ya conocemos los hechos que tuvieron lugar en el autobús —comienza la jueza Sanchez—. Estos días hemos escuchado una y otra vez el relato de lo ocurrido, y podríamos pasarnos tres o cuatro días más oyendo los testimonios del resto de las treinta personas que presenciaron la escena. Tu representante, el señor Berry, nos ha dicho que aceptas esos testimonios y este tribunal te agradece tu comprensión y el que respetes su tiempo, así que no te pediremos que vuelvas a relatarnos lo sucedido. También comprendemos que la única diferencia entre su historia y la tuya reside en el hecho de que ellos afirman que ayudaste al anciano, mientras que tú aseguras que intentabas librarlos de él. Y mientras que la mayoría asegura que lo ayudaste a sentarse, tú argumentas que se sentó él solo. ¿Es eso cierto?

Aspiro profundamente antes de responder.

Pero, de repente, se produce en la sala un estallido de ruidos y exclamaciones. Cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, se han puesto en pie y gritan, agitando los puños y señalándome. Me llaman mentirosa. Lo gritan una y otra vez.

—¡Orden! —exige Bosco, golpeando la mesa con su mazo—. ¡Orden!

—Si no guardan silencio, serán expulsados de la sala —amenaza la jueza Sanchez, gritando a pleno pulmón.

Los dos hombres y una de las mujeres se calman y vuelven a sentarse, pero la otra continúa.

—¡Nuestro padre es un buen hombre! ¡Nuestro padre no hizo nada! ¡Nuestro padre obedece las leyes! ¡Eres una mentirosa, Celestine North, debería darte vergüenza! ¡Deberías sentir asco de ti misma!

Los guardias corren hacia ella y, en cuanto le ponen las manos encima, los otros tres saltan para defender a la que debe de ser su hermana. Estoy a punto de decirles que lo siento a los hijos de Clayton Byrne, pero me quedo muda y mi corazón se desboca.

—Lo que estás haciendo no es justo —grita uno de los hijos, señalándome.

—Le recuerdo que debe permanecer en silencio —dice la jueza Sanchez—. Un grito más y será expulsado de la sala.

Los cuatro se callan y se sientan. Una de las hijas empieza a llorar y la otra la consuela.

Noto que me palpitan las sienes y mi respiración se vuelve irregular. Todos los ojos están fijos en mí, juzgándome, pensando lo mismo que los hijos de Clayton Byrne. Eso demuestra que no soy imperfecta, pero me hace sentir menos que perfecta. Me hace sentir mal.

—¿Estás bien, Celestine? —me pregunta el señor Berry.

Recorro la sala con la mirada, buscando a aquellos a quienes les estoy fallando: el abuelo, Juniper, papá, incluso Carrick —que ya debe de ser consciente de que estoy mintiendo—, y la mujer de pelo corto que ayer y hoy me expresó su respeto. Art, que me espera fuera, en algún lado, y que me dijo exactamente lo mismo que el señor Berry, y yo misma, somos aquellos a los que fallaré si admito que soy una imperfecta. Somos muchos menos.

—¿Podría mi cliente beber un poco de agua? —solicita el señor Berry.

Mi mente galopa a toda velocidad, mientras veo que llenan un vaso de agua y me lo traen. Tomo un sorbo y de repente advierto que el señor Berry intenta llamar mi atención. Los jueces me estaban hablando y no los escuchaba.

—Lo siento, ¿qué decían? —pregunto, volviendo a la sala.

—He dicho: ¿qué pensaste, Celestine? —repite la jueza Sanchez, mirándome por encima de la montura de sus gafas rojas, a juego con su pintalabios—. Es una pregunta sencilla.

Es la pregunta que me hizo mamá, que me hizo el abuelo, que me han hecho incontables personas. ¿Qué pensé? Nunca supe qué respuesta darles, pero ahora lo sé. Aunque no es la respuesta ensayada con el señor Berry, es la única que soy capaz de pronunciar.

—Pensé en mi abuelo. Aquel hombre me recordó a mi abuelo.

Y, de repente, la sala parece quedarse sin aire porque no se oye ni un solo ruido. Veo a Carrick erguirse, alerta. Y ahora distingo sus ojos, antes semiocultos por su gorra. Me está taladrando con la mirada, y en esta hay algo que hace que me sienta más fuerte.

—Ese anciano se llama Clayton Byrne —anuncio, acercándome al micrófono. Es la primera vez que se pronuncia su nombre—. Cuando el señor Byrne subió al autobús, por un momento lo confundí con mi abuelo... —Pienso en cómo me sentí cuando empezó a toser—. Tosía cada vez más, hasta el punto que creí que se moría. No me importó si era imperfecto o no. Solo vi a una persona, a un ser humano que me recordaba a mi abuelo y al que nadie ayudaba. Usted me ha preguntado en qué pensé, yo le respondo lo que sentí... Sentí compasión. Y lógica. Él no podía sentarse sin quebrantar la ley, de modo que le ayudé a hacerlo. —Y alzo aún más la voz para que todos me oigan, intentando que comprendan—. En aquel momento creí que era lo correcto.

Indignación. Paranoia. Ruido. El pam-pam del mazo.

Miro alrededor y solo veo locura. Los periodistas se pelean por salir de la sala para enviar sus exclusivas, y el público se ha puesto de pie maldiciéndome y amenazándome con los puños en alto. Mis seguidores se sienten traicionados. Veo a mi amiga Marlena hundir el rostro entre las manos; respondió por mí y no he respaldado su testimonio. Los imperfectos, al fondo, parecen genuinamente conmovidos, algunos furiosos por haber llevado tan lejos una historia falsa, por haber permitido que el nombre de Clayton Byrne fuera mancillado una y otra vez. Mi madre está llorando sobre el pecho de mi padre, que rodea sus hombros con un brazo y con el otro los de Juniper, que mira al suelo anonadada.

En medio de la algarabía, el abuelo se pone en pie y me aplaude, exhibiendo una sonrisa de orgullo en el rostro. Me concentro en su mirada, en su expresión, mientras que mi cuerpo y mi mente intentan digerir lo que acabo de hacer.

Los tres jueces no dejan de golpear la mesa con sus mazos, intentando hacerse oír por encima de los gritos del público. Y de los de sus colegas.

Los imperfectos están emocionados; para ellos es una victoria. Se abrazan, pero cuidando de hacerlo de dos en dos para no contravenir la regla. La familia del anciano se apiña, llorando de alegría por que se haya limpiado el nombre de su padre. No espero que me demuestren gratitud por algo que debería haber hecho desde el principio.

Veo a Carrick en la última fila. Se ha quitado la gorra y permanece erguido, firme, inmóvil, excepto por un asentimiento de la cabeza en apoyo a mí, con sus ojos fijos en los míos. Me concentro en él. Por una vez no me juzga, por primera vez no se burla de mí. No me daba cuenta de lo mucho que ansiaba su respeto, pero ahora lo sé. Aunque nunca hayamos cruzado una palabra, sabía lo que pensaba y estoy de acuerdo con él. Lo sé porque, a pesar del terror que ruge en mi interior por lo que va a pasar, me siento satisfecha.

Me concentro en Carrick, incluso mientras Tina y Bark me llevan con ellos. Lo veo tranquilo, fuerte y silencioso como una roca.

Tina y Bark me sacan del juzgado y me llevan a la sala de espera donde poco antes nos sirvieron la comida. Tras lo ocurrido, la cabeza me da vueltas. Todo me parece irreal y necesito que alguien me ayude a revivirlo, a recordarme lo que ha pasado. ¿Qué he dicho?

Noto que Tina me sujeta del brazo con más fuerza de la normal. Su mirada es dura.

—¿Tina? —digo, y percibo el terror en mi voz. Mi primitiva seguridad y mi bravuconería, si así pueden llamarse, han desaparecido. He aprendido que ser valiente es sentir miedo por dentro a cada paso, a cada instante. El valor no se rinde, pelea y lucha con cada palabra que pronuncias y cada paso que das. Es una batalla o una danza que te penetra. Se necesita valor para vencer, pero se necesita un miedo extremo para ser valiente.

Tina me ignora, intenta deliberadamente no mirarme, pero veo su ceño fruncido, como diciéndome: «¿Tienes idea de lo estúpida que me has hecho parecer? Creía en ti. Le dije a todo el mundo que eras una buena chica.»

—Tina, lo... lo siento... No sé qué me...

—Ya está hecho —me interrumpe.

Me lleva hasta la celda. Miro alrededor, insegura de lo que pueda pasar al segundo siguiente. Bark cierra las puertas. Oigo el sonido de la cerradura y me quedo sola. A continuación percibo pasos que se acercan, pasos pesados, urgentes. Permanezco en medio de la celda y me abrazo a mí misma.

—¡Abran! —oigo que grita Bosco.

Doy un respingo.

La puerta se abre y veo el relampagueo de una capa roja. Es Bosco, pero no el Bosco que he conocido. Su rostro es como un rugido que equipara la rabia que traslucen sus movimientos.

—¿A qué diablos creías estar jugando? —grita, aturdiéndome, en un tono que nunca le había oído.

Tina le dirige una mirada nerviosa y cierra tranquilamente la puerta, dejándome a solas con él.

—Bosco, yo...

—¡Juez Crevan! —aúlla—. A partir de ahora siempre me llamarás así, ¿entendido?

Asiento, a punto, creo, de volverme loca.

Parece advertir el efecto que está causando en mí y se calma un poco.

—Celestine —prosigue, bajando el tono de voz—, me diste tu palabra. Hablamos sobre lo que haríamos. Puse mi palabra y mi carrera en peligro por ti, y me has traicionado.

—Yo... no quise... Quiero decir, no pensé... —tartamudeo, pero me impide seguir.

—No, no pensaste una maldita mierda, ¿verdad? —dice lentamente, perdido en sus propios pensamientos. Me alegra haber dejado de ser el blanco de su ira—. Ahí fuera están disfrutando de lo lindo, tanto el público como mi propia prensa. Una chica de diecisiete años, bien educada, envidia de otras chicas educadas, que yo mismo he educado, habla en su juicio y admite que se siente orgullosa

de ser imperfecta. ¿Tienes idea de lo que eso supone? ¿De lo peligroso que es? Esto puede crear toda una generación de imperfecciones, codicia y errores. —Deja de pasear y se planta frente a mí. Me extraña que siempre me pareciera guapo, porque ahora lo encuentro desprovisto de cualquier atractivo—. ¿No entiendes que no todo es por ti, Celestine? Se trata de asegurar el futuro de nuestro país, un país responsable, un país perfecto. Con líderes ética y moralmente competentes, capaces de tomar decisiones puras y de guiarnos a tiempos más prósperos. ¿No lo entiendes?

Lo tengo frente a mí, exigiendo respuestas y explicaciones en las que soy incapaz de pensar.

—No quería que ellos te tomaran como ejemplo, quería que estuvieras de nuestro lado.

— Lo estoy, Bos... juez Crevan —me corrijo rápidamente—. Y no creo que tengas que preocuparte por el efecto que yo pueda causar en la gente. No soy una motivadora. No podría liderar a nadie, ni aunque me lo propusiera. Solo quiero ser normal. Quiero encajar, quiero estar con mis amigos, quiero irme a casa. No quiero que nadie me tome por lo que no soy —aseguro con lágrimas en los ojos—. Sabes cuánto amo a Art, sabes cuánto me gusta ser parte de tu familia, nunca haría deliberadamente nada que pudiera haceros daño. Siento mucho haberte avergonzado y siento haberte causado problemas, pero no podía hacerle eso al pobre anciano, no podía dejar que fuera castigado por algo que no hizo, que hice yo.

—¿Quién? —pregunta, confuso.

—Clayton Byrne, el imperfecto.

—¿Es que nadie te lo ha dicho? Ha muerto, Celestine. Murió anoche en el hospital. Ya te dije que no viviría para sufrir el castigo.

—Oh.

¿Todo ha sido en vano?

—Su familia no debería haber estado presente en la sala —añade—. Yo no lo hubiera permitido, ha debido de ser Sanchez. Está jugando conmigo y Jackson la apoya. Ya hace tiempo que conspira contra mí, pero esta vez se ha superado. Ha escalado hasta un nivel superior.

El sudor gotea de sus cejas. Nunca lo había visto así, ni siquiera en los días más cálidos, cuando se encargaba de su barbacoa. Su cabello empieza a pegarse a las gotas de sudor que cubren su frente. De nuevo deja de pasear y me mira desesperado, acercando su rostro al mío.

—¿Te arrepientes, Celestine?

—¿Qué?

—Aún podemos invertir la balanza. Será difícil, pero Pia puede lograrlo. Crearemos un *reality show*. Ella te seguirá allí adonde vayas y le mostrará a todo el país lo perfecta que eres. A todo el mundo. ¿Sabes que otros países hace tiempo que nos observan y ven con buenos ojos nuestro sistema? Yo podría convertirme en el presidente del Tribunal Global. Esta misma semana iré a Bruselas. No podías haber elegido un momento peor, Celestine. —Su mirada vuelve a ser salvaje, desesperada, intensa. Terrorífica. Art no puede ser hijo de este hombre, no veo en él ningún rastro del Art que amo—. ¿Te arrepientes?

—Yo... no... no puedo... No puedo volver allí y retirar lo que he dicho. Sería algo completamente ilógico. ¿Quién confiaría en mí?

Llegué a considerar a Bosco como mi guía. Creí que lo sabía todo, que era perfecto. Y me sorprende lo que veo ahora, un conspirador lleno de pánico, desesperado por conservar su tambaleante poder. Intenta aferrarse a una varilla tan delicada que se partirá al menor contacto y quiere utilizarme para consolidar su poder. El abuelo tenía razón.

—No puedo. Lo siento —añado—. ¿Me dejarás explicárselo a Art?

Su rostro se endurece y me preparo para otro estallido de cólera. En cambio, me habla en voz tan

baja que tengo que concentrarme para entender lo que dice.

—Deliras si crees que voy a dejar que mi hijo vuelva a acercarse a ti. No importaba que el Tribunal te declarase imperfecta o no, no tenía ni tengo intención de que vuelvas a verlo, sobre todo ahora que eres imperfecta, Celestine North, imperfecta hasta la médula.

Da media vuelta, con su capa roja flameando tras él, y empieza a aporrear la puerta de la celda para que le abran.

Unos minutos después Tina abre la puerta, acompañada de una nueva guardia.

—Ya están preparados. —Y pensando, quizás, en su hija, baja el tono de voz—. Esta es June.

—Bark está preparando sus instrumentos —anuncia June—. Quiere que estén muy calientes para tu preciosa piel.

Miro a Tina, horrorizada, y me doy cuenta de que ella a su vez mira furiosa a June. Me detengo, aterrorizada, pero ellas me empujan.

—Vamos, sigue caminando —susurra Tina.

Las piernas me tiemblan. Me derrumbo, pero Tina tira de mí.

—No vas a ser marcada todavía, Celestine. Primero tienen que leerte el veredicto.

Me fallan las fuerzas. Me conducen por un laberinto de pasillos como si fuera una muñeca de trapo. Nos detenemos ante una nueva puerta. O quizá no es nueva, no lo recuerdo. Estoy aturdida.

—¿Preparada? —pregunta Tina.

—No.

La puerta se abre y la sala explota.

La primera persona que veo es Carrick, plantado en el mismo lugar que antes, al fondo de la sala. Se yergue al verme, gira en mi dirección y me sigue con la mirada mientras me dirijo a mi asiento. Siento respeto por él, esta noche no volveré a mi celda.

La sala está calurosa y atestada. Percibo el sudor y la excitación, mi vida se ha convertido en la diversión de los demás. Veo a una mujer ofrecerle una bolsa de dulces al hombre que está a su lado. Se los comen viéndome pasar, taladrándome con la mirada de arriba abajo como si yo a mi vez no pudiera verlos.

Tomo asiento junto al señor Berry.

—¿Qué está pasando? —le pregunto.

Se encoge de hombros, al parecer tan confuso como yo.

—Señorita Celestine North, póngase de pie —ordena Crevan.

Obedezco, aunque las piernas me tiemblan. Mamá se aferra a papá. Mi abuelo estruja su gorra entre las manos. Tiene los nudillos blancos.

Soy la única que permanece de pie en toda la sala, y comprendo que así será mi vida, el resto de ella. Estaré sola, marcada como imperfecta para siempre a causa de un acto de compasión.

Oigo abrirse las puertas y los tres jueces alzan la vista.

—¡No lo hagas! —grita alguien desde la entrada.

Es Art. Doy media vuelta.

—Art... —balbuceo con voz temblorosa.

—Orden en la sala —ordena el juez Crevan, golpeando la mesa con su mazo.

—¡NO LO HAGAS! —vuelve a gritar Art.

—Llévenselo de aquí —dice Crevan con la cabeza baja, removiendo nerviosamente sus papeles.

Dos miembros de seguridad sujetan a Art por los brazos, y él grita y se resiste mientras lo sacan a rastras de la sala. Aparto la vista, dolorida, y vuelvo a mirar al frente.

—¿Sigo yo? —pregunta la jueza Sanchez a Crevan. Su voz es tranquila y dulzona.

—¡No! —Me mira, y advierto que sus ojos están inyectados en sangre. Va en serio—. Celestine North, tu supuesta valentía ante el tribunal nos sugiere tu deseo de servir de ejemplo, y eso es algo que no nos tomamos a la ligera, sobre todo cuando el mensaje que transmites es peligroso para la sociedad. En nuestra opinión eres un veneno dispuesto a emponzoñar nuestra buena y correcta convivencia. Así que esto lo hacemos por el pueblo, chica modelo.

»Es raro que un condenado reciba más de una marca, pero si tú vas a ser adorada por parte de esta sociedad, procuraremos que vean tus debilidades miren donde miren. También hemos de tener en cuenta la gravedad de tus actos, realizados públicamente y retransmitidos por televisión a una audiencia masiva. No fue algo privado que afectó únicamente a unos pocos. Fue público; más que eso, ya que ha atraído la atención del mundo entero. Y es por eso por lo que debemos enviar un mensaje alto y claro. Ahora enumeraré tus marcas.

Hace una pausa. La sala está tan sumida en el silencio que se podría oír la caída de un alfiler.

—Por robar la confianza de la sociedad, serás marcada en tu mano derecha. Siempre que estreches la mano de una persona decente de esta sociedad, sabrá que le robaste.

El público empieza a murmurar, pensando que Craven ya ha terminado. Pero cuando continúa, vuelven a enmudecer.

—Por tu mal juicio, serás marcada en la sien derecha.

Dos marcas. Y sigue.

—Por conspirar con los imperfectos, por acercarte a ellos y, por lo tanto, alejarte de la sociedad, serás marcada en la planta del pie derecho. Cada vez que camines descalza en contacto con la tierra, incluso esta sabrá que eres imperfecta hasta la médula.

Mientras prosigue con una cuarta marca, el público empieza a cuchichear de nuevo. Tres marcas, y aún hay más. Esto es inusual. Solo una persona en toda la historia ha recibido tres marcas.

—Por tu deslealtad hacia este tribunal y la sociedad toda, serás marcada en el pecho. De este modo, si alguien en el futuro desea confiar en ti o amarte, verá sobre tu corazón la marca de tu innegable deslealtad.

»Y, finalmente, por haberle mentido a este tribunal sobre tus actos, serás marcada en la lengua. Así, cualquiera que hable contigo o te bese sabrá que tus palabras surgen de una lengua marcada y que no se podrá confiar en ti por el resto de tu vida.

La sala explota. La mayoría del público está entusiasmada, celebrando que se haya hecho justicia, que la sociedad reconozca y expulse su propia basura. Otros gritan de rabia a los jueces por lo que consideran una grave injusticia. Más que antes, tras escuchar el fallo. He ganado seguidores, pero no muchos; además, ¿de qué me sirven ahora? Es demasiado tarde. Ha llegado el Día del Nombre y mi peor pesadilla se ha hecho realidad: las marcas. Y no una, sino cinco. Algo inaudito.

Me tiemblan tanto las piernas que terminan cediendo. El señor Berry hace un tímido intento de sujetarme por el brazo, pero sin poner mucho empeño en ello, y Tina corre para ayudarlo. June me sujeta por el otro brazo y me llevan casi en volandas a través del histérico público congregado en la sala y salimos al patio, donde me gritan, me escupen y me lanzan toda clase de objetos. Los miembros de la seguridad luchan por mantener a raya a la multitud que intenta agredirme. Hay más periodistas que nunca y las cámaras de televisión buscan ansiosamente un primer plano, aunque

apenas me doy cuenta, porque los flashes de los fotógrafos me deslumbran. Veo brevemente una enorme pantalla situada sobre un muro de Highland Castle, y comprendo que mi caso ha sido retransmitido a todo el país, quizás al mundo entero. Más allá de las barreras levantadas en el patio se ha reunido una enorme multitud; gran parte de ella se ha traído sus propias sillas de cámping.

Vuelvo a la celda cubierta por toda clase de inmundicias, medio cegada por los flashes y con los insultos aún resonando en mis oídos. Intento ajustarme al nuevo nivel de luz, pero no es fácil. Tropiezo y estoy a punto de caer, pero Tina lo impide. Soy consciente de las miradas de preocupación que intercambian Tina y June. Se sientan conmigo, tan agitadas y cubiertas de porquería como yo.

—Lo siento —les digo.

June se muestra sorprendida ante mi disculpa.

—Estamos acostumbradas... aunque no a tanto —reconoce Tina, sacudiéndose restos de huevo—. Mira, esto es nuevo para todos. ¿Qué tal un poco de té?

June asiente y se dirige a la cocina de los guardias.

—Iré a por ropa limpia —anuncia Tina—. Tengo que recomendarte que leas el contenido de esa carpeta.

Se trata del dossier de los imperfectos, que teóricamente me preparará para mi nuevo futuro.

En cuanto ella se marcha, llega Carrick, flanqueado por Funar, tan apresuradamente que no sé si conseguirá frenar a tiempo. Me mira con expresión de inquietud. Grandes ojos negros, gran pesadumbre. Entra en su celda y se dirige directamente al muro de cristal que nos separa. Recuerdo el primer día, cuando me daba la espalda. Esta vez apoya la palma de la mano en el cristal.

Al principio no comprendo lo que está haciendo, pero, al ver que no aparta la mano, capto de repente el significado. Me acerco al muro, alzo la mano derecha y la presiono contra el cristal. Mi mano parece la de una muñeca en comparación con la suya, y comprendo que el cristal que nos separa es en realidad lo único que nos conecta. Apoyo la frente en el cristal y su mano se desliza hasta mi cara.

No estoy segura del tiempo que permanecemos así, inmóviles, hasta que empiezo a llorar.

Nunca hemos podido hablar.

La ropa «limpia» que me trae Tina consiste en una bata de hospital color rojo sangre, de esas que se atan a la espalda, con un escote en forma de uve para facilitar la marca del pecho. Es lo que llevaré en la Cámara de Marca. Lo reconozco porque es lo que llevaba el imperfecto del que Carrick y yo nos vimos obligados a escuchar sus gritos mientras le quemaban la piel.

Carrick aprieta las mandíbulas mientras observa que acepto la bata; sus ojos negros parecen pozos de petróleo. Ya no me ignora, ya no se burla de mí ni me dirige miradas sarcásticas. Ahora me dedica toda su atención, todo su respeto, y yo no puedo esconderme de sus miradas. Cuando vuelvo de la zona de vestuarios, veo que su celda ha sido arrasada y Bark lo tiene sujeto contra el suelo. No ha reaccionado bien a mi condena. Quizás hace que se sienta más inquieto ante la suya. No nos decimos adiós, ni siquiera puedo verle la cara; está bajo la rodilla de Bark, con la mejilla contra el suelo y orientada en la dirección contraria. Nuestro contacto será eternamente sin palabras, aunque tampoco es que las necesitemos. No tengo dudas de que, dentro de poco, llevará un atuendo similar al mío y recorrerá el mismo camino por el que me están llevando ahora.

Antes de entrar en la Cámara de Marca, me siento en una pequeña sala de espera con Tina y June, que revisan conmigo los folletos informativos sobre lo que va a ocurrir, lo que veré, lo que sentiré —que aparentemente no será nada, ya que me insensibilizarán la piel—, y la forma de tratar mis heridas tras la ceremonia. Me abruma con folletos de cuidados paliativos, sesiones terapéuticas y líneas telefónicas de emergencia, todo con la marca de los imperfectos en ellos. Firmo todo el papeleo y un acuerdo en el que acepto toda la responsabilidad por lo que va a suceder. El Tribunal no se hace responsable de lo mal que pueda salir alguna marca ni del efecto secundario que pueda causar. Me informan de todo ello con calma, clínicamente, como si fueran a retocarme la nariz.

Cuando me sacan de la salita de espera y me llevan por el largo y estrecho pasillo que termina en la Sala de Marca, veo a Carrick en el banco donde nos sentamos juntos, siempre vigilado por Funar. Este exhibe una mueca de desprecio en el rostro, y sé que se siente feliz por mi situación y por el hecho de que Carrick me oirá gritar. Mi familia también me oirá gritar. Porque gritaré.

No. No dejaré que pase. No permitiré que me hagan eso. No gritaré.

Me siento desafiante. Creo que es la primera vez en mi vida que me siento así. En el autobús sentí compasión; ante el Tribunal, mi admisión de los hechos no implicó culpabilidad o valentía, pero ahora siento rabia. Me siento desafiante, sí.

Nuestras miradas se encuentran. La suya es firme y siento el efecto que provoca en mí.

—¡Te encontraré! —grita de repente. Su voz es potente y profunda, y me sorprende al oírlo hablar.

Me limito a asentir con la cabeza, no confío en que no se me quiebre la voz si hablo. Él me da la fuerza necesaria para entrar en la sala sin perder los nervios, sobre todo porque no quiero que algo

así ocurra en su presencia. Mis padres y mi abuelo ya están sentados tras el cristal, como si estuvieran en el cine esperando a que empiece la película, pero sus caras reflejan el mismo terror que me embarga. No quieren presenciar lo que va a suceder, pero han venido para que no me sienta tan sola. Al verlos creo que preferiría estarlo, una sensación hasta ahora desconocida para mí, ya que siempre me gustaba estar rodeada de mi familia. La marginación de la sociedad ya está teniendo efecto en mí, ya me siento desvinculada de la familia. Soy una extraña que siempre estará sola.

El señor Berry también se encuentra aquí, lo que hace que me sienta incómoda, aunque no me cabe duda de que existen razones legales para ello. Y tras la puerta, doblando la esquina, sé que está Carrick. Eso me da fuerzas.

Tina me coloca en el sillón. Es como un sillón de dentista normal, excepto por el hecho de que mi cuerpo está atado a él por los tobillos, las muñecas, la cabeza y el pecho, de forma que no pueda agitarme ni patalear cuando me marquen. Quieren sellar mi carne con un símbolo claro y eterno, y la ironía de que un imperfecto cargue con un símbolo perfecto no se me escapa. Tina muestra cierta ternura mientras ata las correas, hasta me parece que June ya no se muestra tan sarcástica. No es momento. Voy a recibir lo que me merezco, el castigo de hablar por todos ellos.

Bark está ocupado con los instrumentos, haciendo lo que sea que tiene que hacer, mientras el sillón se inclina hacia atrás.

Las luces del techo me ciegan. Siento arder mi piel bajo los focos, estoy en el punto de mira, todos me ven. Todo ha acabado.

—Es mejor no mirar —me susurra Tina al oído mientras asegura la correa que me inmoviliza la frente. No podría mirar, ni aun moverme, aunque quisiera.

Primero me inyectan el anestésico en la mano derecha, y esta se insensibiliza de inmediato. Veo que Bark empuña una barra de hierro al rojo que en el extremo muestra una «I» rodeada de un círculo. Mi mano está muerta y no puedo controlar los dedos. Me obligan a abrirla para exponer la palma. Son rápidos y eficientes. Nada de métodos modernos, solo una barra de hierro y una cuenta atrás por parte de Bark.

—Uno, dos y...

Marcada.

Doy un respingo, aunque no siento dolor, solo una leve presión. Pero huelo a carne quemada y eso me provoca náuseas. No grito. No quiero gritar.

—Tenemos un cubo por si lo necesitas —me informa Tina, siempre a mi lado como una comadrona.

Niego con la cabeza. Siento que un gemido pugna por salir de mi pecho, veo la quemadura en la palma de mi mano abierta. La herida en mi piel. Faltan cuatro. La que más temo es la de la lengua. Sé que la dejarán para el final porque me lo han dicho. Debe de ser la peor.

Me inyectan el anestésico en la planta del pie izquierdo y dejo de percibir toda sensación en él.

Bark se acerca a mi pie. Mira mi tobillo y frunce el ceño al ver la tobillera.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunta, extrañado.

—¡Bark! —sisea Tina—. No te distraigas. Sigue.

—Es que... esa tobillera la hice yo. Para un chico. Para su novia. Decía que era perfecta... —Me mira, comprendiendo por fin quién soy.

Recuerdo que Art dijo que la tobillera la había hecho un hombre de Highland Castle. Bark. Bark es el hombre que me marcó como perfecta con su tobillera y el que ahora me marca como imperfecta con su hierro al rojo. Intercambiamos una larga mirada.

—Bark... —insiste June.

El guardia parece momentáneamente humano mientras mantiene sus tristes ojos en los míos. Por fin, interrumpe el contacto.

—Prepárate —sugiere Tina con tono amable, apoyando una mano en mi hombro.

—Uno, dos y...

Marcada.

Veo a mamá llorar, rodeada de un montón de pañuelos de papel. Su compostura está completa e irrevocablemente agrietada, destrozada, hecha añicos. Papá pasea nerviosamente por delante del cristal, con un guardia cerca que no le quita ojo, listo para intervenir si se pasa de la raya. No puedo oírlos, pero ellos sí pueden oírme a mí. Es parte del miedo que quieren implantar en el público. Dejar que oigan sus gritos. Que sepan que, si cometen un error, acabarán como ella.

Por el momento, sin embargo, no he emitido sonido alguno. Y no pienso hacerlo.

La mano de Bark aparece ante mis ojos e inyecta el anestésico en mi pecho. Otra vez la insensibilidad. Me acerca de nuevo el hierro al rojo y puedo sentir su calor, incluso el familiar apretón de Tina, y comprendo que no intenta brindarme su apoyo, sino que es una simple cuestión de procedimiento. Me prepara, pero estoy a punto de perder el conocimiento. El hedor es increíble. Es el hedor de mi piel ardiendo.

Siento una ráfaga de aire. June ha abierto una ventana o algo para disipar el olor de la carne quemada. No están acostumbrados a esto, lo sé por la ansiedad que reflejan sus caras. Entre los imperfectos el promedio es de una marca, dos excepcionalmente. Solo un hombre en toda la historia recibió tres, pero nunca cinco. A nadie han castigado con esa cifra más que a mí. Me siento mareada, pero sé que no me muevo. Cierro los ojos y aprieto los dientes.

—Uno, dos y...

Marcada.

Apenas puedo respirar. No he sentido la quemadura físicamente, pero sí psicológicamente. La presión en mi pecho es tan intensa que lucho por liberarme de las correas. Lucho contra ellas, pero sin emitir sonido. Me niego a hacerlo. El suelo se mueve. Se alza hacia mí. Voy a chocar de cara contra él.

—¿Celestine? ¿Estás bien, Celestine?

Es la voz de Tina. La oigo, pero su rostro no deja de moverse ante mí, no puedo enfocarlo. Dicen algo de un cubo, pero no sé a qué se refieren. Pienso en mi lengua, y veo la lengua de Clayton al toser frente a mí. No quiero que me quemen la lengua.

Tina me indica que respire profundamente.

—Es demasiado para ella —le dice Tina a Bark con tono de preocupación. Él me mira con incertidumbre—. Necesitamos avisar a alguien, que ordenen un descanso, que dejen el resto para mañana.

—Sé que resulta duro, chicos, pero tenemos que hacerlo —sisea June—. Cuanto más tiempo perdamos charlando, más duro será para ella. No lo alarguemos más, su familia está mirándonos —añade con un susurro—. Acabemos con esto por el bien de todos.

Una inyección en mi sien. Esta vez es más rápido.

Un apretón en mi hombro. A estas alturas sé que si alguien me aprieta el hombro, se acerca otra marca.

—Uno, dos y...

Marcada.

Náuseas. Arcadas. Olor de carne quemada. Mi carne.

Bark murmura algo.

—¡Santo cielo! —exclama June, cambiando de idea repentinamente—. Deberíamos atender las quemaduras. Esto se está alargando demasiado.

—Te estás portando muy bien, Celestine —me susurra Tina al oído—. Eres toda una heroína. Ya casi estamos, ¿de acuerdo? Aguanta un poco más.

No sé si reír o llorar.

Veo que mis padres y el abuelo están pegados al cristal de separación, uno al lado del otro, en fila. Desconsolados, furiosos. El señor Berry tampoco parece feliz; camina hablando por teléfono. Seguramente ha escuchado los comentarios de los guardias y busca a alguien que pueda hacer algo al respecto. El abuelo se pone a discutir con el guardia de seguridad. Desde aquí siento la tensión. Aspiro profundamente. No gritaré.

—Bebe. —Bark aparece en mi línea de visión con una botella de agua y una pajita. Es un truco, tiene que ser un truco. Tina guía la pajita hasta mi boca y, mientras absorbo, recuerdo que lo siguiente que va a ocurrir es que me marcarán la lengua. No logro retener el agua en la boca.

La sala de observación es un pandemonio. No puedo oírlos, pero sí verlos, sentir su energía, sus movimientos erráticos y furiosos. Mis ojos saltan de un lado a otro. Intento centrarme en algo, pero no puedo. Sé por qué estoy aquí y de repente no lo sé. Lo comprendo y de repente no lo comprendo. Creo que es justo y de repente creo que no. Me arrepiento de haber hecho lo que hice y de repente me alegro de haberlo hecho. Quiero gritar y de repente me niego.

Mi familia se dispersa como una bandada de pájaros a la que alguien le hubiera lanzado una piedra, y veo al juez Crevan frente a mí exhibiendo una sonrisa petulante. El señor Berry debe de haberlo llamado para detener este acto inhumano. Demasiado tarde, pero ahora está aquí, en la Cámara de Marca. Bloquea la visión de mi familia.

—¿Has tenido bastante, Celestine?

Gruño, pero no lloro. No lloraré. Ante él, no.

Dicen que estoy paralizada, pero eso no evita que mi cuerpo herido conserve su sensibilidad. Un hormigueo. Si el efecto de la anestesia está desapareciendo, primero me picará, después me arderá. De repente eso se convierte en mi principal temor. Ojalá hubiera prestado más atención a la información de los folletos. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que desaparezca el efecto del anestésico?

—Te lo advertí, te dije lo que pasaría si no me hacías caso.

La ropa roja de Crevan es del mismo color que la cicatriz de mi mano, y supongo que la de mi pie y la de mi sien. Mi sangre impregna y tiñe su capa. Él me ha hecho esto. Su visión me produce repugnancia. Solía pensar que nunca podría tener miedo de alguien tan humano, pero ahora comprendo que su humanidad es lo que más debería haber temido, porque a pesar de todos sus rasgos favorables, de los momentos que hemos compartido, me ha hecho esto. Ahora lo encuentro aterrador. Ahora veo la maldad en él.

—Oh, Celestine. Me duele que me mires así, porque no soy el triunfador que imaginas. Art dice que no volverá a hablarme en su vida y, como puedes imaginarte, eso me ha roto el corazón. Primero perdí a Annie, y ahora a Art. Y todo por tu culpa.

«No le contestes», me digo. Una marca más y todo habrá terminado. Todo habrá terminado.

—He venido a mostrar piedad, Celestine. Di que lo lamentas, admite que te equivocaste, que eres una imperfecta, y te perdonaré la lengua. Esa marca es la peor, lo dice todo el mundo.

Intento negar con la cabeza, pero no puedo hablar; en cambio, saco la lengua mostrándoles que estoy lista para recibir la marca.

Veo dibujarse la sorpresa en el rostro de los que me rodean. El abuelo agita los puños en señal de desafío, no de alegría, sino de rabia. Él no querría que me rindiera. He llegado tan lejos que sería

ilógico que me rindiera ahora, no habría ganado nada. Siento las lágrimas resbalar por mis mejillas, pero no grito.

—Márcadle la lengua —ordena Crevan fríamente, dando un paso atrás.

Mi familia retrocede. Tanta proximidad resulta demasiado para ellos, todavía no se sientan. El señor Berry golpea el cristal de separación intentando captar la atención de Crevan. Papá empuja al guardia, requiriéndole que haga algo para detener la ceremonia, pero terminan peleándose a puñetazo limpio. Nunca he visto a papá tan furioso. Crevan gira sobre sus talones y contempla el caos.

—¡Sacad de aquí a esa familia! —grita rabioso.

Funar aparece en la puerta y consigue arrastrar a mamá y al abuelo fuera de la sala. El señor Berry los sigue, despotricando y arengando contra Funar. Papá resiste contra el guardia de seguridad gracias a un directo a la mandíbula, pero Funar regresa a la sala tras dejar a mi familia en algún lado, seguramente la sala de espera o alguna de las celdas, y pilla a papá por sorpresa. Entre los dos guardias logran controlarlo y se lo llevan. La sala queda vacía.

—¡Dios mío! —exclama June por encima de mi hombro.

—Hacedlo —ordena Crevan.

Se me escapa un leve quejido cuando me abren la boca y me colocan un separador mandibular.

—Será rápido, querida —dice Tina. Noto pánico en su voz.

—Alejaos de ella —exige Crevan, rabioso.

—Si no le importa, señor, me gustaría hacer mi trabajo y quedarme a su lado —se atreve a decir Tina con voz temblorosa.

—Está bien.

Me inyectan en la lengua. Al instante la noto hinchada, enorme. Me atraganto.

—Uno, dos y...

Marcada.

No grito. No puedo. La lengua no me responde. Quiero patalear, agitar los brazos, pero estoy inmovilizada. Solo siento que mi cuerpo empuja contra las correas que lo retienen y oigo un ruido. Tardo un segundo en darme cuenta que surge de mí. Es peor que un grito, es un sonido gutural, animal, un rugido, algo que nace en lo más profundo de mi ser, un dolor que nunca había experimentado antes. Algo que no quiero volver a oír nunca, pero lo haré, una y otra vez, en mis pesadillas.

—¡Arrepiéntete, Celestine! —me grita Crevan.

Soy incapaz de hablar porque mi lengua está entumecida, su tamaño se me antoja descomunal, pero aun así advierto que se siente angustiado. No lo está consiguiendo, no sigo su plan. Si hubiera pedido perdón, no habrían seguido marcándome, pero nunca le pediré perdón a él.

—Juez Crevan, tenemos que llevarla a la enfermería, sus heridas necesitan atención médica —sugiere Tina con tono urgente—. Nunca habíamos llegado tan lejos. Debemos tratarla cuanto antes.

Noto que la correa que me inmoviliza la cabeza se afloja. Ahora soy capaz de levantarla del respaldo y clavo mis ojos en Crevan.

—¡Arrepiéntete! —me grita con toda la fuerza de sus pulmones.

Niego violentamente con la cabeza. He llegado hasta aquí. Todo ha terminado. Nunca le pediré perdón, ni aunque en este momento fuera lo que más deseara.

Me liberan las manos y los tobillos. Se mueven con rapidez y eficiencia, deseando sacarme de allí y, probablemente, salir ellos también. Tina y June, una a cada lado, me ayudan a incorporarme. Bark empieza a limpiar el equipo y colocarlo en su lugar. Están ansiosos por que todo termine. No puedo caminar, uno de mis pies está completamente dormido y es incapaz de sostenerme, y mis piernas tiemblan sin control. Me acercan una silla de ruedas.

—Marcadle la columna vertebral —dice Crevan repentina, pavorosamente.

Bark se vuelve poco a poco hacia él.

—¿Qué ha dicho, señor?

Tina y June se quedan heladas, mirándose mutuamente con ojos desorbitados.

—Ya me habéis oído.

—Señor, no es más que una niña —gime Tina. Y noto el temblor en su voz. Y noto también que las lágrimas están a punto de aflorar a sus ojos.

—Hacedlo.

—Señor, nunca hemos marcado una columna —protesta un nervioso Bark.

—Porque nunca nos habíamos encontrado a alguien imperfecto hasta la mismísima médula como lo es esta mujer. Marcadle la columna —añade con tono enfático.

—No puedo hacerlo, señor. Me temo que tendré que consultarlo con...

—Soy el juez principal del Tribunal y harás lo que te diga o mañana a primera hora serás juzgado en mi sala. ¿Estás apiadándote de una imperfecta?

Bark se queda helado.

—¿Lo haces? —agrega Crevan—. ¿Te apiadas de ella?

—No. No, señor.

—Entonces, hazlo. Márcale la columna.

—Pero... no tenemos más anestesia.

—Hazlo sin ella.

—Señor, la ley señala que...

—¡Yo soy la ley! ¡Hazlo! —grita Crevan—. ¡Lo ordena el Tribunal!

—¡No! —protesto, pero no me oyen.

Mi lengua está tan hinchada por la herida y el entumecimiento que puedo saborear la sangre, sentir cómo se desliza por mi garganta. Empiezo a toser. Todo lo que puedo hacer es gemir, pero no me gusta el sonido y me detengo.

Veo la maldad en los ojos de Crevan, lo mucho que está disfrutando. No pienso darle más satisfacciones.

Va a pasar y debo prepararme. Tengo que ignorar la locura y el caos que ha tenido lugar al otro lado del cristal, la injusticia que se está cometiendo en esta cámara ahora mismo. Tengo que bloquear el miedo por lo que le pueda estar pasando a mi familia y encontrar la calma en mi interior.

Tina y Bark desatan los lazos que cierran la bata en mi espalda.

—Oh, niña, lo siento tanto... —se lamenta June, sujetándome el hombro—. ¡Oh, Dios santo!

—Basta de cháchara —corta el juez Crevan.

Tina toma tiernamente mi mano ilesa entre las suyas, dándole la espalda a Crevan para que no

pueda ver las lágrimas que surcan su rostro.

Bark se acerca con su atizador al rojo vivo y paso inseguro.

—Hazlo de una vez —masculla Crevan, y me mira directamente a los ojos—. Puedes terminar con esto en el momento que quieras. Solo tienes que pedirme perdón.

—No puede hablar, señor, su lengua... —se atreve a intervenir Tina—. ¿Cómo va a pedir perdón?

—Si quiere, puede hacerlo —señala él, inflexible.

Quiere que me arrepienta, que pida perdón. No lo haré.

De repente, Carrick aparece en la sala. Puedo ver lágrimas en sus negros ojos y sé que lo ha escuchado todo. Está jadeante y sudoroso como si hubiera corrido un maratón. Tiene una ceja y un labio partidos. La sangre mancha su camiseta. Tras él, Funar se apoya en el marco de la puerta con la nariz rota. El señor Berry corre tras Carrick teléfono en mano. El guardia de seguridad que se estaba peleando con papá entra en la sala y carga contra Carrick, pero este se lo quita de encima de un puñetazo. El guardia se desploma sin conocimiento.

Sintiéndose en desventaja, Funar decide no seguir peleando y se aleja, palpándose la nariz rota. El señor Berry intenta abrir la puerta y puedo ver bien su cara; de repente parece que tenga la edad que realmente tiene. Sostiene su teléfono móvil en alto, grabando la escena. Crevan no se ha enterado de lo que ocurre a sus espaldas. Ni Bark, Tina o June le han avisado.

—Hazlo —repite Crevan con tono perentorio—. Márcale la columna.

Carrick me mira con intensidad, obligándome a sostener su mirada. Mantiene una mano abierta contra el cristal. En ese momento, me abstraigo de la locura de la sala y me concentro en la inmovilidad del cuerpo de Carrick, en su mano. La mano amistosa que ya me ofreció antes y que vuelve a transmitirme que me encontrará. Al menos tengo un amigo. Estoy agotada. Estoy preparada.

—Uno, dos y... —Tina cuenta. Pero nada ocurre, no siento nada.

—Juez, no puedo hacerlo —dice Bark—. No puedo hacerlo, no está bien.

—Bien —suelta Crevan—. Si tú no puedes, lo haré yo. —Le arrebató el hierro a Bark e intercambian posiciones, de manera que Crevan no puede ver a Carrick. Pero yo no aparto mi mirada de él. Respiro hondo.

Y mientras el hierro al rojo entra en contacto con mi columna, el ruido que emito es el sonido animal más intenso y agonizante que he oído en mi vida, un sonido que levanta ecos en los pasillos de Highland Castle para que todos sepan que la chica modelo de Crevan ha sido marcada.

DÍA UNO

Estoy en casa, en la cama, recostada sobre una docena de cojines estratégicamente colocados por mamá, que da un paso atrás para juzgar su trabajo con perspectiva, antes de volver a ahuecarlos y reorganizarlos como si estuviera componiendo una obra de arte. No puede arreglarme a mí, así que arregla lo que me rodea. Lo hace ante la visita del doctor Smith, nuestro médico de familia. Tras inspeccionar mis vendajes, se sienta en una silla junto a mi cama y mira a mamá mientras responde a sus preguntas.

—Una quemadura en la lengua es y parece distinta dependiendo del grado de la herida. Una de primer grado daña la capa más exterior y provoca dolor e inflamación. Una de segundo grado es más dolorosa porque daña las capas exterior e interior. Se forman ampollas, que es lo que ha pasado aquí, y se produce una tumefacción. Una quemadura de tercer grado afecta los tejidos más profundos de la lengua. El efecto es que la blanquea o la ennegrece. Provoca insensibilidad o dolor agudo.

O ambos.

El doctor Smith suspira. Su rostro, amistoso, paternal, refleja lo difícil que le resulta.

—Al parecer —continúa—, en el castillo recibió la atención médica correcta. Su lengua no está infectada y las ampollas desaparecerán con el tiempo. Sus papilas gustativas han resultado destruidas...

—Tampoco está comiendo —le interrumpe mamá.

—Era de suponer. Celestine ha pasado una odisea. Recuperará su apetito así como sus papilas gustativas, ya que se regeneran cada dos semanas. Pero el dolor que está experimentando ahora puede llegar a provocar depresión y ansiedad.

Vaya novedad.

Mamá frunce el ceño y levanta la barbilla. Los estoy viendo hablar de mí junto a mi cama, como si yo no estuviera allí.

—La mayoría de las quemaduras curarán en dos semanas —dice el doctor Smith—, aunque algunas pueden tardar hasta seis. —Me mira con tristeza, como si acabara de recordar que estoy aquí—. Una cosa más —añade—. Tiene una... sexta marca... —Parece muy incómodo al mencionarlo.

Por un instante creo que mamá va a sufrir un ataque de pánico.

—Nos conocemos desde hace mucho, Summer —dice amablemente él—. He atendido a toda esta familia, incluida Celestine, de sarampiones y varicelas, he administrado vacunas y lo que hiciera falta. Puedo asegurarte que tienes mi máxima confianza.

Ella vuelve a asentir y veo el miedo reflejado en su rostro. No estaba en la cámara cuando me hicieron las dos últimas marcas, nadie de mi familia estaba, y no quiero hablar del tema. Nunca. No sé si el señor Berry le contó lo ocurrido, pero se trata de mi madre, estuvo allí al principio y puede

suponer lo que hizo Crevan dado el estado en que se encontraba, así que respeta mi silencio, aunque sé que papá sí querría saberlo. Cada vez que me mira, sé que las preguntas pugnan por salir de su garganta pero se contiene, probablemente porque se siente responsable de animarme a decir la verdad y hacerme sufrir esta agonía.

—Volveré dentro de unos días para revisar los vendajes —dice el doctor Smith—, pero si me necesitáis antes, llamadme.

No me molesto en asentir.

De todas formas, todo el mundo habla ahora en mi nombre. Habla sobre mí como si no estuviera presente.

No estoy aquí.

Cierro los ojos y dejo que las pastillas que he tomado me ayuden a dormir.

DÍA DOS

Duermo. Solo duermo, tengo mucho dolor y sueños perturbadores.

DÍA TRES

Llaman a la puerta y cierro los ojos. Entra mamá. Sé que es ella por el perfume y la fluidez de sus movimientos, la perfecta forma en que se desliza por la habitación y se sienta sin tocar nada ni hacer ruido. Espera unos segundos antes de hablar.

—Sé que estás despierta.

Mantengo los ojos cerrados.

—Ha venido Tina, la Tina de Highland Castle, preguntando por ti. Le ha costado mucho venir, sobre todo por... ya sabes, por la gente que hay fuera. Sabía que no querrías verla, pero te ha traído esto.

Abro los ojos y veo una caja de apetitosos *cupcakes*. Rosados, lilas, amarillos y azules con brillantes flores comestibles y mariposas de caramelo encima.

—Ha dicho que su hija los hizo para ti. Esta semana puedes comerte uno —añade, intentando que parezca algo fabuloso.

Un lujo por semana, eso es todo lo que se les permite a los imperfectos. Forma parte de las cosas básicas que nos prohíben para que podamos purificarnos. Tenemos que comer alimentos básicos, nada lujoso ni que esté de moda, nada considerado innecesario para nuestra salud, para nuestra vida. Lo básico. Nuestra ingesta es controlada al final del día mediante un test que aún no he hecho.

—También te ha traído esto —añade mamá, y me acerca una bolsa.

Es una bolsa de papel común y corriente, típica de los turistas que compran algún recuerdo en Highland Castle, lo cual me parece muy inapropiado. Si cree que quiero alguna baratija para recordar la peor experiencia de mi vida, está muy equivocada.

Dentro de la bolsa hay una caja. No tengo muchas ganas de abrirla, pero la curiosidad acaba venciendo. Dentro de la caja hay una bola de cristal que contiene una reproducción en miniatura de Highland Castle. La sacudo ligeramente y un montón de brillantes partículas rojas revolotean en el líquido interior. Extremadamente inapropiado. Hasta mamá lo contempla con desagrado. Me sorprende, porque estoy segura de que Tina intentaba ser amable, quizás incluso disculparse. O eso prefiero pensar. Devuelvo la miniatura a la caja y meto esta en el cajón de mi mesita de noche. No quiero volver a verla jamás.

Cierro los ojos.

DÍA CUATRO

Tengo una visita. Angelina Tinder se sienta junto a mi cama, vestida de negro de la cabeza a los pies, un estilo que no le había visto nunca. Parece una mujer de la época victoriana, de luto por la muerte de su marido. Lleva guantes de cuero sin dedos para esconder la marca de su mano. Sus largos dedos de pianista son pálidos como la nieve en contraste con la negrura del cuero. No se le permite llevarlos en público, pero sí en su propia casa si lo desea, y puesto que no está en su casa, está quebrantando una regla. Aunque no oculta la marca para que yo no la vea, sino para que ella no la vea. Se sienta muy rígida y me mira apenas lo suficiente para comprobar si la escucho mientras habla.

Tiene los ojos irritados, como si no hubiera dejado de llorar desde que la marcaron, y parece más pálida de lo que ha estado nunca, como si no hubiera visto el sol en semanas.

—Te asignarán un soplón, seguramente el mío —me informa—. Es una mujer horrible sin nada mejor en qué emplear su tiempo. Se presentaría voluntaria para el puesto aunque no fuera remunerado. Se llama Mary May y dice que es muy cristiana, pero del tipo que no dudaría en quemar en la hoguera a otras mujeres si lo creyera necesario. No te dará ni un centímetro de espacio, Celestine, recuérdalo. —Me lanza un rápido vistazo y desvía la mirada—. Intentará pillarte desprevenida en alguna falta, cree que eres repugnante. —Resopla como si estuviera oliendo algo desagradable—. Como todos los imperfectos. Absolutamente repugnantes. Tú y yo no somos como ellos, Celestine, no dejes que te convenzan de lo contrario. ¿En qué diablos estabas pensando al ayudar a ese anciano imperfecto y diciendo todo eso en el juicio? Está por todas partes, ¿sabes? La grabación del autobús se ha hecho viral. —Me mira con una expresión que es mezcla de confusión y disgusto.

No le contesto. No puedo. De todas formas, no lo haría.

—Tienes que estar en casa a las diez y media —prosigue—. Dicen que a las once, pero esa mujer te estará esperando antes, atenta a cuanto hagas: retrasos, errores, lo que sea. Es probable incluso que intenten que tropieces, pero yo no pienso hacerlo, te lo aseguro. —Parece pensativa por unos segundos—. Cada noche te hará un test para asegurarse de que te ciñes a la alimentación básica y tendrás que someterte a un detector de mentiras para que comprueben si has obedecido todas las leyes. Confían en eso para sacar conclusiones. No pueden vigilarte las veinticuatro horas del día, pero Dios sabe que pronto crearán algún aparato en sus laboratorios para eso. Una cámara insertada en nuestra cabeza o algo así, que grabe todo lo que vemos y hasta que capte nuestros pensamientos. Porque es lo que quieren controlar, ¿sabes? Meterse dentro de nosotros, bajo nuestra piel.

Vuelve a resoplar y se rasca los brazos. Le miro los dedos y veo que tiemblan.

Ella se da cuenta.

—No tengo modo de impedirlo. Ya no puedo tocar el piano, ¿sabes? Es como si ya no fueran míos.

Hace una pausa y me preparo para la siguiente acometida. Sé que llegará.

—Es horrible —dice—. Hoy, una mujer me ha mirado como si hubiera asesinado a todos y cada uno de sus hijos. Preferiría que me hubieran matado a vivir así.

Me alegra que mi lengua esté tan lastimada que no me deje hablar. No sabría qué decirle.

—Buena suerte, Celestine. —Se levanta y se marcha.

Poco después mi madre entra en la habitación con una expresión esperanzada en el rostro.

—¿Te ha ayudado, cariño?
Cierro los ojos e intento dormir.

DÍA CINCO

Despierto. Y tal como he hecho todos los días desde que he vuelto a casa, intento obligarme a seguir durmiendo. Comprendo que lo que me ha pasado no es una pesadilla, sino algo real. El sueño es mi único amigo estos días. La espalda me duele demasiado, así que ruedo sobre mí misma para colocarme de costado, procurando que mi sien no roce la almohada y que no se me formen pliegues en la piel del pecho, pues me escuece mucho. Abro la mano derecha, que las vendas, en cualquier caso, me impiden cerrar del todo. Es la única forma en que puedo descansar. Y para una chica a la que le gusta la exactitud de los términos, reconozco que utilizo la palabra «descansar» muy a la ligera.

Llevo tres días sin salir de la habitación y únicamente me levanto de la cama para ir al baño. Aparte del doctor Smith y Angelina Tinder, solo he visto a papá, a mamá y a Juniper. Intentan mantener apartado de mí a Ewan, y me parece bien. Mamá me atiende día y noche, me limpia las heridas, me cambia los vendajes, me pone toda clase de pomadas y lociones que me alivian el dolor y combaten la infección. Algunas noches he despertado para encontrarme a Juniper sentada en la silla que hay junto a mi cama, mirando el vacío; pero cuando me duermo y vuelvo a despertar ya no está allí, y me pregunto si no lo habré soñado. Hablamos un poco cuando volví del castillo, pero fue incómodo, poco natural. Aunque sé que no planeó que esto me pasara y que no es culpa suya, hay algo que se revuelve en mi estómago, una rabia que me consume. Podría haberme ayudado en el autobús, podría haber testificado en el juicio que no ayudé al anciano a sentarse. ¿Por qué no pudo decirlo? En cuanto volví a casa, capté su sentimiento de culpabilidad, y eso me puso furiosa, me hizo querer culparla. Lo que fuera antes de culparme a mí misma.

Estoy atiborrada de calmantes y lo prefiero así. Me proporcionan una especie de experiencia extracorpórea que me distancia de la realidad, que amortigua el golpe. Soy consciente de la multitud que rodea la casa, pero no la veo y no hablamos de ella. Sé cuando papá llega o se marcha al trabajo; no porque oiga el motor de su coche, sino por el ruido de las cámaras, la rapidez con que se cierran puertas y ventanas, las preguntas lanzadas a gritos cuando viene y va. Algunas son amables, otras desagradables. Nunca oigo las respuestas, si es que responde, pero a mí también me gustaría saber si es capaz de seguir queriendo a la persona más imperfecta en toda la historia de nuestro país.

—¿Ama a su hija, señor North? —inquire uno.

—¿Cómo puede seguir amando a su hija siendo imperfecta? —grita otro.

Prefiero pensar que, después de todo, todavía siente amor por mí, a pesar de que los demás encuentren la mera posibilidad muy desconcertante. Nunca les ha pasado a ellos o a una persona que amen. Imposible. Para una parte de esa gente soy puro veneno y para la otra mera diversión. Lo he descubierto por las risas que oigo cuando papá se aleja y ellos vuelven a lo que quiera que estuvieran haciendo, encontrando toda la situación muy divertida. Mi vida es un drama en la peor de las acepciones.

Reconozco algunas de las voces. Pertenecen a periodistas de cotilleos, a presentadores de telediarios, voces familiares de mi pasado. Y ahora están hablando de mí, pero no parece que sea yo, sino esa versión revolucionaria que no reconozco. Analizan y diseccionan mi propia conducta con más detalle de lo que yo lo hice jamás. Me siento demasiado débil para preocuparme por eso, demasiado avergonzada para analizarlo adecuadamente. Sus comentarios entran y salen por mis oídos y mi mente. Prefiero dormir.

Tengo un televisor en mi habitación, pero no lo enciendo, y tampoco conecto mi teléfono. Es parte de lo que perdí, la parte invisible de mí que nunca supe que era esencial, la parte que perdí para convertirme en nada.

Por el momento, técnicamente, mi vida de imperfecta no ha alterado mi vida habitual. No he ido a ninguna parte, no he hecho nada, solo me he quedado en la cama, y aun así no me siento la misma. No por las cicatrices y el dolor, sino que me siento distinta por dentro. Es lo que Crevan quería.

Llaman a la puerta y cierro los ojos. Sé que es mamá. He aprendido a adivinar quién está ahí fuera, a reconocer los distintos estilos. El de papá es vacilante, como si le asustara molestarme. El de mamá es profesional, entra como si fuera su propia habitación. Me vuelvo para mirarla y siento gran dolor en la columna al hacerlo.

—Tu padre ha encontrado la manera de que la gente pueda visitarte —dice—. Ha puesto ventanillas tintadas en el jeep. Quedará con las visitas en la emisora y las meterá directamente en el garaje sin que nadie las vea.

El garaje tiene acceso directo a la cocina, y nadie tendrá que cruzar la masa de periodistas.

—Así que si alguien quiere verte... —añade.

—Art. —Es la primera palabra que pronuncio en días. De no ser por las circunstancias, hasta resultaría romántico.

Baja la mirada hacia las manos, aunque su rostro refleja el temor de que haya preguntado por él. Creo que a estas alturas ya podría haberme visitado. He estado esperando. Aguzando el oído. Cada vez que suena el timbre de la puerta espero que sea él, pero no lo es. Nunca lo ha sido.

—Nadie sabe dónde está —interviene mamá—. Tras el juicio, fue a su casa, hizo las maletas y desapareció.

—Seguro que Crevan sabe dónde está —digo torpemente; mi lengua sigue pareciendo gigantesca dentro de mi boca.

Me duele la garganta y las palabras no fluyen con facilidad. Es la quemadura más difícil de curar, debido a las ampollas y las costras.

—No. Se está volviendo loco tratando de encontrarlo.

Bien. Sonrío.

Mamá me acerca un vaso de agua con una pajita.

—¿Se avergüenza la gente de venir a verme? —pregunto—. ¿Por eso han de entrar por el garaje?

—No —responde mamá. Hace una pausa y agrega—: Es por la intimidad. Así podrás ir y venir sin que nadie te moleste.

—No planeo ir a ningún lado.

—El instituto.

La miro sorprendida.

—Dentro de dos semanas —dice—, cuando estés curada. No puedes quedarte en tu cuarto eternamente.

Por extrañamiento que parezca, deseo no curarme nunca para no tener que salir de casa.

—Además —agrega—, no dejarán que te quedes mucho más. Tienes que enfrentarte al mundo, Celestine.

Me pregunto si pensará lo mismo de ella. Tiene ojeras y no creo que haya salido de casa desde que volví, ni visitado su clínica para animarse, aunque después del escrutinio al que ha sido sometida probablemente necesitará una cara nueva. Me pregunto si afectará esto a su trabajo, si la habrá rechazado alguna agencia. Sería una ingenuidad pensar que no. Nadie puede ser discriminado por ser pariente de un imperfecto, ya que no son responsables por los actos de un ser querido, pero la gente

siempre encuentra la forma de hacerlo. Seguro que la vida de mi madre es otra de las que he arruinado.

—Tu soplona es Mary May —continúa—. Ha estado llamando todos los días, recordándonos lo que se nos permite hacer, a nosotros y a ti. Es... es meticulosa en su trabajo —reconoce, y detecto su nerviosismo. Esa mujer debe de ser una fuerza de la naturaleza—. Ha insistido varias veces en verte. Hasta ahora he conseguido impedirlo, pero tendrás que conocerla más tarde o más temprano —dice mamá con decisión en la mirada. Estoy segura de que no le ha resultado fácil—. Nos explicará las normas y los primeros días se quedará con nosotros durante la cena para asegurarse de que las cumplimos. Y tú tendrás que seguir viéndola todos los días porque cada noche te hará dos pruebas...

—Angelina ya me lo ha contado —la interrumpo. No quiero volver a escucharlo.

—Aparte de eso, no se inmiscuirá en tu vida. —Mamá intenta que esa invasión diaria de mi intimidad no parezca tan mala como lo es en realidad—. Ahora necesitas comer algo —añade, mirando mi bandeja llena de comida—. Hace días que no pruebas bocado.

—¿Para qué? No noto el sabor.

—El doctor Smith asegura que tus papilas gustativas se regenerarán.

—Siento el gusto de la sangre, así que deben de estar bien.

Es un chiste muy malo. Ni siquiera estoy segura de que pueda saborear la sangre. Mi lengua está cubierta de ampollas y costras, y solo imagino que fluye cada vez que trago algo.

Mamá hace una mueca de dolor.

—Con lo que voy a tener que comer todos los días el resto de mi vida —añado—, quizá sea mejor que nunca recupere el gusto.

—Es una dieta saludable —intenta animarme mamá—. Probablemente es la que deberíamos seguir todos. Pero, aunque quisiéramos, no nos permiten hacerlo. Lo siento.

—¿Vas a defender todas sus medidas?

—Solo intento ver la parte buena, Celestine.

—No hay una jodida parte buena.

—¡Esa lengua...! —protesta, arreglándome las almohadas de nuevo. Pero no parece que le importe demasiado lo que he dicho.

—¿A los imperfectos tampoco se les permite soltar tacos? —pregunto.

—Creo que es más que eso; creo que se les anima a que lo hagan.

Ambas sonreímos.

—Ahí está —susurra mamá, trazando una línea imaginaria con su dedo en mi cara—. Mi valiente hija.

—¿Cómo estás, mamá? Pareces agotada —le digo con ternura.

—Estoy bien —responde, pero su determinación se debilita al instante—. Me he apuntado para un retoque de párpados y ojeras.

Nos reímos a la vez. Es la primera vez que admite hacerse algún trabajito estético para mejorar su apariencia.

—¿Dónde está Juniper?

—Ha salido —contesta, y advierto que se pone tensa.

—Se porta de una forma rara conmigo —digo.

—Tiene miedo, cariño. Cree que estás furiosa con ella.

Pienso en la mirada triste que me dirige cada vez que me ve, en el tono amable de su voz cuando me pregunta qué puede hacer por mí, y esas cosas hacen que me rebote con ella. Preferiría que volviéramos a nuestras peleas habituales. Me sentía más cómoda cuando la irritaba por cualquier

motivo que con su actual actitud compasiva. Recuerdo que no me ayudó en el autobús, que no testificó en mi favor, y termino por estar de acuerdo con mamá. Estoy resentida con ella. Sé que no es justo, pero es lo que me quema por dentro.

—¿También estás furiosa con Art? —pregunta mamá.

Sé adónde quiere llegar. ¿Cómo puedo estar enfadada con mi propia hermana y no con Art? Lo que no sabe es que en el fondo sigo preguntándome por qué no fue más enérgico intentando detener a su padre o por qué no logró disuadirlo. Pero lo comprendo. Yo también confié en el juez Crevan, y jamás hubiera creído que su propio padre llegaría a causarme tantos problemas.

—¿Crees que vendrá a verme?

Mamá se muerde los labios y sé que la respuesta es no.

—Creo que necesita pensar en muchas cosas. Y cuanto más lejos de su padre, mejor —termina contestando. Y veo que sus ojos destilan rabia—. Pero, Celestine, no esperes que...

—No espero nada —la interrumpo—. Ya lo sé.

Lo más realista sería suponer que Art nunca volverá conmigo. Lo sé. Pero eso no impide que conserve cierta esperanza, ni me impide soñar con que todo vuelva a ser como era.

—Sé que no te gusta hablar del tema, pero el señor Berry se ha puesto en contacto con nosotros para discutir de la marca extra.

—No —digo con tono perentorio antes de que pueda seguir.

—Escucha, Celestine, eso no formaba parte de la sentencia original. Lo que pasó es inaudito. Queremos hablar con él para ver qué opciones tenemos...

—¿Cuáles pueden ser esas opciones? —pregunto airadamente—. ¿Pueden hacer que desaparezca? No. Solo porque sea inaudito no quiere decir que no pueda pasar. Fue Crevan. Hace lo que quiere y puede volver a hacerme lo que se le antoje. Prométeme que lo dejaréis correr.

Ella aprieta los labios y asiente.

—Lo entiendo, Celestine. Tu padre quiere protegerte, quiere defenderte, luchar por ti. —Sonríe al pensarlo, adora esa postura de papá—. Pero estoy de acuerdo contigo, creo que no debemos remover ese asunto. Si aceptamos que el señor Berry mueva el tema, atraeremos una atención innecesaria. No estoy segura de si es consciente o no, pero tu expediente habla de cinco marcas y no han contactado con nosotros para rectificarlo, ni se ha mencionado en las noticias. Solo hablan de cinco. Ningún medio de comunicación se ha enterado o aludido a la sexta marca.

Todavía, pienso. Nadie pronuncia esa palabra, pero flota en el aire. La noticia me produce cierta satisfacción. Sigo siendo la imperfecta más marcada de la historia, lo que aún no se sabe es que soy la más ridículamente marcada. Nunca pensé que ser sentenciada a cinco marcas implicaba otra marca extra.

El señor Berry sabe que llevo una sexta marca, vio lo que ocurrió. Estoy a punto de decírselo a mamá, pero no quiero hablar sobre lo que pasó en aquella cámara. Quiero olvidarlo. No puedo.

Carrick también lo sabe. Veo su mano contra el cristal y no oigo sus palabras pero las adivino: «Te encontraré.»

No sé si quiero que me encuentre en estas condiciones.

Con ese pensamiento cierro los ojos y me dejo llevar.

DÍA SEIS

Tengo una pesadilla. Sueño que Juniper está sentada en la silla de mi habitación, junto a mi cama, observándome. Nuestras miradas se cruzan y ella esboza una sonrisa traviesa, de satisfacción.

Despierto bañada en sudor, con las sábanas empapadas, y miro alrededor, mareada. Juniper no está allí. Es medianoche y la casa permanece silenciosa, pero estoy segura de que había alguien en mi cuarto, podía sentir su presencia. Salgo de la cama y abro la puerta procurando no hacer ruido ni descargar el peso de mi cuerpo sobre el pie marcado, cojeando. Silencio. Necesito ver a Juniper dormida en su habitación, pero su cama está vacía. No ha dormido en ella.

DÍA SIETE

Me encuentro con Mary May por primera vez. Esperaba un tanque de mujer, pero topo con Mary Poppins. Aunque ya había visto mujeres vestidas como ella, nunca comprendí quiénes eran o lo que hacían. Lleva lo que parece un antiguo uniforme de niñera, un conservador vestido negro con una blusa blanca y corbata, medias y zapatos negros. La corbata tiene bordada una «I» roja. Sobre el vestido lleva un pesado abrigo, también negro, con puños de terciopelo rojo. Un bombín negro con una franja roja y una «I» en la parte frontal completan su atuendo. Su cabello está recogido en un moño sujeto con horquillas y oculto por el sombrero. Tiene un rostro severo, sin pizca de maquillaje. No soy buena calculando la edad de la gente, pero diría que tiene entre cuarenta y cincuenta años, y es pequeña como un pajarito. En general, da la impresión de estar abrigada para el invierno. Cuando entro en el comedor me estudia de arriba abajo, igual que yo a ella.

—Hola —la saludo. No sé si tengo que estrecharle la mano o no. Sus guantes de cuero negro me dicen que no lo intente.

—Me llamo Mary May y seré tu denunciante de ilegalidades durante el futuro próximo. ¿Eres consciente de las reglas o quieres que las repasemos?

Asiento con la cabeza.

—Comunicación verbal —ordena.

—No... Quiero decir, sí... Conozco las reglas —tartamudeo. Me siento nerviosa porque no quiero cometer ningún error, no quiero que vuelvan a castigarme. No sé lo que está bien y lo que está mal, lo que se espera de mí en este nuevo mundo. He leído las reglas, me las han explicado, pero la realidad es muy diferente.

Mi familia está sentada a la mesa, observándome mientras hablo con ella. Percibo la tensión reinante. No puedo cometer un solo error. Otra vez, no.

Un brillo de diversión aparece en los ojos de Mary May. Disfruta poniéndome nerviosa.

Me siento a cenar por primera vez desde que he vuelto. Una cena familiar normal. Mary May se queda en un rincón sin quitarse el sombrero, el abrigo o los guantes. Su presencia es tan tranquilizadora como la de la Parca. Mamá ha puesto música para llenar el vacío del insoportable silencio. Juniper está con nosotros, pero me dirige miradas nerviosas cuando cree que no la veo. Cuanto más temerosa se muestra, más rabiosa me siento. Ewan, en cambio, no aparta los ojos de mí, como si yo no estuviera allí y no pudiera verlo.

—¿Qué va a comer? —pregunta, mirando con desagrado la comida de mi plato.

—Cereales. Semillas de calabaza —le explica mamá—. Y eso otro es salmón.

—A mí me parece comida para perros.

Huele a comida para perros.

Los demás tienen arroz con pollo. El pollo parece seco y el arroz demasiado pastoso, y me pregunto si lo han hecho deliberadamente. Mamá también ha preparado col hervida, sabiendo que la odio. Me doy cuenta de que intenta ayudarme, ponérmelo fácil. Sé que intenta recurrir a lo básico, pero aun así me gustaría comer lo mismo que ellos. No es que me apetezca su comida porque tenga

mejor aspecto que la mía o porque esté hambrienta, sino porque es lo que debería estar comiendo. Me apetece porque la tengo prohibida. Vuelvo a preguntarme de dónde surge esa parte de mí. Yo era la chica que aceptaba las reglas, que estaba de su parte, que nunca cuestionaba nada; ahora me encuentro en el lado equivocado de todo, cuestionándolo todo. Así debe de sentirse Juniper todos los días. La miro y veo que sigue con la cabeza agachada, jugueteando con su comida, y me irrita que no esté comiendo. Ella puede hacerlo. En ese momento levanta la vista y advierte que la estoy observando. Traga saliva y desvía la mirada.

Ewan no se recata. Mira curiosamente las vendas de mi mano, mi sien, mi pecho...

—Papá, mamá, Celestine me está mirando —se queja.

—Cállate, Ewan —le reprende Juniper.

—No tiene prohibido mirarte —interviene papá—. Es tu hermana.

Ewan resopla y sigue comiendo.

—Sabes que te está permitido hablarme, Ewan —le explico amablemente, haciendo un esfuerzo para parecer tranquila. Es mi hermano pequeño, no quiero que tenga miedo de mí.

Me mira, sorprendido de que me haya dirigido a él.

—¿Puedes pasarme la sal, por favor? —le pido.

El salero está frente a Ewan, pero este no se mueve.

—No puedo ayudarte, está prohibido. Papá, mamá... —gime, absolutamente aterrorizado.

Mira a Mary May, sentada en un rincón del comedor, observándonos con su bloc de notas y un bolígrafo. Se me acelera el pulso. Siento como si me hubieran pegado un puñetazo y dejado sin aire. He aterrorizado a mi hermano pequeño.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Claro que puedes pasarle la sal! —exclama Juniper, cogiendo el salero y dejándolo delante de mí.

Tras ese exabrupto, todos siguen comiendo en silencio.

Con la cabeza baja y llevando la comida hasta sus bocas, se comportan como robots. Todos excepto Juniper. Sé que nadie quiere comer. Bueno, nadie salvo Ewan, y sé que lo hacen por mí. Ojalá Juniper también lo hiciera. Tengo la extraña sensación de querer obligarla a que se coma su pollo. Y ya no puedo soportar más la rabia, el odio que siento hacia mi propia hermana. Nada de esto es culpa suya, pero aun así la culpo.

Me levanto. Tomo mi plato y voy hasta el cubo de basura que se encuentra junto a Mary May. Presiono la palanca de apertura de la tapa y lanzo el plato al cubo. Lo oigo chocar contra el fondo, y ella ni se inmuta. Le enseño un dedo, dispuesta a que me haga el test. Quiero acabar con esta situación de una vez y volver a la cama. Ella me pincha el dedo, deja caer una gota de sangre en una tira y mete la tira en un chisme semejante a un reloj que lleva en la muñeca y que analiza la sangre.

Limpia, dice la máquina instantáneamente.

A continuación Mary May me coloca en el dedo un aparato similar a un medidor de la saturación de oxígeno en la sangre y que conecta a su sensor de muñeca mediante un cable.

—Celestine North, ¿has cumplido hoy con todas las reglas de los imperfectos? —pregunta.

—Sí —respondo. Mi corazón palpita alocadamente.

Sé lo que he hecho, pero ¿y si el aparato dice que no? ¿Y si intentan engañarme? ¿Cómo voy a fiarme de una prueba controlada por el Tribunal? Pueden decir que miento aunque no lo haya hecho, y será su palabra contra la mía.

Esa especie de reloj vuelve a ponerse en funcionamiento.

—Limpia —dice Mary May, y libera mi dedo.

Ni siquiera dirijo una mirada a mi familia, me siento demasiado humillada. Subo las escaleras

todo lo rápido que puedo. Quiero dormir.

Sin embargo, no lo consigo. El efecto de los calmantes ha disminuido. Ya no me siento tan distante, tan atontada. Ojalá lo estuviera. Oigo que Mary May se marcha, satisfecha de que cumpla con el toque de queda. Me siento ante la ventana y miro al otro lado de la calle, a la casa de Art. Es enorme e imponente, la más grande de la vecindad. Supongo que se podría calificar de mansión. Domina la calle y desde ella pueden verse todas las demás. La construyó el hermano de Crevan, con quien compartía la propiedad del club de fútbol, y querían que todos los que trabajan para los medios de Crevan estuvieran en la misma calle. ¿Para controlarnos? ¿Cómo no me di cuenta antes? El juez Crevan, Bob, papá, todos juntos el Día de la Tierra. ¡Creí que todo era tan amigable y divertido! Ahora sé que se trataba de control. Las numerosas ventanas de la casa están oscuras, no debe de haber nadie en este momento. El único signo de que está habitada que he visto estos días es el ir y venir de Hilary, el ama de llaves. Comprendo que Art no pueda visitarme, hay demasiados periodistas y fotógrafos esperando fuera, sobre todo si, además, está ocultándose de su padre, pero no creo que el verme le hiciera ningún daño. No sería ilegal. Significaría una falta de respeto hacia su padre, pero ¿no es lo que está haciendo ahora? Y si no una visita, ¿por qué no una llamada de teléfono, un mensaje o una carta como la que me envió cuando estaba en Highland Castle? Algo. Lo que sea. Sería una demostración de que se preocupa por mí, de que piensa en mí, de que le intereso.

No creo que visitar a una imperfecta pueda ser contemplado como una ayuda, y un minuto en sus brazos me salvaría. Aunque yo le diga a todo el que quiera escucharme que no hay esperanza para Art y para mí, en el fondo sigue teniendo sentido. Podría pasar, solo significaría que es capaz de plantarle cara a su padre de una vez por todas, y que él y yo podríamos enfrentarnos juntos al mundo.

Busco su nombre en mi teléfono móvil y pulso el botón de llamada. Sé lo que pasará, lo mismo que ha pasado desde el primer día que volví a casa. Salta el buzón de voz. Pero me quedo escuchando su voz siempre jovial, siempre a punto de soltar una risotada. Cuando termina el mensaje, cuelgo.

En el piso de abajo oigo a Ewan discutiendo a voz en cuello sobre las reglas.

Intento dormir, y noto que papá y mamá me dan un beso de buenas noches antes de irse a la cama. Escucho sus voces susurrantes un rato, y después nada.

A continuación, sucede lo que estaba esperando. Oigo que Juniper sale furtivamente de su habitación.

Me planto desnuda ante el espejo, incluso sin vendas. Y odio lo que veo. Derramo lágrimas mientras mis ojos recorren las cicatrices de mi piel, que se han apropiado de mí, me han hecho suya. Quisiera arrancarlas. Me aparto del espejo con la firme determinación de no volver a mirarme jamás en él. Nunca dejaré que nadie me vea desnuda. Ni amigas, ni amantes. Nadie.

El instituto suele significar cosas distintas para distintas personas. A Juniper la pone nerviosa, me consta. Es algo que la preocupa constantemente, desde el momento en que se va a la cama por la noche hasta que vuelve a casa. Se siente incómoda, limitada, fuera de lugar. Está deseando que acabe para dedicarse a lo que considera los aspectos más importantes de su vida. Se preocupa por los deberes, por si da respuestas equivocadas en clase, por los exámenes, por su vestimenta. No porque sea perezosa y no se esfuerce, ni porque no sea inteligente. Lo es. Y mucho. Está constantemente trabajando, hablando de sus estudios, estudiando, probándose ropa, desechándola y vuelta a empezar. Tiene una amiga íntima, y cuando las ves caminar por los pasillos con las cabezas juntas, parece que vayan pegadas. No aceptan a nadie más, no necesitan a nadie más, solo quieren aprobar y terminar con el instituto de una vez.

Para mí, el instituto es algo sólido, algo firme. Me gusta, me siento cómoda en él, disfruto yendo todos los días y no me da miedo. Trabajo duro, pero no tanto como para sentirme abrumada o muy estresada. Me gustan mis profesores y yo les gusto a ellos, no les causo ningún problema. Tengo un grupo de amigos geniales, tres chicos y tres chicas, incluidos Art y yo. Y una de las chicas es Marlena, la que me defendió ante el tribunal. No somos ni empollones ni deportistas, nos divertimos. Puede que seamos recordados, puede que no. Sencillamente somos.

Sin embargo, por primera vez en mi vida estoy experimentando lo que debe de sentir Juniper cada mañana. Dudo mucho sobre qué ponerme. Toda mi ropa representa la parte fresca y despreocupada de mí, la compró y la usó alguien integrada en la sociedad y que no tenía nada que ocultar. Ya no soy esa persona.

Miro los tres conjuntos que hemos preparado mamá y yo. Ninguno es apropiado para alguien que tiene cosas que ocultar.

Según las reglas, cuando estoy fuera de casa no puedo ocultar ni mi mano ni mi sien. No puedo esconder mis marcas. Obviamente, no hace falta que haga nada con la de la planta del pie. Ahora, cuando estoy en casa, tengo una lista de preferencias. Quiero que mis trenzas estén al mismo nivel para ocultar la marca de la sien derecha; mis guantes han de ser lo bastante largos para cubrir la marca de mi mano derecha, y el escote será mínimo para tapar el pecho marcado. La planta del pie y la columna no me preocupan, a menos que tenga que ir a una playa o a una clase de natación. He

hecho una lista con las partes de mi cuerpo que quiero esconder. Odio mi cuerpo.

Miro a través del descansillo hacia la habitación de Juniper.

Llamo a su puerta.

—Hola —me saluda sorprendida.

Parece cansada y me pregunto dónde habrá estado toda la noche. Nuestra relación ha sido un poco rara últimamente y no me atrevo a preguntárselo. Sobre todo porque creo que me mentiría.

—Necesito algo que ponerme —confieso, consciente de que cuando hablo mi lengua parece demasiado grande para mi boca y parezco mi amiga Lisa cuando se hizo un *piercing* en la lengua. Aunque, eso sí, hablo de una forma mucho más inteligible que hace unos días, cuando apenas podía moverme.

—¿Quieres que yo te preste ropa? —me pregunta, confusa.

—La mía ya no me gusta.

—Oh, bueno. De acuerdo, entra. —Termina de abrir la puerta y veo lo que tiene todo el aspecto de una zona bombardeada. Su ropa está diseminada por todas partes—. Yo tampoco consigo decidirme.

Me siento tentada de explicarle que nuestras razones son muy diferentes, pero no lo hago. Callo y me lo trago. Me lo trago todo. Mis ojos recorren aquel caos. Sé lo que estoy buscando y lo descubro de inmediato.

—Gracias —digo, tras coger lo que quiero.

—¿Estás segura? —Mira fijamente las prendas que tengo en las manos—. Tengo otras cosas que quizá te gusten más.

—No, esto ya me va bien. Gracias.

Vuelvo a mi habitación y me lo pruebo. Cuando me veo en el espejo, no puedo evitar echarme a llorar. Un top negro de mangas largas y cuello alto. Vaqueros negros ajustados. Botas negras. Parezco Juniper.

Pero no he terminado.

Me coloco el brazalete con la «I» roja en el brazo, retirando la cinta adhesiva de una cara para que se adhiera al tejido. Se supone que ha de quedar ceñido.

Como una segunda piel.

Las persianas del director Hamilton están cerradas porque los medios de comunicación campan a sus anchas por la entrada del instituto Grace O'Malley. Algún miembro del personal les ha filtrado que hoy sería el primer día de mi vuelta a clase.

Acercaron tanto las cámaras contra los cristales tintados del coche de papá que creí que acabarían rompiéndolos. Papá tuvo que abrirse camino a paso de tortuga sin poder ver apenas por dónde iba. Yo me sentía aterrorizada, claustrofóbica, casi asfixiada por tantos ojos fijos en mí, preguntándome por qué el simple hecho de estar sentada en el coche merecía la pena ser grabado, estudiado, analizado. Juniper permanecía mirando al frente encogida, inmóvil, como intentando pasar inadvertida. Y según parece, ahora también la vida del director Hamilton se ha convertido en un infierno. Su rostro muestra un sarpullido que recorre su fofo cuello y desaparece debajo de su camisa. Los capilares de su bulbosa nariz destacan más que nunca.

Jamás había tenido que presentarme ante el director ni había dado el mínimo motivo para hacerlo, pero hoy hemos sido convocados a su despacho. Están presentes mi profesora de Matemáticas, la señora Dockery, y mi profesor de Educación Cívica, el señor Browne.

Cuando me siento, la señora Dockery me dirige una sonrisa nerviosa, en tanto que el señor Browne ni siquiera me mira. Lucho contra el impulso de saltar sobre ellos lanzando un grito animal y maldiciéndolos. Seguro que se cagarían de miedo.

El director parece molesto mientras intenta organizarse para la entrevista, pero el teléfono vuelve a sonar.

—Susan, por favor, te he dicho que no me pases ninguna llamada. —Escucha unos segundos, antes de añadir—: No, no pienso dar una conferencia de prensa... No, ya lo he discutido con la Asociación de Padres y con el Consejo... No, tampoco haré una declaración.

Suspira y cuelga.

—Señor Hamilton, soy consciente de que está sometido a una gran presión —dice papá—. Todos lo estamos y queremos que esto sea lo más cómodo posible para todos los implicados. Creo que existe otra entrada que Celestine podría utilizar, una entrada que le permitiría entrar y salir sin tener que soportar lo que ha soportado hoy. Ya no está en Highland Castle, se ha dictado sentencia y no debería sufrir esta clase de vejaciones en su propio instituto.

—Señor North, he de admitir que, personalmente, estoy de acuerdo con usted.

El señor Browne protesta, pero el director Hamilton lo frena con una mirada.

—Opino que todos los alumnos tienen que ser tratados igual, y que esa es la filosofía que espero compartan los profesores.

El señor Browne vuelve a protestar, pero el director Hamilton lo interrumpe de nuevo.

—Yo mismo sugerí la idea de que pudiera utilizar la otra entrada, pero he recibido un documento

de... —mira el encabezado de una carta— una tal Mary May, en el que me informa de lo que puedo y no puedo hacer en mi propio instituto —añade con tono de enfado—. Y, desgraciadamente, permitir que Celestine utilice esa otra entrada para facilitar su llegada y su salida de esta institución sería considerado como ayuda a una imperfecta.

—¡Es una de sus alumnas, maldita sea! —protesta papá, dando un golpe en la mesa.

El señor Hamilton espera que se calme y responde:

—Estoy de acuerdo con usted. No obstante, las reglas son las reglas, y no puedo permitir que mis profesores, o la escuela misma, se metan en un lío.

—No podemos traer y recoger a Celestine cada día, señor Hamilton —argumenta papá, más calmado—. Sus heridas no le permiten coger el autobús por sí misma, y si utiliza una bicicleta se vería demasiado expuesta a cualquier incidente. El acoso de los periodistas, tal como conducen, podría resultar peligroso. Y no tiene edad suficiente para sacarse el permiso de conducir. Esta situación es muy peligrosa para ella, requiere una dispensa especial.

No debería ser una sorpresa para mí, pero escuchar la exposición de papá hace que mi miedo se vuelva muy real.

—Le comprendo, créame. —El director asiente—. Quizá deberíamos discutir esto más adelante, cuando Celestine esté en clase.

—Hablan de mí, así que tengo derecho a escuchar lo que dicen —intervengo, aunque no es cierto. No quiero oírlo. Pero necesito oírlo.

—Está bien —dice el director—. Quiero plantear el tema de las clases a domicilio.

—¿Qué? —Papá se muestra disgustado.

—A Celestine solo le quedan unos meses para los exámenes finales. No es mucho tiempo, casi ha terminado. Soy consciente de que es una de nuestras mejores alumnas y no quiero que sus notas se resientan. He hablado largo y tendido con la Asociación de Padres, y a algunos, no todos, les preocupa que una imperfecta en el instituto tenga un efecto negativo en la reputación del centro.

—No puede discriminar a mi hija por ser imperfecta —se queja mi padre—. Tiene derecho a estar en este instituto.

—Lo sé. Pero a causa de este... incidente las matrículas para septiembre han caído. Hay padres y alumnos a los que les preocupa que el buen nombre de este instituto se vea perjudicado, que sus reputaciones se vean manchadas en su paso a la universidad o a un trabajo. Solo le digo lo que han planteado, señor North —explica antes de que papá vuelva a explotar—. Mi deber es pensar en la reputación del instituto.

—También es su deber considerar el bienestar de sus alumnos.

—Lamentablemente, un grupo de profesores, representado aquí por el señor Browne, no quiere seguir dándole clases a Celestine. Aunque es su decisión, no la mía, tengo que apoyar a mis profesores y comunicárselo a usted —añade con cierta aspereza—. Seguro que estará de acuerdo en que unas clases a domicilio son mejores que la expulsión.

El discurso del señor Hamilton me pone enferma. Pienso en Carrick, y no por primera vez. Siempre lo hago cuando me enfrento a la nueva realidad de ser imperfecta. Me pregunto qué habrá sido de él. No sé si la falta de noticias al respecto es una buena o una mala señal.

—La señora Dockery, la profesora de Matemáticas de Celestine, se ha ofrecido amablemente a darle esas clases.

La señora Dockery se yergue en su silla, ahora que la atención se ha centrado en ella. La miró sorprendida. No sé si tomármelo como un cumplido o como un insulto. ¿No me quiere en el instituto y les está ayudando a librarse de mí, o me está ayudando? Siento que se me llenan los ojos de

lágrimas y me hundo. Cada vez que creo haberlo superado, vuelve a pasar.

—Debería pensar seriamente que Celestine termine su educación en casa —recomienda ella—. No tendría distracciones y podría concentrarse en mantener sus notas. Cuanto antes comience, mejor para ella. Mejor para todos.

La entrevista se ha ido calentando por ambas partes, y termina con el acuerdo de que no estamos de acuerdo y que la situación se resolverá sobre la marcha. El señor Browne no me dará clases, ni mi profesor de Francés, ni el de Geografía, hasta que el director decida qué hacer conmigo. Hasta entonces, durante el horario de esas clases iré a la biblioteca. En lo único en que todos estamos de acuerdo es en que la atención de los medios disminuirá dentro de unos días, cuando mi historia deje de ser actualidad; es más, todo el mundo está sorprendido de que no haya ocurrido ya. Parece que el interés se renueva cuando descubren un nuevo ángulo desde el que enfocar el tema. No soy consciente de lo que se ha dicho de mí, no he prestado atención, y mis padres no han querido informarme. De hecho, han transformado nuestra casa en un capullo protector donde se vive el día a día de mi realidad sin que importe lo que la gente piensa. Y necesito que sea así para poder sobrevivir, para ser consciente de lo que significa ahora mi vida, antes de escuchar las retorcidas interpretaciones de los demás. No obstante, han pasado dos semanas y dos días y el interés no ha disminuido, lo que, por primera vez, hace que me sienta intrigada por saber lo que se cuenta sobre mí.

Como la reunión se ha alargado, llego tarde a clase de Lengua. Entro y todas las cabezas se vuelven hacia mí, pero mis compañeros se comportan como si no me conocieran, como si me vieran por primera vez. El pupitre de Art está vacío, todavía no ha regresado de donde sea que se haya escondido. Vuelvo a sentir que las lágrimas acuden a mis ojos, y me los froto rápidamente. Me siento sola en esta clase y en todas las siguientes. Marlena me lleva aparte, donde nadie pueda vernos hablar, para reprocharme lo decepcionada que se siente conmigo. Se jugó el cuello por defenderme y la traicioné. Me cuenta cómo ha cambiado su vida desde que subió al estrado, que ahora le resulta insoportable porque la gente opina que ayudó de forma voluntaria a una imperfecta. Incluso los fotógrafos la persiguen, y teme por su seguridad. Espera no haberse metido en un lío por dar una opinión favorable de mi carácter. Intento consolarla en la medida de mis posibilidades y decirle cuánto lo lamento. Nos separamos, no sin que antes me confiese que le gustaría mantener las distancias entre las dos. No me pregunta ni una sola vez cómo lo estoy llevando.

En la clase siguiente, mi profesor de Biología se niega a que esté presente. En cuanto me siento, me dirige una larga mirada y se marcha. Vuelve diez minutos después, acompañado del señor Browne y un director Hamilton más molesto que antes. Me indica que lo siga y sale del aula.

—Celestine, voy a enviarte al gimnasio. Te quedarás allí durante toda esta clase —me ordena, limpiándose las húmedas y regordetas manos en los faldones de su chaqueta—. Lo siento.

Esa disculpa significa más para mí de lo que puede imaginarse.

—Pensaba que me enviaría a la biblioteca.

—Ya irás después. No puedes pasarte todo el día en la biblioteca.

Ah. De modo que todos los profesores están cayendo como moscas.

—Pero no me he traído el equipo de gimnasia —digo, intentando de nuevo contener las lágrimas.

—Puedes utilizar el material del instituto... No me mires así. Contrariamente a la creencia popular, está limpio. Dile a Susan que te dé la llave de la taquilla.

La clase de gimnasia consiste en veinte minutos de piscina y veinte más de gimnasio. No pienso ponerme bañador. No he traído el mío y me niego a llevar el bañador oficial del instituto. Esta vez no es porque lo encuentre horroroso, sino porque ahora en mi mundo real no quiero que nadie vea mi

cuerpo. Y no soporto la idea de que el agua de la piscina entre en contacto con mis cicatrices. Hace dos semanas que me marcaron, y aunque las heridas están curando bien, he de tener cuidado tanto con el agua fría como con la caliente. Para ser sincera, puedo soportar el dolor de las heridas, pero no quiero que nadie vea mi cuerpo. Los únicos que lo han visto son los que me marcaron, el equipo médico, mi familia y, por supuesto, Carrick. No permitiré que nadie lo vea de nuevo, aunque me pregunto si seré capaz de permitir que Art vuelva a verme y tocarme.

Sigo a todo el mundo hasta la piscina. Tanto los chicos como las chicas ya tienen puesto el bañador y sonrían nerviosamente, la reacción natural al verse semidesnudos. Intento sentarme en las gradas para observarlos.

—¿Qué haces, Celestine? —ladra el señor Farrell, nuestro profesor de gimnasia.

—No voy a nadar, señor.

—¿Por qué? —pregunta mientras se acerca, con sus diversos silbatos entrechocando sobre su pecho. Me recuerda a los soplones. Oigo las risitas de los alumnos.

—Por todas mis cicatrices, señor. No pueden mojarse —miento.

De repente cae en la cuenta de quién soy, de lo que soy y da un paso atrás.

—Necesita la nota de un doctor que lo corrobore, señor —apunta una chica llamada Natasha—. Si no la tiene, ha de nadar con nosotros.

Y le lanza una inocente sonrisa al chico que tiene al lado. Logan. Lo conozco de la clase de Química, aunque nunca hemos hablado.

—¿Tienes una nota de tu médico?

—No, señor.

—Entonces, ya puedes ir cambiándote.

—No sabía que hoy tendría clase de gimnasia. Se supone que debía estar en Biología.

—¿Y por qué no estás en Biología?

—Porque el señor Barnes no me quiere allí.

—Bueno, pues si no vas a nadar, yo tampoco te quiero aquí.

—No puedo mojarme, señor.

—¿Te duchas?

—Sí.

—Entonces, puedes mojarte.

Acabo en el despacho del director Hamilton poco después de haberle prometido que no causaría ningún problema. El doctor Smith envía por correo electrónico la nota solicitada, explicando que es mejor que mis cicatrices no entren en contacto con el cloro, pero es demasiado tarde. El daño ya está hecho.

Cuando entro en la cafetería a la hora del almuerzo, tengo los nervios a flor de piel. Las conversaciones cesan de golpe y todas las cabezas se vuelven hacia mí para mirarme y juzgarme. Colleen, la hija de Angelina Tinder, está sentada sola y reúno valor para llegar hasta ella. Me siento a su misma mesa, pero no levanta la vista. Conozco la sensación. La sensación de que quien sea que se acerque a ti va a decir o hacer algo que te romperá el corazón, así que es mejor no mirar mientras lo hacen.

—Hola —la saludo.

Ella alza la mirada y se sorprende.

—¿Cómo está tu madre? —pregunto.

Entorna los ojos y se ríe.

—¡Uau! —exclama.

—¿Qué?

—¿Estás realmente tan desesperada? ¿Dónde estabas hace unas semanas? ¿Por qué no me lo preguntaste entonces? Oh, claro, entonces eras demasiado egoísta para saludarme siquiera.

La tímida Colleen ha desaparecido y su lugar lo ha ocupado esta joven airada y rencorosa. No la reconozco, no es la chica que pasaba los Días de la Tierra junto a su familia con nosotros, cuando ambas apenas teníamos preocupaciones y una vida como la que ahora llevamos jamás se nos había pasado por la cabeza. Pero tiene razón respecto a mí, por supuesto. La mañana siguiente al arresto de su madre no la saludé, tenía demasiado miedo. Y después cometí el peor error de mi vida. Merezco que tenga esa opinión de mí.

Unos cuantos estudiantes se acercan a la mesa y se sientan al lado de Colleen. Logan, el chico de natación que tiene una expresión extrañamente amistosa, Natasha y otro chico llamado Gavin.

—¿Te está molestando, Colleen? —pregunta Natasha.

Colleen parece sorprendida al principio, pero entonces me mira con engreimiento. Me alejo por no hacer una escena, mientras las mesas vecinas permanecen en silencio.

—La cafetería debería tener una mesa especial para imperfectos —dice despreocupadamente Natasha, guiñando uno de sus oscuros y traviosos ojos.

Me voy de la cafetería con la cabeza gacha. Me arden los ojos y, tal como decidí en la Cámara de Marca, no quiero que nadie me vea llorar.

Cuando llego a casa tras un horrendo segundo día de instituto, mamá me recibe perfectamente acicalada de la cabeza a los pies, con su brillante melena rubia cayendo en rizos ondulados y una sonrisa en los labios. Huelo a galletas horneándose o algo parecido. Tiene el aspecto de un ama de casa de los años cincuenta del siglo pasado, y de inmediato sé que algo va mal. No me pregunta qué tal me ha ido el día, lo cual me alegra, porque estoy a punto de estallar en lágrimas.

—Pia Wang ha venido a verte —anuncia.

Juniper nos mira sorprendida. Comprende que queremos hablar en privado y se siente excluida, así que sube las escaleras hasta su habitación y da un portazo al cerrarla. Resulta extraño, pero ser imperfecta ha hecho que papá, mamá y yo nos sintamos más unidos que antes, nos ha dado más razones para hablar en privado, y sé que todo eso hace que Juniper se sienta marginada.

—¿Está aquí? ¿En casa? —susurro, buscando a la periodista con la mirada.

Mamá asiente rápidamente y se acerca a mí.

—En la biblioteca.

—¿Ha venido sin ser invitada?

—Sí... bueno, no. Ha estado llamando todos los días para pedir una entrevista y yo le he dado largas diciéndole que... aún no estabas curada. Pero ahora que has vuelto al instituto, ya no puedo retrasarlo más.

—No quiero hablar con ella.

—Viene por orden del Tribunal —dice mamá—. Por lo visto es parte del paquete. Todo imperfecto tiene que hablar con Pia tras su juicio. Y si no la dejaba pasar...

—... Podrían acusarte de estar ayudando a una imperfecta.

—Eres mi hija —protesta mamá.

—Mamá, está bien. Lo haré.

—¿Qué vas a decirle? —me pregunta, nerviosa—. Quizá deberíamos llamar al señor Berry.

—No quiero que me instruya. Solo me dirá que mienta, y no pienso hacerlo.

Aún me duele apoyar la planta del pie marcado, pero no quiero que Pia me vea cojear. Está esperándome en la biblioteca. Una vez ante la puerta, tomo aliento y entro. Le digo a mamá que no se preocupe, que puede dejarme a solas con ella. Prefiero que sea así, sin tener que estar pendiente de lo que pueda pensar o sentir y sin preocuparme de si lo que estoy diciendo es correcto. De todas formas, no pienso decirle mucho. Las respuestas que menos deben de gustarle a Pia son las monosilábicas, y eso es lo que pienso darle.

Pia es aún más pequeña de lo que parece en la tele. Es como una muñequita que no resistiría una ráfaga de viento. Aunque sé que hasta el viento perdería la batalla contra ella. Su piel es suave y de color melocotón, su vestido es delicado y precioso, un top de seda color marfil con delicadas

organzas de flores y una falda de encaje. Incluso huele a melocotón. Todo en ella es refinado y hermoso, pero sus ojos son duros. No fríos, sino alertas, inquisitivos, conscientes de todo lo que le rodea como si fueran las lentes de una cámara.

—Pia Wang —se presenta cortésmente, tendiendo la mano.

No me muevo, insegura de lo que debo hacer. Tuve que quitarme la venda que envolvía mi mano marcada para ir al instituto y que todo el mundo viera que no escondo mis marcas. No he tenido que darle a nadie la mano aún. No se la ofrezco. Así que la dejo con la mano suspendida. Ella mira la mía y sonrío.

—Oh, por supuesto —dice a modo de disculpa, pero estoy segura de que debe de ser todo intencionado.

Si antes no me fiaba de ella, ahora mucho menos. Si intentaba ponerme en mi lugar, a la defensiva, ha fallado. Ha sido ella la que ha perdido el primer asalto. No pienso ponérselo fácil.

—Encantada de conocerte —miente—. ¿Nos sentamos?

Hay dos sillones junto a la ventana, desde los que normalmente se ve un jardincito que mamá cuida cuando considera que ha tenido un día difícil. Ahora las contraventanas están cerradas para proteger nuestra intimidad de la prensa.

Me señala uno de los sillones, invitándome a sentarme, como si no fuera mi casa, sino la suya.

—Hace tiempo que deseaba hablar contigo —confiesa con una sonrisa cautivadora—. Eres un bombazo, Celestine. Diecisiete años, ex novia de Art Crevan, excelente estudiante... y resulta que eres la chica más imperfecta de la historia, marcada cinco veces. Entrevistarte es la mayor exclusiva del año.

—Me intriga que encuentres mi vida tan... entretenida.

Su sonrisa se tensa un poco.

—No solo yo, obviamente —dice en referencia a la prensa que rodea la casa—. Como sabes, según las reglas del Tribunal tengo derecho a entrevistar a los imperfectos, y esa entrevista aparece en nuestra página web, en televisión, en revistas...

—En todos los medios de comunicación que pertenecen a Crevan.

Pia hace una pausa.

—Así es. Pero yo quiero proponerte algo nuevo. He pensado no en una, sino en toda una serie de entrevistas, mientras te seguimos con las cámaras y filmamos cómo es ahora tu vida.

—¿Un *reality show*?

—Puedes llamarlo así, pero yo prefiero decir documental.

—Porque eres una periodista implacable y todo eso.

Hace otra pausa para digerir el insulto.

—Me interesa la gente, me intriga lo que le atrae. —Me mira de arriba abajo—. Contigo no consigo imaginar qué es, y me gustaría descubrirlo.

—No quiero que me sigan con una cámara. Mi padre es director de televisión y sé que puedes hacer que yo parezca exactamente lo que tú quieras. Si estoy obligada a concederte una entrevista, lo haré, pero eso será todo.

Percibo claramente su decepción, ya que no puede hacer nada al respecto.

—Bien —dice—. Entonces haremos una serie de entrevistas, no solo una. Quiero profundizar, Celestine, quiero comprenderte, llegar a conocerte realmente.

Esbozo una media sonrisa.

—¿Te parece divertido? —pregunta.

—Trabajas para Crevan. ¿Crees que soy tan estúpida como para creer que quieres comprenderme,

que lo que escribirás sobre mí será favorable, que transcribirás textualmente en tus artículos todo lo que yo diga?

—Eres un caso interesante, Celestine.

—Soy una persona, no un caso.

—Amiga del juez Crevan, estudiante de matrículas... una chica perfecta, una candidata improbable a encontrarse en esta situación. La gente quiere conocerte.

—Angelina Tinder y yo. Un poco raro, ¿no? Dos imperfectas la misma semana en la misma calle, la calle donde, casualmente, vive el juez Crevan. ¡Qué coincidencia!

Algo destella en sus ojos. Algo distinto, una especie de duda. Pero reacciona y asume su papel habitual.

—Nuestra sociedad desaprueba la eutanasia —argumenta, defendiendo la sentencia de Angelina Tinder.

—Y la compasión. Solo ayudé a un anciano a sentarse.

Me doy cuenta de que acabo de darle un titular. Está emocionada.

—¿Lo ves, Celestine? —Sonríe y se inclina hacia delante—. Comentarios como ese son los que hacen que la gente te preste una atención especial. Para ser alguien tan joven, eres muy original.

—No intento ser nada.

Parece momentáneamente confusa y pasea la mirada por la biblioteca antes de cambiar de tema. Me da la impresión de que cree que no debería decir lo que va a decir.

—Enya Sleepwell acudió a tu juicio todos los días.

Espero que siga. No tengo ni idea de qué está hablando.

—Sabes quién es, claro —añade, condescendiente.

—Pues no. —Suspiro—. No tengo ni idea de quién es. ¿Era la anciana que me escupió? ¿La joven que me lanzó una calabaza? ¿O quizá la mujer de la tercera fila que se comió toda una bolsa de chuches en mi Día del Nombre?

—Ha salido mucho en las noticias estos días —responde, frunciendo el ceño—. ¿No has oído hablar de ella?

—No miro las noticias.

—Me cuesta creerlo. Tú también sales todos los días.

—Entonces, ¿para qué necesito mirarlas? Ya sé lo que hago todos los días.

Me dedica una sonrisa.

—¿Tus padres no te han contado lo que está pasando, lo que se comenta fuera de aquí? —pregunta.

—No me importa lo que comenten sobre mí ni quiero que me lo cuenten. No puedo controlarlo. No puedo cambiarlo.

Pia parece confusa. Mira hacia la puerta para asegurarse de que está cerrada.

—No, en serio, ¿no sabes nada? Enya Sleepwell es del Partido Vital. Deberías conocerlo, obtuvo un montón de escaños en las últimas elecciones. Es el partido que más rápido crece de todo el Parlamento.

—No me interesa la política, tengo diecisiete años. Y no creo que le interese a ninguno de mis amigos. Ni siquiera podemos votar todavía.

Me mira sorprendida, estudiándome como si no creyera una palabra de lo que estoy diciendo, intentando descubrir mi juego.

—Bien, pues la política sí se interesa por ti, Celestine.

Imito su gesto de antes. Miro hacia atrás, en dirección a la puerta, para comprobar si sigue

cerrada. Me doy cuenta de que he cambiado los monosílabos por el sarcasmo. Pero reconozco que es mucho más satisfactorio.

—¿Así que no colaboras con Enya Sleepwell? ¿Nunca la has visto, ni siquiera antes del incidente del autobús?

—¿Qué?... ¡No! —replico.

—Algunos piensan que intentabas ser una heroína —dice—. Que sigues creyéndote una heroína, que te consideras superior a los demás, que tu aparente acto altruista no te convierte en imperfecta o, por lo menos, que te sitúa a un nivel distinto de los demás imperfectos. Creo que querías ser distinta, destacar, que estabas harta de ser una chica normal, una chica aburrida, una mediocre. Harta de acatar las leyes.

Me muerdo el labio inferior para no contradecirla, que es lo que quiere.

—¿Te crees una heroína, Celestine?

Lanzo un suspiro.

—Si fuera una heroína, ese anciano seguiría vivo —respondo—. Nadie parece tener en cuenta que ha muerto un hombre, que murió porque todo un autobús lleno de gente no quiso ayudarlo. ¿Que si me creo una heroína? No. Fallé.

Frunce el ceño, confusa.

—Pero lograste elevar tu asunto a un nivel superior —dice—. Todo el mundo habla sobre la regla de no ayudar a los imperfectos. Un abrumador número de personas quiere anularla.

Me sorprende oír eso. Si la anulan, ¿significará que dejaré de ser imperfecta? ¿Que eliminarán mis cicatrices? No, no pueden hacer eso. Nunca lo harán.

Pia consulta su reloj y vuelve a lanzarme una mirada ansiosa.

—¿Cuándo podemos volver a vernos?

Me encojo de hombros.

—Voy a estar aquí todos los días después del instituto. No planeo ir a ninguna parte.

—¿Una chica popular como tú? Seguro que tienes muchas ofertas. Dicen que incluso te han ofrecido poner tu nombre a un perfume.

—¿Cuál? ¿*Eau* de Imperfecta? —pregunto, soltando un bufido—. ¿Quién iba a querer comprarlo y por qué demonios iba a aceptar algo así? Lo cierto es que no sabes nada sobre mí, ¿verdad?

—Hoy solo quería presentarme; podemos vernos mañana —propone, recogiendo su maletín—. Si no eres la adolescente aburrida harta de su vida y que hizo lo que hizo para llamar la atención, te sugiero que hables conmigo o esa será mi historia.

Vuelve a ofrecerme la mano, esta vez la izquierda. Se la estrecho a regañadientes con mi mano sana.

Me quedo en el sillón, furiosa, pensando en nuestra conversación.

—A propósito, no tengo cinco marcas —digo.

Ella se detiene en la puerta y da media vuelta delicadamente sobre sus zapatos color melocotón.

—¿Perdón?

—Dijiste que soy la persona más imperfecta del país porque tengo cinco marcas. Crevan ordenó seis.

Pia sigue observándome, sin pestañear. Sé que la prensa no ha informado de mi sexta marca por alguna razón, lo cual me sorprende. Supuse que Crevan querría que todo el mundo lo supiera, pero Pia no puede publicar lo que no sabe. Y que Pia no lo sepa, me proporciona cierto placer. También quiero que sea consciente de que no lo sabe todo, que incluso lo poco que sabe de mí es incorrecto. Al llegar quiso incomodarme, y yo quiero incomodarla al marcharse. Si Crevan le ha mentado, su sólido mundo puede que se tambalee, y quiero ver su mirada de desconcierto cuando eso suceda. Su reacción merece la pena.

—¿Que él qué?—balucea, aturdida. Su estudiada frialdad ha desaparecido—. En la sala dijo claramente cinco.

He de decidir si continuar o no. Lo más probable es que acabe sabiéndose de todas formas, y prefiero que se entere por mí. Si llega a publicarlo, Crevan no podrá culparme de eso, ya que es la verdad. Mi corazón se acelera mientras hablo.

—Fue a la Cámara de Marca —digo—. Me pidió que me arrepintiera y no lo hice. Así que ordenó una sexta marca en mi columna vertebral. Sin anestesia. Dijo que era imperfecta hasta la mismísima médula. —Decido no mencionar que fue él quien me marcó. Prefiero reservármelo.

—¿Que él ordenó...? —Apenas puede hablar—. Pero, eso no está permitido... Quiero decir, nunca se ha...

Sabe que no puede decir mucho más. ¿Dudar del juez Crevan? ¿Cuestionarlo? ¿Delante de una imperfecta? No está tan loca.

—Habla con tu amiguito Crevan —digo. Y la dejo en el umbral completamente aturdida.

Creo que es la primera vez en toda la semana que sonrío. Cuando las derrotas son tan enormes, las victorias son pequeñas. Pero están ahí, tienes que reconocerlas cuando las ves, minúsculos retazos de luz y esperanza ocultos en la oscuridad.

Cuando vuelvo a mi dormitorio, me encuentro a Mary May hurgando en mi mesita de noche. Miro alrededor, sorprendida. Los armarios están abiertos, la ropa arrancada de sus colgadores y desparramada por el suelo, los cajones revueltos y desordenados. Se sienta en la cama para leer mi diario personal, mi diario privado. No he escrito nada desde antes del juicio, no he tenido tiempo ni ganas. Mi vida actual es muy diferente de la que tenía entonces, pero lo que hay escrito siguen siendo mis pensamientos privados, cosas tontas, cosas embarazosas, pero cosas que en un momento dado fueron importantes para mí y por eso las escribí. Son mis secretos. Y ella está ahí leyéndolos, robándomelos.

Abro la boca para protestar, pero ella alza su mano enguantada para exigirme silencio, como si lo presintiera. Pasa una página. Al final cierra el diario y me mira de arriba abajo, como si pudiera llegar hasta mi misma alma.

—Las reglas advierten que se te someterá a registros aleatorios de tus posesiones y pertenencias. Si vas a seguir escribiendo este diario, si vas a seguir diciendo que tus muslos son demasiado gordos o preguntándote si serás buena en el sexo... —se burla, y yo siento que mi cara arde de vergüenza—. Espero que me lo entregues cada viernes para que pueda revisarlo. ¿Está claro?

Trago saliva con dificultad y asiento.

Coge en sus manos la bola de nieve del Highland Castle, que ha encontrado en la mesita de noche, y la agita.

—Siempre es bueno tener un recuerdo, ¿verdad? —dice, soltando la bola en mis manos al pasar por mi lado. Las brillantes partículas rojas caen lentamente, alfombrando el interior de la bola como gotas de sangre. Me lo tomo como un aviso.

Corro hacia la mesita y tiro la bola de cristal en el cajón. No quiero volver a verla. Recojo el diario y empiezo a arrancar las páginas; primero una a una, después a puñados, frenéticamente, mientras empiezo a sollozar. Cuando las he arrancado todas, cubren el suelo casi por completo.

Mamá entra en la habitación y me mira preocupada.

—Estaba leyendo mi diario —consigo farfullar apenas.

Se sienta en el suelo junto a mí y contempla las páginas. Coge una y la rompe en pequeños pedacitos con una expresión menos fría de lo normal. Ese gesto significa más para mí que cualquier cosa que hubiera podido decir. Me uno a ella y rompemos las páginas, los signos de exclamación, las estrellas y los corazones que rodean el nombre de Art, garabatos y palabras que me salieron del corazón, preocupaciones que me dolían, anécdotas que me divertían, pensamientos privados que una vez fueron únicamente míos. Miro mi corazón hecho pedazos.

Angelina Tinder tenía razón, quieren meterse en nuestras cabezas. Nunca volveré a permitirles que lo hagan.

Juniper y yo apenas nos dirigimos la palabra.

Ella se siente culpable y marginada; yo, furiosa y amargada. Y debo admitir que he descubierto una especie de extraña satisfacción descargando mi dolor sobre ella. Con demasiado tiempo para pensar, analizar y diseccionar, mi mente siempre vuelve a la escena del autobús, y cada vez intento revivirla de una manera distinta, como si eso pudiera cambiar el resultado. Y siempre que evoco la escena del autobús, no puedo evitar evocar la escena del silencio de Juniper. Ella, que normalmente no puede mantener la boca cerrada, no encontró ni una sola palabra para apoyarme en el autobús o defenderme ante el Tribunal. Pero lo que más me duele es verla vivir su vida como yo querría vivir la mía.

Sé que está enfadada por mi silencio. Puedo imaginármela gritándome que no fue culpa suya, diciéndome que ya se siente bastante culpable sin que mi silencio la haga sentirse peor todavía. Y le respondo con más silencio. Era yo la que tuvo que cumplir escrupulosamente con lo que le decían y no ella. Que de repente ella se convirtiera en mí y yo en ella es el giro más extraño de todos. Me pongo su ropa y siento sus inseguridades, y ella se ha vuelto silenciosa, se muerde la lengua como nunca había hecho, sale a escondidas por la noche para encontrarse con no sé quién, mientras que a mí no se me permite poner un pie fuera de casa. Es culpa mía que nos estemos comportando así la una con la otra, pero no puedo impedir sentir lo que siento.

Y, sobre todo, añoro a Art. Tengo el corazón roto, lo necesito. No puedo comprender por qué no me ha escrito ni me ha llamado ni ha intentado verme. Si es cierto que se ha escapado de casa, ya no está bajo el control de su padre, y eso le da más libertad para buscarme y contactar conmigo. Empiezo a creer que la decisión de Art tiene más que ver con alejarse de mí que de su padre. Y eso me causa un dolor mucho mayor que las marcas.

Después de lo ocurrido con Colleen, evito la cafetería. Me dedico a leer en la biblioteca, recluyéndome en un rincón y perdiéndome en las victorias y los problemas de otros. Antes nunca había tenido mucho tiempo para dedicarme a leer ficción, prefería la vida real. Matemáticas. Soluciones. Las cosas que realmente me interesaban en la vida. Ahora puedo entender por qué lo hace la gente, por qué prefiere perderse en la vida de otros. A veces leo una frase que me impacta, que me pone en guardia porque resulta que es algo que he sentido recientemente pero que nunca he expresado en voz alta. Quiero meterme en la página y decirle al personaje que lo comprendo, que no está solo, que yo no estoy sola, y que tiene todo el derecho del mundo a sentirse así. Y entonces suena el timbre de la hora del almuerzo, cierro el libro y vuelvo a la realidad.

Hoy me siento demasiado cansada para leer nada, no he dormido bien. Me fuerzo a permanecer despierta porque mis sueños se convierten en pesadillas sobre la Cámara de Marca. Últimamente se centran en Carrick, y resulta que no soy yo la que está siendo marcada, sino él. ¿Dónde estará? Dijo

que me buscaría. ¿Cuándo lo hará? ¿Habrá decidido no hacerlo o es que no quiere mi ayuda? Pienso en él a menudo, tanto que ha empezado a aparecer en mis pesadillas. He buscado «Carrick imperfecto» en Internet, pero no he encontrado nada. Y no sé su apellido. No sé nada sobre él, ni de dónde es, ni siquiera qué hizo. No sé si al final lo declararon imperfecto, pero me arriesgo a suponer que sí. ¿Cuál habrá sido su castigo por lo que hizo, por estar conmigo en la Cámara de Marca? Espero que él también haya tenido a alguien que pudiera ofrecerle la paz que él me ofreció a mí. He escrito su nombre en mi bloc, y repasado las letras una y otra vez con tinta roja hasta casi perforar la hoja. Eso me ayuda a pensar.

De repente, oigo un ruido en la biblioteca y hasta me asusto cuando aparece Logan.

—Hola —me saluda animadamente—. Te estaba buscando.

—¿A mí? —digo con sorpresa.

Me tiende un sobre. Siempre me ha parecido un chico confiado, pero ahora se muestra tímido.

—Es una invitación para mi fiesta de cumpleaños. Este viernes.

—Gracias —respondo, y siento que se me acelera el pulso.

—La dirección está dentro. ¿Vendrás?

—Mmm... ¿por qué? —Tengo la invitación en las manos y me siento tan sorprendida como insegura.

Él se ríe.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué me invitas?

—Está invitada toda la clase, no ibas a ser la única.

—No creo que me quieran allí, Logan.

—Bueno, pues yo sí —dice con firmeza—. ¿Vas a venir o no?

—Vale... Quiero decir, sí, gracias.

Noto que estoy sonriendo de oreja a oreja y no puedo parar. En cuanto se marcha, se me escapa un gritito y pataleo de excitación. Después de todo, quizá las cosas no sean tan malas, quizá las cosas puedan cambiar.

Oigo otro ruido en la biblioteca.

—¿Eres tú, Logan?

Camino hasta el final de una estantería y miro hacia la izquierda. Me agarran por la derecha y me arrastran hasta el siguiente pasillo. Estoy a punto de gritar, cuando me doy cuenta de a quién tengo delante.

Art.

—Shhh —sisea, poniendo un dedo en mis labios y llevándome con él hasta el rincón más alejado y oscuro de la biblioteca, tras las estanterías.

Mi corazón se desboca. No puedo creerlo ni borrar la sonrisa de mi cara.

Estamos tan juntos que siento la presión de la estantería contra mi espalda. Incluso noto que empujo los libros y los hago hundirse en el estante.

Art me mira, me estudia, interesado y preocupado al mismo tiempo. Parece cansado y su cabello ha perdido brillo. Tiene un aspecto algo mugriento, aplastado, con sus rizos convertidos casi en nudos. Luce unas ojeras imponentes, como si hiciera semanas que no duerme. El brillo travieso de sus ojos ha desaparecido, ahora son opacos. Mientras asimilo los cambios en su físico, él hace lo mismo conmigo. Estudia mi sien, la que está marcada, y hace un gesto de dolor como si sintiera el mío. Acerca los dedos para tocarme, pero no llega a hacerlo, solo los hace revolotear sobre mi piel y termina acariciándome la mejilla, los labios. Mira mi boca con intensidad, y sé que está pensando en mi lengua marcada.

—Sigo siendo yo —susurro.

—Lo sé, es que...

—No importa.

De repente no sé qué decir. Querría besarlo, pero ahora no me parece correcto. Me siento distinta, él me parece distinto, y tengo tantas preguntas... Por ejemplo: «¿Dónde demonios has estado?»

—¿Quién es Logan? —pregunta, sin darme oportunidad de hablar—. Antes gritaste su nombre.

—Oh, solo es... Nadie, no importa. ¿Dónde has estado, Art?

—¿Qué es eso? —vuelve a preguntar, señalando la invitación que llevo en las manos. Se la dejo leer.

—¿Logan Trilby? —Su expresión se endurece. Se ha enfadado.

—Solo intenta ser amable, Art. ¿Cómo has entrado en la biblioteca?

Su rostro se ilumina un poco, pero sigue enfadado.

—Como me senté aquí un montón de veces para estudiar, acabé encontrando una salida alternativa.

—Me has tenido muy preocupada, no sabía lo que estaba pasando. No sé lo que estaba pasando. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—No puedo decirte dónde he estado —responde.

—¿Por qué?

Art echa un vistazo alrededor, paranoico.

—Porque ellos te preguntarán dónde estoy, y no quiero que tengas que mentir y vuelvas a meterte en líos.

—No creo que pueda meterme en más líos.

Ninguno de los dos se ríe.

—Dímelo, por favor —insisto.

—No puedo. Te seguirían para llegar hasta mí. Te vigilan las veinticuatro horas.

Se inclina hacia mí y creo que va a besarme. Miro sus labios y espero que besen los míos, pero vuelve a apartarse.

—Te he necesitado —dice.

—Yo también —confieso a punto de llorar. Siento lástima de mí misma—. Creí que me habías abandonado...

—Perdona, pero solo pretendía escapar de él —confiesa, dando otro paso atrás—. Me he sentido muy confuso intentando comprenderte. Estaba furioso contigo, Celestine. Todo era tan perfecto...

Me siento tan ofendida que no soy capaz de hablar. Después de todo lo que me ha hecho su padre, ¿está furioso conmigo?

—Ahora, sabiendo lo que te ha hecho, ni siquiera puedo mirarlo a la cara. ¿Cinco marcas? ¡¿Cinco?! No solo quería hacerte daño a ti, también quería hacérmelo a mí.

No sabe nada de la sexta marca. Su rabia es ahora tan intensa que no me atrevo a decírselo. Quiero acercarme a él, tocarlo, pero por alguna razón no me atrevo.

—Y tampoco puedo vivir contigo, sabiendo que mi padre te hizo eso —reconoce, dando otro paso atrás—. Estoy en medio de los dos y, haga lo que haga, uno u otro perderá.

—Art, escúchame... —Siento que el pánico se apodera de mí. No puedo perderlo. Si lo pierdo ahora, me quedaré sin nada.

—No, escúchame tú a mí —me interrumpe—. Lo que hiciste en el autobús fue lo correcto, pero malo para nosotros. Si fueras egoísta como yo, no lo habrías hecho. Si yo fuera tan fuerte como tú, te habría defendido, habría estado a tu lado en ese autobús. Pero no, me quedé en silencio viendo cómo tú lo hacías todo. Dejé que se llevaran a la mujer que amaba..

¿Qué amaba?... ¡Me amaba! ¿Me seguirá amando? La alegría de esa idea muere ante la incertidumbre de si seguirá siendo así.

—No es culpa tuya, Art, nada de esto es culpa tuya. No puedo perderte. ¿Y el instituto? ¿Y la universidad? —imploro—. Podemos hacer lo que planeamos, y después irnos juntos lejos de todo y de todos. Nos tomaremos nuestro tiempo, pensaremos un plan.

—¿Irnos? ¿Adónde? ¿Adónde puedes ir exactamente? —pregunta, y vuelvo a detectar su rabia contra mí—. No puedes salir del país, no puedes ir a ningún lado sin alertar a los soplones. Todo imperfecto es vigilado, tienes que informarles de cada uno de tus movimientos. Si te trasladas a otra ciudad, te asignarán un soplón nuevo. Siempre sabrán dónde estamos, nunca nos libraremos de ellos. Convertirán nuestra vida en un infierno.

—Podríamos hacer que funcione —digo, intentando detener su razonamiento.

A mí me bastaría con estar junto a Art, aunque yo tuviera que vivir según las reglas de los imperfectos y él no. Crevan no puede empeorar nuestra situación.

Sin embargo, algo de lo que Art ha dicho me ha puesto en alerta. Que cada imperfecto tiene asignado un soplón, que cada imperfecto está vigilado y siempre se conoce su paradero. Estoy intentando encontrar a Carrick, y Carrick también tendrá asignado un soplón, estará vigilado, conocerán su paradero. Siento que mi corazón se acelera.

—Art, ¿puedes ayudarme a encontrar a alguien?

—¿A quién?

—A un imperfecto. Se llama Carrick.

—¿A quién? —pregunta de nuevo, entornando los ojos con expresión de desconfianza.

—A Carrick. No sé su apellido. Estaba en la celda contigua y necesito encontrarlo.

—¿Ah, sí? —Se pone tenso—. ¿Te hiciste amiga de él, como ahora de Logan?

—¡Art! —exclamo, sorprendida.

—Perdona, Celestine. Si tengo que hacerte esas preguntas es que ya no sé exactamente quién eres.

—Sabes muy bien quién soy —replico, tragando saliva.

Vuelve a estudiarme detenidamente. Suspira y cierra los ojos. El estrés está haciendo mella en él.

No sé dónde habrá pasado estos días, pero su cabello está sucio y su ropa huele a polvo.

—Carrick fue atento conmigo, Art —prosigo—. Estábamos solos allí dentro y él se mostró amable. —No puedo hablarle de mi sexta marca, no mientras siga en ese estado—. Solo quiero darle las gracias, solo quiero saber... qué ha significado para él, si ha sido lo mismo que para mí. Estaría bien poder hablar con alguien que comprenda...

—¿Crees que yo no te comprendo?... ¡Olvídalo! —exclama, y se aparta—. ¿Sabes lo duro que ha sido para mí venir hoy aquí? Papá tiene gente buscándome por todas partes. ¿Sabes lo mucho que he arriesgado, que he arriesgado por ti? Estoy intentando explicarme y me sales con que quieres localizar a un imperfecto que conociste en la cárcel, con que vas a fiestas como si nada hubiera pasado. Bien, pues me alegro de que todo te vaya bien —añade en tono sarcástico, alejándose por el pasillo.

Al principio me quedo helada, pero reacciono y me lanzo tras él, consciente de que voy a perderlo. Cuando llego al final del pasillo, ha desaparecido. Recorro uno a uno los pasillos buscándolo, preguntándome cómo ha podido desvanecerse, hasta que descubro una puerta de servicio, estrecha y metálica. La empujo pensando que no se moverá, pero se abre a un área de servicio en la que el señor Murray, nuestro encargado, dispone nuestros desperdicios para reciclarlos, y donde almacena sus herramientas y su equipo. En este momento, está desmontando unas cajas de cartón enormes, aplanándolas y apilándolas en el suelo.

Ni siquiera levanta la mirada.

—Vuelve dentro, chica.

—¿Qué? Estoy buscando a alguien.

—Sé a quién estás buscando. Vuelve dentro. —Alza la mirada y leo un mensaje de advertencia en sus ojos. Retrocedo lentamente.

De pronto, de detrás de uno de los enormes cubos de reciclaje sale un hombre y empieza a hacerme fotos. Los flashes me desorientan.

El señor Murray le grita que se detenga, empieza a citar leyes, y actas, y derechos, pero el fotógrafo no le hace caso y sigue sacándome fotos. En un momento en que baja la cámara, puedo ver que en su cara se dibuja una amplia sonrisa. Supongo que no puede dar crédito a la suerte que ha tenido, y estoy tan desconcertada que no acierto a moverme. Pero su sonrisa me despierta, vuelvo a la biblioteca y cierro la puerta metálica de golpe. Regreso al silencio de la sala con el corazón latiendo tan alocadamente que estoy segura de que hasta los libros pueden oírlo.

Entonces, me pregunto qué hacía allí, qué habrá visto. ¿Habrá visto a Art entrar y salir por esa puerta, y a mí apareciendo tras él? No he roto ninguna regla, pero siento pánico porque hay una persona que querría ver a Art tanto como yo, quizás incluso más, y hará todo lo posible por averiguar su paradero.

Y ahora Crevan vendrá a por mí.

—Háblame de la última vez que viste a Art Crevan —dice Pia, sentada en la biblioteca de casa el mismo día horrible en que he perdido a Art.

Me siento vacía y no estoy de humor para hablar con ella, pero debo permanecer en guardia ante sus preguntas porque estoy esperando que, de un momento a otro, Crevan y su ejército derriben la puerta y me torturen para que les revele el paradero de Art.

Estoy agotada por mi encuentro con Art, por mi falta de sueño, por soñar con Carrick una y otra vez. Y además tengo miedo por el fotógrafo. Estoy completamente aniquilada, me han arrancado todo lo bueno que pudiera haber en mí, solo soy un cascarón vacío y marcado. Sin embargo, esa pregunta sobre Art me hace reaccionar. Ella percibe mi tensión y me enfado conmigo misma por ser tan transparente.

—Todo el mundo sabe lo que pasó el Día del Nombre —digo—. Art estaba en la sala, se vio en la tele. Todo lo que quieras saber puedes averiguarlo tú misma.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Pia es como una gata, frotando sus piernas, muy juntas a causa de una falda tubo demasiado ceñida. Se inclina hacia delante, hacia mí, con una sonrisa de astucia en los labios.

—Te he pillado en dos mentiras, Celestine. Una —levanta un dedo con su uña color melocotón—, hoy mismo has visto a Art en el instituto. He visto fotos tuyas entrando en la biblioteca, donde sé que os habéis encontrado. Si cooperas plenamente conmigo y me das la entrevista que necesito, eso quedará entre nosotras.

Mi corazón se acelera.

—Y dos —continúa—, no recibiste una sexta marca. No hay pruebas, no hay documentación, no hay ningún informe de que eso ocurriera. He revisado los expedientes. —Vuelve a apoyarse en el respaldo de la silla, disfrutando de mi expresión atónita—. ¿Sabes, Celestine? Cuando me hablaste de una sexta marca, me asustaste, y creo que esa era tu intención. Quizá pretendías que hablara con el juez Crevan, que escribiera un artículo que provocase cierto revuelo. Hablar así puede ser muy peligroso, Celestine. Esa clase de acusaciones podría tener la fuerza suficiente para acabar con Crevan y con el Tribunal, por no mencionarme a mí, y no pienso dejar que me utilices para eso.

Está claramente molesta por creer que la he utilizado, que he intentado engañarla, y está usando las fotos de Art como venganza. Una parte de mi mente que nunca había pensado que existiera despierta y entra en acción girando, planeando, confabulando. No tenía ni idea de que la orden de Crevan de marcarme seis veces pudiera causarle problemas graves, que pudiera causárselos al Tribunal. ¿Cómo es posible? De haberlo sabido, habría pensado en ello cuidadosamente, no se lo habría contado a Pia. Mi corazón se acelera de nuevo. ¿De verdad tengo ese poder?

—¿Tu intención es derribar a Crevan, Celestine? ¿Estás intentando que Art colabore en tu plan,

que vaya contra su propio padre? ¿Es Enya Sleepwell el cerebro de este intento de tenderle una trampa al juez Crevan? ¿Qué diablos estás planeando, Celestine? Porque todo el mundo sabe que estás planeando algo.

Está encantada consigo misma, como si hubiera descubierto mi gran plan maestro. Espera que me derrumbe, que confiese, que llore. Pero me limito a echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada. Me ha dado una idea genial.

Se mueve en su asiento, inquieta, confusa. Se alisa la falda, incómoda ante mi reacción.

—Seguro que no le hablaste a Crevan de la sexta marca, ¿verdad?

—Claro que no —responde, ligeramente aturdida.

—No, claro que no. Porque le temes, porque sabes que está desquiciado.

—El juez Crevan no está desquiciado —niega con rotundidad, como si hubiera alguien escuchándonos y le estuviera tendiendo una trampa—. Y no le tengo miedo; sencillamente... no pienso preguntarle por algo tan ridículo. Primero necesitaría pruebas. Le pregunté a tu madre por esa supuesta sexta marca —vuelve a exhibir su petulante sonrisa—, y ni siquiera ella te respaldó, ni siquiera ella admitió que tuvieras una sexta marca. De hecho, ni siquiera se encontraba en la sala cuando te marcaron por quinta vez. Nadie de tu familia estaba presente, Celestine, se los llevaron por conducta inapropiada. Está en los informes.

Los informes mienten.

No me extraña que mamá pareciera muy nerviosa cuando volví a casa. Pensé que era porque Pia se había presentado de nuevo sin que la invitasen, pero no, era porque le preguntó por la sexta marca. Teme que Pia escriba sobre ello, pero lo que mamá no comprende es lo que yo comprendo ahora. Pia nunca escribirá sobre eso porque Crevan nunca se lo permitirá... porque no debería haberlo ordenado.

—¿Quién escribió esos informes?

—Los guardias de turno.

Tina, June, Bark, Funar... Mintieron por Crevan.

—Así que, básicamente, mi plan maestro no funcionará porque no hay pruebas, ¿verdad? —pregunto.

—Ni un ápice —dice sonriendo.

Pienso sobre ello. Revivo el momento, el dolor y la decisión final de no rendirme ante Crevan al negarle mi arrepentimiento. El momento más doloroso de mi vida también fue el momento en que mostré más fuerza y valor. Y pienso en Carrick, en su mano contra el cristal. Y recuerdo al señor Berry enarbolando su cámara, registrando el acontecimiento. No lo había pensado, pero resulta que tenemos todas las pruebas que necesito. Y no pienso decírselo a Pia. El señor Berry no ha aprovechado esa información por alguna razón, pero esa grabación debería estar en mis manos. Esa grabación es poder. Y quizás esa sea la razón por la que Berry la retiene, para usarla en beneficio propio.

—Si quieres, puedo enseñarte la prueba ahora mismo.

Pia mira alrededor como si alguien fuera a aparecer de repente de un escondite oculto y saltar sobre ella.

—Pero antes de que la comparta contigo tienes que prometerme que cooperarás conmigo —le propongo, invirtiendo los papeles—. Sé que no vas a decir nada de mi encuentro de hoy con Art, y sé que no publicarás las fotografías. Solo lo has dicho para amenazarme. Y lo sé porque, si Crevan descubre que sabías dónde estaba hoy su hijo y no se lo dijiste, tu vida puede resultar muy dolorosa. ¿Resulta que sabías dónde estaba su precioso hijo y dejaste que volviera a esfumarse? ¿Sabes cuánto

hace que lo está buscando? Debería cruzar ahora mismo la calle y contárselo.

Ha funcionado. Ella le teme.

—Está bien, lo enterraré todo —acepta, tragando saliva con dificultad—. A ver, ¿dónde está esa prueba?

Intenta actuar como si no me creyera, pero puedo percibir su miedo. Teme que la sexta marca sea real, teme que el responsable máximo del Tribunal sea un fraude, que todo en lo que ella cree no sea verdad.

Me levanto y me acerco a Pia. Se echa hacia atrás y se aferra a los brazos de su sillón. Doy media vuelta, me levanto mi camiseta y bajo la cintura de mis pantalones para que contemple la base de mi columna vertebral. No puedo ver su cara, pero sí oír cómo aspira profundamente. La marca de mi columna es repugnante. Me retorcí cuando me quemaron, sentí el dolor sin el anestésico e, irónicamente, la «I» no es perfecta, solo piel ampollada. Me bajo la camiseta, pero no vuelvo a sentarme, sino que me dirijo hacia la puerta.

—Gracias, Pia. Esta entrevista ha sido muy reveladora.

En vez de atraparme en su red, me ha dado una idea. Si tengo poder para acabar con Crevan gracias a la sexta marca, acabaré con él. Así, Art y yo podremos estar juntos. Pero para conseguirlo necesito más pruebas, y necesito ayuda. Necesito la grabación del señor Berry.

Y una cosa más. Ya no pienso seguir esperando. Necesito encontrar a Carrick.

No sé nada de Art desde que nos encontramos en la biblioteca. Repaso la escena una y otra vez en mi cabeza, e intento convencerme de que no debí mencionar a Carrick. Fue una absoluta idiotez. Quiero pensar que, de no haberlo hecho, Art y yo estaríamos bien. Pero en el fondo de mi corazón sé que no es verdad, no puedo seguirle la corriente solo para estar juntos. No fue un encuentro normal, todo parecía distinto, ni siquiera se atrevió a besarme. Ahora estoy segura de una cosa: si ayer solo pretendía darle las gracias a Carrick, hoy lo necesito. Lo necesito para que me ayude a activar mi plan. Si existe alguien que quiera acabar con Crevan además de mí, es él. No puedo hacerlo sola.

Mi última asignatura del día es Francés, pero el profesor también se niega a darme clase, así que me dirijo de nuevo a la biblioteca. Es una oportunidad de tener tiempo para mí, de que la gente no sepa dónde estoy. Me encuentro con Juniper en uno de los pasillos del instituto. Todo el mundo forma un amplio círculo en torno a nosotras.

—Perdedores —masculla Juniper.

—Dile a mamá que tengo que ir a cierto sitio esta tarde, que no me espere. Marchaos a casa sin mí.

—¿Qué? Le darás un susto de muerte. ¿Adónde piensas ir?

—Tú dile que estoy bien, que no pasa nada. Solo quiero tener un poco de independencia, descubrir por mí misma lo que significa mi nueva vida y bla, bla, bla. Se lo tragará.

Entorna los ojos con expresión de suspicacia.

—¿Qué estás tramando, Celestine?

—Dile a mamá que tengo una cita con Pia para una entrevista.

—¿Hablas en serio?

Pongo los ojos en blanco y me marchó. Ella no es la única que puede permitirse ver a gente en secreto.

Después de que Susan, la secretaria del instituto que se ha convertido en mi niñera durante las horas que los profesores se niegan a darme clases, haya controlado mi presencia, mi plan es escaparme por la puerta metálica de la biblioteca. La empujo, pero resulta que está cerrada, y le lanzo una patada llena de frustración. Nada me sale bien.

Apoyo la espalda contra la puerta y me deslizo por ella hasta el suelo llorando desilusionada. De repente, la puerta se abre y caigo hacia atrás. El señor Murray se yergue sobre mí.

Me levanto torpemente.

—No pienso ayudarte —dice, para a continuación volverse y regresar a su trabajo.

No lo sigo. Por mucho que ansíe esta oportunidad de encontrar a Carrick, no quiero meter en un

lío al señor Murray. Lleva en el instituto desde que estoy aquí, y seguramente desde mucho antes.

—Lo comprendo. Si me ayudase estaría cometiendo una ilegalidad —le digo, conciliadora.

Quiero probarlo, darle una oportunidad más de que me cierre la puerta en las narices.

—No, no cometería ninguna ilegalidad —replica, todavía de espaldas, limpiándose en una alfombrilla la planta de sus botas embarradas—. Tengo una marca en la planta del pie, lo que significa que no hay reglas que impidan a un imperfecto ayudar a otro imperfecto.

—¿Qué? —exclamo, sorprendida. Observo cómo se quita el barro de las botas.

—Tendrás que confiar en mi palabra.

—Pero... no lleva ningún brazalete...

—Exacto. Por eso nadie lo sabe. Estoy fuera del alcance de su radar —explica, mirándome por fin.

—Nunca había oído eso.

—Hay grietas por las que puedes colarte. Para ti es más difícil porque te has hecho famosa, pero si las buscas las encontrarás. No siempre ganan ellos. Ten cuidado.

Asiento, desconcertada.

—Gracias.

Huyo del instituto campo a través, corriendo entre los árboles para eludir a la prensa. No quiero viajar en autobús, puede que atrajera demasiada atención, así que me apodero de una bicicleta pública en uno de los diversos puntos existentes en la ciudad. Hay treinta en total repartidos por el núcleo urbano. Tomas una bicicleta, vas a donde quieras ir y la dejas en el aparcamiento más cercano a tu destino. Highland Castle es uno de los atractivos turísticos más visitados y emplea una enorme cantidad de personal, así que contiene una de las estaciones más grandes al aire libre. Cruzo el puente Humming esquivando turistas. Subir la pendiente pedaleando resulta demasiado duro, la verdad es que no creo que nadie sea capaz de llegar hasta Highland Castle en bicicleta, así que me bajo de ella y la empujo colina arriba por la carretera. Mientras aparco la bicicleta, oigo el familiar rugido de la gente gritando en el patio y recuerdo mi experiencia. Eso me aterroriza y me frena en seco hasta que comprendo que los gritos no están dirigidos a mí. Alguien más está siendo llevado ante el Tribunal.

El público no se fija en mí, ocupado como está con los nuevos acusados. Compró una gorra en la tienda de recuerdos, asegurándome de que me tape la cicatriz de la sien, y me abro paso entre la multitud hasta las primeras filas. Llego a tiempo de ver a un hombre y a una mujer cogidos de la mano, yendo de la Torre del Reloj a la sala del juicio. La mujer llora incontroladamente apoyada en el hombro de su acompañante, y los dos van flanqueados por dos guardias, uno a cada lado. Eso significa que puedo ir hasta la Torre del Reloj mientras se celebra el juicio y hablar con Tina. Después de todo lo que pasé, espero que no le importe darme la dirección de Carrick.

La escena general no se parece a la de mi juicio. Miro hacia el estrado desde el que suele retransmitir Pia y allí está, en directo y aireando sus prejuicios contra más víctimas inocentes.

—¡Eres asquerosa! —grita una mujer junto a mí al paso de la pareja, antes de escupirles. Su flema atraviesa el espacio que los separa y acaba sobre un zapato de la acusada. Eso hace que me retraiga, y la acusada redobla sus lloros, apretándose todavía más contra su compañero.

—¿Habéis visto su cara? —dice entre risas la mujer que tengo al lado, como lo hacen muchos de los espectadores.

—Tendrás que haber apuntado a su cara —le reprocha un hombre.

—¿Qué han hecho? —pregunto.

—¿Es que no te has enterado? —pregunta la mujer, sorprendida—. Ha salido en todas las noticias.

Niego con la cabeza, y advierto que disfruta ante la oportunidad que se le presenta de contármelo,

como si su desagrado hacia la gente fuera lo único que le permite seguir disfrutando de la vida.

—Su marido y ella se llevaron sin permiso a su hijo moribundo del hospital, porque no estaban de acuerdo con el tratamiento que recibía, y lo sacaron del país en avión. El pobrecito podría haber muerto. Se lo llevaron a España para que recibiera otro tratamiento. —Pone los ojos en blanco—. A ver, ¿qué tienen de malo nuestros hospitales? No se puede jugar a ser Dios como han hecho ellos.

—Pero... ¿el nuevo tratamiento funcionó? —me atrevo a preguntar.

—Volvieron esta mañana. Los soplones los arrestaron antes siquiera de que bajaran del avión y han devuelto al niño al hospital. Está bien y han decidido seguir con el tratamiento alternativo. La policía española los interrogó, pero después los soltaron porque aparentemente no hicieron nada ilegal. No sería ilegal, pero estuvo mal. Ese chico podría haber muerto.

Sacudo la cabeza como si estuviera de acuerdo con sus palabras, pero no lo estoy, y ella parece satisfecha con mi respuesta. Ahora sé que estoy total y definitivamente contra cualquier decisión del Tribunal. La mujer baja la mirada y ve la «I» de mi manga. Abre los ojos como platos y abre la boca. Su cara muestra el desagrado que siente. Antes de que alerte a nadie, me abro paso hasta la Torre del Reloj.

La recepcionista me recibe con una sonrisa.

—Quisiera hablar con Tina, la guardia —digo.

—Me temo que no será posible —responde.

Me quito la gorra para revelar mi identidad de imperfecta.

—La conozco —aclaro—. Estuve en custodia hace dos semanas. Solo quería hacerle una pregunta.

—Sé quién eres —dice cortésmente, sin inmutarse por mi sien o mi brazalete, como si los viera cada día—, pero Tina ya no trabaja aquí.

—Oh. —Siento que mi corazón se hunde e improviso otro plan—. ¿Y Bark?

—Por desgracia, tampoco sigue aquí.

Tengo un presentimiento.

—¿Y June?

Niega con la cabeza.

—¿Funar? —No espero sacar nada de él, pero al menos he de intentarlo.

—Ya no es empleado nuestro.

—¿Qué? Bueno, pues... —Me devano los sesos buscando una salida—. Había otro guardia de seguridad, pero no sé su nombre. Es pelirrojo y...

—Tony —aclaro ella tranquilamente—. Tampoco trabaja ya aquí.

Me quedo muda, atónita.

Ella está claramente incómoda. Mira hacia un rincón de la sala y veo una cámara de seguridad.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —se interesa amablemente.

—Necesito ver al señor Berry —contesto, ansiosa.

Si no puedo contar con ningún guardia, que fueron testigos de lo que ocurrió, ni consigo contactar con Carrick para que me ayude, necesito al señor Berry. Necesito la grabación.

—Hace tiempo que no veo al señor Berry, creo que se ha tomado unas vacaciones, pero comprobaré si ha vuelto.

Parece aliviada de poder ayudarme en algo. Marca un número, pero tras unos segundos cuelga el auricular decepcionada.

—Lo siento, no está en su despacho. ¿Quieres que le dé algún mensaje?

—Sí. ¿Puedes decirle que me llame? Es urgente.

—Lo haré, por supuesto.

—¿Tienes el número de teléfono de Tina? ¿Una dirección postal o electrónica? Lo que sea. Necesito preguntarle algo. A ella no le molestará, si es eso lo que te preocupa.

—Se supone que no debo... —responde, mordiéndose el labio inferior. Veo un amago de duda en su expresión—. Espera un momento, por favor.

Se levanta y entra en el cuarto que hay detrás de ella. Yo espero, todavía desconcertada por que todos hayan desaparecido del castillo.

Tamborileo con los dedos en el mostrador, sin dejar de mirar el reloj. Mamá recogerá a Juniper pronto y se pondrá como una loca cuando descubra que no vuelvo a casa con ellas, pero necesito correr este riesgo.

Cuando la puerta se abre, espero ver a la recepcionista, pero el que sale es Crevan. Mi corazón se acelera salvajemente. No lo he visto desde la Cámara de Marca y todo vuelve a mi mente: la expresión lunática de su cara mientras gritaba que me arrepintiera, mientras ordenaba la sexta marca sin anestesia...

Lleva su capa roja, preparado para enjuiciar a la pareja que he visto cruzar el patio. Mi respiración es entrecortada. Aunque no me guste, le temo. Ya no veo al amable padre del chico al que quiero, sino al malvado juez sin sentimientos, y comprendo que Art ya no pueda seguir a su lado. Nadie podría. Tiemblo de la cabeza a los pies.

Tras él, el rostro de la recepcionista está rojo como un tomate. Lleva un trozo de papel en la mano, y sé que es la forma de contactar con Tina. Quiero ese papel como sea. Si no lo consigo ahora, nunca me lo dará. Pero Crevan nos mira alternativamente a ella y a mí, y si se da cuenta y le quita la nota, todo habrá terminado.

—Celestine —escupe Crevan con las fosas nasales dilatadas, como si la sala oliera a cloaca, mirándome con más odio del que nunca he visto en nadie—. ¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? —repito, dándome cuenta del temblor en mi voz. Mi terror es obvio y eso le da fuerzas, lo advierto en su expresión divertida y condescendiente—. Yo... yo...

Ni siquiera puedo pensar, ni siquiera puedo mentir. No encuentro una explicación razonable para mi presencia allí, y me siento estúpida por haberme expuesto a esta situación. ¿Qué puede pasar si doy media vuelta y corro hacia la salida? ¿Me perseguirá?

—Ah, estás aquí —dice Pia Wang de pronto, apareciendo detrás de mí—. Te estaba buscando. Ya estoy lista.

Justo lo que necesitaba. Crevan y Pia juntos.

Ella se coloca a mi lado y mira al juez.

—Oh. Hola, juez Crevan, ¿cómo está? Celestine y yo hemos quedado para la segunda parte de nuestra entrevista. ¿Me buscabas? —me pregunta directamente.

La miro sorprendida. ¿Me está ayudando? No tengo forma de saberlo, pero asiento con la cabeza. La recepcionista arruga el trozo de papel que lleva en la mano y mi esperanza se hunde.

—Entonces, vamos. En la esquina hay una cafetería —dice Pia—. Un placer volver a verlo, juez.

Me arrastra fuera de allí y me dejo llevar, luchando con mis piernas temblorosas, sin dedicarle otra mirada a Crevan por si acaso intenta retenerme con alguna excusa. En el interior del castillo y sus alrededores hay muchos callejones estrechos y serpenteantes. Pia me guía por uno de ellos hasta un pequeño café con solo cinco mesas muy juntas. Debía de sospechar que estaba vacío y que el pecoso adolescente que despacha tras el mostrador se limitaría a servirnos nuestros cafés antes de sentarse en un taburete y concentrarse en su teléfono móvil. No creo que escuche lo que decimos, pero aunque así sea, dudo que le importe.

Cuando nos sentamos, ya he conseguido serenarme un poco.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—Te buscaba, obviamente —respondo, sarcástica—. Y mira, al final te he encontrado... ¡tacháaan!

Me mira con suspicacia, pero si no le sigo la corriente querrá saber por qué he venido, y no pienso contarle que estoy buscando a Carrick.

—He estado pensando en tu prueba —confiesa, mirando primero al adolescente y luego a mí.

—¿Y?

—Y no se sostiene. Puedes habértela hecho tú misma.

Me atraganto con el café. Tiene que sentirse estúpida al decir lo que ha dicho.

—O pudo hacértela alguien. No hay pruebas de que fuera... él.

—Si crees que sería capaz de marcar mi propia espalda con un hierro al rojo y sin anestesia, algo funciona terriblemente mal en tu cabeza —digo, alzando la voz más de lo que hubiera querido, pero es que me ha puesto furiosa.

Ambas miramos al adolescente, pero él no aparta los ojos del teléfono.

—Nadie puede respaldar tu historia —señala—. Al señor Berry y a tu familia los habían sacado de la sala antes de la quinta marca. Allí no había nadie, y nada de eso se menciona en los informes.

Es obvio que no sabe que Carrick y el señor Berry sí estaban. Y no me cabe duda de que Funar no le ha contado a nadie que entró en la sala y lo vio todo.

—¿Has hablado con los guardias? —pregunto.

—No, pero he leído los informes —responde—. Y ellos fueron quienes los escribieron.

—Sí, pero, ¿has hablado con ellos? —insisto.

—No.

—Interesante. —Termino mi café y me pongo de pie, más segura de mí misma pero deseando no volver a encontrarme con Crevan jamás. Sé que soy como arcilla en sus manos—. Tengo que ir a casa o mi madre se preocupará. Deberías hablar con los guardias, te darán una versión distinta de la de los informes. Tina, June, Bark, Funar y Tony. Deberías preguntarles a ellos.

Saca un bolígrafo del bolso y anota los nombres. La rapidez con que ha reaccionado revela su desesperación por saber la verdad. Si yo no logro encontrarlos, ella puede hacerlo por mí, aunque eso no significa que pueda confiar en que publique esa verdad si la descubre o cuando la descubra.

—Gracias por el café —añado.

Dejo la taza, me ajusto el brazalete con la «I» y vuelvo al mundo exterior. Le dejo tres mensajes de voz al señor Berry, pidiéndole que me llame urgentemente.

Antes de volver a casa, quiero ir a otro sitio.

Según las reglas, los imperfectos no pueden ser enterrados con sus familias, sino en un cementerio especial para ellos. La idea es que no es moral ni ético obligar a la gente normal de la sociedad a ser enterrada junto a los que han sido marcados. Tengo que ir al cementerio de estos, el cual, por cierto, está rodeado de rejas de un rojo brillante.

En las oficinas del cementerio tienen una lista de todos los enterrados allí, junto a un registro de sus delitos, lo que forma parte de la filosofía según la cual un imperfecto no deja de serlo ni aun muerto. No existe escapatoria. No necesito ir a recepción en busca de esa lista porque es fácil encontrar la tumba de Clayton Byrne. Parece la de un mártir. Han dejado en ella docenas de flores frescas y muchas velas decorando uno de los lados, como homenaje y en señal de respeto a un hombre muerto en circunstancias trágicas. Se ha convertido en un lugar de peregrinación para los imperfectos, una suerte de bálsamo para su angustia, en la esperanza de que acabe siendo el símbolo del cambio. Esto lo sé porque leo las docenas de cartas y notas que han dejado allí. En cambio, el otro lado de la tumba está repleto de rosas y velas negras, lo que demuestra que también hay gente que cree que su muerte es la confirmación de que todos los imperfectos estamos condenados, de que no hay esperanza. Miro un lado y el otro, la luz y la oscuridad, la esperanza y la desesperación. Y no sé en qué lado situarme.

Me siento en la tumba y enciendo dos velas, una negra y otra blanca. Y lloro, por su pérdida y por la mía.

Abro la puerta delantera de casa y los periodistas me miran asombrados. Es más, uno de los fotógrafos se queda inmóvil con su sándwich a medio camino de la boca. Es la primera vez que utilizo esa puerta desde lo ocurrido, siempre entraba y salía directamente por el garaje. Incluso llamé a mamá para que me recogiera después de mi visita en solitario a la tumba de Clayton. Llegó al cementerio preocupada y enfadada, pero de inmediato lo comprendió todo y supo que había dado un paso en la dirección correcta para reconciliarme con mi nueva vida. Seguiré haciendo todo lo posible por evitar el tumulto que se aglomera a la puerta de casa. Utilizar el garaje no evita el torrente de cámaras contra las ventanas, pero al menos impide que apunten sus objetivos hacia mi falda mientras entro o salgo del coche, como han estado haciendo con mamá y Juniper. La perspectiva de captar imágenes de unas piernas o unos muslos es demasiado excitante para perdersela.

Mamá ha aparecido en periódicos *on-line* casi todos los días. Es más que agradable de mirar y se niega a excusarse en un mal día, así que no dejan de volver a por más y analizan sus vestidos diariamente con pies de foto en los que se señala cómo Summer North «muestra» sus largas piernas o «exhibe» su esbelto cuerpo. Entiendo que para los medios, «muestra» o «exhibe» significa «tiene». También describen su ropa «cómoda» y «ajustada», y los días en que lleva pantalones, argumentan que «oculta» su cuerpo, como las mujeres que no revelan toda su figura porque intentan esconder algo.

Hoy se produce una pausa debida a la sorpresa mientras fotógrafos y reporteros me miran desconcertados, y aprovecho la ventaja que ello representa para llegar hasta la calle antes de que recuerden por qué están acampados frente a nuestra casa y empiecen a acosarme con sus cámaras y sus micrófonos. Cruzo la calle, pero me siguen y me alcanzan a toda velocidad, me rodean, y se me hace difícil seguir porque me bloquean el paso y me deslumbran con sus flashes. Me golpean con sus cámaras al forcejear entre ellos para conseguir los mejores ángulos. Tengo que abrirme paso a través de ellos.

Alguno grita «¡Dadle espacio!», mientras que otro me pide que le lance un beso. Intento no reaccionar con violencia, sé que es lo que buscan. Mantengo la mirada baja, consciente de que si los que tengo ante mí tropiezan, yo tropezaré con ellos. Paso por delante del cartel que reza «En venta» colocado en el jardín de los Tinder, y los reporteros tienen que detenerse ahí. Recorro el sendero que lleva hasta la puerta y llamo al timbre.

Abre Bob Tinder. Parece mucho más viejo que la última vez que lo vi, hace pocas semanas. Más canoso. Agotado. Mira a mis espaldas, ve a los periodistas y me hace pasar de inmediato. Casi puedo oír sus bufidos de decepción cuando la puerta se cierra tras de mí.

—Colleen no está —me informa Bob, que no parece demasiado contento de verme. Y pensando lo que he dejado fuera, no me extraña.

—No he venido a ver a Colleen —digo. El hecho de que nosotras nos hayamos peleado le es, obviamente, ajeno—. He venido por la lección de piano.

Frunce el entrecejo.

—Es jueves —le explico—. Y los jueves toca lección de piano.

—Pero, ella no... —Traga saliva y se le quiebra la voz—. Ella no ha tocado desde...

—Pues debería.

—Cree que sus manos están dañadas, que ya no puede tocar.

—¿Puedes decirle que he venido?

Se lo piensa unos segundos.

—Espera en la sala de música, por favor.

Recorro el pasillo y giro a la izquierda para llegar a la sala de música. No he estado aquí desde que mi vida cambió. La sala no lo ha hecho, pero todo parece distinto. Entro y me siento ante el piano. Espero.

Levanto la tapa y dejo correr mis dedos por las teclas. Sigo esperando, mientras oigo las voces de Bob y Angelina en el pasillo, unas veces altas y otras susurrando. Ella no quiere venir. Bien, la invitaré.

Empiezo a tocar la última pieza que me enseñó, es mi favorita. *Nocturne Carceris*, de Galt Aureus, un clásico. Toco mejor de lo que he tocado nunca, y lo hago de memoria. Jamás me gustaron las clases de piano, siempre pensé que eran algo que no me permitía ver a mis amigos. Y practicar me impedía ver la tele o salir a dar una vuelta. Siempre representaban un obstáculo. En las reuniones me pedían que tocara algo, lo cual solía molestarme, porque soy una perfeccionista (o lo era) y no podía relajarme y estar a gusto hasta terminar la pieza. Si cometía un error, no podía dejar de pensar en ello durante toda una semana. El piano siempre me provocaba estrés porque tocaba para otros. En clase tocaba para Angelina, acudía a las clases por mis padres, practicaba para mis padres, y en las fiestas tocaba para los demás. Nunca toqué para mí misma. Ahora todo ha cambiado, ahora toco para mí misma, y toco mejor de lo que he tocado nunca, sin pensar, dejando que mis dedos vuelen sobre las teclas.

Cuando era pequeña pensaba que para escapar tenías que salir corriendo, como hacen los niños en las películas. Un grito, un portazo y a correr. Pero he descubierto que mucha gente huye sin ir a ninguna parte. Lo he visto en la nueva cara de mamá, lo veo cuando papá se sume en sus pensamientos aunque esté sentado a la mesa con nosotros, lo veo cuando Ewan se arroja al suelo y se concentra en sus tanques y sus helicópteros, lo veo cuando Juniper se pone los auriculares y se abstrae con su música atronadora. Antes no sabía cómo hacerlo, pero ahora sí. Corro y corro y corro mentalmente a través de una nada infinita, sintiéndome libre. Cuando abro los ojos, veo a Angelina Tinder en el vano de la puerta, vestida de negro de pies a cabeza, contrastando con el blanco impoluto de las paredes. Parece ensimismada escuchando la música, de modo que sigo tocando. Se acerca lentamente y se sienta a mi lado. Tengo miedo de mirarla por si la asusto y se marcha. Bob se queda en la puerta, sonriendo, triste y feliz al mismo tiempo. Entonces, cierra la puerta suavemente.

Cuando termino de tocar, la sala queda en completo silencio. Miro a Angelina y veo que está llorando.

—Toca —susurro.

Niega con la cabeza.

Miro sus manos, de nuevo cubiertas por sus guantes negros sin dedos. Las tiene cruzadas en su regazo. Me muevo lentamente hasta cogerle una. No protesta, solo parece intrigada, como si no tuviera control sobre ella. Se la tomo con suavidad y la coloco poco a poco encima de las teclas.

Busco su otra mano y hago lo mismo.

Angelina adopta la postura perfecta habitual en ella, una posición que le encaja mejor que cualquier guante. Sus dedos empiezan a moverse poco a poco por las teclas, pero no las presiona, no extrae ningún sonido del piano. Sin embargo, sonrío.

—Adelante —la animo.

Alza las manos con elegancia y espero conteniendo la respiración a que toque las primeras notas. En vez de eso, las deja caer y golpea las teclas. Las levanta y vuelve a golpear las teclas. Repite el gesto una y otra vez, como un bebé furioso. Al principio me sobresalto, y luego me quedo helada mirándola, a la espera de que detenga esa locura. Porque es locura lo que leo en su cara. Es rabia, y odio, y dolor lo que surge de ella, pero sus ojos reflejan locura y salvajismo. La cacofonía de las teclas es perturbadora, y las teclas crujen al ser golpeadas una y otra vez.

Miro alrededor sin saber qué hacer.

—Angelina —digo amablemente, pero apenas puedo oír mi propia voz por encima del sonido de las teclas al ser golpeadas. Alzo la voz—. Angelina, por favor, para.

Pero ella me ignora y sigue atacando el piano, pasando de las notas bajas a las más altas, extrayendo los sonidos más extraños y distorsionados posibles de un objeto creado para producir melodías hermosas. Me pregunto si lo que está haciendo le resultará hermoso a ella, ya que su mente también está distorsionada, me pregunto si oye a Mozart donde yo solo oigo locura. Angelina sigue como si yo no estuviera allí, empujándome con su hombro, casi echándome de la banqueta. Me levanto y me pregunto si debería pedir ayuda. Quizás esté sufriendo algún tipo de ataque.

La puerta se abre de golpe.

—¿Qué diablos...? —grita Bob, entrando en la sala.

Angelina no hace caso y sigue perdida en su música sin dejar de sonreír. Pero no trasluce felicidad, solo una alegría demencial.

Bob se queda paralizado, mirándola sin reconocerla.

—¿Qué hace... ella aquí? —pregunta Colleen, apareciendo repentinamente en el vano de la puerta—. ¿Qué ocurre? —Mira dentro y ve a su madre—. ¿Qué le has hecho? —me grita por encima del ruido.

—¿Yo?... —le digo, temblorosa—. Nada. No le he hecho na...

—¿Qué le has hecho a mi madre? —insiste, rabiosa, acercándose a mí con los puños apretados.

Retrocedo un paso.

—Nada. No le he hecho nada... —repito, pero ella no me escucha.

—¡Fuera de mi casa! —aúlla Colleen.

Miro a Bob en busca de un poco de normalidad, de lógica, pero está distraído. Se acerca a su esposa con los brazos extendidos y las manos abiertas, pero sin atreverse a tocarla.

Colleen se lleva las manos a los oídos como si no pudiera resistir más, no solo el sonido que está provocando su madre, sino lo que sea que esté oyendo en su cabeza. Su propia voz, sus propios gritos, su propia angustia.

—Largo de aquí —masculla con expresión de odio.

Camino hacia la puerta dedicándole una última mirada a Angelina, que sigue aporreando las teclas como una loca. Es una mujer completamente distinta, enloquecida por la marca de su mano y la marginación que representa. De repente, coge la tapa del piano con la mano izquierda mientras mantiene la derecha sobre el teclado. Creo que va a dejar de tocar tal como le pide Bob, pero de inmediato adivino lo que va a suceder.

—¡Angelina, no! —grito.

Tanto Bob como Colleen vuelven la cabeza hacia mí y no ven como ella baja con fuerza la tapa sobre su mano derecha. La mano marcada.

No basta con una sola vez. Grita de dolor, pero vuelve a aplastarse la mano una y otra vez.

—¡Esta no es mi mano! —grita—. ¡Estos no son mis dedos!

Bob y Colleen por fin consiguen detenerla, pero sé que el daño ya está hecho. Debe de haberse roto varios dedos, si no todos.

Atontada, trastabilleo por el pasillo hasta la puerta delantera. La abro y me enfrento a la horda de periodistas. Ven mi expresión antes de que atine a disimular.

—¿Qué ha pasado, Celestine?

—¿Qué estás planeando?

—¿Estás reuniendo un ejército de imperfectos?

—¿Angelina Tinder es tu aliada?

—¿Es cierto que vas a fundar el Partido Político de los Imperfectos?

Me abro paso entre ellos y me dirijo tambaleándome hacia mi casa.

Mary May me está esperando frente a la puerta. A la prensa no le está permitido fotografiarla, pero sé que esto les encanta. Presiente que he cometido un grave error, que vuelvo a tener problemas. Me siento tan mal por lo que ha pasado en casa de los Tinder que no creo que pueda resistir mucho más. Mary May se hace a un lado para que entre en casa.

Mamá y Juniper esperan, nerviosas, en la cocina. Ewan corre escaleras arriba para alejarse de mí, como siempre. Tiene miedo de estar en la misma habitación que yo.

—¿Qué has hecho? —pregunta mamá.

—Nada —respondemos Juniper y yo a la vez, lo cual hace que nos miremos y sonriamos por primera vez en mucho tiempo.

Juniper me lanza una mirada de preocupación y susurra:

—¿Y ayer? ¿Tampoco hiciste nada?

Trago saliva con dificultad. Pienso en mi encuentro con Crevan y me pregunto si ha descubierto que estaba buscando a los guardias y al señor Berry. Y, de ser así, cuál será mi castigo. Mary May entra en la cocina envuelta en su abrigo negro y rojo y se dirige directamente hacia mí. Me asusta tanto que tenga que ver con mi viaje a Highland Castle y mis preguntas sobre los guardias, que cuando saca un diario y golpea con él la encimera de la cocina, reprimo un suspiro de alivio.

Ahora sé que no puedo confiar en Pia. En el periódico hay un ridículo artículo según el cual estoy recibiendo un trato especial en el instituto, pues me permiten que me salte clases, como la de natación. Sé que lo han hecho para presionar al director por dejar que me marchase. Si consideran que está ayudando a una imperfecta, los padres pedirán su cabeza en una bandeja. La imagen que acompaña el artículo es una foto mía en la que parezco estar saliendo furtivamente del instituto. Se supone que intento taparme con las trenzas la cicatriz de la sien, lo que va contra las reglas a que deben someterse los imperfectos.

—Esa no soy yo —digo de inmediato.

Todos nos apiñamos en torno al diario.

—Soy yo —confiesa Juniper.

—Conoces las reglas, jovencita —le dice Mary May a Juniper—. No puedes mentir para ayudar a tu hermana o te enfrentarás a un castigo. O a una pena de prisión. O a ambas cosas.

—No miento —asegura Juniper, y puedo captar cómo se está calentando. La vieja Juniper ha vuelto.

—El periódico dice que es Celestine —insiste Mary May un poco incómoda, doblando de nuevo el diario—. Esta foto es una prueba de que has violado las normas, Celestine, y eso merece un castigo.

—Debería llamar al periódico y pedir confirmación —interviene mamá—. Es evidente que han cometido un error. Conozco a mis hijas y esa de la fotografía no es Celestine.

Mary May no le hace el menor caso.

—A partir del lunes, y durante una semana, estarás arrestada. Una vez acabes tus clases diarias, no podrás salir de casa.

Firma un formulario, lo deja sobre el periódico y se marcha.

—La odio —digo tranquilamente, mirándola alejarse.

Mamá me pide que me calle, aunque sabe que está demasiado lejos para oírme.

—Solo es una estúpida con un traje ridículo —masculla Juniper.

—No, no, no... —Mamá la sujeta por los hombros y la mira directamente a los ojos.

Juniper se sorprende por la agresividad de mamá, y esta cae en la cuenta de lo que está haciendo. Suspira y nos lleva hasta la mesa. Nos sentamos.

—Chicas, hemos de tener cuidado. Vosotras creéis que solo es una mujer resentida, pero Mary May es uno de los soplones más importantes, ¿sabéis por qué?

—¿Por qué? —pregunta Juniper.

—En cuanto se promulgaron las leyes contra los imperfectos, denunció a su hermana. Y más tarde, cuando su familia le dio la espalda, los denunció a todos: a su padre y a sus hermanos y hermanas por algo relacionado con el negocio familiar. Se los llevaron a todos y fueron castigados. Marcados.

—¿Qué? —jadeo—. ¿A su propia familia?

—Puede que parezca una mujer con un traje ridículo, pero es peligrosa. Es mejor no saber hasta dónde puede llegar.

Trago saliva y asiento. Puede que haya salido bien librada. Una semana de detención no es el peor de los castigos. Y comienza el lunes que viene, así que aún podré ir a la fiesta de Logan mañana por la noche, algo por lo que me siento ansiosa y excitada. No podré seguir buscando a Carrick, y necesito encontrarlo antes de que Crevan siga haciendo que la gente desaparezca.

—¿Has hablado con los guardias? —le pregunto a Pia antes de darle un mordisco a mi manzana.

Una petición urgente ha traído a Pia hasta mi casa este viernes por la mañana a una hora extremadamente temprana. Puedo oír de fondo a todo el mundo preparándose para ir a la escuela, pero no tengo prisa porque el director Hamilton llamó para informarnos de que, debido a la reacción por el artículo de Pia Wang, no puedo asistir a ninguna clase hasta que acordemos otro arreglo. Finalmente se han salido con la suya y están utilizando el artículo para castigarme. Idea de Crevan, estoy segura. Yo he quedado fuera, y ahora Art tiene vía libre para seguir en el instituto. Aunque primero necesita encontrarlo.

Pia viste de forma informal: vaqueros, zapatillas de deporte y una camiseta de algodón. Hace que parezca casi humana, algo inusual en ella.

—Pregunté por Tina, June, Bark, Funar y Tony en recepción, tal como me dijiste —dice.

—Genial. —Aplaudo con entusiasmo—. ¿Y todos me han respaldado? ¿Han corroborado mi historia?

—Ya no trabajan allí —responde con aspereza—. Pero ya lo sabías, ayer también intentaste hablar con ellos.

Me encojo de hombros y le doy otro mordisco a la manzana.

—Puede que sí o puede que no. Me siento decepcionada; ahora no tengo ninguna prueba de que Crevan ordenó que me hicieran una sexta marca.

Pia se encoge un poco en su sillón al oírme decir eso en voz alta.

—Mi familia fue sacada a la fuerza de la sala —prosigo—, los guardias han sido despedidos y han desaparecido, el señor Berry se ha tomado unas repentinias y no planeadas vacaciones, no ha trabajado en ningún caso del Tribunal en las últimas dos semanas y no responde a las llamadas telefónicas. Es como si alguien quisiera que ninguno de los testigos de esa sexta marca pueda hablar de lo que ocurrió... ¡Cualquiera diría que se trata de una conspiración!... ¡Oh, espera! Eso es imposible, ¿verdad? —concluyo con tono sarcástico.

Permanece muy quieta, sumida en sus pensamientos. Es obvio que mi discurso la incomoda. Para mí también es terriblemente incómodo, aunque intento ocultarlo. Todo eso significa que Crevan está intentando silenciar lo que me hizo librándose de los testigos. Y eso hace que no me sienta segura.

—No hay ningún informe de conducta indebida por parte de los guardias —dice por fin—. Antes de marcharse no recibieron ninguna advertencia. No se informó de ningún incidente. No se ha recortado el presupuesto. No finalizaba ningún contrato. Todo fue muy repentino. Todos desaparecieron de allí el mismo día, el día después de que fueras marcada. Y por lo que sé, actualmente no tienen otro trabajo. Llamé a casa de Tina, pero no contestó nadie. Tiene una hija que espero que sepa algo. Creo que iré a verla mañana.

—Así pues, me crees —sugiero. Y espero nerviosa su respuesta.

—No, no estoy diciendo que te crea —apunta rápidamente—. Quiero decir, no lo sé, quizá... Creo que tengo que cubrir todos los ángulos antes de... Bueno, ya sabes. Esto es muy serio, si él hizo lo que dices...

—Si hizo lo que digo, ¿qué?

—Entonces... —Suelta un profundo suspiro—. Entonces significa que hay que cuestionar muchas cosas.

—Significa que hay que cuestionar todo el sistema —puntualizo.

—Una injusticia cometida en la Cámara de Marca no significa necesariamente que no seas una imperfecta, Celestine.

Pongo los ojos en blanco. No hay forma de convencerla.

—No, pero significa que él sí lo es. ¿Y qué pasa si tienes a un imperfecto dirigiendo el Tribunal de los Imperfectos?

—Me han dicho que no te dejan ir al instituto —dice tras un largo silencio.

Siento que la rabia se agita en mi interior.

—Por culpa de tu artículo con la foto de mi hermana —digo.

Su expresión de culpabilidad me indica cuanto quería saber. Pero también me muestra que quizás haya una conciencia oculta en su interior, y que yo no sabía que existiera.

—¿No es mejor quedarse en casa? —pregunta—. Así no serás la única imperfecta en el instituto. Esa situación no debe de ser nada fácil.

—¿Intentas convencerte a ti misma de que me has hecho un favor? Porque no me lo has hecho. Quiero ir al instituto. Tengo derecho a ir.

Me mira confusa, pensando en lo que he dicho.

—¿Cómo es ser una imperfecta en el instituto? —pregunta—. La única imperfecta.

Nunca se ha interesado por saber cómo me siento porque se supone que a los lectores no les importa cómo se siente un imperfecto, a menos que se trate de atemorizarlos. Pero no advierto una segunda intención en sus palabras.

—No sé cómo son las cosas cuando eres adulta, pero todo adolescente quiere ser perfecto —digo—. Nadie quiere destacar; yo, al menos, nunca quise. Y aquellos que sí quieren, es porque son ellos mismos. Todo el mundo quiere hacer ver que sabe lo que hace, cuando la verdad es que casi nunca tenemos la menor idea. Quizá sea distinto entre los adultos.

—No, la verdad es que los adultos no somos distintos —comenta Pia, sonriendo—. No es fácil ser periodista, en serio. No se publica todo lo que escribimos y de la forma en que lo escribimos. No siempre controlamos nuestras propias opiniones.

Nunca se disculpará por el artículo que ha provocado mi expulsión del instituto; lo que acaba de decir es lo más parecido a un perdón que obtendré. Su artículo de hoy sugiere que Angelina Tinder me asesoró para convertirme en imperfecta y se pregunta a quién más le daba lecciones de piano. Incluye algunas citas mías manipuladas de anteriores entrevistas, retorciendo mis palabras para que encajen en su teoría. Lo acompañan dos fotografías: una de Angelina antes de ser marcada y otra mía saliendo de su casa. El titular es: PROFESORA DE PIANO IMPERFECTA RESULTA SER UNA RECLUTADORA.

La estudio detenidamente e intuyo lo que se debate en su interior: si contar la historia de la sexta marca, si acabar con Crevan o no...

—Diles que quieres escribir los artículos a tu manera.

—No es tan fácil.

—Sí, lo es.

—No me escucharán.

—Entonces, dimite. Ve a trabajar a otro lugar.

—El mundo no funciona así, Celestine.

Me encojo de hombros.

—Si dejo mi extremadamente bien pagado trabajo —continúa—, donde puede que no me sea posible contar todo lo que quiero pero donde tengo mi propio programa de televisión y mi columna diaria, ¿cómo daré de comer a mis dos hijos?

—Las mentiras tampoco lo harán.

Ese comentario da en el blanco, y vuelve a quedarse sin palabras.

—He cambiado de opinión —suelta de repente—. Hoy llamaré a casa de Tina y le haré unas cuantas preguntas. ¿Podemos vernos esta noche? —propone.

—No estaré aquí —respondo. Ante su mirada interrogante, me explico—: Voy a una fiesta. Alguien del instituto me ha invitado.

—Felicidades.

Si no la conociera, diría que se alegra por mí. Pero no confío en ella. ¿Y si está trabajando con Crevan para descubrir mis planes? ¿Y si consigue encontrar a los guardias y los convence de que no cuenten la verdad? ¿Y si los amenaza con descubrir algún trazo sucio o con publicar que están ayudando a una imperfecta? ¿Y si le cuento que el señor Berry registró toda la escena y al final destruye la grabación? No, no puedo confiar en ella. Su relación con Crevan es demasiado estrecha y no ha hecho nada para ganarse mi confianza. No le hablaré de Carrick ni del señor Berry.

Lo que tengo que hacer es encontrarlos antes que ella.

—¿A la fiesta de quién vas a ir? —me pregunta Juniper durante el desayuno, tras marcharse Pia.

—A la de Logan Trilby.

Por un momento deja de masticar sus cereales, esos cereales azucarados que sigue comiendo día tras día, mientras que yo tengo que contentarme con unas gachas.

—Logan es el mayor gilipollas del instituto —dice.

—Conmigo ha sido encantador.

—¿Qué celebra? —se interesa.

—Cumple dieciocho años.

—Estoy bastante segura de que tiene diecinueve. Es tan idiota que repitió el último curso.

—No, no lo es —replico, y saco la invitación.

Ella la estudia con el ceño fruncido. Finalmente, me la devuelve.

—Oh. No estaba al corriente de nada de eso —dice.

A pesar de la tensión existente entre nosotras estas últimas semanas, sigue siendo mi hermana y conservo la capacidad de sentir simpatía por ella, algo que agradezco. Me recuerda que sigo siendo humana.

—Bueno, estoy segura de que solo intentan ser amables. Yo no me sentiría mal por ello —respondo amablemente.

—¿Crees que estoy celosa? —Y estalla en carcajadas—. Ni hablar. Créeme, no lo estoy. Quédate con tu fiesta. Solo digo que no he oído hablar de esa fiesta y que de ser tú no confiaría en ellos.

—¿Por qué? ¿Porque soy una imperfecta? —pregunto, sintiendo que la rabia crece dentro de mí—. ¿Crees que la única razón de que me inviten es porque me han preparado una trampa?

—No estoy diciendo que sea una trampa —puntualiza Juniper en voz baja.

—¿Y tú? ¿Adónde vas a ir esta noche? —pregunto, dejándome arrastrar por la ira—. ¿Vas a desaparecer como haces todas las noches?

Juniper me mira sorprendida, con la boca llena de cereales. Mastica lentamente intentando pensar en una réplica.

Sé que estoy siendo injusta al decir eso en voz alta, frente a todo el mundo, pero sus palabras acerca de Logan y su fiesta me han herido en lo más hondo. Por fin estoy consiguiendo hacer amigos y ella intenta boicotearme. Mi corazón late desbocado, mientras la veo devorar tranquilamente sus cereales azucarados, y eso me pone cada vez más furiosa.

—¿De qué estás hablando? —pregunta despreocupadamente, como si quisiera restarle importancia.

—Hablo de que desde hace dos semanas he ido a tu habitación casi todas las noches y no estabas.

Se ríe como si lo que digo fuera absurdo, lo que no contribuye a calmarme. No me gusta que la

gente piense que estoy loca. Ahora, no. No después de ver a Angelina Tinder perder la cabeza. No quiero que me pase lo mismo. Mary May levanta la vista de su periódico. Papá y mamá nos observan con interés.

—¡Pelea, pelea, pelea! —canta Ewan, antes de que Juniper le dé una patada por debajo de la mesa.

—Estaría en el baño.

—No, no estabas en el baño.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo comprobé.

—De acuerdo, acosadora.

No me gusta cómo me mira.

—¿Es verdad, Juniper? —pregunta papá acercándose a la mesa.

—¿Vas a echarme la bronca cuando sabes que Celestine salía de casa todas las noches para ver a Art?

Mamá mira a Mary May con expresión de pánico.

—Antes de que la marcaran, Juniper. Acláralo, por favor —dice bruscamente.

—Antes de que la marcaran —reconoce, como si fuera una niña a la que están regañando.

—Lo que podíais hacer antes y lo que podéis hacer ahora son dos cosas distintas, Juniper —dice papá, mirando de reojo a Mary May—. Si la gente te ve y cree que eres Celestine, puedes meterla en un lío. Como ha pasado con esa foto del periódico.

—¿Estás diciendo que no puedo vivir mi vida como quiera solo porque Celestine no puede hacerlo?

—Celestine puede vivir su vida, jovencita, así que mucho cuidado con lo que dices —estalla papá, sorprendiéndonos a todos.

—Sea como sea, no me he escapado por las noches —insiste Juniper. Pero lo hace mirando al suelo, y sé que está mintiendo.

—¿Me estás llamando mentirosa? —le pregunto.

—No necesito llamarte nada. Vigila tu marcada lengua, Celestine.

—¡Maldita estúpida...! —Cojo mi plato de gachas y se lo tiro encima.

Papá y mamá nos separan de inmediato. Juniper sube corriendo por las escaleras para cambiarse la ropa manchada.

—Eso, ahora tarda una hora en vestirte. Como siempre —le grito.

—Celestine, basta —me riñe mamá.

Mary May saca su bloc de notas.

—¿Qué pasa? —estallo—. ¿Tampoco está permitido que dos hermanas se peleen? ¿Cuál será mi castigo ahora? ¿Doble ración de pipas de calabaza para cenar?

Me levanto y me dirijo al fregadero. Paso junto a Mary May para coger un trapo de cocina con el que limpiarme las gachas, pero ella cree que voy a atacarla y reacciona golpeándome la cara con su guante de cuero. El dolor me deja tan atontada como temblorosa.

—¿Cómo se atreve?! —grita papá, abalanzándose sobre ella.

De repente se frena en seco, como si un campo de fuerza le impidiera seguir acercándose, que es exactamente lo que sucede. Es intocable. Sospechaba que lo sería.

Los ojos me escuecen por las lágrimas, la cara me arde, pero no dejaré que Mary May me vea llorar.

Mamá corre hacia mí.

—¡Mi niña! ¡Mi pobre niña!

Me abraza. Por encima de su hombro veo que Mary May me dirige una mirada tan fría como amenazadora. Mamá coge el paño que era obvio que yo pretendía usar. No obstante, no veo ni un átomo de arrepentimiento en Mary May.

—Yo me encargo de eso —dice, con la voz temblando de rabia.

—A una madre le está permitido ayudar a su hija. ¿Puedo hacer algo más por usted esta mañana o eso es todo?

Mary May parece incommovible, puede que hasta esté disfrutando.

—Tengo entendido que Celestine tiene una fiesta esta noche. Violar el toque de queda es considerado una de las infracciones más graves de toda la lista. Si lo hace, Celestine deberá presentarse de nuevo ante el Tribunal para que este decida su castigo. Y en casos así, el castigo se extiende al resto de la familia. —Me mira, con una sonrisa en el rostro—. Resumiendo: si quebrantas la regla, tu familia será castigada, pregúntale a tu amiga Angelina Tinder. Pregúntale dónde han estado sus hijos esta semana.

Recuerdo el silencio que había en su casa cuando fui a visitarla, no había ningún indicio de que estuvieran allí, no se los oía jugar.

Trago saliva a duras penas. Mamá me mira aterrorizada.

—Los llevaron a un orfanato durante una semana.

—No llegaré tarde —le digo para que se tranquilice. No puedo imaginar que sean capaces de llevarse a Ewan.

Mary May recoge sus cosas para marcharse.

—A propósito —dice—, el juez Crevan me ha informado de que pronto reclutará a un amiguito tuyo. Art Crevan está a punto de convertirse en miembro de los soplones, y he tenido el honor de que me pidiera personalmente que sea yo quien lo entrene. —Me lanza una mirada de satisfacción e incluso me guiña un ojo antes de cerrar la puerta tras ella, dejándome temblando de horror.

Art no puede hacer eso. Nunca lo haría. Trabajar para el Tribunal es lo último que se le ocurriría. Quiere ir a la universidad. Yo estudiaré Matemáticas y él estudiará Ciencias. Es lo que habíamos planeado.

Papá se sienta a mi lado, mientras mamá me aplica crema en la cara para intentar que no se forme un moratón.

—Lo siento, Celestine —suspira papá—. Intenta no preocuparte, lo último que he oído es que ni siquiera saben dónde está Art. Crevan ha movilizado a un montón de hombres para encontrarlo, pero por el momento no lo ha conseguido.

—Espero que consiga escapar. —Y por primera vez comprendo que Art quizá tenga razón: puede que no terminemos juntos.

—Yo también —me apoya papá, sonriendo con tristeza—. Ahora no pienses más en él. Sé que es duro, pero tienes que seguir adelante. Piensa en esta noche. Nuevo principio, nuevos amigos.

Asiento, intentando ignorar el dolor de mi mejilla.

—¿A qué viene tanto ruido? —pregunta Juniper, entrando en la cocina—. ¿Estabas gritando, papá?

Ha tardado menos de lo habitual en vestirse, y en cuanto la veo me quedo sin aliento. La ropa que lleva es mía. Vaqueros rosa ceñidos y una blusa crema que deja su ombligo al descubierto, y que anoche tiré a la basura. Intenté ponérmela, pero no solo dejaba mi ombligo al descubierto por delante, sino que también dejaba bien visible la «I» en la base de mi columna. Tiré esa blusa y varias otras para no tener que volver a verlas nunca más, para que nunca me recordasen la vida que me han obligado a dejar, la persona que solía ser. Y ahora Juniper está llevando mi ropa. Es un estilo anormal en ella, fuera de lugar.

—¿Qué pasa? —pregunta, furiosa y avergonzada al mismo tiempo por el silencio que la ha recibido.

Ponerse mi ropa ha sido una venganza por descubrir su secreto, pero le ha salido el tiro por la culata. Hasta papá y mamá se sienten incómodos viendo su aspecto.

—Llevas mi ropa —respondo—, ¿cómo se supone que debo sentirme?

Veo a Juniper cruzar confiadamente la cocina con la blusa que dejaría al descubierto las marcas de mi pecho y mi columna, con mis chancletas, que dejarían al descubierto la marca de mi pie. Quiere restregármelo por la cara.

Hoy tiene que coger el autobús hasta el instituto. Estaba encantada de que mamá nos hiciera de chófer, pero como yo ya no puedo ir, tiene que hacerlo en autobús. Antes me preocupaba por ella y deseaba que no se metiera en ningún lío, pero ahora me da igual.

—Necesito un poco de aire —digo tranquilamente, pero algo mareada.

—Espera —me recomienda mamá, abrazándome, mientras Juniper sale a enfrentarse con los periodistas. Con una sonrisa en los labios, añade—: Creerán que eres tú.

Miro fuera y veo a Juniper rodeada por la prensa. Apenas puede avanzar a causa de la aglomeración. Me muerdo el labio inferior para evitar sonreír, antes de deslizarme al exterior. Quizás el señor Murray esté en lo cierto y uno pueda escabullirse por las grietas.

Logan vive en el extremo opuesto de la ciudad, en un barrio agradable y tan bien cuidado como el nuestro, y me siento libre por primera vez en mucho tiempo. Abro la ventanilla del coche de mamá para sentir el viento en la cara y canto en voz alta. Mientras tenga amigos que me apoyen y quieran estar conmigo por lo que soy, puedo hacerlo, puedo sobrellevar esta vida. No es la que quería, no es la que tenía cuidadosamente planeada el año pasado, pero son las cartas que me han repartido y las jugaré lo mejor que pueda. Por eso canto en voz alta sintiéndome libre, feliz, sin preocuparme por descubrir ante la opinión pública lo que hizo Crevan en la Cámara de Marca. Puedo vivir esta vida. Puedo ser feliz.

Estoy un poco nerviosa por asistir a una fiesta en la que habrá gente a la que apenas conozco, pero por eso mismo la excitación es aún mayor. Estoy preparada para comenzar una nueva etapa. Llegaré a las ocho de la tarde y tendré dos horas por delante para divertirme porque no quiero llegar tarde a casa. De hecho, quiero llegar mucho antes que Mary May para que no exista ninguna duda sobre mi respeto a las reglas de los imperfectos. Dos horas me parece perfecto. Nuevos amigos. Nuevo principio.

A pesar del nerviosismo de mis padres, ambos están encantados de que haga algo propio de una chica de diecisiete años, de que no siga encerrada en mi habitación llorando, como he hecho estas últimas semanas. Pero, sobre todo, la razón de que les parezca bien que asista a la fiesta es que conocen a los padres de Logan. No personalmente, pero sí por su reputación. Todo el mundo los conoce. Ambos son pastores, un equipo de marido y mujer igualmente religiosos. Por ese motivo suelen recibir mucha atención de los medios de comunicación y son tenidos por ciudadanos respetables. Logan es una rama surgida de ese tronco, vive en una casa que alienta la comprensión y el perdón, y sabe lo que significa ser percibido como alguien diferente, como alguien que siempre se encuentra en el punto de mira de los demás, que es analizado, diseccionado, hasta que termina desnudo, en carne viva.

Buscamos la dirección que figura en la invitación de Logan y llegamos a una modesta casa blanca con un jardín precioso. Incluso tiene un cercado de madera. Mamá y yo nos abrazamos, y ella me retiene un poco más de lo necesario, como si tuviera miedo de soltarme, y cuando finalmente lo hace advierto que está a punto de llorar.

—Vendré a buscarte a las diez. Llámame si necesitas que venga antes o por cualquier otro motivo, aunque te parezca una nimiedad. Si alguien dice algo estúpido, ofensivo o...

—¡Mamá! —la interrumpo entre risas—. Todo irá bien.

—De acuerdo —acepta, resignada.

Me sigue con la mirada mientras me dirijo hacia la puerta de entrada, lo que me recuerda la primera vez que me quitaron las ruedecitas de mi bicicleta. Su rostro refleja el temor que siente por

dejarme allí, por dejarme sola.

Para estar celebrándose una fiesta todo parece muy tranquilo, pero quizá las fiestas del hijo de unos pastores son así. Veo un coche junto a la acera y lo reconozco, es el de Natasha. Eso me pone nerviosa, y no es un nerviosismo precisamente agradable. No tengo nada contra Natasha, nunca hemos hablado mucho, pero últimamente se ha mostrado claramente en mi contra, protestando por mi presencia en la mayoría de las clases y sobre todo en natación, el primer día tras mi vuelta. No creo que se alegre de verme allí, y sé que Logan y ella son íntimos amigos. Pero si tengo la oportunidad de que hablemos, tal vez cambie de opinión. Se me ocurre que esta noche quizá tenga que intentar convencer a más gente de lo que deseo. Puede que no sea una velada muy divertida, pero servirá para romper el hielo. La próxima será mejor. Paso a paso.

Me tiemblan las piernas y tengo que hacer equilibrio sobre mis exagerados tacones. Llamo al timbre y espero. Me vuelvo hacia mamá y le hago señas de que se marche. Al final se rinde, arranca y enfila la carretera, dejándome sola.

La casa sigue en silencio. Miro a través de un panel lateral de cristal, pero solo puedo ver una pared desnuda y, colgado en ella, un crucifijo. La imagen de Jesucristo lleva una corona de espinas sobre la cabeza, y le sangran los pies y las manos clavados en la cruz. Es una imagen muy realista, más impactante que ninguna que haya visto antes y que me pone los pelos de punta. Campanas de alerta resuenan en mi cabeza y hacen que retroceda un paso, chocando con alguien situado a mi espalda.

Lanzo un grito de sorpresa y, antes de que pueda reaccionar, algo me cubre la cabeza impidiéndome respirar.

—Que alguien le sujete las manos —oigo susurrar a Logan, mientras manoteo salvajemente y consigo darle una bofetada en la cara. Sé que es la cara porque noto que mis dedos se hunden en un ojo y tocan una lengua.

No necesitan inmovilizarme, porque me quedo congelada tras escuchar su voz. En los pocos segundos que luché contra los brazos que intentaban sujetarme, se me cruzó por la cabeza que si gritaba lo bastante fuerte, Logan y sus amigos me oirían. Ahora comprendo que lo que me está ocurriendo es obra de Logan y sus amigos. La sangre se me hiela en las venas. He perdido algo pero no sé qué es, hasta que soy consciente de que me han atado las manos a la espalda y me empujan para que camine. Lo que he perdido es mi fe en todo y en todos. El deseo de recuperar mi vida e intentar vivir lo más normalmente posible es lo que me ha traído hasta aquí. Me rindo a mi vida de imperfecta. Ellos han ganado y yo he perdido.

Me resulta difícil respirar con el saco cubriéndome la cabeza, ya que además lo han cerrado en torno a mi cuello, por debajo de la barbilla. El pánico hace que aspire todo el oxígeno posible, pero no puedo dejar de boquear y gritar pidiendo ayuda. Intento resistirme a los empujones y me dejo caer al suelo, golpeándome las rodillas contra el cemento. Grito de dolor.

—¿Qué diablos...? —masculla Logan.

Intenta no levantar la voz porque estamos en su vecindario. Si alguien nos ve, se dará cuenta de lo que está ocurriendo. Grito más alto por si acaso mamá sigue cerca, pero un puñetazo en el estómago me deja sin aire y me derriba sobre el suelo.

Alguien me levanta y me carga en su hombro. Intento recuperar el aliento, sin fuerzas para seguir oponiendo resistencia.

—Dijisteis que no le haríais daño —protesta una voz femenina. Y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

Es Colleen.

¿Por qué participa en esta emboscada? ¿Como represalia por no saludarla aquel primer día tras el arresto de su madre? ¿Porque Angelina se rompió a sí misma los dedos? Primero fui cabeza de turco para la sociedad y ahora soy cabeza de turco para todos mis conocidos. Todos sus problemas son culpa mía. No tienen nada que ver sus propias decisiones, sus propios errores, sus propios actos. Borregos.

—¿Qué querías que hiciera? Iba a alertar a todo el barrio —protesta Logan. Es él quien me lleva a cuestas.

Intento patear y lo oigo reír.

—Grita como una cerda —dice Natasha, y suelta una carcajada obscena.

Oigo abrirse el capó de un coche.

—Metedla ahí, deprisa —dice una voz nueva que no reconozco. ¿Cuántos serán?

El miedo me domina. ¿Qué pretenden hacerme?

—¡No dijisteis nada de matarla! —exclama Colleen de repente, y se me escapa un sollozo.

Logan suelta una maldición.

—Si la metéis ahí, morirá. No podrá respirar.

—Está bien —concede Logan.

Colleen logra convencerlo de que no me encierren en el maletero del coche. No porque se muestre muy convincente, sino porque Logan parece ansioso por alejarse de aquí y puede que tampoco le parezca la mejor de las ideas. Me siento agradecida cuando me dejan en el suelo y me empujan al interior del coche. Me golpeo la cabeza con el marco de la puerta y me mareo al momento.

—Pobrecita —se burla Logan.

Alguien me ayuda a sentarme. Colleen. Se sitúa a mi lado y Logan al lado de ella. Conduce Natasha y la cuarta persona ocupa el asiento del acompañante. Creo que es Gavin, de mi clase de Química. Nunca hemos hablado, no sé nada sobre él, pero aquí está, destrozándome la vida por mera diversión.

—Ten cuidado, tío —advierte Gavin.

—¿Qué pasa? ¿Eres un aguafiestas? —contraataca Logan.

—Si no está consciente no puedes humillarla.

Logan calla. Mi cabeza palpita allí donde se ha golpeado con el coche y la noto pegajosa. Me siento sofocada bajo la bolsa o lo que sea, y puede que el sudor me apelmace el pelo. O quizás esté sangrando a causa del golpe. ¿Pretenden humillarme? Mi corazón se acelera.

—No puedo respirar —farfullo, y se me escapa un sollozo, un balbuceo aterrorizado por el calor, la sangre, el sudor que gotea de mis cejas y resbala hasta mis labios. El costado me duele por el puñetazo, la patada o con lo que sea que me haya golpeado Logan.

Me ordenan que me calle, pero aflojan el cierre de la bolsa alrededor de mi cuello, y si miro hacia abajo consigo ver mi regazo. Dispongo de un poco más de aire e intento calmarme. No van a matarme, no pueden matarme. Pretenden otra cosa, pero ¿qué? Veo que se me ha subido el vestido, dejando al descubierto mis muslos. Desearía bajármelo, pero no puedo, tengo las manos atadas a la espalda. Eso solo ya es toda una humillación para mí. Ignoro si están mirándome, burlándose, juzgándome, riéndose de mí.

No sé cuánto tiempo dura el viaje, tengo la mente ocupada en barajar posibles situaciones. Sea lo que sea aquello que pretendan hacer, espero que terminen pronto y pueda estar en casa a las once. Esa es mi principal preocupación. El coche se detiene en una gasolinera y bajan Colleen y Gavin. Siento un ramalazo de terror por lo que puedan hacerme Natasha y Logan en su ausencia, pero solo hablan entre ellos de otros alumnos del instituto y de una fiesta que celebraron. Huelo a humo. Están fumando y lanzan el humo contra la bolsa que me tapa la cabeza. Toso.

—¿Te molesta, imperfecta? —se burla Logan, muy cerca de mi oreja.

Sostiene el cigarrillo por debajo de la abertura de la bolsa y el humo asciende directamente hacia mi cara. Muevo la cabeza intentando apartarme y él estalla en carcajadas. Entonces descarga la ceniza sobre mi muslo. Cuando toca mi piel ya está fría y no quema, pero su mera visión hace que me estremezca.

—¿Te recuerda algo? —pregunta Logan, acercando la punta del cigarrillo a mi muslo.

Sí, me recuerda la Cámara de Marca. La brasa me roza la piel y las lágrimas bañan mis mejillas. Me siento agradecida cuando las puertas se abren y entran Gavin y Colleen.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunta Colleen, enfadada.

—Sinceramente, si vas a seguir siendo una aguafiestas, ya puedes sacar tu culo del coche — responde Logan—. Solo es ceniza. ¿Habéis traído cerveza?

Oigo el sonido de las anillas de unas latas de bebida cediendo y el gorgoteo de la cerveza. Me da la impresión de que Logan es el más rápido en vaciar la suya.

Eructa junto a mi oreja y Gavin ríe.

—Qué guarro, tío.

—Vámonos —dice Natasha, al tiempo que arranca.

Y seguimos, no sé por cuánto tiempo. Estoy sentada en medio de Logan y Colleen, con el coche lleno de humo y olor a alcohol, y la música atronando tan fuerte que apenas pueden mantener una conversación. Damos un rodeo tras otro, viajando durante lo que me parecen horas. Creo que están tratando de que no sepa dónde nos dirigimos, no saben que me desorienté apenas me metieron en el coche. No soy lo bastante lista para imaginarme hacia dónde vamos. Los oigo conversar como si yo no estuviera allí y pienso en cómo me sentí hace unas horas, eligiendo con mamá la ropa que debía ponerme, ilusionada con la fiesta, con un nuevo principio. Ahora, mientras veo la ceniza del cigarrillo de Logan caer sobre mis muslos, siento que todo ha sido para nada.

No sé qué me tienen preparado. Si lo que pretenden es humillarme, ya lo han logrado; si es algo más, si esto es simplemente el prólogo, sé que no resistiré un minuto más. Me tiemblan las piernas. Ojalá me hubiera puesto unos zapatos más cómodos y no estos de tiras y tacones tan altos que apenas puedo caminar. Unas zapatillas deportivas habrían sido ideales, así hubiese podido correr.

Me echo a llorar. Intento evitarlo, pero no puedo.

—Espera, apaga la música —dice Logan, interrumpiendo su conversación.

Controlo mis sollozos de inmediato.

—¿Estabas llorando, imperfecta?

Calla y escucha. Puedo sentir su aliento en mi hombro, en mi cuello.

Todos estallan en carcajadas.

—No creerías en serio que te estaba invitando a mi cumpleaños, ¿verdad? —pregunta Logan fríamente—. No puedo creer que cayeras en la trampa. Tengo diecinueve años, imperfecta. Creí que Pia nos había estropeado el plan cuando publicó que estabas invitada a una fiesta, pero no mencionó mi nombre. Y si tú le cuentas a alguien lo de esta noche, no te creerá. Mi padre es un sacerdote y mi madre también, incluso hablan de nombrarla arzobispo cualquier día de estos. La primera mujer arzobispo de este país. Somos una familia respetable.

—Bueno, al menos lo son dos de sus miembros —apunta Gavin. Y Natasha y él ríen.

—Oye, a partir de ahora quizá deberíamos llamarte Jesús —tercia Natasha. Y vuelven a reírse.

Siento que Logan se pone tenso y temo que las consecuencias de esa humillación acabe pagándolas yo. Colleen, también a mi lado, no se mueve. Agradezco su presencia, ya que parece más sensible que los demás, pero tampoco para de beber cerveza. Lo sé por la cantidad de veces que le he oído abrir una lata. La valentía del borracho. Pero ¿para qué? Eso es lo que me preocupa. Y no solo ahora. Que haya convencido a Logan de que no me metiera en el maletero del coche no significa que no la haga responsable de todo lo que está pasando. Pienso en mi bolso y me pregunto si lo tendrán ellos o se habrá quedado frente a la casa de Logan.

—Toma un trago, imperfecta —dice Logan, y veo aparecer una lata de cerveza por debajo de la capucha.

—No le está permitido beber alcohol —advierte Colleen.

—Y los padres de Gavin preferirían que no se acostara con chicos, pero sigue haciéndolo —se

burla Logan.

Gavin reacciona arrancándole la lata de las manos, con lo que derrama cerveza sobre mi vestido y mis piernas.

—Bebe, imperfecta —ordena Logan tras recuperar la lata.

Me levanta la bolsa lo bastante para apoyarla en mis labios, pero yo los mantengo firmemente apretados. Él suelta una carcajada aguda y con la otra mano me sujeta la barbilla y me obliga a abrir la boca. Sus dedos huelen a tabaco. Vierte un chorro de cerveza en mi boca. Empiezo a toser.

Se ríe, pero me baja la capucha y se acaba el resto de la cerveza.

—Gira a la izquierda —ordena Gavin de repente, y sé que los prolegómenos han terminado. Lo que sea que hayan preparado para mí va a comenzar.

No sé dónde estamos. El coche ha estado circulando por lo menos dos horas, puede que más, pero también podría ser únicamente una hora. Creo que hemos ascendido por una colina, ¿habremos salido de la ciudad y estaremos en las montañas? ¿Y si me dejan aquí? ¿Cómo voy a volver a casa? Llegaré después del toque de queda. Estoy perdida. Mi familia está perdida. Les he vuelto a fallar. De repente me pregunto si saldré de esta. ¿Me habrán traído hasta aquí para matarme? Han estado bebiendo mucho, y la situación se les puede ir fácilmente de las manos.

Pienso en Art. A él no le gustaba este grupo y siempre fue mi protector. Ojalá pudiera rescatarme ahora, pero dado el tiempo que hemos tardado en llegar, sea donde sea, no podrá venir en mi ayuda. Además, dada nuestra relación actual es muy posible que en vez de quedarse y afrontar la situación conmigo, huyera.

—Despierta —ordena Logan, dándome una patada en la espinilla. Se me escapa un grito de dolor e intento mover las piernas, alejarlas de él y acercarlas a Colleen. Noto que ella se aleja un centímetro de mí.

El coche se detiene y abren las puertas. Por fin un poco de aire fresco. El humo y el olor a alcohol disminuyen y puedo respirar de nuevo. Logan me saca del coche a rastras y pienso en mi vestido, que a estas alturas debo de tener por la cintura. Intento agitarme un poco para que se baje. El terreno es desigual, está cubierto de piedras, y por culpa de mis tacones apenas consigo mantener el equilibrio. Me tuerzo el tobillo dos veces.

—Quítale esas cosas —dice Natasha.

Me arrancan los zapatos y piso los guijarros con los pies desnudos. La cicatriz de mi pie se resiente y me recuerda lo imperfecta que soy.

—¿Cómo me quedan? —pregunta Natasha, y Gavin lanza un silbido de admiración.

Me arrastran colina arriba. Jadeo y maldigo. No puedo ver dónde me llevan a causa de la capucha y la falta de luz. Es tarde y ha oscurecido. Puede que incluso ya sea hora del toque de queda.

—El toque de queda... —me atrevo a decir—. Por favor, llevadme a casa.

No contestan.

—¿A qué hora es el toque de queda? —pregunta Natasha.

—A las once —contesta Colleen.

—Son las diez y media —dice Natasha.

—¿Y qué? —corta Logan, jadeando por el esfuerzo de tener que arrastrarme.

—Será mejor que nos demos prisa —dice Colleen.

—¿O qué? —dice Logan.

—Sí, Colleen, ¿o qué? —le apoya Natasha.

—Desobedecer un toque de queda es muy grave —responde Colleen—. Puede pasarle cualquier cosa, incluso tener que enfrentarse de nuevo al Tribunal.

Logan suelta una risa burlona.

—Hablo en serio —insiste Colleen—. Y no solo la castigarán a ella, sino a toda su familia. Se

llevaron una semana a mis hermanos —dice con voz temblorosa.

—No conozco a su familia. Me importa un comino.

—Ya hemos llegado —anuncia Gavin.

Oigo el sonido de una llave metiéndose en una cerradura.

—Camina —me ordena Colleen.

Doy un paso y piso madera. Siento que varias astillas se clavan en mi piel. Huelo a tierra, a musgo. Estamos en un cobertizo. Hay tierra y suciedad bajo mis pies. Nos apiñamos para que puedan cerrar la puerta. Logan me empuja de repente y casi me caigo de cara, pero consigo mantener el equilibrio. Choco contra una pared y una pala o un rastrillo se me clava en el brazo.

—¿Qué problema tenía la imperfecta en clase de gimnasia? —pregunta Logan.

—Tenía vergüenza de enseñar su cuerpo —aclara Natasha.

Trato de alejarme de ellos.

—No. Por favor, no... —suplico aterrorizada.

Alguien me aparta de la pared y me baja la cremallera que cierra el vestido por la espalda. Me resisto, pero Natasha me sujeta los brazos con sus pequeñas manos. No se recata en clavarme las uñas.

Mi vestido cae al suelo alrededor de mis pies, y me quedo en bragas y sujetador, y la tobillera que Art me regaló. A pesar de nuestro incierto futuro, no he querido quitármela, me recuerda que hubo un tiempo perfecto, que no soy tan imperfecta como todo el mundo dice. No hay lugar donde esconderse. Empiezo a llorar de nuevo.

—Vale, ya está hecho —dice Colleen rápidamente—. Vámonos.

Alguien lanza un silbido.

—Cállate, Gav, es una imperfecta. Es basura.

—A mí me parece una chica en bragas.

—Fíjate en sus cicatrices —dice Natasha cerca de mi cara.

Está examinando la cicatriz de mi pecho. Trago saliva. Quiero cruzar las piernas, taparme el cuerpo con los brazos, pero no puedo.

Gavin y Natasha hablan de mí como si no estuviera allí. Logan se mantiene callado y eso me atemoriza más que cualquier otra cosa. Estudian mis cicatrices. Me levantan la mano y el pie, pero mantienen la capucha sobre mi cabeza. Constatar que el cuerpo tiene una cabeza, un corazón, no les ayudaría.

—¿No quieres verlas de cerca, Colleen? —pregunta Logan—. Oh, me olvidaba. Ya las has visto.

—Esto es enfermizo. Yo me voy —dice Colleen.

Vuelvo a oír la llave girar en la cerradura, huelo al aire fresco, y oigo sus pisadas alejándose del cobertizo.

Me quedo sola con los demás. Tiemblo. Tengo frío, tengo miedo.

Más tarde comprendí que había cosas que podría haber hecho, que debería haber hecho. Dar patadas, gritar, correr... Pero no lo hice. Habían descubierto lo que más me humillaba: mi debilidad era mi cuerpo. Nunca quise que nadie viera mi cuerpo, nadie, y ahí estaba, casi desnuda, con tres personas que había creído que querían ser mis amigos y ahora alumbraban con una linterna todas las partes de mi cuerpo que ni siquiera yo soporto mirar. A través de la tela de la capucha percibo el flash de una cámara mientras fotografían mis cicatrices y quién sabe qué más. Siguen hablando como si no estuviera presente, comentando lo asquerosa y desagradable que es mi piel. Sé que, en cuanto se marchen, esas fotos se distribuirán entre todos los estudiantes del instituto y quién sabe qué más. No me extrañaría que mañana ilustraran un artículo de Pia Wang.

Alguien da vueltas a mi alrededor. Por la escasa luz que ilumina sus pies, deduzco que debe de ser Natasha. De repente, emite un jadeo.

—Oh, Dios mío. Mirad su columna vertebral. Acercaos.

Se reúnen detrás de mí para ver lo que ha sorprendido a Natasha.

—Tío, eso ha tenido que doler —comenta Gavin—. No es tan nítida como las otras, pero...

¡Espera! ¿Cuántas marcas tiene?

Dan la vuelta en torno a mí, contando mis cicatrices, contando mis imperfecciones.

—¿Seis? —exclama Logan sorprendido—. Las noticias solo hablan de cinco.

—Cinco han sido lo máximo que han hecho nunca —asegura Gavin.

—Tres había sido lo máximo hasta ahora —apunta Natasha—. Y ella tiene seis. No creo que debiéramos saber que tiene seis marcas.

De repente parece muy nerviosa.

Su energía ha cambiado. No están disfrutando tanto como pensaban, he conseguido que se sientan incómodos. La realidad no es como imaginaban que sería. Mis cicatrices son cicatrices causadas por el dolor. El dolor teórico y el dolor físico son demasiado diferentes, y creo que ejerce su efecto en ellos. Eso me da fuerzas. He vivido lo que ellos parecen temer, me han traído aquí porque se han visto atraídos por sus miedos. Querían analizarlos. Comprenderlos. Superarlos. Reírse de ellos. Pero yo los he vivido. Lo que temen es mi tragedia. Y eso me da fuerzas.

—¿Qué hora es? —pregunto. Aún tengo esperanza.

—Llegarás a casa a tiempo. Cállate —dice Natasha intentando parecer dura, pero advirto que tiene miedo—. Me aburro. ¿Vamos a comer algo?

—Sí —responde Gavin un poco demasiado deprisa, y casi sonrío bajo mi capucha.

—¿Vienes, Logan?

—Ahora voy.

Percibo la reticencia de los otros dos.

—¡Idos, marchaos de una vez! —grita Logan, ansioso de quedarse a solas conmigo.

—No lo hagas...

—¿Que no haga el qué?

Gavin hace una pausa.

—Ya sabes, no lo hagas.

—No me ofendas, Gavin. Ella es basura imperfecta, no la tocaría ni con pinzas.

—No te hagas ilusiones —responde Gavin, y Natasha y él ríen—. Vale, pero no dejes esto hecho un desastre. Mi abuelo me mataría.

El sonido de los pasos de Gavin va disminuyendo hasta que reina un completo silencio. Me quedo a solas con Logan.

—No me toques, por favor —ruego, temblando.

—No pensaba ponerte la mano encima —dice muy cerca de mi oreja—. Me pareces repugnante. Se lo parecerías a cualquiera. Nadie querría estar contigo.

Camina a mi alrededor lentamente. Lo que ha dicho me produce cierto alivio, pero al mismo tiempo hace que me pregunte qué pretende hacer conmigo.

—¿Sabes cuál es el significado del cilicio y la ceniza? —pregunta.

—No —respondo.

—Los otros no tienen ni idea. Para ellos, esta noche ha sido un paseo divertido, no comprenden el significado de lo que he hecho. —Su tono de voz es extraño, como si estuviera dando una clase o predicando—. El cilicio y la ceniza aparecen en el Antiguo Testamento como símbolos de degradación, de duelo, de contrición. Cuando alguien quería mostrar su arrepentimiento, se colocaba un cilicio, se sentaba sobre un montón de cenizas y vertía un puñado sobre su cabeza. La ceniza

significa desolación y ruina.

Agacho la cabeza, humillación completa. Pero él sigue hablando y hablando.

—Cuando Jonás le dijo al pueblo de Nínive que Dios iba a destruirlos por su maldad, todo el mundo, del rey hacia abajo, respondió arrepintiéndose, ayunando y cubriéndose con ceniza. Incluso colocaron cilicios a los animales. Dios vio el cambio, un sincero y humilde cambio de corazón, y decidió no llevar a cabo su plan. Cilicios y ceniza fueron utilizados como símbolos de un cambio de actitud, como demostración de la sinceridad de un arrepentimiento.

Deja de hablar, deja de caminar en torno a mí, y solo se oye mi pesada respiración bajo la asfixiante capucha.

—Dios es mucho más importante que yo, imperfecta —continúa—, pero si te arrepientes, puede perdonarte. Si no haces un acto de contrición, te dejaré encerrada aquí toda la noche y nadie te encontrará. No llegarás a casa antes del toque de queda y, por lo que sé, toda tu familia será marcada.

Me muerdo los labios para que no oiga mis sollozos. Pienso en el pequeño Ewan y en lo aterrorizado que se sentiría. ¡Cómo he podido poner en un peligro así a mi familia!

—Hablo en serio, imperfecta —añade.

Sé que lo hace. Todas y cada una de sus palabras van en serio. Siento como si volviera a la Cámara de Marca, con el juez Crevan gritando «¡Arrepiéntete!» en mi cara. Entonces creía estar acabada, que la situación no podía ser peor, y me negué a hacerlo. No podía admitir que estaba equivocada, pero las reglas han cambiado y la situación es aún peor. Mucho peor. Ya no me quedan energías.

—Sí —digo súbitamente.

Logan me arranca la capucha y agradezco poder respirar mejor, pero su mirada enloquecida me aterroriza.

—¿Te arrepientes?

Asiento con la cabeza.

—Responde —me grita.

—Sí, me arrepiento.

—Di que lo lamentas —insiste.

—Lo lamento.

—Di que estabas equivocada —me presiona, y sé que esto va más allá de un subidón de adrenalina, de los efectos del alcohol o de lo que sea que haya estado fumando.

—Estaba equivocada —digo.

—Arrodíllate y pídemme perdón.

Dudo un segundo.

—Hazlo —insiste.

Me arrodillo.

Se sitúa a mi espalda y desata la cuerda con la que había atado mis muñecas. Me las froto de inmediato: me duelen, están despellejadas, en carne viva. No me atrevo a mirarlo a los ojos.

—Dilo.

—¿Qué quieres que...?

—Pídemme perdón. Junta las manos como si rezaras, como si estuvieses en la iglesia, y pídemme perdón.

—Por favor —suplico, llorando—. Por favor, lo siento. Estaba equivocada y me arrepiento. Solo quiero ir a mi casa, necesito ir a mi casa.

Sonríe satisfecho y me tira el vestido a la cara.

Lucho con la ropa, aliviada de que todo haya terminado, intentando ocultarle mi cuerpo lo más rápidamente posible. Se queda observándome desde la puerta abierta. Para alguien que piensa que solo soy basura, me mira demasiado.

—A propósito, imperfecta, faltan veinte minutos para el toque de queda.

Cierra la puerta del cobertizo y puedo oír el repiqueteo de las llaves mientras me encierra.

Oigo que el coche de Natasha se aleja y miro alrededor en busca de una salida. El cobertizo apenas está iluminado, en un rincón, por la luz de la luna.

—No, no, no —grito.

Por un instante me rindo. Me rindo por completo. Me acurruco en un rincón y me echo a llorar. Estoy en el cobertizo de una montaña, a no sé qué distancia de mi casa, y por mucho que gritase nadie me oiría.

Pero entonces comienzo a pensar racionalmente. Natasha creía que podría llegar a tiempo a casa, lo que significa que no puedo estar lejos, y eso me devuelve un poco de esperanza. Ascendimos con el coche durante cierto tiempo y estoy en un cobertizo, rodeada de herramientas de jardinería. Sí, ya sé dónde estoy. En un huerto junto a la Cumbre, a pocos minutos de mi casa. A pesar de que sé que los huertos están deshabitados a estas horas y de que no habrá nadie que pueda oírme, pido auxilio a gritos. Y grito hasta que mi garganta queda en carne viva y mi voz enronquece. Lo intento, pero las paredes amortiguan mi voz, nadie me oirá. No estoy aquí.

Me hundo y me desespero. Pruebo con la puerta, pero es inútil. La golpeo con la pala, pero no hace mella y estoy exhausta. No tengo la fuerza necesaria.

Hay una estrecha ventana en la parte alta. Podría caber por ella, pero llegar hasta ahí arriba y encontrar el ángulo adecuado para colarme será difícil. Y después, una vez en el otro lado, si no encuentro nada a lo que sujetarme, caeré de cabeza. Pero no tengo opción. He de intentarlo.

Rompo el cristal con la pala y elimino cuanto puedo los fragmentos que han quedado en los bordes del marco. Apilo cajas de herramientas, macetas y sacos de abono para intentar alcanzar la ventana. Utilizo la lógica, plenamente consciente de que el tiempo se me agota. Escalo por mi improvisada escalera y coloco la capucha con la que me taparon la cabeza sobre el marco inferior para protegerme de cualquier trozo de cristal que haya podido quedar. Asomo la cabeza por el hueco, agradeciendo el aire fresco. Eso basta para estimularme. Puedo hacerlo, puedo hacerlo.

Paso el resto del cuerpo por la ventana, arañándome el vientre a pesar de la ropa y la arpillera, apretando los dientes para soportar el dolor. Consigo llegar hasta uno de los troncos que sostienen el techo y, usándolo como apoyo, me deslizo fuera del cobertizo. Tengo las manos, los dedos, llenos de astillas de madera. Quedo colgada un segundo, antes de dejarme caer al suelo. Siento el doloroso agujonazo de los guijarros en las plantas de los pies y caigo al suelo de culo. Permanezco inmóvil unos segundos esperando que aminore el dolor.

Miro alrededor para orientarme. Reconozco esta colina. Aquí es donde Art y yo solíamos encontrarnos, no exactamente en los huertos, pero cerca. A pesar de que el tiempo es precioso, me siento atraída por nuestro punto de encuentro. Nunca pensé que volvería aquí de nuevo, nunca, pero está tan cerca... Algo, un instinto, me dice que vaya.

Echo a correr y un minuto después, cuando llego, sé que he tomado la decisión correcta. Veo dos figuras en el mismo sitio que Art y yo habíamos elegido. Un lugar que pensaba que nos pertenecía y que ahora pertenece a otra pareja muy parecida a la que nosotros formábamos. Qué rápido nos han sustituido. ¿O no?

Porque el chico es Art. Y la chica que está con él es exactamente como yo. O como yo solía ser. Feliz, radiante, sonriente, como si el mundo fuera un paraíso. Pero sé que no soy yo porque yo estoy aquí. Descalza, sangrante, golpeada y llorosa. Huyendo para salvar mi vida, luchando para salvar mi vida, aunque no sé por qué me molesto, porque la última brizna de esperanza, de energía que me quedaba acaban de arrancármela del corazón y ya no me importa. Mi corazón está completamente vacío, pueden hacer conmigo lo que quieran.

Porque esa chica es mi hermana.

Art es el primero en alzar los ojos.

Me doy cuenta de que estoy llorando.

Sus ojos. Los ojos que tanto amaba se desorbitan al verme. Por primera vez desde que todo esto empezó, tengo el corazón roto. Siento un dolor en el pecho. No lloré durante las primeras cinco marcas, pero lloro ahora. Este dolor es mucho más intenso que cualquiera que haya sentido jamás. Mayor que el de la sexta marca. Mayor que el de la humillación del cobertizo. Este los supera a todos.

Juniper se vuelve para mirar en la misma dirección que él, y su cara también la traiciona.

Los he pillado.

Mis lágrimas dejan de fluir en el acto para ser sustituidas por la rabia.

—¡Celestine! —exclama—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Se acerca preocupado, presa del pánico, no por lo que acabo de presenciar, sino por mi estado.

—¡Detente! —grito. Y se frena de inmediato.

—¡Dios mío, Celestine! —susurra Juniper mirándome, tapándose la boca con las manos—. ¿Qué ha pasado?

—Celestine, estás sangrando —insiste él, avanzando un paso. Yo retrocedo otro—. ¿Dónde están tus zapatos? ¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Noto emoción en su voz, cómo se le rompe por la furia y el dolor. Juniper llega a su lado y ambos, codo con codo, me observan intensamente.

—No os acerquéis más. Ninguno de los dos. Ya me traicionasteis una vez; debí suponer que volveríais a hacerlo. —Miro a Juniper—. ¿Sabías todo este tiempo dónde estaba escondido?

—Sí, pero...

—¿Estabas aquí arriba? —pregunto, atónita. Pienso en él protegido por Juniper y oculto en uno de los cobertizos de los huertos. Quizás el mismo en el que me han tenido prisionera y del que acabo de evadirme—. Sabía que te escapabas de casa cada noche —añado, y entonces me doy cuenta—. Sabía lo que estaba pasando, pero no quería creerlo... y me hiciste pasar por mentirosa.

Ahora comprendo por qué me comportaba tan cruelmente con ella. Porque lo sabía pero no me atrevía a admitirlo.

—No, Celestine. Déjame explicártelo, por favor. ¡Solo lo estaba ayudando!

—¡Cállate, mentirosa! ¡Los dos sois unos mentirosos! —grito, y él da un paso atrás apartando la mirada, incapaz de defenderse.

—No es lo que piensas. Solo me ha ayudado a esconderme, no estábamos... ya sabes. —Se pasa una mano por la cabeza, agitado.

—A mí me habéis parecido muy íntimos —replico, mirándolos alternativamente.

—No es así. Te dije que no podía volver con mi padre después de lo que te ha hecho.

—¿Lo que él me ha hecho? ¿No creéis que vosotros tenéis parte de culpa?

Juniper empieza a llorar y Art hace rechinar los dientes. Sé que ha sido un golpe bajo, pero estoy tan furiosa que quiero hacerles daño, más del que ellos me han hecho a mí, para que sientan por lo menos una mínima parte de lo que estoy sintiendo ahora. Necesitaba a Art todos y cada uno de los días, y Juniper sabía dónde estaba, haciendo quién sabe qué. Podría habérmelo dicho, podría haberme traído un mensaje suyo, podría haberme ayudado, pero eligió ayudarlo a él.

—¿No es un lugar encantador? —digo, mirando alrededor—. ¿Sabes qué, Art? Yo no tengo dónde esconderme, no hay un solo lugar en el mundo donde pueda esconderme. He de enfrentarme a todos y a todo. Todos los días. Sola. No dispongo de ese lujo, no puedo aprovecharme de la gente para que me lo haga todo más fácil como haces tú siempre. Pero no podrás quedarte aquí eternamente. Algún día deberás comportarte como un hombre y afrontarlo todo. —Mis palabras parecen dolerle en lo más hondo. Y me alegro—. Siempre decías que estarías ahí para mí, pero eres un cobarde. Ambos lo sois.

—Celestine, te he echado tanto de menos... —dice él, casi sollozando.

Su emoción es real. Puede que sea una estúpida, pero le creo.

—Entonces, ¿por qué estabas aquí sentado con mi hermana?

—Deja que te lo explique —pide furioso, frustrado por que no le deje hablar. Da un paso hacia mí, pero retrocedo.

—No puedo. —Y pienso en otro cara a cara, el del juez Crevan en su sala del juzgado, y la rabia vuelve a apoderarse de mí. Aún no he terminado—. No dejaré que volváis a destrozarme la vida.

Me quedan cuatro minutos. Doy media vuelta y corro.

Los minutos siguientes son un borrón de hojas, ramas golpeándome la cara, piedras clavándose en mis pies, espinas cortándome las piernas y una lucha constante por seguir respirando a pesar del cansancio. Desciendo por la colina más rápido que nunca. Ni siquiera miro el reloj, no tengo tiempo. Incluso acelero al llegar al muro que delimita nuestro jardín trasero, lo escalo a toda velocidad y aterrizo sobre la hierba, una mullida alfombra comparada con lo que he pisado esta noche. Veo a papá, mamá y Mary May en el salón. Tienen los ojos fijos en el reloj de la pared. Papá pasea nerviosamente, mamá se sujeta el pecho con las manos, rezando por que ocurra un milagro. Abro la puerta trasera y me abalanzo hacia el salón. Tropiezo con el marco y caigo de rodillas a sus pies, jadeante, incapaz de respirar, incapaz de pronunciar palabra, incapaz de ver nada, completamente mareada.

Consulto el reloj. La manecilla que marca los minutos pasa un minuto de las once.

Miro a Mary May desesperada, todavía jadeante, incapaz de hablar.

—Pasa un minuto de las once —sentencia ella.

Papá y mamá explotan de rabia ante la injusticia.

Entonces, de repente, el reloj de muñeca de Mary May emite varios pitidos. Ella lo consulta confusa, y comprende lo que ocurre. Nuestro reloj va ligeramente adelantado, y yo debo ser juzgada por el tiempo oficial que marcan los soplones. Papá y mamá también se dan cuenta y la miran esperando su confirmación.

Yo la observo desde el suelo y no puedo reprimir la risa. Río y río, sintiendo dolor en las costillas, allí donde me golpeó Logan, pero el dolor no hace más que alimentar mi risa. Los tres me miran, ahí en el suelo, sujetándome los costados, con la cabeza sangrando, los brazos y las piernas cubiertos de cortes y arañazos, riendo como una loca.

Lo he conseguido.

Los he derrotado a todos.

Mi móvil suena a las cuatro de la mañana, despertándome de una pesadilla horrible. Estaba en la sala de visitas del castillo, y el que se encontraba en la Cámara de Marca, atado a la silla, era Carrick. Habían olvidado inyectarle la anestesia y gritaba, con el rostro contorsionado de dolor. Pero no podía oírlo, solo verlo. Los guardias no eran Tina, June, Bark y Funar, sino Logan, Natasha, Gavin y Colleen.

—Hay algo que no me dijiste, ¿verdad? —me pregunta Pia desde el otro extremo de la línea. Habla en voz baja y nerviosa, no con el tono alegre que utiliza en televisión, y tardo un momento en diferenciar entre el sueño y la vigilia.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—La Cámara de Marca. Sacaron a tu familia antes de la quinta marca, pero había alguien más que vio lo que pasó, ¿verdad?

Despierto de golpe. Me siento en la cama, gruñendo de dolor a causa de las patadas de Logan.

—¿Estás bien?

Cierro los ojos y aspiro profundamente, esperando que se me pase el mareo.

—¿Celestine?

—Sigo aquí.

—Sé que preguntaste por el señor Berry en el castillo.

Pia sabe algo.

—Es mi abogado, y tenía que hablar con él por algunas cosas de mi caso.

—¿Y por eso le has dejado siete mensajes urgentes en su buzón de voz estos últimos días?

Eso me frena en seco. ¿Cómo lo ha sabido?

—El señor Berry estaba en la Cámara de Marca, ¿verdad? —sigue preguntando rápida, urgentemente—. Él lo vio todo.

No sé si debo dejar que lo sepa. No sé si puedo confiar en ella.

—¿Quién está contigo?

—Nadie. —Da la impresión de que mientras habla camina; no dejo de oír chasquidos por el aparato. Su voz viene y va—. Estoy sola, te lo prometo. Confía en mí, Celestine.

Se me pone carne de gallina. Este es el momento. Confieso o cuelgo. Si confío en ella y está mintiendo, el señor Berry correrá un grave peligro y ya no podré confiar en nadie. Pero estoy completamente sola, ¿quién más puede ayudarme?

—Pia, no pienso jugar según tus condiciones —le digo—. Necesito saber por qué me preguntas eso.

Ella dice algo que no consigo entender.

—¿Qué? ¿Dónde estás, Pia? Apenas te oigo.

—No importa. Piensa, Celestine. Hay algo que no me estás diciendo y necesito saberlo. Estoy harta de todo esto, harta de que todo el mundo se aproveche de mí.

—¿Por qué diablos debería decírtelo? —estallo—. ¿Para que puedas tergiversarlo a favor de Crevan? Él no dejará que publiques nada que me favorezca. Si nadie sabe nada hasta ahora, es por una buena razón. Se ha librado de todos los que estaban presentes; hasta es probable que ahora mismo nos esté escuchando. ¿Cómo sé que no me estás tendiendo una trampa? ¿Cómo sé que no trabajáis juntos para asegurarnos de que no queda ni un solo testigo de lo que pasó?

—Crevan no está escuchando esta conversación —asegura entre crujidos y chasquidos, mientras su voz viene y va—. Y puedes confiar en mí. Tienes que confiar en mí. ¿Con quién más puedes contar, Celestine? ¿A quién más conoces que pueda proporcionarte información?

Pienso con rapidez.

—¿Y qué obtengo a cambio?

—Celestine, estoy intentando ayudarte —asegura, casi gritando.

—Lo que intentas es ayudarte a ti misma.

Suelta un profundo suspiro y pregunta:

—¿Qué quieres?

—Quiero información de una persona.

—¿De quién se trata?

—De Carrick. —Ni siquiera sé su apellido—. Estaba en la celda contigua a la mía en Highland Castle.

—¿El chico imperfecto? ¿Por qué?

—Sin preguntas. Es asunto mío.

—¿Él sabe algo?

—¡No! —miento—. Solo quiero encontrarlo. Me estoy quedando sin amigos, necesito a alguien que sea capaz de comprender por lo que estoy pasando.

—Bien. Reuniré toda la información que pueda, pero nunca lo entrevisté. No tiene la historia que queríamos.

Eso me enfurece.

—Te daré todo lo que encuentre —prosigue—. Ahora piensa en mí, Celestine. Necesito algo. Necesito más. ¿Estaba el señor Berry en la Cámara de Marca? ¿Vio algo? Los informes dicen que estaba. ¿Mienten?

Pienso en la Cámara. He intentado bloquear esa imagen muchas veces, pero me resulta imposible. Aparece en mis pesadillas, a veces incluso en pleno día, cuando menos lo espero. El dolor, el olor, el horror de toda la situación, y quiero huir de eso. Papá no sabe que me pongo tensa cuando, intentando reconfortarme, apoya su mano en mi hombro. Instantáneamente me retrotraigo a la silla de la Cámara y al contacto de Tina poco antes de cada marca. Regresar voluntariamente a esa Cámara va contra cuanto he intentado conseguir; sobre todo tras los acontecimientos de anoche en manos de Logan y los demás. Quisiera olvidarlo definitivamente, pero vuelvo allí. A los olores, los sonidos, el miedo, mi corazón desbocado, el dolor en mis muñecas y tobillos, Crevan gritándome envuelto en su capa roja sangre, la baba salpicando rabiosamente de su boca.

—Sí, el señor Berry estaba en la Cámara de Marca —confieso por fin. Ella tiene razón, necesito ayuda—. No sé cómo consiguió colarse, pero llevaba un teléfono móvil. Y lo grabó todo.

No menciono que Carrick también se encontraba allí. Tengo que guardarme algo para mí misma.

—¿Lo grabó todo? ¿Dices que existe una grabación?... ¡Oh, Dios mío! Gracias, Celestine, gracias. —Y cuelga.

Mi corazón parece querer escaparse del pecho por haber revivido aquellos momentos, por confesar la posible grabación del señor Berry y por haber preguntado por Carrick. No quiero que Pia piense que tiene algo que ver con esto y no quiero meterlo en más líos, pero no tengo otra manera de encontrarlo.

Sé que no conseguiré volver a dormirme, la escena en la Cámara de Marca sigue firmemente instalada en mi mente. Me duele la cabeza a causa del golpe que me di al entrar en el coche de Natasha y noto un chichón considerable al palpármela. Tengo la boca seca, necesito beber algo. Salgo de la cama tambaleándome y me pongo sobre la camisa un jersey muy holgado.

Bajo las escaleras, entro en la cocina y me dirijo directamente a la nevera en busca de agua fresca. Mientras abro la puerta, percibo una presencia y me vuelvo para encontrarme con Mary May sentada en la oscuridad, en un rincón, observándome.

La única luz en la cocina es la del piloto del extractor de humos, y bajo ella estaba leyendo un libro que cubre rápidamente con las manos. Es la primera vez que las veo sin los guantes de cuero que las cubren.

Aunque tiene aspecto cansado, sonrío ante mi obvio sobresalto.

—¿Qué está...? Quiero decir, ¿qué... qué hace aquí de noche? —pregunto.

Me mira de arriba abajo lentamente, haciendo que me coloque mejor el jersey de forma inconsciente. Esa mujer me da escalofríos.

—Teniendo en cuenta lo ocurrido esta noche, he creído que lo mejor era quedarme. Tienes un buen chichón —comenta.

Lo toco y no puedo evitar un gesto de dolor. Necesito agua y una aspirina.

—¿Acaso le preocupa que tenga una conmoción?

—No. —Se ríe, y no es un sonido alegre. Es una risa cruel, burlona, como si pensara que soy la persona más estúpida del mundo—. Quería asegurarme de que te quedabas donde debías quedarte, que no quebrantabas ninguna regla. He visto otras veces acontecimientos como los de hoy, sé lo que le pueden hacer a una persona.

—¿Qué quiere decir?

Trago la aspirina con un sorbo de agua.

—Venganza —contesta.

Y advierto la frialdad, la oscuridad de sus ojos, y pienso en lo que le hizo primero a su hermana, denunciándola ante el Tribunal, y después a toda su familia cuando le dieron la espalda.

—¿Por eso le hizo lo que le hizo a su familia? —pregunto—. ¿Por venganza?

—No —responde sin parpadear, sin parecer molesta por que le haya hecho una pregunta tan personal—. Pillé a mi hermana con mi novio. Denunciarla al Tribunal no tuvo nada que ver con la venganza.

Su historia es demasiado parecida a la mía actualmente, y me pregunto si me está poniendo a prueba. ¿Se habrá enterado de lo de Art y Juniper? No, no, imposible. De saberlo, los soplones ya lo habrían encontrado.

—Mi familia... —Desvía la mirada, y creo detectar un rastro de tristeza, que desaparece rápidamente—. Fue necesario.

Me estremezco. Ella vuelve a centrar su mirada en mí.

—El doctor Smith dice que no tienes nada roto —dice.

—No. Excepto mi corazón, mi orgullo y mi confianza en el género humano.

Sostengo su mirada. Sus ojos parecen negros en la oscuridad y creo que casi me comprende.

—No —se limita a decir, y vuelve a su libro. Alcanzo a leer «Jane Austen» en la cubierta—. Yo,

Pia me visita al día siguiente. Aparte del dramático viaje con papá hasta la comisaría, he pasado el día en la cama hecha un ovillo, dolorida por el ataque de ayer.

Me levanto, me pongo ropa holgada y negra, y me dirijo a la biblioteca. Esperaba verla sentada en uno de los sillones con su faldita y su blusa color melocotón, pero pasea nerviosamente por la estancia. Lleva su brillante melena negra recogida en una cola de caballo y viste vaqueros, sudadera y zapatillas deportivas.

La miro sorprendida.

Me mira sorprendida.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunto.

—No importa. ¿Qué te ha pasado a ti?

El moratón de mi frente se ha hinchado y convertido en un bulto enorme, negro y amarillo, como los que suelen verse en los dibujos animados. Tengo arañazos en la cara por los golpes contra las ramas mientras corría entre los árboles en medio de la oscuridad.

Me siento en un sillón y mi estómago se resiente de los golpes recibidos. No tengo ninguna costilla rota, pero me duelen como si lo estuvieran.

—Celestine, ¿qué ha pasado? —vuelve a preguntar con un tono de urgencia y cara de preocupación.

Suspiro y me resigno.

—Resultó que no era ninguna fiesta. Al menos, para mí.

—¿Era una trampa?

—Creo que la palabra exacta es «emboscada». —Los ojos se me llenan de lágrimas ante el recuerdo aún fresco tanto en mi mente como en mi cuerpo. Cada vez que me muevo, resurgen los dolores.

—Ese chico que te invitó...

—Logan Trilby —digo, y repito el nombre deletreándolo, sarcásticamente—. ¿No lo anotas? Oh, no, claro que no. No podrías escribir nada que haga que la gente pueda sentir simpatía o lástima hacia mí.

Sus ojos reflejan enfado, pero no contra mí.

—Tú no quieres que la gente te tenga lástima, Celestine.

—La verdad es que sí —digo, y medio me río—. Quiero que la gente me tenga lástima porque así sabré que es humana, y no lo que sea que es ahora.

Se sienta ante mí, pero no delicada y remilgadamente como antes, sino en el borde del sillón, con los pies separados y los codos apoyados en las rodillas. Hoy viene dispuesta a remangarse.

—¿Qué hicieron?

—Su intención era humillarme.

—¿Lo consiguieron?

—Sí.

—Cuéntamelo.

Hoy está siendo amable y paciente, pero por debajo capto una sensación de urgencia, lejos de la calma y el cálculo de nuestras conversaciones anteriores. La primera vez que nos vimos era la Pia en «modo celebridad televisiva»; después vi la Pia «fuera de servicio», pero esta mujer es nueva, revela un aspecto de ella que no había visto nunca. Sé que en el pasado he sido demasiado ingenua, pero creo en ella.

—Me pusieron una capucha de arpillera en la cabeza, me ataron, me golpearon, me dieron patadas, me cubrieron la cabeza de ceniza, me desnudaron y me encerraron en un cobertizo. Creo que eso lo incluye todo.

No menciono que me obligaron a beber cerveza. Aunque no tenía elección, podría meterme en líos. No pienso correr más riesgos, ni siquiera con esta nueva Pia. Su mirada se vuelve fría.

—Logan Trilby. ¿Quiénes eran los otros?

Le doy todos los detalles y ella muestra su disgusto, su malestar y su empatía en los momentos adecuados. Y me la creo.

—¿Qué ha pasado después?

—Nada. Mi padre logró que todos fueran llamados a comisaría. Natasha, Logan, Gavin y Colleen. Y sus padres, excepto Angelina, claro. Los padres de Logan respondieron por él, dijeron que no podía haber hecho nada de lo que yo decía porque estaba estudiando la Biblia.

—¿Les creyeron?

—Mintieron. Dijeron que estaba estudiando la Biblia con ellos.

Pia me mira boquiabierta.

—¿Y los otros chicos? —pregunta.

—Natasha y Gavin le echaron la culpa a Colleen. Dijeron que ella lo planeó todo como venganza por algo que pasó entre su madre y yo.

—¿Qué pasó? —se interesa, pasando con naturalidad a su «modo periodista».

—No puedo decírtelo. El padre de Natasha es un abogado respetable, y sacó a relucir los derechos humanos y que su hija solo pretendía protegerse de una imperfecta. La policía no hará nada, dicen que les basta con el castigo que les ha impuesto el instituto. Mi padre se volvió loco porque Gavin y Natasha solo han sido suspendidos dos días. A Colleen la han expulsado, pero no importa porque a su padre, Bob Tinder, lo han despedido del periódico y...

—Lo sé, créeme —me interrumpe, y me doy cuenta de que su mente funciona a toda velocidad.

—Me olvidaba de que era tu jefe. Como iba diciendo, no importa, porque van a mudarse de barrio. Seguramente también sabrás eso. Colleen tenía que cambiar de instituto de todos modos, así que no puede considerarse un castigo.

Ella sacude la cabeza, aparentemente horrorizada.

—Hay otra cosa que me preocupa, Pia. Anoche, cuando me desnudaron... —Trago saliva con dificultad al recordar la humillación—. Me hicieron fotografías. Todos vieron la sexta marca y tienen pruebas de que existe.

Pia entorna los ojos, interesada.

—El asunto —prosigo— es que al verla les entró pánico y se marcharon enseguida. Creo que saben que es mejor callar, pero tarde o temprano saldrá a la luz. Natasha es incapaz de guardar un secreto aunque le paguen, así que seguro que se lo contará a alguien. Y a partir de ahí...

—Pero siguen sin tener la grabación —dice Pia—. Hay que conseguir esa grabación. Necesitamos avanzar con esta historia, necesitamos encontrarla antes que ellos, antes de que Crevan oiga los rumores y tenga la oportunidad de darle la vuelta a la historia. Eso, en caso de que no esté ya en ello. —Mira alrededor como si sospechara que pueden escucharnos y su voz se convierte en un susurro—. Esta mañana he descubierto que están investigando a Crevan. Es una investigación privada. El resultado de tu caso, el de Angelina Tinder, el de Jimmy Child, el de la doctora Blake... La gente no para de hablar de ellos.

—¿Quién es la doctora Blake?

Me suena familiar. El abuelo la mencionó durante el juicio. Dijo que tenía que encontrar a la doctora Blake y a alguien más, a un tal Raphael. No me pareció importante en ese momento, pensé que era otro de sus desvaríos conspiranoicos, pero debería haberle hecho caso.

—La doctora Blake es la mujer que se equivocó al diagnosticar a Annie, la esposa de Crevan — responde—. Durante el juicio, tu abuelo me dijo que estudiara su caso, pero lo tomé por un viejo loco. No obstante, tras hablar contigo, decidí echarle un vistazo. Crevan la declaró imperfecta justo antes del caso de Jimmy Child. Fue declarada imperfecta por un asunto personal muy similar al de Angelina Tinder, nada que ver con la esposa de Crevan. Nunca habría descubierto la relación si tu abuelo no me hubiera puesto sobre la pista.

El bueno del abuelo. Me siento orgullosa de él. Siempre ha estado de mi parte, aunque pensase, como los demás, que era demasiado extremista. Si tenía razón sobre la doctora Blake, quizá también tenga razón sobre todo lo demás.

—Crevan está utilizando el Tribunal como un tribunal privado —escupo.

—Creo que planeó el caso de la doctora Blake durante bastante tiempo. Salirse con la suya le dio confianza para hacer lo mismo con Angelina Tinder y Jimmy Child. También lo consiguió con ellos, pero ahora la gente está cuestionando sus decisiones.

Pongo los ojos en blanco.

—Un tribunal particular dentro del Tribunal —digo.

—Algo así —acepta Pia, sonriendo—. Una investigación privada de una institución pública.

—Déjame anticipar el resultado. La investigación dictaminará que el Tribunal actuó de forma perfecta y apropiada... ¡Tacháaan! Investigación finalizada.

—Se trata de una investigación centrada únicamente en el juez Crevan. El gobierno cree que ha abusado de sus poderes. Recuerda que el Tribunal se creó como algo temporal para castigar personas y comportamientos claramente antisociales, pero se ha convertido en mucho más, ha crecido tan deprisa que el gobierno no ha tenido tiempo de controlarlo. La frontera entre la legalidad y las reglas del Tribunal se ha difuminado, y el gobierno quiere recuperar su poder.

—Y gente como Enya Sleepwell.

—Exacto. Ella ha presionado lo suficiente para que hayan creado un comité privado para estudiar los casos privadamente.

—Privadamente. —Suspiro—. Saben ocultar cualquier pensamiento racional que pueda interesarle a la gente.

—No todo el mundo es tan valiente como tú.

Intento detectar sarcasmo en su voz, pero no lo consigo.

—¿Sabes? —añade—. Estos días ha hecho aparición una nueva periodista *on-line*. Se está haciendo popular muy rápidamente.

—¿Celosa?

—Un poco. —Sonríe—. Es fan tuya.

—¿Quién es? —quiero saber, sorprendida.

Saca su tablet para mostrármelo.

—Se llama Lisa Life.

Lanzo un bufido.

—Está de tu parte —dice Pia—. Escribe en una nueva página web de noticias llamada X-It. Tiene un millón de lectores diarios.

Navega por la tablet para mostrarme el artículo. El titular reza: «Si yo fuera una heroína, el anciano seguiría vivo. Fallé.» Debajo hay una bonita foto mía, sentada junto a la tumba de Clayton Byrne y encendiendo una vela. Su pie dice: «Solo ayudé a un hombre a sentarse.»

Aquel día no fui consciente de que me seguían. Debería haber tenido más cuidado, sobre todo después de escapar del instituto para ir a ver a los guardias y al señor Berry a Highland Castle.

Leo el artículo.

Se centra en lo que hice en el autobús, convirtiendo el tema de los imperfectos en una cuestión de derechos humanos. La muerte de Clayton Byrne es la primera que se registra de un imperfecto por culpa de la negligencia de una sociedad, una sociedad que obedece las reglas aunque esas reglas condenen a un hombre a muerte.

Termina con una cita de Enya Sleepwell:

No estoy justificando lo que hizo Celestine North, pero sus actos y sus recientes declaraciones presentan puntos tan serios como válidos, que deben ser planteados a nuestro gobierno y que merecen una respuesta. Si es válido que cuestionemos la regla en contra de la ayuda a un imperfecto, seguramente también será válido que nos cuestionemos todo el sistema.

Miro de cerca la foto de Enya y reconozco en ella a la mujer de pelo corto que me saludaba todos los días con un asentimiento de la cabeza cuando me abucheaban y empujaban al cruzar el patio de Highland Castle.

—Lisa Life ha publicado esto hoy —me explica Pia, y me entrega un nuevo artículo que saca de una carpeta y cuyo título es: COMPASIÓN Y LÓGICA: LA PAREJA PERFECTA. ¿NUESTRA LÍDER PERFECTA?

Está ilustrado con otra foto mía ante el Tribunal. En ella parezco fuerte y decidida, aunque no recuerdo haberme sentido así nunca. Una chica, no una mujer, en la que se puede confiar. Una chica fuerte y poderosa. Una chica que parece saber exactamente lo que está haciendo. Hay que ver cómo engañan las apariencias.

Pia deja artículo tras artículo en mi regazo, tan rápidamente que apenas tengo tiempo de echar un vistazo a los titulares y las fotografías antes de que otro nuevo aterrice sobre mis rodillas. Ante el aluvión, decide dejarlos sobre la mesita de café que nos separa. Otro, y otro, y otro más. Y más imágenes. Páginas y páginas de relatos y citas familiares, hasta el punto de que ya no reconozco a la persona que estoy viendo.

—¿Todo esto es de Lisa Life? —Me siento avergonzada, me arden las mejillas. Ver tanto apoyo hacia mí resulta abrumador.

—No, no todo es de ella. He reunido tantos artículos de apoyo como he podido, pero hay muchos más, Celestine.

Me maravilla que tanta gente a la que no conozco tenga tan buena opinión de mí. Si me hubieran visto arrodillada y acobardada en el cobertizo frente a Logan, retractándome de todo lo que había hecho...

Pia interrumpe mi momento autocompasivo.

—¿No ves lo que está pasando? Dispones de un poder que ni siquiera sabías que tenías.

Río amargamente, y mis costillas y mi cabeza se quejan de los espasmos. Ayer creí que podría acusar a Crevan; hoy estaba hecha un ovillo en la cama llorando, admitiendo la derrota.

—¿Poder? Cuatro compañeros de clase me encierran en un cobertizo y a la policía y a las autoridades del instituto les tiene prácticamente sin cuidado. No pueden o no quieren ayudarme. Las dos personas que más amaba en este mundo me han traicionado. Y ni siquiera puedo estar fuera de casa después de las once de la noche. No tengo ningún poder, Pia.

—Sí, lo tienes. Sabes que lo tienes. Tu poder no descansa solamente en esa sexta marca de tu columna. Lo que hiciste en el autobús, lo que dijiste en el juicio, la forma en que te enfrentaste a Crevan... He trabajado en el castillo diez años y nunca vi a nadie hablarle como tú lo hiciste. Utiliza ese poder, Celestine, perfecciónalo, porque en un futuro cercano vas a necesitarlo.

Mi corazón martillea en mi pecho, y me abrazo a mí misma procurando calmarme.

—He intentado encontrar al señor Berry —prosigue Pia—. He llamado a su oficina, a su móvil, a su casa, a todos los números que tengo, pero no responde. Fui a su casa y su marido dice que no sabe dónde se encuentra, dice que se marchó hace semanas pero no sabe dónde. Ninguno de sus clientes ha tenido noticias tuyas ni de su equipo, todos creen que se ha tomado unas repentinas vacaciones, pero yo sé, por lo mismo que todos sabemos, que no es cierto, Celestine.

—Quizá su marido sepa dónde está pero no quiera decírtelo. Todo el mundo sabe que eres una especie de portavoz de Crevan en los medios de comunicación. ¿Por qué iba a confiar en ti?

—Ya te lo expliqué: porque quiero descubrir la verdad. Dice que no conoce su paradero, y yo le creo —afirma con firmeza.

—¿Por qué no ha llamado a la policía?

—No cree que la policía pueda ayudarlo. Tiene miedo.

Trago saliva con dificultad.

—Déjame recapitular —digo—. El señor Berry desapareció después del Día del Nombre. Como Tina, June, Bark, Funar y Tony.

Ella asiente.

—¿Crees que se está escondiendo o que lo han raptado? —pregunto.

—No lo sé. En serio, no lo sé. Ayer fui a casa de Tina y estaba cerrada. Los muebles siguen dentro, es como si se hubieran levantado una mañana y decidido marcharse. Su hija adolescente también ha desaparecido y en su colegio no saben nada. Tina está divorciada y parece que no se lleva bien con la familia, así que no es extraño que no sepan nada de ella durante semanas. También intenté contactar con Bark, Funar, June y Tony, pero sus familias tampoco quisieron hablar conmigo. Aún no he ido a verlas. Quizás en persona se muestren más locuaces que por teléfono, pero a juzgar por la experiencia con Tina y el señor Berry, no espero gran cosa. Todos tienen demasiado miedo.

—O sea, que no disponemos de la grabación de lo que pasó en la Cámara. Todos los que vieron lo ocurrido han desaparecido y es mi palabra contra la de Crevan —digo.

Pero sé que no es cierto, y soy la única que lo sabe. Carrick estaba allí. Carrick lo vio todo. ¿Alguien estaría dispuesto a creer a un imperfecto? ¿Habría conseguido Crevan llegar también hasta Carrick? ¿Sabrá siquiera que este estaba allí? ¿Llegó a verlo? ¿Seré yo la siguiente en desaparecer? ¿Debería preocuparme?

—No puedo escribir un artículo sin pruebas —reconoce Pia—. Necesito más tiempo.

—Sigues sin creerme, ¿verdad? —pregunto, furiosa.

—Claro que te creo —protesta ella, poniéndose de pie—. ¿Tienes idea de lo mucho que estoy arriesgando por ti?

—Perdona —me disculpo.

Se pasa la mano por la cara y de repente parece tremendamente cansada.

—No, no te disculpes. No estoy haciéndote un favor, creo que te lo mereces. Cubrí las noticias del Tribunal y escribí artículos sobre los imperfectos porque creía en el sistema. Las palabras publicadas no eran exactamente las mías, pero creía en el fondo de los temas. Creía en exponer a la luz pública a todos aquellos que estaban contra la sociedad, que amenazaban con destruirla, pero... pero llegaron los casos de Angelina Tinder y de Jimmy Child, uno tras otro, después vino el tuyo y ahora conozco el de la doctora Blake. —Sacude la cabeza, descontenta—. Todo lo que en aquellos momentos me decía a mí misma sobre los demás, puedo decirlo sobre ti. Tu caso fue muy extraño desde el principio —confiesa, ante mi sorpresa—. Primero me sugirieron que te presentara como una heroína, y después como una enemiga. No tenía sentido. Mi teoría es que Craven saboreó lo que es la venganza al condenar a la doctora de Annie por no detectar los primeros síntomas de la enfermedad de su esposa, y volvió a hacerlo en los casos de Angelina Tinder y Jimmy Child. Esos casos demuestran que su poder ha empezado a flaquear, y creo que no mejorará, sino que empeorará. Ahora se encuentra bajo una presión extrema. Art ha desaparecido, y Crevan hierve de rabia contra ti por arrancar a su hijo de su lado y por exponer ante la opinión pública la política del Tribunal. Está empeñado en demostrar al resto del mundo que debería implantar un Tribunal similar en todos los países. Eso le daría una plataforma internacional, y no quiere que nada lo ponga en peligro. Dicen que mañana anunciará que todo periodista que publique un artículo favorable a los imperfectos será acusado de estar ayudándolos.

—Malo para Lisa Life. —Siento que mi esperanza se desvanece—. Un periodista imperfecto que escriba algo favorable de otro imperfecto no tendrá mucha influencia.

—No la encontrará —afirma Pia, tajante—. Tendrá problemas, sobre todo con mis amigos. Los periodistas no admiten trabas a la libertad de expresión. Si intentas silenciarlos, gritarán más fuerte todavía. Está cavando su propia tumba. Cada vez contarás con más apoyos, Celestine. No necesitas a Lisa Life, eres la persona más valiente que he conocido y me has servido de inspiración. Gracias a ti he encontrado mi propia voz.

Toma mi mano entre las suyas y me da un apretón amistoso. Eso me recuerda nuestro primer encuentro en esta misma habitación, cuando no se atrevió a estrechar mi marcada mano derecha. Ahora lo hace con firmeza. Mi cicatriz en contacto con su suave piel. Tendría que ser algo normal, pero me conmueve profundamente.

—Eres lo que necesita el movimiento, Celestine —añade—. Pero recuerda que tú no los necesitas a ellos. No dejes que te utilicen.

Hay mucha vehemencia en sus palabras. Estoy tan sorprendida por el cambio en su personalidad, en el tono que emplea conmigo, que apenas puedo asimilarlo. Sé que intenta transmitirme que lo que dice es importante, y yo intento tomármelo así. Saca una carpeta de su mochila y la deja sobre los artículos apiñados en la mesa.

—Gracias por hablarme de la grabación del señor Berry —dice—, tu confianza me importa mucho. Sé que te habrá costado después de todo lo que te ha sucedido, y probablemente aún no confíes plenamente en mí.

Desvió la mirada, sintiéndome culpable.

—Tranquila, lo comprendo —agrega—. Solo necesito demostrarte que puedes hacerlo. Esa es la información que me pediste. —Señala la carpeta—. Volveré a contactarte en cuanto pueda.

—¿Llevarás a tus hijos contigo?

Sus ojos brillan, su dureza flaquea.

—Por ahora están más seguros con su padre. Buena suerte, Celestine.

Miro los artículos de Lisa Life que ha dejado sobre la mesa para mí y estudio las citas entrecomilladas de mis declaraciones. Por primera vez son citas exactas, no las han tergiversado ni sacado de contexto. Mientras las leo, me doy cuenta de que ciertas cosas solo se las he contado a una persona. A Pia.

Pia es Lisa Life.

—Creía que me odiabas —le digo.

Ella sonrío, pero adivino tristeza en sus ojos.

—Y así era.

Respeto su sinceridad y quiero que sea consciente de que aprecio cuanto ha estado haciendo por mí. Al despedirnos siento que se forma un nudo en mi garganta, y espero que la próxima vez que nos veamos, todo quede atrás y Crevan haya desaparecido.

—Si alguna vez te encontraras con Lisa Life, dile que le estoy agradecida de todo corazón.

Sonríe de nuevo con lágrimas en los ojos, sabiendo que lo sé, y se marcha.

—¿Pia está enferma? —pregunta mamá cuando paso por delante de la puerta abierta de su dormitorio—. No parecía ella misma, llevaba vaqueros y ni una sola prenda de color melocotón.

—Sí —contesto distraída, apretando contra mi pecho la carpeta con la información sobre Carrick. Tener esa carpeta hace que me sienta más cerca de él.

Me apoyo en el marco de la puerta, mientras mamá se quita un jersey y lo lanza sobre la cama, una cama totalmente cubierta por lo que parece el contenido completo de su armario. Pero no lo es, son prendas que no reconozco, y todas aún llevan la etiqueta puesta.

—¿Qué estás haciendo?

—Probándome ropa.

—¿Has ido de compras?

—Me la han traído mientras estabais en la comisaría.

Entro en el cuarto y empiezo a recoger algunas piezas. Estoy intrigada porque algo no parece encajar, y confusa porque no consigo descubrir el qué. De repente, caigo en la cuenta. La ropa no es del color adecuado, las formas no son las correctas, no son de su estilo.

—¿Qué estás haciendo? —vuelvo a preguntarle—. En serio.

Mamá suspira y se ciñe una camiseta roja sobre el tonificado vientre.

—Pruebo un estilo diferente —responde.

No doy crédito a lo que oigo. En casa, en su vida personal, mamá tiene un estilo muy concreto al que siempre es fiel. Es un estilo que ha estudiado y perfeccionado hasta la exasperación, que le dice al mundo qué clase de persona es exactamente. Se ha convertido en líder de ese estilo, un estilo impecable, sin fisuras, ajustado al cuerpo, coordinado con el de su familia, seguro cuando quiere serlo y atrevido cuando hace falta. En resumen, apropiado para cualquier ocasión.

Mamá se enfunda un par de vaqueros rotos y unas botas nuevas de aspecto desgastado. Están muy bien, pero no encajan. Ninguna prenda de las que lleva combina con la otra, parece un payaso. Se mira en el espejo y estudia su reflejo con una intensidad que me desconcierta.

Pia no es la única hoy en parecer distinta. Aparte del espectáculo, hay algo diferente en mamá. Sigue pareciendo perfecta con su maquillaje sin defectos y ni un solo rizo fuera de lugar, y aun así...

La observo detenidamente. La vehemencia de su mirada, la tensión de su mandíbula, el pliegue de sus cejas... ¿Estoy viendo una grieta en su superficie inmaculada?

—¿Has hablado con el señor Berry últimamente? —le pregunto.

Me mira e intenta deducir mis intenciones. No lo consigue porque le ofrezco la mejor imitación de su inescrutable rostro, así que responde:

—Desde el Día del Nombre, no. No hemos podido comentar con él lo de la sexta marca, si es eso lo que quieres saber.

No es lo que quería saber, pero es un dato interesante.

—¿Y no te ha enviado nada?

—Una factura —responde, y suelta un bufido—. Pero seguro que no te referías a eso.

—¿Una factura?

—Resulta que si el Tribunal te considera imperfecta, tienes que pagarle a tu abogado por sus servicios. Y resulta que el juez Crevan nos buscó el abogado más caro que encontró.

—Oh, lo siento.

—Perdona, no quería... bueno, echártelo en cara. —Suspira, poniéndose un cárdigan púrpura sobre su camiseta roja varias tallas más grande de lo adecuado.

—Tu contrato con Belleza Perfecta puede cubrir los gastos, ¿no? —me intereso—. Quiero pagar todo lo que os ha costado, pero ahora mismo no puedo.

—Eres un encanto, Celestine. —Se acerca a mí y coloca cariñosamente una de mis trenzas detrás de la oreja—. Podemos pagar las facturas, aunque Belleza Perfecta va a tener nueva imagen en un futuro muy próximo.

Mi corazón se hunde. Belleza Perfecta ha sido la fuente de ingresos de mamá, una compañía de cosméticos cuyo eslogan, «Perfecta por fuera, perfecta por dentro», se ha hecho muy famoso. Mamá lleva casi una década repitiéndolo, hasta tal punto que el mundo la identifica con esas palabras. Cuando alguien piensa en Belleza Perfecta, piensa en mamá. Es su rostro y su voz.

—No puedo creer que te hayan despedido —exclamo, atónita.

—Oh, no me han despedido —dice, sacando de otra bolsa un vestido suelto. Siempre ha opinado que la ropa amplia es nefasta, que la gente ha de ser capaz de adivinar tu figura—. Es que ya no podía obligarme a soltar eso de «Perfecta por fuera...». ¿Qué significa exactamente? ¿Por qué alguien iba a querer ser así? ¿Quién ha dicho que debemos ser así? —Parece confusa, incluso torturada. Pero apenas tarda un segundo en reponerse.

Contemplo la habitación cubierta de ropa multicolor. Toda la ropa color pastel que guardaba en el armario está ahora en el suelo, junto a la cama. Después miro a mamá. No se ha movido de casa desde hace más tiempo que yo, porque al menos yo fui al instituto, pero ella no ha acudido a su trabajo. Ahora comprendo la magnitud de nuestros problemas, de lo que he provocado. Sus conjuntos solían ser de tonalidades uniformes, immaculados, pero ahora son exactamente lo contrario. Resulta escalofriante.

Se quita las horquillas y deja que su larga melena caiga hasta más allá de sus hombros. Se la desordena con las manos.

—¿Qué opinas? —pregunta.

Nunca he visto nada tan incompatible en mi vida. No quiero insultarla, tengo miedo de que se derrumbe, si no lo ha hecho ya.

—Guay —respondo.

—Oh —exclama, frunciendo el ceño, al parecer confusa.

—¿Es que no querías que fuera guay?

—No —confiesa, cogiendo distraidamente unos pantalones de rayas—. No lo pretendía. Estamos invitados a la fiesta de inauguración de la nueva casa de Candy Crevan al otro lado de la calle.

—¿Candy Crevan se va a instalar en casa de los Tinder?

—Justo al lado de su hermano. Para apoyarlo de cerca en estos momentos difíciles —dice mamá sin el menor sarcasmo, aunque sé que lo ha intentado—. Así que iré a su fiesta por tu padre; a ella le gusta tener a una modelo internacional en todas sus fiestas —masculla—. Y me pasearé arriba y abajo entre los invitados con mi precioso conjunto. Les daré algo de lo que hablar. Les soltaré que es el

nuevo estilo de la temporada. Con un poco de suerte, irán corriendo a comprarse algo parecido, y la semana que viene se pasearán por toda la ciudad disfrazados de payasos. Así aprenderán lo que es ser imperfectos.

Se quita el cárdigan con furia, lanza la camiseta al rincón más lejano de la habitación y vuelve a empezar rebuscando entre las bolsas. Los músculos de sus brazos se marcan debido a la tensión, mientras que su rostro logra permanecer calmado y sereno. Yo sigo allí inmóvil, mirándola, intentando digerir lo que ha dicho. Candy Crevan es la hermana del juez Crevan, además de propietaria de News 24, la cadena de noticias donde trabaja papá, y el *Daily News*, el diario del que hace poco despidieron a Bob Tinder y en el que trabaja Pia Wang. Tenerla directamente frente a nuestra casa podría ser un desastre. De hecho, es un desastre. Ellos contra nosotros.

Salgo del dormitorio y dejo a mamá arreglárselas sola, con su silenciosa protesta por la forma en que tratan a su hija. Me preocupaba que el sentimiento predominante fuera el orgullo, pero parece que está buscando su forma propia de rebelarse. Siempre hay una primera vez para todo...

Bajo al estudio de la planta baja y husmeo en el escritorio a la caza de la factura del señor Berry. No sé lo que busco realmente, pero necesito comprobar si contiene alguna pista, alguna clave que me indique dónde está la grabación, si la ha escondido o si ha sacado alguna copia. Encuentro la carta y me apodero de ella con el corazón en un puño.

La factura sigue en el sobre. La saco y estudio las páginas. En una, hay un desglose de los conceptos que justifican la cantidad a pagar; y la segunda es la factura en sí, además de una tarjeta profesional grapada en ella. Le doy la vuelta y veo un número de teléfono garabateado a mano. No hay pistas, ni mensajes privados, ni rastro de nada útil que me permita encontrar la grabación. La factura ni siquiera está firmada por él, sino por una secretaria en su nombre. Miro el interior del sobre. Vacío. Sostengo las páginas contra el cristal de la ventana, por si la luz rebelase algo, pero creo que he visto demasiadas películas policíacas, porque no encuentro nada. Solo es una vulgar factura.

Me siento frente al escritorio y abro la carpeta de Carrick.

Contiene una foto suya, tomada el día en que fue entregado al Tribunal, y el estómago me da un vuelco. La foto refleja su yo real, sus ojos negros, sus hombros anchos, sus brazos musculosos y su mandíbula cincelada. Es como un soldado. Recorro su rostro con el dedo. Me sorprende mi reacción física al verlo. Solo he compartido dos días con él y nunca hemos hablado, pero... siento que compartimos una conexión.

Mi fantasma debe tener nombre, edad y una dirección.

Sin embargo, el documento es tan enigmático como él. Solo revela que mi fantasma se llama Carrick Vane y tiene dieciocho años. Su situación es I.D.N., que no tengo ni idea de lo que significa. Debe de ser algo similar a A.S.P., «Ausente sin Permiso», porque a pesar de haber sido declarado culpable de ser imperfecto, marcado en el pecho por deslealtad hacia la sociedad y de estar controlado por un soplón, no se ha presentado diariamente ante este ni ha pasado por ninguna de sus pruebas. Está A.S.P.

Espero que Crevan no encuentre a Carrick, que por su parte sí ha encontrado una grieta por la que desaparecer.

Nueve de la mañana del lunes. Mi profesora, la señora Dockery, llega a las diez para nuestro primer día de clases a domicilio. No puedo decir que tuviéramos una relación entre maestra y alumna muy estrecha, pero es mi profesora de Matemáticas, así que nos respetamos mutuamente. Ella dejaba que resolviese la mayoría de los problemas por mí misma, mientras dedicaba su atención a los alumnos que tenían problemas. Ha sido una de las promotoras de que reciba clases en casa, de modo que supongo que está en el grupo de los que no aprueban mi presencia en el instituto. A diferencia de otros, no hacía como si yo no existiese, pero tampoco me llevaba aparte para felicitarme. Para ser sinceros, ninguno lo hacía.

He aprendido que la gente no es cruel. Bueno, la mayoría al menos —dejando aparte a los Logan, Colleen, Gavin y Natasha de este mundo—, pero sí tiene un fuerte instinto de conservación, y si algo no les afecta directamente, procuran no involucrarse. Debería saberlo, yo también era así hasta hace un mes. Y los que se involucran, a menudo tienen un motivo. Como Pia, como el señor Berry, como Colleen. Y ahora me pregunto por qué la señora Dockery se ha ofrecido voluntaria para enfrentarse todos los días a la barahúnda de periodistas acampados frente a mi casa por darle clases a una imperfecta.

Mamá pertenece a la industria de la moda, y esa no es una lección que haya aprendido recientemente. Siempre ha creído que todo el mundo se mueve por motivos personales, y antes de encerrarnos en la biblioteca nos reunimos en torno a la mesa de la cocina con la señora Dockery.

—Señora North, ante todo debo decirle que Celestine es, con diferencia, la mejor alumna de mi clase —comienza la señora Dockery, en respuesta a la pregunta de mamá sobre el motivo que la ha traído a nuestra casa.

—Llámeme Summer, por favor. Como ya debía de saber y ahora ha tenido ocasión de comprobar, la situación de mi hija dista mucho de ser fácil. Necesito estar segura de que ha hecho usted su ofrecimiento de todo corazón, que no se aprovechará de ella, que la tratará con normalidad y que le dará cuantas oportunidades se merece para que sus notas sigan siendo tan altas como hasta ahora.

Miro sorprendida a mamá.

—Summer —dice la señora Dockery con una sonrisa—, aprecio todo lo que ha dicho, pero estoy aquí para enseñar. Nada de lo que haya ocurrido hasta este momento influirá en lo que pase en nuestras clases. Celestine posee una comprensión extraordinaria de los teoremas complejos. Parece comprenderlos y recordarlos casi al instante, tiene una mente maravillosa. Solo quiero asegurarme de que mi alumna no me represente de forma inadecuada. Llámelo egoísmo, si quiere —añade, ruborizándose—, pero creo que mis alumnos me representan, representan mi valor como profesora. Que Celestine no desarrollara todo su potencial significaría para mí un fracaso personal.

A estas alturas ya he descubierto que soy mala juzgando el carácter de una persona. Siempre supe

que Juniper no lo era, pero no sabía que yo lo fuese tanto. Se diría que me equivocaba siempre y con todos, y que necesitaba la capacidad y la ayuda de Juniper para comprender y juzgar a la gente. Lo irónico es que tampoco supe juzgar a mi propia hermana. Pienso en Carrick y en cómo sabía reaccionar adecuadamente a cada situación. Los ojos en blanco, la mandíbula apretada, la negrura de los ojos fijos cuando escogía un objetivo, la habilidad para ver más allá de la superficie cuando se trataba de analizar a una persona, llegando al centro mismo de la verdad con una sola ojeada.

Hoy no me siento de humor para recibir clases. Estoy agotada y he perdido toda esperanza. Lo que hicieron Art y Juniper me rompió el corazón, y mi cuerpo sigue dolorido por la emboscada del viernes. El señor Berry y los guardias se han volatilizado, y ahora Carrick, el único que creí que podría ayudarme, está ilocalizable, ya que incluso ha conseguido evitar a los soplones. No me extraña que no me haya buscado: es demasiado peligroso.

Mamá parece satisfecha por las respuestas de mi profesora. Yo, por mi parte, no me siento tan segura. Aun así, la señora Dockery y yo nos trasladamos a la biblioteca.

—Lo primero es lo primero —dice con un tono sensato, muy distinto del que ha utilizado en la cocina—. Llámame Alfa, no señora Dockery. Si he de seguir viniendo a tu casa, es mejor que estemos al mismo nivel.

Me parece justo. Asiento.

Saca varios papeles de su bolso y se sienta frente a mí.

—Segundo, este es nuestro programa de trabajo, aprobado por el instituto y el Tribunal —prosigue en un tono aburrido—. Tuve que acordarlo con ellos punto por punto. El proceso fue tan minucioso y lento que sentí ganas de pasarles una factura por horas extras.

Se me escapa la risa, sorprendida por un cambio de personalidad tan repentino.

—Si te preguntan —añade—, y estoy segura de que lo harán, esto es lo que estamos haciendo. Pero, entre tú y yo, trabajaremos mucho más. —Se sube las mangas para enfatizar sus palabras—. Y, tercero, deberías ser consciente de esto.

Se pone en pie y se saca la blusa de los pantalones.

Aparto la vista, cohibida por la repentina exhibición de carne de mi profesora y la proximidad de su vientre a mi cara. Pero con el rabillo del ojo advierto que no piensa taparse hasta que haya mirado, de modo que vuelvo lentamente la cabeza. Y allí, en la parte inferior de su abdomen, veo una «I» roja rodeada de un círculo.

No es una cicatriz, es un tatuaje.

Ahogo una exclamación.

—¿Quién le hizo eso?

—Yo misma.

—Pero... Yo haría lo que fuera por librarme de mis marcas, ¿y usted se ha marcado... voluntariamente?

—No es lo mismo cuando no tienes elección —admite amablemente—. Y hay mucha gente que lleva tatuajes como este. Creemos que ser imperfecto representa un poder, Celestine. Si cometes un error, aprendes de él; pero si nunca has cometido ninguno, jamás aprenderás. Sabemos que nuestros actuales líderes son perfectos porque dicen no haber cometido ningún error, así que, ¿cómo van a saber lo que está bien o está mal? ¿Cómo van a aprender nada sobre sí mismos, sobre lo que se sienten cómodos haciendo, sobre lo que sienten que está más allá del ámbito de su carácter? Cuantos más errores cometes, más aprendes.

Intento pensar en ello, pero no logro concentrarme.

—Entonces debo de ser muy sabia —bromeo.

—La más sabia. Ese es mi punto de vista —dice, muy seria—. Por eso creo que el Tribunal de los Imperfectos es imperfecto en sí mismo, Celestine. Mi tatuaje no solo significa que, en mi opinión, todos somos imperfectos, sino que es un símbolo que demuestra el apoyo a tu causa.

Y sé que acaba de empezar. Ese movimiento secreto del que me habló Pia, el mismo del que escribe Lisa Life... Estoy sentada frente a uno de sus miembros.

—Cuando tienes razón, Celestine North —añade—, tienes razón... dejando aparte lo que hiciste en el autobús. —Mueve la mano en ademán displicente, como si eso no importase—. Todos guardamos dentro de nosotros mismos por lo menos un acto de bondad aleatorio, incluso la gente mala. Pero tus declaraciones han sido perfectas. ¡Bang!, directas a la diana. —Golpea la mesa con su puño, y yo salto por lo inesperado del gesto.

—Los artículos de Pia Wang han estado distorsionando la realidad —intento protestar.

—No hablo de Pia Wang. Hablo de su *alter ego*, Lisa Life.

—¿Está al corriente de eso?

—Reconozco su estilo. Siendo sincera, no es muy buena escribiendo, pero tiene una habilidad especial para saber dónde hay una buena historia y sabe hacer que la gente hable. Escribe mucho mejor como Lisa Life, aunque el nombre sea un tanto ridículo —añade sin sonreír—. Es obvio que tú le tocaste la fibra. Dime, ¿se ha estado comportando de una forma distinta o aún sigue actuando como un tiburón en una pecera? Un tiburón de juguete, dada la libertad que le permite Crevan en su trabajo. ¿Libertad de expresión?... ¡Y un cuerno! Y mucho menos desde esta mañana, porque hace pocos minutos acaban de anunciar...

—Que publicar una opinión favorable a los imperfectos será considerada como ayuda a estos. —
Me levanto y paseo por la biblioteca.

La adrenalina ruge en mis venas. Está pasando. Tal como dijo Pia, la madeja de Crevan está desenredándose. Quién sabe lo que me preparará ahora. Tengo que pensar cómo defenderme. Y deprimida.

—Exacto. —La señora Dockery sonrío—. Veo que sigues las noticias. Normalmente, los chicos de tu edad necesitan que les estalle una bomba en el culo para espabilar; tú, en cambio, conservas tu ingenio. Francamente, hubiera preferido empezar el lunes pasado, pero insististe en ir al instituto. Quizá debería haber hecho un aparte contigo y contarte todo esto, pero no creí que estuvieras preparada. En cierto modo, Logan Trilby me hizo un favor. No me malinterpretes, espero que esos cuatro ardan en el infierno por lo que te hicieron, y por fortuna el artículo de Lisa Life le explica al mundo lo que pasó. No da nombres, por supuesto, pero sí suficientes pistas para que se sepa de quién se trata. Y la gente ya está quejándose por el tratamiento que recibiste. La policía tendrá un montón de preguntas que responder por no llevarlos ante la justicia. Crevan querrá sangre, sobre todo la de Lisa Life.

Y la mía, pienso.

No me alegro de que la gente se entere de lo que me pasó el viernes por la noche, no quiero darle ideas a nadie, pero me encanta que Logan y los demás se vean implicados.

—Antes de que empecemos —agrega—, ¿tienes alguna pregunta? Sobre lo que sea.

Por la forma en que me mira, sé que tengo que sentarme y escucharla. Es hora de retomar el control.

—Hábleme de Enya Sleepwell —le pido.

Sonríe por primera vez.

—Excelente tema, Celestine. Vas a ser una alumna de primera, estoy segura. Dime lo que sabes sobre ella.

—Es una política. Tiene el pelo corto. Vino a mi juicio todos los días. Recuerdo que siempre estaba al fondo de la sala, cerca de los imperfectos. Es miembro del Partido Vital y está de mi parte.

—Dos correcciones —dice, y levanta dos dedos—. Primera, ahora es la líder del Partido Vital. Organizó un golpe de mano contra el antiguo líder de su partido, un tipo tan encantador como estúpido. Enya lo defenestró, pero fue culpa de él: debería haber vigilado su espalda tan pronto como la admitió en el partido. La votaron como líder la semana pasada y todo gracias a ti.

»Segunda, no se puede decir que esté exactamente de tu parte. Es una política. Creo que tiene buenas intenciones, pero cierta tendencia a inclinarse a favor del viento. Se ha dado cuenta de que el problema de los imperfectos es un tema que interesa a la gente, o a alguna gente, y que tiene suficiente potencial para que merezca la pena dedicarse a él. Así se mantendrá en la cresta de la ola.

Mientras habla, va pasando en su tablet docenas de fotos de Enya, muchas de ellas tomadas durante mi juicio por las cámaras enfocadas sobre la multitud.

—Si cometes un error —prosigue—, se librarás de ti como si fueras una patata caliente. Por el momento te ve como un estandarte que puede serle útil, un atajo al liderazgo, al poder. Todo se reduce a eso, no lo olvides. La gente quiere dinero o poder. ¿Qué quieres tú?

—Ninguna de esas dos cosas —respondo. Veo que Alfa frunce el ceño y me estudia detenidamente, y añado—: Un momento, Enya ya es líder. ¿Qué más quiere?

—Es líder de su partido, pero apunta más alto. Apunta al liderazgo del país.

—¿Y cree que yo puedo ayudarla a conseguirlo?

Alfa vuelve a sonreír ante mi ingenuidad, pero aprendo rápido.

—No, para conseguirlo te utilizará. Y si le fallas, buscará a otro que la catapulte hasta Marte si es necesario.

—De modo que no debo confiar en ella...

—No he dicho eso. Puedes confiar en ella mientras seas consciente de su posición. Te está utilizando; utilízala tú a ella. Me sorprende que todavía no haya contactado contigo.

Es una afirmación, pero sé que está cuestionándome. Niego con la cabeza.

—Lo hará pronto, supongo.

La idea me da miedo.

—No te preocupes, cuando llegue el momento te instruiré. Si necesitas saber algo, pregúntamelo, ¿de acuerdo?

Asiento, pero no estoy segura. A estas alturas, creo que no puedo confiar en nadie. Eso incluye a Alfa, y ella se da cuenta.

—Sí, yo también estoy utilizándote —admite—. Yo también tengo planes, opiniones y creencias que quiero que lleguen a buen término. Eres la chica del momento y, con un poco de dirección, creo que eres la persona capaz de conseguir que se cumplan.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque mi marido es un imperfecto. Tiene marcas en la sien y en la lengua.

Mal juicio y mentira.

—Cometió un error ético en su trabajo y lo pillaron —agrega—. Era un hombre en ascenso, con gran proyección y un brillante futuro, y ellos pusieron fin a todo eso e hicieron que sirviera de ejemplo para otros.

—¿Por qué se sintió el Tribunal amenazado por él?

—Interesante, Celestine. Has usado la palabra «amenazado», lo cual significa que sabes lo que está pasando ahora. Eso es bueno. Sigamos.

Y continúa describiéndome el panorama que cree que se ha abierto, gracias a lo que hice en el autobús y a mis respuestas en el estrado.

—Compasión y lógica, eso me encanta —dice, golpeando la mesa con la mano y sonriendo ferozmente—. ¿Te costó mucho encontrar esas palabras o alguien las pensó por ti? ¿Fue el señor Berry? Hay gente que lo piensa, pero yo no. No es su estilo. ¿Quién te dictó esas palabras?

—No me las dictó nadie —respondo, frunciendo el ceño—. Se me ocurrieron a mí.

Sacude la cabeza con expresión de incredulidad.

—Maravilloso. Necesitamos más frases como esa. ¿Sabes que Enya pretende utilizarlas como logotipo de campaña del Partido Vital?: «Compasión y lógica: una asociación perfecta. Vota al Partido Vital.»

No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Es demasiada información, lo sé —admite Alfa—. Pero necesitamos más frases como esa. Si se te ocurren, encontraré una forma de utilizarlas, así que... En fin, pareces un poco mareada, quizá sea mejor que por ahora nos concentremos en las matemáticas, un tema con el que estás más familiarizada. —Rebusca entre sus notas.

Hagamos algo del programa, te ayudará a pasar el detector de nuestra querida Mary May.

—¿La conoce?

—Fue la responsable de que a mi cuñada y a su marido los metieran en la cárcel por colaborar con mi esposo. Le ayudaron a quebrantar un par de reglas y los condenaron a cuatro años de prisión. Yo que tú, no me metería con ella. Puede parecer un pajarito, pero muerde como un león. Si te la han adjudicado, es que van muy en serio. Es la más antigua del escalafón. Come, duerme y vive siendo

una soplona, y sabe más que todos los demás juntos, que tampoco es mucho. Pero ella es el centro de control.

Es la primera vez que alguien me confirma una condena de prisión por ayudar a un imperfecto. Antes solo era una amenaza... y una amenaza muy real para mí. Dos años por ayudar a Clayton Byrne a sentarse o ser imperfecta.

—Lamento lo que le pasó a su familia —digo sinceramente.

Vuelve a quitarle importancia con un ademán de la mano. Ni siquiera levanta la vista de sus papeles.

—¿Hay alguna razón para que se tatuase precisamente el vientre?

Eso la perturba un poco, pero acepta el reto.

—Tuve seis abortos en cuatro años —dice—. Mi útero es incapaz de soportar un bebé, hasta el final, quiero decir. Lo he intentado, créeme. Y no repitas que lo sientes, no es culpa tuya. —Vuelve a mirar el plan de trabajo, pero lo suelta encima de la mesa suspirando. Sé que va a abrirse a mí—. El tatuaje no es porque considere que hay algo malo en mí, sino para recordarme que nuestras flaquezas son también nuestra fortaleza. Fue eso lo que me hizo poner en marcha mi fundación. Al no ser capaz de concebir, probé la adopción. Concretamente, hace muchos años que intento adoptar un niño I.D.N., pero nunca me lo han concedido. No te estoy diciendo nada que no sepas por tu amigo Imperfecto de Nacimiento, estoy segura. Carrick se llama, ¿no?

Y con eso consigue captar toda mi atención.

—¿Cómo sabe lo de Carrick? —pregunto, repentinamente recelosa.

Empiezo a cuestionar mis instintos de nuevo. ¿Será esto una trampa para encontrar a Carrick? No sé cómo, pero Crevan ha conseguido que el señor Berry y los guardias se esfumen, ¿será ahora el turno a Carrick? ¿Está utilizando a Alfa para conseguir información relativa a su paradero? No puedo confiar en ella, esto podría ser un truco, una trampa para atrapar a Carrick, para atraparme a mí. Pero ya no soy tan crédula como antes. Ese fue mi principal error. Ahora he abierto los ojos y estoy alerta a cuantos me rodean; para averiguar cuanto pueda de Carrick he de actuar con inteligencia.

—Tienes razón en sospechar —me dice—. Eso está bien. Te estarás preguntando cómo sé todo eso. Carrick no recibió tanta cobertura mediática a causa de los juicios de Angelina Tinder, de Jimmy Child y del tuyo. Además, al Tribunal no le gusta dar publicidad a las historias de los niños Imperfectos de Nacimiento que buscan a sus padres imperfectos.

¿Niños Imperfectos de Nacimiento? Intento no reaccionar ante esa noticia, pero mi mente es un torbellino y siento que se me revuelve el estómago.

—Estoy segura de que sabes que a esos niños no se les permite buscar a sus padres biológicos. Primero, son separados de sus padres imperfectos y encerrados en una institución hasta los dieciocho años, todo ello para que los imperfectos sean conscientes de su «error». En cuanto cumplen los dieciocho y son liberados, si buscan a sus padres o piensan siquiera en hacerlo, son declarados imperfectos y marcados. La lealtad a su propia sangre es vista como una deslealtad hacia la sociedad. —Sacude la cabeza con rabia y veo latir las venas de su cuello.

No sé si me está tendiendo una trampa, pero sí que la furia que siente no es fingida.

Recuerdo el expediente de Carrick y el I.D.N. junto a su nombre. Imperfecto de Nacimiento. Según ese expediente, Carrick había recibido una marca en el pecho por deslealtad hacia la sociedad. Eso suponiendo que lo que Alfa está diciendo sea verdad. Decido creerla, pero todavía no estoy segura de poder confiar en ella.

—Carrick tendría que haber esperado unos cuantos meses antes de buscar a sus padres —continúa, con rabia y mirándome fijamente, como si yo tuviera la culpa de lo que él hizo—. Siempre tienen un ojo vigilante en sus chicos durante los primeros meses para asegurarse, pero él lo hizo demasiado pronto, casi como si quisiera que se enterasen... —Me observa atentamente, estudiando mi reacción.

No respondo, demasiado sorprendida por lo que acabo de oír, demasiado conmovida, demasiado triste por Carrick. Ahora mismo me gustaría encontrarlo y darle un abrazo. Ojalá hubiera sabido todo eso cuando estaba en la celda, cuando dormíamos apenas separados por un muro de cristal. Creí que era un soldado, alguien que había hecho el peor de los actos imaginables, pero la verdad es que lo que había hecho era de lo más noble. El animal enjaulado que parecía querer enfrentarse al mundo

entero solo había intentado encontrar a sus padres, unos padres obligados a entregar a su hijo porque eran imperfectos. ¿Saber que Carrick es hijo de padres imperfectos cambia mi opinión sobre él?

Sí, la cambia.

Durante dieciocho años sufrió un constante lavado de cerebro, le repitieron una y otra vez que sus padres eran indignos, que él era mejor que ellos. Pero, tras su liberación, solo tardó una semana en buscarlos. No pudieron anular su amor por ellos; él ganó. Es incluso más valiente de lo que pensaba. Realmente es el soldado que creí que era.

Ahora tienen sentido los comentarios que hizo Tina en la celda, cuando me dijo que era una «mala semilla», y el frívolo comentario de Craven sobre que era «imperfecto hasta la médula». Es cierto, nunca tuvo una oportunidad. Su juicio debió de ser una broma de mal gusto, ya estaba marcado por el mero hecho de nacer, nunca pudo librarse de esa marca. Quizá las sospechas de Alfa sean ciertas, quizá quería ser imperfecto, quizá quería ser lo que realmente era para bien o para mal, y no lo que el Tribunal dispusiera para él. Cuanto más pienso en Carrick, más respeto le tengo.

Alfa intenta calmarse exhalando lentamente el aire contenido en sus pulmones.

—Carrick era un caso muy desafortunado —dice.

—Sí —reconozco tristemente, sintiendo que mi corazón padece por él—. Sí, lo era.

Vuelve a mirarme como si me estudiase, como si comprendiera que estoy aprendiendo cosas sobre mí misma.

—¿Vosotros dos os hicisteis íntimos?

Siento que mis mejillas enrojecen y desvío la vista. Me sentí conectada con Carrick desde que entró en su celda y me dio la espalda, y lo sentí cada uno de los segundos que estuvo detrás de mí durante el juicio. Me parece ridículo sentirme así por alguien que apenas conozco, pero hemos experimentado algo muy intenso y fuimos las dos únicas personas en aquel momento, en aquella sala, que sabíamos lo que sentía el otro.

—Hábleme de esas instituciones, no sé mucho sobre ellas.

—No me extraña —dice—. En realidad, no son horribles; de hecho, más bien lo opuesto, son instalaciones de vanguardia, con lujos que la mayoría de la gente ni siquiera conoce. El estado apoya esas instituciones porque la mayoría de nuestros mejores atletas y algunos de nuestros mejores científicos han salido de ellas. A pesar de todo, no se oculta el hecho de que esos niños fueron apartados de sus padres desde su nacimiento y nunca se les permite verlos, ni siquiera hablar de ellos. Y eso es cruel, eso está mal, sencillamente. No obstante, la situación de Carrick es ligeramente distinta, como ya sabes.

—¿Distinta por qué? —pregunto confusa.

—A causa de la edad en que se lo llevaron. Lo internaron cuando tenía cinco años, y eso probablemente explica que el lavado de cerebro no funcionase muy bien en él. Carrick se acordaba de sus padres, no pudieron borrar sus recuerdos. Los padres habían conseguido ocultar su nacimiento, pero lamentablemente terminaron por descubrirlo.

—No sé qué es peor —le digo, pensando en él como un niño que sabía lo que pasaba cuando lo arrancaron de los brazos de la gente que le quería.

—Por eso intento luchar todo lo que puedo por los derechos de adopción de los niños I.D.N.

—¿Los niños I.D.N. no pueden ser adoptados?

—Claro que no, eso interrumpiría su programación. Y de todos modos a la comunidad imperfecta no se le permite adoptar niños, sean como sean —aclara—. Mi esposo incluso me sugirió el divorcio para que yo pudiera adoptar un bebé. Sabía lo mucho que me gustaría. No intentaba dejarme, el divorcio solo iba a ser sobre el papel. ¿Dónde está la lógica en esa situación, Celestine? ¿Puedes

responder a eso? Las leyes modernas me dicen que yo podría adoptar un niño, pero no teniendo un marido imperfecto —suspira ruidosamente—. Lo siento, es que ese tema me enfurece.

—Puedo comprenderlo —admito, aliviada de oír por fin a alguien hablar en contra del Tribunal—. ¿Cómo sabe tantas cosas sobre Carrick? —pregunto, sin acabar de confiar plenamente en ella—. Su expediente no revela muchas cosas de él.

—Así que has visto su expediente... Vaya, vaya, Celestine, tienes más recursos de los que imaginaba.

No respondo a eso y me cuesta contenerme mientras ella sigue hablando.

—Teóricamente, los expedientes de los imperfectos son públicos, accesibles, ya que todo el mundo tiene derecho a saber si sus vecinos son personas imperfectas. A menos, por supuesto, que seas un imperfecto; en ese caso, no tienes derecho a consultar esos expedientes.

Trago saliva, fascinada por lo que me está contando.

—No obstante —continúa—, para consultar los expedientes tienes que presentar un formulario ante el Tribunal solicitando el acceso, y eso despierta todas las alarmas. Además, el expediente de Carrick no es tan fácilmente accesible como el tuyo. Al Tribunal no le gusta admitir que su sistema puede ser falible o que su lavado de cerebro no ha funcionado. Así que para responder a tu pregunta de cómo sé tantas cosas sobre Carrick, te diré que cuento con una amplia organización. Cuando un caso como el suyo llega ante la corte, la gente me lo cuenta y yo acudo al juicio.

Siento envidia. Hubiera querido estar en el juicio de Carrick, situarme tras él y servirle de apoyo tal como él hizo conmigo. Me pregunto si tuvo a alguien o si pasó solo por todo eso. Encontrarlo nunca ha sido tan urgente.

—¿Có... cómo fue el juicio? ¿Cómo se comportó? —pregunto, sintiendo que empiezo a temblar.

—Extraordinariamente firme —dice, mostrando una sonrisa cariñosa.

—¿También fue a la Cámara de Marca?

Alfa asiente.

—Me lo permitieron gracias a mi organización benéfica. El Tribunal comprende que para mí es importante estar presente a fin de ayudar a las familias y aconsejar a la comunidad imperfecta.

Pienso en Carrick y la Cámara de Marca. Recuerdo cómo te sientes en la silla con todos los focos centrados en ti, y lo imagino con su bata roja de hospital, sintiendo lo mismo que sentí yo. Se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Cómo se comportó?

Alfa me coge la mano y siento las lágrimas rodar por mis mejillas.

—Celestine, puedes sentirte orgullosa de saber que se mostró muy tranquilo. Nunca había asistido a un marcado tan... tan silencioso.

Siento ganas de bailar, aunque por dentro esté destrozada. Hizo lo mismo que yo. Me imitó. No les dio la satisfacción de oírlo gritar.

—¿Lo has visto últimamente? —me pregunta, mientras me enjugo las lágrimas.

Sonrío. Una sonrisa cómplice, como si conociera su paradero pero no fuera a revelármelo.

—¿Sabe dónde se esconde? —pregunto a mi vez.

—La verdad es que no —responde entre risas—. Está haciendo un buen trabajo. Escapar de los soplones sin ser detectado es algo raro y muy muy difícil.

—Debe de tener ayuda —comento.

Sé que quiere decirme más, pero no lo hace. En vez de eso, cambia de tema y sé por qué ha venido.

—Cuando loveas, por favor dile que su apoyo sería muy apreciado. La organización necesita

imperfectos que estén dispuestos a compartir sus vivencias con nosotros. Si cada uno actúa por su cuenta, nunca reuniremos el peso necesario para marcar la diferencia. Tener a un hijo de dos padres imperfectos, que fue criado en una institución I.D.N., que quería encontrar a sus padres y cuya única falta ha sido no obedecer las reglas I.D.N. sobre esa búsqueda, sería muy importante para mi campaña de adopción. Díselo, ¿quieres?

Asiento.

Lo haré cuando lo vea... si es que vuelvo a verlo alguna vez.

—He preparado una reunión para hoy —prosigue—, una pequeña reunión para aquellos que necesitan ayuda. Es a las cinco de la tarde. Tendrías tiempo de asistir y volver a casa antes del toque de queda. —Me entrega una hoja de papel—. Ven y habla ante nosotros, creo que motivarás a la gente, la incentivarás para entrar en acción.

—¿En acción?

—Lo llamo grupo de apoyo, pero en realidad estoy intentando que ocurran cosas —explica, enarcando una ceja—. Y, si es posible, acabar con el Tribunal. Lo que el Tribunal sabe es que trabajo con los imperfectos y sus familias, que ofrezco asesoramiento para los afectados, que recaudo fondos para las familias... Muchos miembros del gobierno, incluso parte del Tribunal, apoyan la campaña de adopción de I.D.N. Las instituciones son costosas y la adopción serviría para rebajar considerablemente sus presupuestos. Siempre nos están vigilando, por supuesto, pero muchos están de mi parte, por eso puedo hacer ese trabajo. Y no solo la campaña de adopción. Saben que mi asesoramiento a los imperfectos y a sus familias es vital para mantener a la sociedad calmada.

Escuchar que cuenta con el apoyo del Tribunal hace que vuelva a desconfiar de ella. Apenas me atrevo a mirar la hoja de papel que tengo en la mano.

—Agradezco su apoyo, Alfa —digo—, pero no soy una oradora. Ni siquiera sabría qué decir.

Me mira fijamente unos segundos, mientras intenta dilucidar si hablo en serio.

—A menudo creo que eres más lista de lo que parece —dice—, pero hay veces en que pienso que no eres más que una chiquilla que se ha encontrado en una situación que la supera, y no tiene ni idea de lo que debe hacer.

No respondo. No pienso ayudarla a resolver su dilema. Comprenderme a mí misma no me quita el sueño, pero aún no estoy acostumbrada a que la gente airee sus opiniones sobre mí de forma tan atrevida. Cualquiera que sea mi opinión sobre alguien, suelo guardármela cortésmente para mí, pero hay personas como Pia y como Alfa que creen tener derecho a expresar libremente su opinión sobre mí, como si pensasen que eso no tiene por qué dolerme o alterarme. Es por culpa de las marcas, lo sé. Para los demás, las marcas me deshumanizan, y suelen hablar de mí como si no estuviera presente.

—Mi trabajo empezó como algo benéfico —prosigue—, asesorando y recaudando fondos, pero desde tu caso todo ha cambiado. Nuestras donaciones se han incrementado gracias a nombres importantes, aunque siempre de forma anónima, por supuesto. Siento que se acerca un cambio, y que has sido tú quien lo ha puesto en marcha. Lógicamente, es, en buena medida, un tema político, y mi organización puede hacer mucho más. Es nuestro momento. Intenta traer a tu amigo Carrick si puedes. Ha llegado el momento de que la gente se ponga en marcha.

Esa tarde, sabiendo que tengo por delante una semana de castigo sin salir de casa, paseo por mi dormitorio igual que un león enjaulado. Como lo hacía Carrick. Aunque pudiera soltar un discursito en la reunión de Alfa, algo a lo que no me atrevo, no puedo salir de casa. ¿Cómo va eso a motivar a la gente?

Juniper vuelve del instituto y pasa por delante de la puerta abierta de mi habitación. Parece perdida y que haya estado llorando. Me alegra. Se detiene y me mira. Ha recuperado su antiguo estilo y va de negro de los pies a la cabeza. Dejando aparte mis marcas, apenas nos diferenciamos en nada.

—No ha pasado nada entre Art y yo, si es eso lo que te preocupa —susurra—. Todo lo que hicimos fue hablar de ti.

Me siento tan furiosa que la abofetearía, pero me limito a levantar tranquilamente la mano y cerrarle la puerta en las narices.

Aunque es una sensación gratificante, no consigue llenar el vacío que siento dentro de mí. Sé que desde que los pillé juntos no ha vuelto a salir por las noches, y lo sé porque he estado despierta en mi cama, incapaz de dormir y escuchando. Imagino todas las noches que se encontró con él en la Cumbre mientras yo estaba atrapada por el toque de queda, agónica, dolorida, y mi corazón casi estalla de rabia. No sé qué pensar sobre si ha pasado algo entre ellos, pero cuando los encontré estaban sentados muy juntos y riendo. Si no ha pasado nada ya, seguro que habría podido pasar. Lo que me atormenta especialmente es el sonido de sus risas, sobre todo porque yo estaba huyendo para salvar la vida. Nunca los perdonaré, pero eso no significa que deje de preocuparme por él. Me pregunto quién lo estará ayudando ahora que Juniper ya no lo hace. Me pregunto si habrá huido definitivamente, si habrá tenido el valor de marcharse del país y vivirá en algún lugar fuera del alcance de su padre. Me pregunto si volveré a verlo alguna vez. No tendría que interesarme por él, no debería preocuparme por él. Pero lo hago.

Mary May ha decidido hacerme una visita sorpresa para anunciarme algo y me llaman a la cocina. El terror se apodera instantáneamente de mí. Supongo que tendrá algo que ver con la prueba de alcoholemia que me hicieron el viernes por la noche. ¿Habrá dado positivo? A pesar de que Colleen, Gavin y Natasha no han podido salir bien librados como Logan, los tres negaron categóricamente haber bebido alcohol, lo que dará la impresión de que yo lo hice de forma voluntaria. Y eso va contra las reglas de los imperfectos. Aunque atarme y encerrarme yo misma en un cobertizo para beber alcohol es un argumento demasiado estúpido para que el Tribunal me acuse de ello. No obstante, estoy segura de que se han pasado el fin de semana intentándolo.

Mary May saca unos cuantos documentos de su bolso. Al verla, vuelvo a sentir el aguijón de su guante de cuero en mi cara. Esa es la mujer que denunció a toda su familia ante el Tribunal y procuró que uno tras otro fueran marcados de por vida. ¿Quién sabe de qué más es capaz? Y mi vida

está en sus manos.

—Tu detención por toda una semana ha sido retirada —anuncia con voz entrecortada, y estoy segura de que odia darnos la noticia. Debe de odiar abrir la boca en esta casa y tener que respirar una atmósfera imperfecta—. Una fuente anónima ha enviado la foto completa al Tribunal. Este la ha analizado buscando pruebas de manipulación mediante Photoshop o cualquier otro programa de edición, y ha concluido que es original y que se trata de una imagen de Juniper North saliendo de su clase de arte. Por otra parte, el Tribunal también ha retirado la acusación de consumo de alcohol. El testimonio de Colleen Tinder concuerda con la cantidad de alcohol encontrada en su sangre, que es mínima.

Para mi sorpresa, mamá, que lleva unos pantalones con peto y una camisa a cuadros, lanza el puño al aire muy cerca de la cara de Mary May y grita: «¡Sí!» Un segundo después me abraza tan fuerte que no puedo ver la reacción de Mary May. Hace apenas unos días, mamá me advirtió que no la pusiera a prueba, pero ahora es ella quien está jugando a un juego muy peligroso.

Oigo el portazo que indica que Mary May se ha marchado.

Me siento tan eufórica por mi doble triunfo que creo que podría conquistar el mundo, que podría seguir rectificando errores y que ahora soy libre para investigar, tal como había planeado. Dejo a mi familia celebrando la victoria, incluida Juniper, que parece sinceramente encantada por mí pero que ni siquiera se me ha acercado, y voy a mi habitación. Saco la tarjeta del señor Berry del bolsillo y marco el número escrito a mano en el reverso.

—¿Diga? —responde una voz tranquila.

—Hola, ¿es usted el... marido del señor Berry?

—¿Quién es? —pregunta, y advierto cierta tensión en su voz.

—Me llamo Celestine North, y el señor Berry me representó en...

—Sé quién eres —me interrumpe, pero sin dureza—. No deberías llamar aquí.

Suena como si se moviera, como si estuviera distraído. Algo roza contra el teléfono.

—Lo siento, es que el señor Berry incluyó este número de teléfono en la factura, y creí que lo hacía para que le llamase. ¿Puedo hablar con él, por favor?

Silencio. Al principio creo que ha colgado, pero enseguida lo oigo respirar.

—¿Hola?

—Sigo aquí —responde rápidamente, en voz tan baja que da la impresión de encontrarse en el otro extremo del mundo—. Pero él no, no está. Ella ya llamó preguntando por él.

Me siento confusa, insegura de a quién se refiere. Entonces recuerdo lo que dijo Pia, y que él no ha querido mencionar su nombre. Cree que puede haber alguien escuchándonos.

—No tiene que preocuparse por... ella —lo tranquilizo—. Asegura que intenta ayudarme.

Seguro que pensó que quería escribir un artículo sobre el señor Berry. Y es lógico que dijera a Pia que él no estaba. Todos temen su relación con Craven, ¿quién querrá hablar con ella? Insistiría en su honestidad, pero no puedo hacerlo cuando yo misma no estoy completamente segura de ella.

—Puede confiar en mí —le digo.

—Ya te he dicho que no está —responde un poco más impaciente y un poco más alto. Después, añade más tranquilamente—: Tuvo que marcharse y no me dijo adónde. Tenía prisa. Sabía lo de los otros.

Eso me sorprende. Así que la desaparición del señor Berry no tiene nada que ver con Craven. Después de lo que les pasó a los guardias, decidió ocultarse.

—Está bien... —Pienso rápidamente. No quiere dar nombres ni información. ¿Cómo preguntarle lo que quiero saber?—. Estoy buscando algo, ¿sabe a qué me refiero?

—Sí —responde. Su voz es apenas un susurro, pero sabe lo de la sexta marca.

—¿La ha visto? —pregunto, sin querer mencionar expresamente la grabación. Si la gente de Crevan está escuchando, no quiero ponérselo fácil.

Se produce de nuevo un largo silencio y sé que está poniendo a prueba mi paciencia. Es como arrancar una muela, pero debo hacerlo porque sé que no querrá volver a hablar conmigo. Es ahora o nunca.

—Sí, la he visto —dice por fin—. Siento lo que te pasó.

Intento con todas mis fuerzas no llorar.

—¿La tiene? ¿Sabe dónde está?

—No —confiesa—. Ya se lo dije a ella, yo no la tengo.

Me derrumbo en mi cama, decepcionada y rabiosa.

—Pero no le dije una cosa —añade rápidamente—. No le dije que la tienes tú. Él me confesó que tú la tienes.

Y cuelga.

Desconcertada, me siento en la cama y me quedo mirando el teléfono. Aquella revelación me produce escalofríos.

¿Yo tengo la grabación del señor Berry?

Vuelvo a marcar el número que figura en la tarjeta. El timbre suena una y otra vez, pero nadie responde.

¿Que la tengo yo? ¿El señor Berry dice que yo tengo la grabación?... ¿Cuándo? ¿Dónde? La cabeza me da vueltas. Miro mi habitación intentando pensar dónde podría estar y cómo ha conseguido pasármela. Recuerdo aquellos instantes finales, cuando fui sacada de la Cámara y llevada al hospital. ¿Lo vi entonces? ¿Me pasó el móvil? ¿Dónde pude esconderlo si solo llevaba puesta mi bata de hospital? ¿Me hizo una visita después? Estaba tan drogada con calmantes que recuerdo muy poco de aquel período de tiempo. Solo que Tina estaba a mi lado mientras la enfermera me atendía, pero nadie más. Mary May registró mi dormitorio, ¿qué estaba buscando? Si era la grabación, ¿la encontró? Lo dudo, creo que ella piensa que solo tengo cinco marcas, así lo dijo una vez. No parece que imagine siquiera lo que pasó en la sala y no cometeré el mismo error que con Pia, confesándoselo para demostrar que tengo un as en la manga. Ahora sé que esa información es muy sensible.

Y de repente lo entiendo todo. Carrick era la única otra persona que estaba en la sala con él. Carrick debe de tener la grabación.

Necesito ayuda. Pia anda ocupada en su misión y quién sabe cuándo volveré a hablar con ella. Y la única persona que me ha proporcionado alguna información sobre Carrick ha sido Alfa. Así que decido ir a la reunión a la que esta me invitó, pero no iré sola. Marco otro número de teléfono.

—¿Sí?

—Abuelo, necesito tu ayuda.

Antes no estaba preparada, nunca creí en sus historias, pensaba que era un teórico de la conspiración, que era demasiado irracional, pero ahora sé que tenía razón en todo. Ahora estoy preparada.

—Ah, por fin te has decidido a llamar —dice animadamente—. Es un principio...

Lo positivo de mi orden de confinamiento por toda una semana es que la multitud de periodistas que acampaba frente a la casa ha desaparecido. Si yo no podía entrar o salir de casa, no tenían nada de qué informar, y aún no se han enterado de que el castigo ha sido levantado, así que consigo llegar sin problemas a la tienda de helados del barrio, mi punto de encuentro con el abuelo. Es donde solía llevarnos a Juniper y a mí cuando nació Ewan para darle un respiro a mamá. Cuando llego a la

tienda, el abuelo ya está esperándome en su polvorienta camioneta con dos helados en la mano.

—Comienza el espectáculo —anuncia al sentarme junto a él. No me sentía tan bien desde hace semanas.

Tras viajar toda una hora, que aprovecho para contarle todo lo que ha pasado desde la última vez que nos vimos, incluida la visita de Alfa y su organización benéfica en favor de los imperfectos, la desaparición de los guardias, la ayuda de Pia para encontrarlos y mi decisión de buscar a Carrick, especialmente ahora que el marido del señor Berry ha dicho que la grabación la tengo yo. El abuelo me escucha mientras conduce, pidiéndome en ocasiones que repita este o aquel detalle, prestando atención a todas y cada una de mis palabras y, lo más importante, creyéndome.

—¿Qué te hace pensar que ese chico, Carrick, tiene la grabación? —pregunta.

—Bueno, tiene sentido.

—Pero el esposo de Berry dijo que obraba en tu poder, no en el de otra persona.

Asiento con la cabeza, aunque pienso que no puede ser verdad. Si me la hubieran dado, lo recordaría.

—¿No te ha enviado nada desde que volviste a casa? Piénsalo bien, Celestine.

—Abuelo, no he dejado de pensar en ello —respondo, llevándome las manos a la cabeza, que por un momento creo que me va a estallar—. Pero no me envió nada, excepto un sobre con una factura y una tarjeta con su número de teléfono. Llamé y hablé con su marido. Es lo único.

—No te preocupes, ya lo averiguaremos.

—Gracias por tu ayuda, abuelo, pero no quiero que te metas en líos.

—¿Líos? —Se ríe a carcajadas—. Me he metido en líos desde el día en que nací. No me prives de esa diversión.

Sonrío, sintiéndome agradecida.

Pasamos de una carretera comarcal a otra incluso más estrecha, y el abuelo reduce la marcha.

—Creo que nos hemos equivocado —comenta, confuso, entornando los ojos ante la vista de los campos que nos circundan. Estamos rodeados de miles de metros cuadrados de molinos de viento, y una planta de almacenamiento de oxígeno líquido, enorme a pesar de encontrarse a varios kilómetros de distancia, se alza en el horizonte—. Déjame comprobar otra vez la dirección.

Le doy la arrugada hoja de papel con la letra de Alfa. Parecen garabatos indescifrables, algo que creo que hizo deliberadamente para que nadie más pudiera entenderla.

—Mmm... —susurra, concentrado en la lectura. Después, mira alrededor—. Sí, parece que vamos bien, pero... ¿confías en esa mujer?

—Ya no confío en nadie.

—Esa es mi chica —aprueba con una risita—. Bueno, pronto lo sabremos.

Y sigue conduciendo por el estrecho camino en busca del Albergue Pórtico. Yo esperaba encontrarme una especie de hotel, con una sala de conferencias y una docena de personas hablando de sus experiencias, pero no me parece el lugar adecuado para que nadie levante un hotel. Estaría demasiado lejos de todo. Siento un nudo en el estómago. Empiezo a preocuparme por si nos hemos perdido, nos quedamos sin gasolina o cualquier otra cosa que me impida volver a casa antes del toque de queda; peor incluso, temo que Mary May lo haya organizado todo para causarme problemas.

No se alegró de que saliera indemne de las acusaciones provocadas por la fotografía y el consumo de alcohol, y no se quedará contenta hasta que consiga meterme en un lío. Sé que debo combatir ese miedo. No creía que el Tribunal pudiera planear algo para hacerme más daño del que ya me había hecho, pero me equivocaba. Amenazar a mi familia me causaría un dolor indescriptible, un

sentimiento de culpabilidad que no creo que pudiera superar, y ese temor que instilan en nosotros es un castigo continuo por lo que hemos hecho. Confío en el abuelo, confío en que hará lo imposible por que volvamos a casa a tiempo, pero es un anciano. ¿Y si sufre un ataque al corazón? ¿Y si se desmaya?

El camino sigue estrechándose a medida que avanzamos, de manera que las ramas de los árboles golpean las ventanillas y los costados del vehículo. Cuando pienso que la exuberante vegetación acabará por aplastarnos, tomamos una curva y ante nosotros aparece una verja. La puerta es enorme y se alza ante nosotros sembrada con múltiples cámaras de seguridad que cubren todos los ángulos. Un muro de unos siete metros de altura oculta todo lo que se encuentre tras él. Una placa en el muro anuncia que es el Albergue Pórtico. Ya hemos llegado.

Nos inclinamos, estirando el cuello para calcular la altura del muro.

Antes de que el abuelo tenga oportunidad de bajar el cristal de la ventanilla para llamar al timbre, las puertas se abren repentinamente como si hubieran escuchado nuestra conversación. El abuelo lleva la furgoneta por un acceso de un par de kilómetros de longitud, flanqueado por prados de un césped perfecto y pequeñas colinas que bloquean la visión, como si estuviéramos conduciendo por un campo de golf.

Por fin topamos con una mansión enorme. La palabra «albergue» no la describe acertadamente. Hay docenas de coches aparcados frente a ella y una serie de minibuses que deben de haberlo pasado muy mal para circular por esas carreteras secundarias. Estamos aparcando cuando se abre la puerta delantera de la mansión.

—No es ella —informo a mi abuelo, y a continuación me apeo y camino hacia la mujer que ha aparecido en el umbral.

El abuelo acelera, bloqueando casi mi avance, y llega primero hasta ella.

—Has venido —dice la mujer, excitada pero cortés. Su sonrisa es amplia y contagiosa—. Me llamo Lulu y soy la ayudante de Alfa. Te he guardado sitio; dos, por si eran necesarios.

Vuelve a sonreír y estudia detenidamente al abuelo.

Siempre recibe el mismo trato de la gente. Para alguien con un corazón tan tierno, se las arregla bastante bien para asustar a todo el mundo con su expresión gruñona.

—Le presento a mi abuelo.

—¡Oh, vaya! —exclama Lulu, con un tono una octava más alto—. Es un honor conocer a un miembro de tu familia.

Lulu le estrecha la mano, agitándola con entusiasmo, antes de volverse hacia mí. Sé instintivamente que no debo ofrecerle mi marcada mano derecha, pero ella la coge por su cuenta mirándome expectante y sin dejar de sacudirla como hizo con la del abuelo. No estoy segura de lo que espera que haga y lo miro a él, incómoda.

—Ya vale, ya vale —ladra el abuelo, y ella se sobresalta.

Finalmente consigo liberar mi mano de la suya, lo que parece romper cualquier hechizo bajo el que se encontrara.

—Lo siento —se disculpa, ruborizándose—. Es tan emocionante conocerte en carne y hueso... Soy una gran, gran fan tuya.

—Todos lo somos —apunta el abuelo orgullosamente.

—Seguidme, por favor —dice Lulu, y nos precede por infinitos pasillos y salas—. Todos estamos emocionados de que hayas venido hoy. Significa mucho para nosotros, un gran estímulo. Son tiempos difíciles y tú eres muy importante para ellos.

Se detiene y, emocionada, se lleva las manos al pecho sin apartar los ojos de mí.

—No es tan especial —interviene el abuelo, lo que me hace reír—. Sigamos, o llegaremos tarde.

—Sí, claro. Aunque todos los primerizos suelen llegar tarde. Esto no es fácil de encontrar; la mayoría termina volviendo a la carretera principal. Exactamente lo que pretendía Alfa.

—¿Su marido también vive aquí? —pregunta el abuelo.

Estoy a punto de explicarle que Alfa no vive aquí, cuando Lulu lo mira fijamente y lanza un brusco:

—Sí.

La seguimos hasta un ascensor y descendemos al sótano. Las puertas se abren a un enorme recibidor. Ante nosotros tenemos una puerta doble y un suelo cubierto de alfombras con diseños muy elaborados. Me siento como si estuviera en un hotel de lujo y no en una casa particular.

Se detiene ante la puerta doble y me mira con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas.

—No sabes lo emocionado que está todo el mundo ante la posibilidad de escucharte. Tú dices en voz alta lo que ellos solo piensan, ya me entiendes. Representas una voz a la que llevan décadas silenciando, y de repente aquí estás. Eres la persona que hemos estado esperando.

—Lulu, hoy no he venido a hablar.

No tengo el miedo paralizante de Juniper a hablar en público, pero tampoco estoy preparada para decirle nada a nadie. No he planificado nada, ni siquiera sabía que iba a estar aquí. Solo he venido como espectadora, a ver qué pasaba y pedirle al abuelo su opinión sobre si podemos confiar en Alfa o no, ya que no estoy segura.

—Oh... —Lulu parece desilusionada y confusa—. Pero todos han venido a escucharte.

Dar por hecho que iba a dar un discurso es un punto contra Alfa. Antes de tener la oportunidad de protestar o marcharme, el abuelo abre la puerta doble.

La franqueamos y muchas caras se vuelven para mirarnos. La sala es enorme, parece un salón de baile iluminado por una lámpara que cuelga del centro del techo. Una mujer está hablando subida a un podio y la mayoría del público atiende a sus palabras; solo unos cuantos situados en el fondo se han girado al oírnos entrar. Cada vez que alguien me ve, le da un empujoncito o un codazo al que tiene al lado y este se vuelve. Lulu camina por el centro del pasillo hasta la primera fila, esperando que el abuelo y yo la sigamos, pero él me coge de la mano y me lleva hasta la última fila. Nos sentamos en dos sillas vacías y vemos que Lulu se gira, orgullosa, y se muestra desconcertada al descubrir que no estamos detrás de ella. Se ruboriza y corretea de nuevo por el pasillo y sale por la puerta doble en nuestra busca.

El hombre que está junto a mí mueve la cabeza con expresión de pesar y me hace señas de que el abuelo y yo cambiemos de posición. Al principio creo que es porque le molesta estar al lado de una imperfecta, hasta que caigo en la cuenta de que aquella es una reunión de imperfectos, que el hombre tiene una «I» marcada en la sien y un brazalete en la manga, y que no pueden sentarse juntos más de dos imperfectos. Conmigo éramos tres.

El abuelo se sienta entre ambos y observo que en el resto de las filas ocurre exactamente lo mismo, igual que en la sala del Tribunal. A pesar de que hay por lo menos un centenar de personas, cada dos imperfectos están separados por alguien que no lo es. Esto no es el pequeño grupo de asesoramiento que me imaginaba. En una pancarta que atraviesa el escenario se puede leer: DEVOLVEDNOS A NUESTROS BEBÉS.

El abuelo también se fija en la pancarta y me susurra:

—Está pisando terreno peligroso.

—Dice que el Tribunal y el gobierno la apoyan, que quieren terminar con las instituciones porque

resultan demasiado caras y hacer que familias especialmente preparadas para ello se encarguen de educar a los niños I.D.N., siempre que sigan las directrices del Tribunal.

Imagino a alguien como Mary May encantada de ayudar a lavarles el cerebro a los niños y la mera idea hace que me estremezca.

El abuelo me da un codazo y me señala el extremo opuesto de la sala. Sigo su indicación y veo lo que me quería señalar. Es un soplón. Está apoyado contra la pared, vestido con su uniforme negro y rojo, controlándolo todo.

La vieja sensación familiar de duda se agita en mi interior. ¿Y si el Tribunal está detrás de todo esto? ¿Y si es el sistema del juez Crevan para atrapar a Carrick y hacerlo desaparecer como ha hecho con los guardias? ¿Y si todo es una trampa elaborada? Miro alrededor nerviosa, buscando a más soplones, esperando que converjan sobre mí cerrando el cepo. Pero si hay más, no van de uniforme.

Una mujer está de pie en la tarima, dirigiéndose al público. Alfa se encuentra detrás, junto a tres personas más. Me ve y se yergue un poco en su silla. Asiente con la cabeza a modo de saludo, con los ojos brillando de placer. Se inclina un poco para ver quién está a mi lado y al descubrir al abuelo, al darse cuenta de que no es Carrick, no oculta su desilusión. Su atención hacia mí hace que más gente se vuelva para mirarme. Oigo sisear mi nombre en labios de completos extraños. Intento no hacer caso y concentrarme en la mujer del podio.

Está hablando del bebé que le arrebataron en el hospital porque su marido es un imperfecto. Su hija, que ahora tiene dos años, sigue internada en una de las cinco instituciones del país que aloja y cría a bebés imperfectos conocidos como I.D.N. No sabe en cuál de las cinco, no sabe cómo se encuentra y no recibe ninguna comunicación de los responsables. Ha perdido todos los derechos sobre su hija. Llegada a este punto no puede continuar, se hunde. Se produce un silencio incómodo mientras llora en el escenario, tan profundamente dolorida que se me parte el corazón. Me da la impresión de que Alfa espera un poco demasiado antes de acudir a consolarla, como si quisiera restregárnoslo por las narices.

—Le encanta el drama —me comenta el abuelo al oído, y asiento para mostrar mi acuerdo.

Alfa se une a ella en el podio, le pasa un brazo por los hombros y mira hacia el fondo de la sala. Hacia mí.

—Agradecemos el esfuerzo de nuestra querida Elizabeth por estar hoy aquí para compartir su desdicha con nosotros. Este recuerdo, el compartir lo devastador que es para ella y para su marido, no ha sido en vano. El dolor y la emoción que todos sentimos podemos utilizarlo, servirá para espolearnos y luchar por el cambio que todos deseamos. Porque el cambio, ya lo sabemos, no llegará solo, tendremos que forzarlo. Que el relato de Elizabeth nos sirva para forzar ese cambio.

Hay asentimientos de aprobación, incluso algún aplauso.

Elizabeth, todavía llorosa, demuestra su agradecimiento lo mejor que puede. Alfa la abraza dando la cara al público, y podemos ver sus ojos cerrados intensamente, como si fuera el mayor abrazo que ha dado en su vida. A mí me parece todo un poco orquestado.

Alfa vuelve a tomar el micrófono.

—Por supuesto, Elizabeth no está sola en su dolor. Todos los aquí presentes tenemos nuestras propias historias, nuestro propio corazón dolorido. Nuestro siguiente invitado es Tom Hancock, que también quiere compartir sus vivencias con nosotros. Dadle una calurosa bienvenida, por favor.

Durante los siguientes veinte minutos escuchamos al imperfecto Tom explicar que su imperfecta esposa murió, y que pasó diez años intentando encontrar a su hijo para descubrir, una vez logró hallarlo, y no solo a él sino también al nieto del que no sabía nada, que no quería conocerlo. El lavado de cerebro de la institución había sido tan eficaz que al final tuvo que rogarle que no lo

denunciara a los soplones.

Tras escuchar a Tom, le toca el turno a una mujer que solía trabajar en una institución de I.D.N., y que ya no cree en ellas ni comparte sus motivaciones. Nos hace un resumen detallado de las actividades diarias y la clase de vida de los niños. Mientras lo hace pienso en Carrick y en lo que ha tenido que vivir durante los últimos dieciocho años. Esas instituciones están financiadas con dinero del gobierno y las instalaciones son modélicas. El gobierno y el Tribunal se enorgullecen de sus éxitos y aseguran que, gracias a ellos, los hijos de los imperfectos se libran del estigma de sus padres. Creen que sus imperfecciones pueden ser eliminadas con éxito, pero únicamente si se trata de recién nacidos. Para gente como yo es demasiado tarde, no se nos puede «curar».

—Un colega me sugirió —sigue la mujer— que la razón de que esos niños puedan llegar a ser sanos y plenamente funcionales es, precisamente, el que constituyen la combinación de dos genes imperfectos, y que eso, en sí mismo, engendra fuerza y perfección.

Los asistentes se miran unos a otros, asombrados de que esta mujer, una empleada del Tribunal, haya sugerido algo semejante. Miro al soplón situado en un rincón de la sala, sorprendida de que se digan esas cosas en su presencia, pero sigue sin reaccionar. Parece aburrido, como si ya lo hubiera oído mil veces.

—Por supuesto, así es como perdí mi trabajo —confiesa—. Pero disfruté viendo sus caras cuando me llamaron para explicarles lo que acabo de decirles.

Se oyen unas cuantas risitas ahogadas.

Vuelvo a pensar en Carrick, en el largo aleccionamiento de los niños I.D.N. y en su programada educación. Debe de ser listo, rápido y fuerte. Haber vencido el interminable lavado de cerebro que recibió a diario demuestra que también debe de ser mentalmente tenaz. Quizá sea perfecto como ella dice. Pero todo el mundo en el Tribunal lo trataba de forma tan despectiva que no sé si creerlo. Lo necesito. No creo que pueda vivir el resto de mi vida si no consigo encontrarlo. Art y yo hablábamos todos los días sin parar. Incluso cuando volvíamos a casa desde la Cumbre, seguíamos hablando por teléfono de todo y de nada. Aunque Carrick y yo no hemos tenido ni una sola conversación, siento que he compartido con él más cosas que con nadie que conozca.

Mi corazón late desbocado. Solo pienso en salir de aquí y encontrar a Carrick, pero un nuevo codazo del abuelo en mis doloridas costillas me devuelve a la sala.

Alfa está en el podio, hablando sin que yo la escuchara.

Ahora entiendo el motivo del codazo del abuelo. La gente se ha vuelto hacia mí. Alfa me mira, pero pretendiendo que no me ve.

—¿Dónde está? —pregunta—. ¿Sigues aquí, Celestine?

—Ten cuidado —me susurra el abuelo—. No estoy seguro, Celestine, nada seguro... —Y mira alrededor, como buscando una salida.

Asiento con la cabeza y me levanto. Capto expresiones de sorpresa y me desconcierta que me reconozca tanta gente. No me emociona, solo puedo pensar en que todas estas personas saben que no soy perfecta, saben lo que hice, saben quién soy. No puedo esconderme, ni siquiera disimular como hace la mayoría de la gente al entrar en una sala como esta.

Cuando me aplauden, sacudo la cabeza y río nerviosamente. Trabajé para ser perfecta, para conseguir el aplauso de los demás, para que me admirasen... pero no por destacar, sino para ser normal. Mis notas eran excelentes, tenía suficientes amigos como para que no se me considerase una marginada, pero no tantos para ser lo que llaman popular. Era una persona corriente, trabajé mucho para serlo. Pero cometo un error, el peor, y resulta que soy aclamada en una sala llena de imperfectos. Me avergüenzo. Pienso que están equivocados, no soy quien creen que soy.

Siguen aplaudiendo, cada vez más. Alfa intenta atraerme al escenario mediante gestos. A pesar de sus reservas, el abuelo parece orgulloso y se une a los aplausos. No tengo elección. A medida que avanzo por el pasillo la gente se va poniendo de pie sin dejar de aplaudir. El soplón da un paso adelante, alerta, ya no parece aburrido. Sus ojos fijos en mí me ponen nerviosa. Subo los escalones hasta el escenario para unirme a Alfa, que sigue animando a los presentes. Cuando me acerco a ella, toma mi mano y la levanta triunfalmente junto con la suya.

De repente, cesan los vítores y los aplausos, y todo el mundo se sienta. Los rumores mueren y la sala queda tan silenciosa que se podría oír la caída de un alfiler contra el suelo o los latidos de mi corazón bombeando adrenalina salvajemente en mis venas. Todos me miran. Tantas caras esperando que diga algo esperanzador, algo significativo, algo que puedan llevarse a casa con ellos. Alfa se aleja un paso de mí cediéndome el escenario. No puedo hacerlo, no puedo. Sacudo mi cabeza y ellos me animan.

—Dinos lo que sientes —grita alguien en la primera fila.

Intento pensar en lo que siento, pero lo que siento es que esto es un error. No debería estar aquí, frente a toda esa gente. No soy quien creen que soy. Ayudé a un anciano y quiero acabar con Crevan, pero no soy una líder. Y a causa de la presencia del soplón ni siquiera puedo decir eso. Soy incapaz de inspirar a estos hombres y mujeres que tengo ante mí. El silencio continúa, oigo mi respiración a través del micrófono. Doy un paso atrás, bajando la vista. No tengo nada que decir. Miro a Alfa suplicante, tiene que dejar que abandone el escenario. Ella parece un poco furiosa, lo cual me intranquiliza. Esperaba consuelo y veo que no lo obtendré de ella. Miro al fondo de la sala buscando el apoyo, la guía del abuelo, pero no está allí, se ha ido. Miro alrededor, sorprendida, intentando encontrarlo, localizarlo entre la multitud, pero no hay rastro de él.

Busco por la sala, confusa. Algo va mal, los timbres de alarma están sonando. Y no por mí. Pia Wang, Lisa Life, Alfa Dockery y Enya Sleepwell pueden coger sus órdenes y sus causas, y olvidarme. No soy quien creen que soy. Miro hacia el lugar donde estaba el soplón, pero también ha desaparecido.

Sé lo que va a ocurrir antes de que ocurra. La puerta doble se abre y aparece Lulu.

—¡Los soplones están entrando! —grita, presa del pánico.

El silencio muere cuando las sirenas retumban en el aire.

Alfa me sujeta el brazo con fuerza, puedo sentir sus uñas clavarse en mi carne.

—Ven conmigo —dice con firmeza.

—Mi abuelo... —suplico, casi sin aliento—. Tengo que encontrar a mi abuelo.

—Estará bien —responde con desdén, arrastrándome fuera del escenario.

—No, tiene que venir con nosotros —digo, y freno en seco.

Intenta arrastrarme de nuevo, pero me resisto.

—Está bien. Le diré a Lulu que lo traiga.

Le da unas cuantas órdenes rápidas a Lulu, que parece a punto de derrumbarse, pero consigue abrirse paso a través de la multitud para buscar al abuelo, al que sigo sin localizar. No tengo mucha fe en Lulu, creo que estará más preocupada por salvar su propia piel que por buscar al abuelo. La veo desaparecer entre la gente. Todo el mundo intenta llegar a la puerta doble para escapar.

—¡Abuelo! —grito, pero nadie responde.

Empiezo a sentir pánico. Tomo el micrófono, ante el que hace unos segundos era incapaz de hablar, para llamar de nuevo al abuelo, pero está desconectado.

—Tengo que encontrarlo —digo.

—Lulu lo hará.

Alfa me agarra otra vez del brazo y tira de mí.

—Perdona si no tengo mucha fe en Lulu —corto—. ¿Le dijiste a los soplones que iba a venir? ¿Era una trampa para atrapar a Carrick?

—¿¿Qué?! ¿Por qué iba a hacer eso? —pregunta, tan alarmada e indignada que la creo.

—Lulu creía que yo iba a hablar aquí hoy, ¿lo anunciaste tú?

Su expresión es de culpabilidad.

—Puede que se lo comentase a unos cuantos, pero no fue un anuncio oficial.

—¡Maldita sea! —grito, liberando mi brazo—. ¡Me has utilizado!

—Déjame explicártelo —suplica. Ahora parece desesperada, presa del pánico. Esto no es lo que esperaba. Me mintió, pero no planeó esta situación—. Ven conmigo y te lo explicaré.

—¿Adónde me llevas?

No responde, solo acelera el paso. La sala es un completo caos. Algunos de los asistentes intentan huir, otros, más fuertes, deciden quedarse sentados con los brazos cruzados, desafiantes.

La portavoz de la institución I.D.N. quiere atraer la atención de Alfa. Corre a lo largo del escenario intentando llegar hasta nosotras.

—Dijiste que me protegerías —grita aterrorizada, pero Alfa hace caso omiso de ella.

Cuando llegamos a la parte trasera de la sala, oímos los silbatos, y mi corazón palpita al recordar lo ocurrido con Angelina Tinder y mi propia experiencia. Eso hace que me detenga, como la mayoría

de los presentes. Estamos atrapados. El silencio cae como una losa y tiene el mismo efecto hipnótico en todo el mundo. Quietos. Atemorizados. Alfa me obliga a moverme, arrastrándome en dirección contraria de donde proceden los silbatos.

—Abuelo... —susurro, ahogando un sollozo.

Veo los uniformes negros y rojos invadir la sala, una porra agitarse en el aire, y oigo gritar a la gente. Alfa me lleva por otra puerta y dejamos el tumulto detrás.

—¡Dios! —jadea mientras echamos a correr de nuevo, cada vez más rápido—. ¡Dios, Dios, Dios!

Me conduce por un pasillo hasta un ascensor y bajamos un piso. Salimos a otro pasillo más estrecho y de techo más bajo. Esta parte de la mansión no es tan lujosa; de hecho, parece más bien un búnker.

—Sígueme.

No podemos ir juntas por este nuevo pasillo, así que me sitúo tras ella. Alfa mira hacia atrás de vez en cuando para asegurarse de que sigo allí.

—Al Tribunal le gusta mantenernos vigilados, y lo más importante es que reconoció que nos vigila. Siempre envía uno o dos soplones, se sientan en las filas de atrás, escuchan y mantienen un ojo alerta. Conocen mi causa y normalmente no hay nada de qué preocuparse —me informa, sin detenerse.

—Normalmente —repito con amargura—. Pero informaste a la gente de que yo iba a venir, de que iba a hablar. Estoy segura de que Crevan ha promulgado una nueva ley contra eso, y dirá que estabas promoviendo un mitin, que yo iba a hablar en un mitin.

Me mira y traga saliva con dificultad. Su expresión de temor me intranquiliza aún más.

—Pero no hacíamos nada malo —dice—, solo compartíamos nuestras historias, y siempre nos han permitido hacerlo.

No fueron esas las vibraciones que detecté cuando tuve que subir al escenario. Cambiaron de las que genera un simple intercambio de historias a un tipo de energía diferente.

—Las reglas han cambiado —digo—. Crevan lo está cambiando todo.

Crevan tiene miedo, siente que su poder se le escurre entre los dedos. Quizá se ha enterado de que lo está investigando un comité, quizá no; pero en ambos casos es consciente de la creciente oposición popular, incluso la del propio gobierno, y debe de hacer que sienta pánico. Y, sobre todo, si no me equivoco, está tomando medidas para silenciar a los guardias del Tribunal y al señor Berry cuando consiga ponerles las manos encima. Sí, está aterrorizado.

Alfa se detiene en mitad del pasillo y levanta una sección del friso que adorna la pared, dejando al descubierto un teclado electrónico. Marca un código en él.

—Te aseguro que no les avisé de tu presencia, Celestine. Puede que avisara a unas cuantas personas de confianza que tal vez vinieras, pero aún no estoy preparada para presentarte como amiga de la fundación.

—Bien —la corto—, porque en este momento no estoy segura de ser amiga de la fundación, y si crees que a partir de ahora van a dejar que me des clases en casa, piénsatelo mejor. Seguro que esta es la última vez que nos permitirán estar juntas en la misma habitación. De hecho, me sorprende que no lo prohibieran antes.

—Como te dije, el Tribunal nos anima para asesorar a los imperfectos. Creen que puedo ejercer una influencia positiva en tu vida, que sería capaz de impedir que los criticaras.

No reprimo un bufido de fastidio.

—Les diré que solo ibas a compartir tu triste historia con los presentes, a intentar convencerlos de que no cometieran errores, a explicarles que la vida de imperfecta es muy desgraciada, que no ibas a

embellecerla.

—No iba a embellecerla.

Me mira sorprendida. Suena un pitido y una puerta que ni siquiera había visto se abre repentinamente.

—¿Una puerta secreta?

—No es exactamente secreta, digamos que es poco visible —responde, a la defensiva, con una sonrisa traviesa.

Entramos en un despacho. Mesa de nogal, estanterías atestadas de libros, sillones de cuero con adornos dorados, fotografías con marco de oro cubriendo cada centímetro de las paredes...

—No conocen la existencia de esta habitación, de modo que aquí estarás a salvo —me informa rápidamente—. Yo tengo que volver y hablar con los soplones de todo este desastre, pero regresaré con tu abuelo. Hasta entonces, no te muevas de aquí.

Cierra la puerta tras ella y me quedo sola en el despacho.

Empiezo a mirar las fotos. Casi todas son del mismo hombre, acompañado por distintas personas. Son fotografías de apretones formales de manos. Alfa aparece en algunas, pero no conozco a los demás. Sobre el escritorio descubro otra foto de Alfa y el mismo hombre, y no me resulta difícil deducir que es su marido. A pesar de no saberme el nombre de quienes acompañan a este, al estudiar las fotos los reconozco como líderes mundiales, hombres y mujeres importantes que he visto en las escasas ocasiones que sigo las noticias de la tele. Pero resulta que sí, que conozco el nombre de uno de ellos, el juez Crevan.

Alfa, su marido, Crevan y la esposa de este. De fiesta en un jardín. Las mujeres con vestidos veraniegos estampados con flores, y los cuatro con copas de champán en la mano, riendo como si alguno de ellos hubiera dicho algo muy divertido. Amigos. Amigos íntimos. Vuelvo a cuestionarme las motivaciones de Alfa. ¿Le he permitido que me aleje de los soplones, creyendo que me estaba ayudando, para convertirme en un blanco aislado y fácil?

En otra de las paredes hay toda una colección de diplomas y premios enmarcados a nombre de un tal profesor Lambert. Oigo una tos a mis espaldas y giro en redondo esperando ver a un soplón, pero me encuentro con un hombre en vaqueros y camisa arrugada, apoyado en el marco de otra puerta que parece surgida de la nada.

—Sí, sí, otra puerta secreta. Ella ha montado aquí abajo un pequeño laberinto. —Ríe—. Soy Bill —añade, y me tiende la mano. Vacila un poco al hacerlo y casi pierde el equilibrio.

Doy un paso adelante y huelo su aliento a alcohol. Su barba gris es de varios días, y parece que haya pasado una semana durmiendo vestido y sin cambiarse de ropa.

—Eres el marido de Alfa —digo, reconociéndolo por las fotografías.

—¿Sabes que hubo un tiempo en que ella era la esposa de y no yo el marido de? —Vuelve a reír—. Claro que hubo un tiempo en que muchas cosas eran distintas. Así que tú eres ella, la Elegida. —Abre mucho los ojos, parodiando una mirada de admiración—. Habla mucho de ti, ¿sabes?

Me estudia detenidamente, antes de dirigirse al escritorio y rebuscar algo en los cajones. Se toma su tiempo, de forma que puedo estudiarlo a él y la habitación de la que ha salido. Parece una cocina, pero estoy segura de que hay otra puerta que lleva a otra habitación. ¿Por qué tienen un piso enterrado bajo la casa? Del último cajón en el que busca, surge un tintineo de botellas.

—¿Una copa? —me ofrece, con expresión burlona.

—No se nos permite beber alcohol —niego firmemente, mirando la cicatriz de su sien.

—Ah, sí, es verdad. —Ríe de nuevo y susurra—: No te preocupes, yo no lo contaré si tú no lo cuentas.

—El piso de arriba está lleno de soplones —le advierto, pasmada por su conducta.

—Oh, sí, los temibles soplones. —Silba, imitando el sonido de sus silbatos antes de reír de nuevo

—No les tengo miedo, ¿y tú? —Llena de whisky un vaso situado sobre una bandeja de plata en la mesa de nogal, y se sienta en el sillón de cuero tras el escritorio. Se hunde en él.

—Tengo miedo de lo que pueda pasarle a mi abuelo —digo.

—No te preocupes por tu abuelo, es un profesional. Se fue de la sala antes de que ellos llegaran. Ahora está escondido en nuestro salón. —Presiona un botón bajo la mesa y la pared de las fotos desaparece, revelando una docena de pantallas de un circuito cerrado de televisión—. Cuarta fila, tercera pantalla.

Me acerco a las pantallas y busco la que me ha indicado.

—No veo nada.

—Exacto. Ya te dije que era un profesional. Esa estantería que sí puedes ver se abre y da paso a un cuarto pequeño. Estará a salvo, solo espero que no sufra de claustrofobia. Allí no lo encontrarán.

Miro el resto de pantallas y en la mayor parte de ellas solo veo caos. Muchos de los asistentes a la reunión están alineados contra la pared; algunos, los que se resistieron a los soplonos, siguen en el suelo heridos y vigilados. Los demás han sido sacados de la mansión y llevados a las furgonetas. En una pantalla puedo ver a Alfa discutiendo acaloradamente con un soplón.

—A la mayoría no los acusarán de nada —dice Bill tranquilamente—. Solo pretendían interrumpir la sesión y asustaros un poco. Y ha funcionado.

Asiento con la cabeza, aliviada de que el abuelo esté bien. Espero que consiga aguantar hasta que los demás se hayan ido.

—¿Y el test? —le pregunto, intrigada por saber cómo se libraré siendo imperfecto y encontrándose en ese estado—. ¿No descubrirá tu soplón rastro de alcohol en tu sangre?

—Nosotros los genios siempre sabemos cómo arreglárnoslas, ¿verdad? —Sonríe—. Lo tuyo son las matemáticas, ¿no?

—Eso espero.

No sé qué oportunidades de trabajo tendré a partir de ahora siendo imperfecta. Nunca se me permitirá alcanzar una posición influyente, ni directora, ni nada más o menos importante.

—¿Esperas? No, no utilices esa palabra. Emplea las matemáticas para resolver este... llamémoslo problema.

Frunzo el ceño. Está claro que ha bebido demasiado.

—No creo que las matemáticas puedan resolver ninguno de mis problemas actuales.

—Una de mis citas favoritas es de Albert Einstein: «No podemos resolver nuestros problemas con la misma forma de pensar que usamos para crearlos.»

Me taladra con sus brillantes ojos. Obviamente, la cita le es más útil a él que a mí.

—Supongo —acepto, encogiéndome de hombros.

—¿Supones? ¡Las matemáticas no se fundamentan en suposiciones! —exclama—. Ellas proponen un listado de opciones, eliminan posibilidades y utilizan un razonamiento lógico. Nunca suponen, querida. ¿Conoces a George Pólya?

—Por supuesto.

—Una vez compré un libro suyo. Me gustó su filosofía. Sabrás que estableció cuatro principios para resolver un problema. Primero, comprender cuál es el problema; segundo, tras comprenderlo, crear un plan; tercero, llevar a cabo ese plan, y cuarto, revisar e interpretar los resultados. Si esa técnica falla, y por supuesto falla a menudo, Pólya nos advierte que si no podemos resolver el problema, siempre habrá otro problema más sencillo que sí lograremos resolver. Búscalos y encuéntralos.

Sonrío.

—Sabía que eso te gustaría.

—Usted es amigo del juez Crevan.

—¿Lo soy? —dice, sorprendido—. ¿Dónde has oído ese asqueroso rumor?

—Las fotografías.

—Oh, eso. —Hace un ademán despectivo con la mano—. Te aseguro que ya no frecuento a ninguna de esas personas... aparte de ella, claro —añade mirando una foto en la que aparece con Alfa en la playa, ambos bronceados. Él afeitado y mucho más joven—. Y a ella seguramente le gustaría ser una de esas personas. Pero me pregunto: ¿Crevan tiene amigos realmente?

Definitivamente, Bill me gusta.

—¿Trabajó para el Tribunal?

—¿Para el Tribunal? No. ¿Para el gobierno? Sí. Y podría añadir que es también para quien trabaja el Tribunal, aunque creo que los dos lo han olvidado. —Sonríe—. Ella dice que normalmente no haces suficientes preguntas, y ya veo que estás solucionando ese problema. Pero ten cuidado, a veces es mejor no saber, porque saber las cosas puede no suponer ninguna diferencia. La ignorancia es ciega. El conocimiento comporta, muy a menudo, una responsabilidad que nadie quiere. —Cierra los ojos y se retrepa perezosamente en el sillón, que se inclina bajo su peso, dando la impresión de que se va a caer de espaldas—. Por supuesto, ella y yo no estamos de acuerdo en ese punto. Obviamente, ella siempre quiere saber. Tiene su cruzada, y eso la mantiene ocupada.

—¿No cree en su fundación?

—Las fundaciones no son muy seguras, ¿no crees? —Abre un ojo y enarca una ceja—. Fíjate bien, tú y yo estamos tranquilos aquí abajo, y los demás están huyendo despavoridos ahí arriba.

Vuelve a enterrar su cara en el vaso y el caramelo líquido desaparece de un solo trago. La verdad es que me gustaría unirme a él, a juzgar por la serenidad que transmite una vez se ha tragado el whisky, pero entonces me acuerdo de Logan obligándome a beber cerveza en el coche y se me quitan las ganas rápidamente.

—Ha intentado quitarme mi casa y mi fortuna, ¿sabes? —dice de repente—. Hablo de Crevan. Está intentando encontrar la forma de congelar los activos de los imperfectos y usarlos para financiar el Tribunal, como hacen con los criminales. Solo que nosotros no somos criminales, ¿verdad, Celestine?

Niego con la cabeza.

—Bien. Recuérdalo —continúa—, porque a veces es fácil olvidarlo. Lo paradójico es que a los criminales se los trata mejor que a nosotros. En cuanto han cumplido su condena, son libres. Nuestra condena es de por vida, nunca nos libramos de nuestras marcas. —No hay el menor rastro de humor en su voz—. ¿Sabes que Crevan ha cobrado unos cien millones desde que se creó el Tribunal? Descontados los impuestos, claro. Si el público lo supiera, creo que lo abuchearían y lo insultarían, a él, no a nosotros. Eso sí es un crimen.

No puedo dar crédito a lo que estoy oyendo.

Pienso en las vacaciones que hemos compartido con Crevan, el yate en el que navegamos, las fiestas multitudinarias, la comida y la bebida inacabables. Me siento enferma de que todo eso lo haya pagado su cruzada, de que su riqueza se haya forjado a costa de incontables imperfectos. ¿Ha hecho todo eso por la justicia, como le gusta decir, o por el dinero?

—¿Qué te ha contado ella?

Reparo en que nunca llama a Alfa por su nombre.

—No lo sé. Quería que viniera, y una vez aquí se empeñó en que me dirigiera al público, pero entonces llegaron los soplones, gracias a Dios. Nunca creí que me oiría decir eso.

—No eres muy aficionada a los discursos.

—No, cuando no sé de lo que estoy hablando.

—Pues esas suelen ser las personas a las que les encantan —apunta, y volvemos a reír juntos—.

Los actos importan más que las palabras. No todo el mundo está hecho para los podios y los micrófonos. Te sugiero que busques un compañero, otro imperfecto. Es mejor, es más fácil, sí. De ese modo podréis vivir según las mismas reglas, todo quedará compensado. Dos imperfectos es lo ideal. Enamoraos. Casaos. Tened hijos. Amadlos. Vivid vuestra vida.

—No puedo tener familia con un imperfecto.

—Claro que puedes. Son ellos los que dicen que no.

—No parece que sea una vida fácil. Creo que ha dicho que es mejor no causar problemas.

—¿Yo he dicho eso?

Lo pienso y niego con la cabeza.

—Claro que no. He dicho que los actos son más importantes que las palabras. No hables, actúa. Todos los que estaban arriba, ella incluida, y eso que la quiero, no hacen otra cosa que hablar. Tú, en cambio, actúas. Por eso te han buscado, para que actúes por ellos. Pues no. Actúa por ti. —Se levanta y rodea la mesa para acercarse a mí. Toma mi mano y hace una reverencia teatral—. Un placer, señorita North. Eres incluso más guapa en persona que como te describen en esos papeluchos diarios.

—Cuídese —le recomiendo con una sonrisa—. Esta noche le harán un test.

—Sí, siempre lo hacen. Pero hay formas de eludirlo, ya lo descubrirás. ¿Quién es tu soplón?

—Mary May.

—Oooh —exclama, haciendo un gesto burlón de dolor—. No puedo decir que te envidie, a ella sí que no la puedes eludir. Mi vida mejoró mucho el día en que decidieron trasladarla y se la llevaron de aquí. Traqueteante como un tren herrumbroso, pero al menos avanza. Como iba diciendo, mide tus fuerzas y escoge bien la gente que quieres que te sirva de guía. Soy un científico, eso me ayuda. —Retrocede hasta la puerta oculta—. Y no le digas a ella que me has visto.

—¿Por qué?

—No lo hagas, la preocuparía. Nunca sabe qué puedo llegar a decir. Buena suerte.

Abre la puerta y, como si recordase algo de pronto, da media vuelta. Intento ver más allá de él, y cuando lo consigo la sangre se me hiela en las venas de terror.

Lo espera un soplón.

Bill ve mi expresión y gira en redondo hacia el soplón que está en la entrada, que no me ve. Por ahora.

—Marcus, ¿qué haces aquí?

Marcus le da la mano y se atusa el cabello.

—Crevan tiene a todo el mundo al borde del infarto. Los unos se revuelven contra los otros. Perfectos, imperfectos, soplones... Es un desastre.

Entonces, me ve y deja de hablar. Se mueve hasta quedar fuera de mi campo de visión.

—Marcus es vergonzoso —lo disculpa Bill en un susurro.

Estoy desconcertada por el tono de la conversación entre el soplón y él. ¿Estará de nuestro lado?

—Quisiera volver a verlo —añade dirigiéndose a mí—. Me gusta.

No entiendo a qué se refiere. ¿Quién le gusta?

—Me gusta tanto como a ella —continúa—. Nunca tuvimos hijos, supongo que te lo ha dicho. Fue la primera persona a la que permitieron vivir aquí tras años de peticiones y negativas. Le costó mucho conseguirlo. Por mi culpa, por supuesto, pero insistió e insistió. Se lo comunicaron un año antes de que llegase. Les gusta investigar a las familias, ¿sabes?, prepararlas, asegurarse de que seguirán sus directivas. Lo visitó unas cuantas veces en la institución, trabaron cierta amistad, y ella contaba los días que faltaban para su graduación. Incluso asistió a ella. Creímos que le gustaría vivir aquí, pero un día se marchó sin despedirse siquiera. Ella podría haberle ayudado, pero no le dio la oportunidad. Nunca supo de lo que ella era capaz o lo que tenía planeado para él. De haberlo sabido, probablemente se habría quedado. Ella se encariñó con él muy rápidamente. Yo también, sobre todo porque la veía feliz. —Se le llenan los ojos de lágrimas—. Si ves a Carrick, dile que venga a visitarnos. Dile que lamento que todo terminara como terminó.

El abuelo y yo volvemos a casa en silencio. Tuvimos que pasar dos horas escondidos hasta que los soplones se marcharon y consideramos que era seguro salir. El profesor Lambert se equivocó al decir que no se llevarían preso a casi nadie. Si todo aquello había empezado como un aviso para asustar a los allí reunidos, no terminó igual. Los soplones no esperaban que un pequeño número de ellos desobedeciera sus requerimientos o incluso que se defendiera de las agresiones. Una actitud de la que estoy segura que me culparán, a pesar de que ni siquiera pude abrir la boca. Creo que es la primera vez que la gente se ha rebelado, nunca había sucedido antes. Amenazar a un soplón se considera una amenaza contra las reglas del Tribunal, lo que a su vez significa ayudar a la causa de los imperfectos y, por lo tanto, ayudar a los imperfectos. Así justifican la protección a los soplones.

Se llevaron a seis personas en las furgonetas, cuatro de ellas imperfectas, que serán castigadas según las reglas del Tribunal; las otras dos se enfrentarán a cargos de cárcel por ayudar a unos imperfectos. Cuatro más tuvieron que ser llevadas al hospital a causa de las heridas ocasionadas por las porras de los soplones. Algunos de los mayores simpatizantes de Alfa se desvincularán de ella de inmediato y con tal de salvar su piel le dirán al Tribunal lo que este quiera oír. La pacífica reunión de asesoramiento de Alfa ha resultado ser, en general, un completo desastre. Ella se salvará de las represalias por un pelo, pero supongo que ahora ya estará en la lista de las personas a vigilar de cerca. Cuando la vi, parecía muy alterada, había tenido una larga discusión con los soplones, intentando comprender qué había hecho mal.

Marcus, el soplón de Bill, localizó al abuelo y lo trajo adonde yo estaba. Me sorprendió descubrir que, para empezar, había sido él quien lo guio hasta su escondite. El abuelo y yo nos enteramos de que Marcus está casado con una imperfecta, Cathy, y que ambos apoyan la campaña en favor de los imperfectos. Me contó que hay muchos como él y que cada vez son más, pero que la oposición a los imperfectos también crece. Cathy y él creen que las aguas se encuentran muy agitadas incluso entre los soplones, ya que están enfrentándose entre sí, y que los que acaben tachados de traidores serán juzgados para que sirvan de ejemplo. Marcus, por supuesto, no oculta su preocupación al respecto.

Yo estoy furiosa, pero sigo sin confiar en Alfa por muchas razones. Por otra parte, la protección del abuelo y la revelación sobre Carrick me dan razones para creer que sí está de nuestro lado. Su desesperación por buscar al abuelo y conseguir que nos reunamos me dice que realmente no sabía dónde se había escondido. Quiero pedirle a Marcus que nos ayude, pero no me atrevo. Si es una trampa, no quiero caer en ella. No puedo dejar que Crevan sepa que estoy buscando a Carrick, no puedo dejar que sepa que Carrick fue testigo de la sexta marca. Esa información quedará entre Carrick y yo.

Tras contarle lo sucedido, finalmente, el abuelo y yo dejamos la mansión de Alfa y volvemos a la carretera. Me siento ansiosa por estar de regreso en casa antes del toque de queda.

—Ese era el profesor Lambert —dice el abuelo, atento al espejo retrovisor, por si acaso—. Lo recuerdo de las noticias. Tenía un contrato con el gobierno, además de ser viejo amigo de Crevan. Leyendo entre líneas, creo que Crevan le tendió una trampa para librarse de él y darle el puesto a su primo. Hay Crevans por todas partes. Estoy seguro de que gran parte de la razón por la que a Alfa le permiten llevar a cabo sus campañas es que Crevan se siente culpable... suponiendo que conozca ese sentimiento.

—No lo entiendo. Alfa me aseguró que no pretendía utilizarme, pero si no intentaba dejarme al descubierto ante el Tribunal, sí creo que pretendía atraer a Carrick. Por eso le dijo a la gente que yo hablaría en la reunión. Si él se enteraba, pensó que quizás acudiría.

—¿Crees que Carrick hubiera venido de saber que tú estarías allí?

—No lo sé.

—El caso es que sabe perfectamente dónde estás, Celestine. Todo el mundo lo sabe. Solo hay que abrir un periódico o encender la televisión para ver a los periodistas apostados ante la puerta de tu casa. Si quería encontrarte, lo tenía fácil.

Eso me molesta, y siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

—Tienes razón —reconozco—. No quiere encontrarme.

—No, Celestine. Lo que quiero decir es que espero que no esté en poder de Crevan.

Ese es también mi temor, aunque no creo que Crevan lo haya encontrado; de ser así, me dejaría arrastrar por el pánico. Soy la única persona que queda que sabe lo que hizo y controla todos mis movimientos. Pienso en lo que sé de Carrick, en lo que he descubierto sobre él. Es listo, es inteligente. Tiene que estar pasándose en grande.

—Creo que no deberías ir a tu casa —dice de repente el abuelo.

—¿Por qué?

—Los soplones fueron a la mansión de Alfa buscándote a ti, estoy seguro. Querían pillarte en pleno discurso, criticando al Tribunal. Sabían que estarías allí. Puede que alguien te traicionara para salvar su propia piel. Es verdad que la causa de los imperfectos está ganando adeptos, pero como hemos visto esta noche, se asustan fácilmente. A la gente le gusta apoyar a los más débiles siempre que no corra demasiado riesgo. Son tiempos peligrosos, Celestine.

—Pero, si no voy a casa, ¿adónde puedo ir?

—Quédate conmigo, ya te lo dije. En la granja, lejos de Crevan, estarás a salvo. ¿Crees que Marcus y su mujer son los únicos soplones que están de tu parte? Hay muchos más, te lo aseguro.

—Pero, abuelo, si no estoy en casa antes del toque de queda, los castigarán a todos. A papá, a mamá, a Juniper, a Ewan... ¡no puedo hacerles eso! Tengo que ir a casa y enfrentarme a lo que sea.

El abuelo asiente con solemnidad.

—Además, no he hecho nada malo —añado, sintiendo que la rabia vuelve a surgir en mi interior—. Mi profesora me invitó a una reunión de asesoramiento. Lo que pasó fue culpa suya, no mía. Marcus lo vio todo y puede corroborarlo.

—Así me gusta. —Sonríe tristemente, porque ambos sabemos que nadie querrá escuchar mi versión de lo sucedido.

—Los soplones deben de haber visto tu furgoneta —le advierto—. Seguramente tomaron nota de todas las matrículas del aparcamiento.

—Tranquila, no está registrada a mi nombre.

Lo miro sorprendida.

—Entonces, ¿a nombre de quién está?

—No importa, aunque tendré que deshacerme de ella. Ah, me recuerda los viejos tiempos,

siempre escondiéndome y escapando.

Me vuelvo hasta quedar de cara a él.

—¿Qué te recuerda esto exactamente? —pregunto.

—Que me escondía y escapaba. —Me guiña un ojo.

—¡Abuelo! —exclamo, alarmada al ver una gota de sangre asomar por debajo de su gorra y deslizarse lentamente por su rostro y su mejilla—. ¡Frena, estás sangrando!

—Estoy bien. —Se limpia con el dorso de una mano y vuelve a concentrarse en la carretera—. Uno de los soplones me dio un golpe antes de que Marcus me encontrara y me llevase hasta el refugio. Culpa mía.

Le levanto la gorra y veo el golpe. Se encoge cuando advierte que acerco la mano.

—Creo que necesitarás puntos —digo.

—No pienso darme puntos.

—¡Abuelo!

—Ya me curará en casa alguien que no hará preguntas, gracias.

Pero tardaremos horas en llegar a casa. Hay que hacerle una primera cura. No me contradice.

—Para en el centro comercial, está a un par de minutos. Déjame al menos limpiarte la herida, así no se infectará.

—Ya lo haré yo en cuanto te deje en casa.

Sin embargo, ambos sabemos que en casa puede estar esperándome cualquier cosa. He de curarlo cuanto antes.

—De acuerdo —consiente, y se desvía bruscamente hacia la parte trasera del centro comercial, cerca de la zona de carga, para que la camioneta quede oculta desde la carretera principal—. Espérame, ahora vuelvo.

—Ni hablar, iré yo. Tú quédate aquí, ya has perdido bastante sangre —le digo, mirando su gorra ensangrentada.

—Puede que te estén buscando —replica.

—¿Dónde? ¿Aquí, en un supermercado elegido al azar? Además, estamos precipitando las conclusiones. Puede que lo sucedido en casa de Alfa no tenga nada que ver conmigo. Alfa está organizando una oposición al Tribunal, algo peligroso en sí mismo, y ellos lo saben. Tal vez les interese hacerle creer que están de acuerdo, pero seguro que están deseando pillarla in fraganti.

Asiente con la cabeza para indicar que está de acuerdo conmigo.

—¿Cuándo te has vuelto tan sensible? —dice.

Me río y le doy un beso en la frente.

—Ve y vuelve enseguida —añade—. No te metas en líos.

Salgo de la camioneta y me asomo por la puerta abierta.

—Estoy metida en líos desde el día en que nací —respondo parafraseándolo, y se echa a reír.

Entro en el supermercado. Son las nueve de la noche. Quedan dos horas hasta el toque de queda y estamos a diez minutos de casa. Tengo tiempo de sobra, puedo hacerlo. Pienso en la herida del abuelo y acelero el paso. Mi corazón parece querer salirse del pecho cuando entro en el centro comercial y veo que todas las miradas se centran en mí. Las mujeres apartan a los niños de mi paso al acercarme y los adolescentes directamente me insultan. Los que me reconocen no paran de hacerme fotos y un hombre me sigue sosteniendo su teléfono móvil frente a él, grabándome. Otro imita el sonido de un beso cerca de mi oreja. Yo mantengo la cabeza baja, con la mirada fija en el suelo, intentando permanecer siempre junto a las paredes. Pretendía entrar y salir sin que nadie se diera cuenta, pero ha resultado imposible: el brazalete rojo me delata, así como la cicatriz en la sien. Veo a otra imperfecta entre las estanterías, llevando a una niña de la mano. Alguien le da una patada a su bolsa de la compra, haciendo que el contenido se desparrame por el suelo, y los demás se ríen. La mujer se detiene, manteniendo a la niña lo más cerca posible de ella, y se agacha para recoger el contenido de la bolsa. El grupo se burla de ella. La niña los mira con ojos tristes, mientras la madre está arrodillada recogiendo fruta.

Bajo aún más la barbilla. Necesito salir de aquí, no puedo permitirme un exceso de atención. Me siento como una rata que se arrastrase por una cloaca, esquivando los pies de todo el mundo e intentando apartarme de su camino. Dejo que las lágrimas se deslicen por mis mejillas, y nadie me pregunta cómo me encuentro porque a nadie le importo, lo que me duele aun más.

Me abro camino hasta las cajas, siempre con la mirada baja. Oigo mi nombre susurrado por algunos clientes, pero ni miro ni respondo. No quiero líos.

—¡Eh! —grita furioso un hombre. No debe de ser por mí, no he hecho nada malo.

Estudio los paquetes de algodón, antiséptico y vendas concentrándome en las marcas, en los textos de los envoltorios, en los personajes de dibujos animados con sus caritas felices impresos en estos. Todo para infundir alma en los anuncios, cuando a la gente se la han arrancado. Humanizan los objetos, pero deshumanizan a la gente.

—¡Eh! —vuelvo a oír gritar.

Mi corazón se acelera. Algo va mal. Levanto la cabeza lentamente. El hombre que ha gritado tiene los ojos clavados en mí, todos me miran. Me pregunto por qué la chica de la caja va tan lenta, por qué no se da un poco más de prisa, pero al mirarla advierto que no está en su sitio, sino que se ha puesto de pie y se está alejando. Como todo el mundo. Todos se apartan, a excepción de dos hombres, uno situado a mi izquierda y el otro a mi derecha. Son más altos que yo, apenas les llego a los hombros, pero comprendo en el acto cuál es el problema. Los brillantes brazaletes rojos en sus brazos son como luces de advertencia. Son imperfectos. Los dos. Como yo. Somos tres imperfectos juntos, y eso está prohibido.

Mi primera reacción es alejarme. He descubierto el problema y conozco la solución. Si me aparto de ellos, solo serán dos, pero es una mala maniobra.

—¡Alto, no te muevas! —me grita un hombre.

Un policía.

Vuelvo a la cola.

—No te muevas, Celestine —me susurra el imperfecto que tengo a la izquierda—. No pasará nada.

—¿Me conoces?

—Todos te conocemos —responde con una sonrisa.

—¡No habléis entre vosotros! —nos advierte el policía.

—Vaya, tenemos a un entusiasta —se burla el hombre de mi izquierda.

—Vosotros tres, alejaos de la caja —ordena el policía, nervioso—. Quiero veros bien.

Se está poniendo histérico por nada. Es joven. Está solo. Ha cometido un error estúpido.

A pesar de que solo somos tres imperfectos y yo estoy en medio, me siento en cierto modo a salvo entre los dos hombres. Protegida. Son jóvenes, no pasarán de la treintena, y tienen un físico musculoso, trabajado. Uno lleva una «I» en la sien, al otro no le veo ninguna marca, pero eso solo significa que debe de tenerla en el pecho, la mano, el pie o la lengua. Quizá sean su edad y su constitución lo que provoca el pánico del policía. Por su aspecto, son muy capaces de hacerle daño. Mandíbulas cuadradas, hombros anchos, manos grandes. Soldados. Me recuerdan a Carrick. Nunca había estado entre dos imperfectos y ahora sé por qué está prohibido. El número nos da seguridad, y no quieren que nos sintamos seguros. No quieren que nos sintamos poderosos.

—Solo estamos haciendo cola —digo por fin, irritada por la multitud que se ha reunido para curiosear. Me siento como un animal en un zoo. Necesito volver con el abuelo, que me espera, herido, en la furgoneta. Le enseño uno de mis paquetes al policía—. Solo he comprado un paquete de algodón, ¿le parece algo peligroso?

Unos cuantos se ríen disimuladamente por mi broma, pero el policía enrojece.

—Tres imperfectos juntos —dice—. Eso va contra la ley.

—No es una ley —contraataco, y los dos imperfectos me miran sorprendidos.

Pero a mí me sorprende que el policía no lo sepa.

—No es una ley —repito—. Solo es una regla que una organización impone, amenazando con un castigo. No puede meterme en la cárcel por estar al lado de estos dos hombres. Usted es un policía, no un soplón. Su trabajo es proteger y servir a la comunidad.

—Protegernos de ti y de la gente como tú —grita alguien entre la multitud.

—No. Su trabajo es protegerme y servirme a mí —replico, dirigiéndome al policía—. Yo formo parte de la comunidad.

—No pienso servirte a ti, imperfecta —gruñe el policía, como si yo estuviese apestada.

Es un policía al que una vez admiré, en el que confié, y con el que me sentí protegida. Pienso en la gente que me ha silbado hoy aquí, en los niños a los que han apartado de mi camino, en aquellos que han rehuido un contacto visual... y la rabia empieza a rugir dentro de mí. Nada tiene sentido.

Soy una chica de definiciones, de lógica, de blanco y negro.

—¡HARP! —le grito al policía.

Eso lo aprendí en la escuela, como todos. ¿Por qué él no conoce esas reglas que a mí me enseñaron de pequeña, como supongo que se las enseñaron a él?

—La «H» es de honradez —explico con voz temblorosa, no de miedo, sino de ira. Intento controlarme—. Un policía tiene que ser honrado y ético, tiene que seguir los principios de imparcialidad y justicia. La «A» es de acuerdo. Hay que compaginar la responsabilidad individual y

la responsabilidad pública.

La gente empieza a murmurar. Yo continúo, mirando al policía a los ojos.

—¡La «R» es de respeto! Respeto hacia la gente, sus derechos y sus necesidades.

El murmullo da paso a gestos de asentimiento. El policía da un paso hacia mí. Acerca su radio a la boca y pide refuerzos.

—Ten cuidado ahora —dice tranquilamente el hombre situado a mi izquierda.

El policía está plantado frente a mí con una sonrisa de desdén en los labios.

—Deja que se vayan —grita alguien.

—Sí, no están haciendo nada malo. Solo han venido de compras.

La gente clama sus impresiones favorables, lo que provoca más pánico en el policía. Veo gotas de sudor en su frente. Se da cuenta de que empieza a perder el control, de que está en minoría.

—Es la chica de la tele. La famosa —dice alguien—. No puedes arrestarla.

—Es la chica de las cinco marcas.

El policía entorna los ojos mientras me desnuda con la mirada y cae en la cuenta de quién soy. Un relámpago de miedo pasa por sus ojos.

—Es la más imperfecta de todos —escupe otro de los presentes.

Muchos le ordenan que se calle y de la multitud surgen voces de protesta.

El policía saca su porra del cinturón.

—¡Eh, eh, calma! —dice el imperfecto de mi derecha—. ¿Qué pretendes hacer con eso?

—Tú quédate quietecito —ordena el policía. El sudor en su labio superior es abundante.

—No es más que una niña —suplica una mujer.

—Por el amor de Dios, ¿por qué no la dejas en paz?

Ese grito desesperado provoca una nueva oleada de emoción.

—Y tú mantén la boca cerrada, ¿entendido? —masculla el policía con tono amenazador.

Aspiro todo el aire que puedo. No he terminado. Lo lógico sería que me dejase terminar lo que estaba diciendo antes de que suceda lo inevitable. Si en tres minutos no he vuelto con el abuelo, este sabrá que algo ha pasado, que tiene que poner en marcha el motor de su furgoneta y salir de aquí. No sé lo que hizo en el pasado, pero fuera lo que fuese, su instinto le dictará qué ha de hacer ahora.

—«P» de profesionalidad —continúo tranquilamente—. Tiene que dar un servicio profesional a todos los miembros de la comunidad.

Él mira por encima de mi hombro y doy media vuelta, solo para descubrir que detrás de mí no hay nada. Cuando comprendo que intentaba engañarme, no me da tiempo de reaccionar y me golpea con la porra en las piernas. Caigo al suelo y la botella de antiséptico rebota antes de romperse y esparcir su contenido.

Todo el mundo parece tardar un segundo en tomar su decisión, en elegir un bando, en deducir quién es realmente.

Y, entonces, comienza la revuelta.

Antes solo eran curiosos, ahora son parte activa del caos. Desde el suelo únicamente veo pies en torno a mí. Algunos intentan pisarme, otros buscan la mejor manera de protegerme, pero siempre que intento levantarme vuelvo a caer. Recibo golpes y empujones. Yazgo en el suelo jadeante, con la cabeza entre los brazos para protegerme, esperando a que se aclaren las manchas negras que entorpecen mi visión. Noto que unas manos intentan levantarme, pero otras pretenden lo contrario. Apenas puedo respirar.

Entonces oigo los silbatos. Han llegado los soplones y veo botas negras irrumpiendo en la escena. Algunos huyen, otros llegan, enterados de lo que está ocurriendo. Veo puños que golpean, sangre derramándose, pero ya no sé quién es quién ni a qué bando pertenece. Hasta creo ver a Enya Sleepwell en una de las puertas del centro comercial contemplándolo todo con satisfacción. Pero he recibido demasiados golpes en la cabeza, de modo que deben de ser visiones. Intento resistirme, levantarme, pero recibo otro golpe. Veo que una bota retrocede sin saber que estoy allí y siento el impacto del cuero en mi mejilla. Todo se vuelve borroso.

De repente no oigo nada, un zumbido en mis oídos parece bloquear la mayor parte de los sonidos. Estoy en el suelo, y de repente me siento flotar. Me pregunto si habré muerto, si estaré yendo hacia la luz. Pero la luz es el fluorescente del supermercado y comprendo que estoy viva, pero que vuelo. Y noto unas manos contra mi cuerpo, grandes, seguras, consoladoras. Esas manos colocan mis brazos alrededor de un cuello, y siento el contacto de la carne contra mi mejilla. Mi cabeza reposa sobre un pecho. Me concentro en el pecho y veo una «I» como la mía bajo una clavícula, allí donde una camiseta ha sido rasgada durante la pelea. Un imperfecto me lleva en brazos. Huele bien, a sudor limpio y a algo más que no alcanzo a definir, pero me siento a salvo. Me transporta como si yo fuera un bebé y me aferro a él intentando levantar la cabeza, pero esta queda bajo su barbilla y bloquea la luz que hiere mis ojos. Mientras nos movemos, recorro la «I» de su pecho con un dedo, lo que hace que se detenga. Nunca había tocado la cicatriz de otra persona, y advierto que al tacto es como la mía. Como cinco de las mías, porque la última, la de la columna, la que me hicieron sin anestesia, es distinta. Veo la nuez de Adán del imperfecto moverse arriba y abajo ante mi contacto. Dejo que mi dedo descansa en su pecho. Aunque sea un extraño, esa marca igual a la de mi propia piel hace que me tranquilice.

Sé a quién pertenece. Alejo mi cabeza de su pecho y miro hacia arriba, al mismo tiempo que él lo hace hacia abajo, hacia mí.

Carrick.

Me dirige una mirada intensa, llena de preocupación, y sonrío. Carrick, al que casi siempre he visto a través de un cristal. Ahora no nos separa ningún cristal. A pesar de la locura que nos rodea, me devuelve la sonrisa.

—Te dije que te encontraría.

Y nos alejamos juntos de la luz, nos alejamos juntos del ruido.

Despierto gruñendo, dolorida de los pies a la cabeza. Estoy en mi cama, en mi casa. Está oscuro, excepto la luz que se filtra por las rendijas de la puerta. Mis ojos tardan unos segundos en adaptarse a la oscuridad, pero por fin lo distingo todo. No hay nadie en la silla junto a mi cama. Llevo la misma ropa que antes, en el supermercado. Fuera ha anochecido, lo que significa que son más de las diez y que llevo unas cuantas horas inconsciente. Recuerdo lo ocurrido y pienso en el abuelo, que me estaba esperando fuera, herido. Necesito mi móvil para llamarlo, para asegurarme de que se encuentra a salvo, pero me sobresalto al oír voces procedentes del piso de abajo. El tono es bajo y apremiante. Distingo la de mamá, urgente y suplicante, más alta y veloz de lo normal, pero es rápidamente acallada por otra. Y la reconozco. ¡Es Crevan! Debo de estar soñando. Es imposible que se encuentre aquí, en esta casa. Intento sentarme y se me escapa otro gruñido. Me duele el estómago y debo de tener costillas rotas, una por lo menos. Me toco el vientre y noto que está vendado. Saco las piernas de la cama. Intento levantarme y me mareo. Espero con los ojos cerrados a que el suelo deje de moverse, a que se me pasen las náuseas.

Veo un vaso de agua junto a la cama y bebo de él. Consigo mantenerme en pie, a pesar de que me duelen todos y cada uno de los músculos. No recuerdo cómo llegué a casa, aunque sí la sensación de flotar mientras Carrick me llevaba, cómoda y segura, en sus brazos. Recuerdo su sonrisa, mi cabeza descansando contra su pecho, con los ojos cerrados. ¿O acaso lo imaginé todo? ¿Fue real?

La puerta se abre y Juniper entra en mi habitación. Su cara refleja pánico y sé de inmediato que algo va mal.

—Celestine, estás despierta.

—¿Qué está pasando? —pregunto, pensando en el abuelo y preparándome para lo peor.

—Crevan está aquí. Abajo —contesta, respirando agitadamente—. Está amenazando a papá y a mamá. Dice que si no te entregan ahora mismo, no solo despedirá a papá, sino que lo meterá en la cárcel.

La miro sin creer lo que oigo.

—Dice que si ellos no te obligan a bajar, llamará a los soplones para que te lleven —prosigue—. Yo no acabo de creérmelo, estoy segura de que planea algo, que quiere llevarte en persona a algún lado. ¿Qué pretende hacer contigo, Celestine? ¿Lo sabes? Y ¿qué pasa con Art? Nos ha preguntado dónde está la grabación, pero papá y mamá no saben a qué se refiere. Dice que la tienes tú y que la necesita.

La miro mareada, confusa. ¿Cómo sabe que el señor Berry grabó todo lo que pasó en la Cámara de Marca? Y ¿por qué imagina que la tengo yo? Necesito hablar con Pia, es la única que estaba al corriente, aparte del señor Berry y de Carrick. Y la estaba buscando. De repente, me siento preocupada por ella. No he tenido noticias suyas en todo el día. Recuerdo mi conversación con el

marido del señor Berry, Crevan debía de estar escuchando. El teléfono estaba intervenido, sin duda.

—Papá y mamá intentan convencerlo de que no tiene derecho a llevarte con él —continúa Juniper—, pero dice que esta noche has provocado una revuelta de imperfectos en la que han muerto dos personas. La policía tuvo que usar gas lacrimógeno. Está todo en las noticias. Hay motines en las calles y los medios te culpan a ti. Alguien lo filmó todo, pero Celestine, Dios mío, Celestine... —Se le llenan los ojos de lágrimas y empieza a llorar—. Lo he visto todo y me siento orgullosa de ti. Yo nunca habría podido decir lo que tú dijiste, nunca habría podido hacer lo que tú has hecho. El juzgado, la cámara, el supermercado... No sé lo que habrás hecho ahí, pero eres tan increíble, te admiro tanto... Crevan dice que si le entregas la grabación, retirará todos los cargos contra ti.

Agito la cabeza a pesar de que me late dolorosamente. Aún me siento mareada y confusa.

Juniper intenta calmarse, consciente de que no es momento para dar rienda suelta a sus emociones. La urgencia aparece de nuevo en su tono.

—Te he preparado una mochila —anuncia—. Crevan está en la biblioteca con papá y mamá, así que puedes salir por la puerta trasera. El hombre que te trajo dejó esto para ti. —Desliza una nota en mi mano—. No la pierdas, Celestine, dijo que quería ayudarte, que conoce gente que puede ayudarte. Búscalos, ¿lo harás? Prométeme que lo buscarás, solo entonces sabré que estarás bien. —Se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano, pero siguen brotando incontenibles de sus ojos—. Mi valiente hermana pequeña. Te he echado mucho de menos. Te echaré de menos.

Mi mente se desboca con todo lo que acaba de decirme. ¿Debo escapar? ¿Debo abandonar a mi familia para protegerla? Crevan sabe que existe una grabación de la sexta marca y cree que obra en mi poder. Sabe que obra en mi poder. Pero no tengo ni idea de dónde puede estar y él no se lo creerá aunque se lo jure, no se rendirá hasta que la encuentre. He de ponerme a salvo hasta que decida cuál será mi próximo movimiento.

—El toque de queda —digo.

—Son más de las once y Mary May ya ha estado aquí para controlarte. Si papá y mamá consiguen mantener a raya a Crevan, tienes hasta mañana por la mañana antes de que alguien descubra tu ausencia. Te quiero, Celestine —musita, sorbiendo por la nariz—. Lamento mucho todo lo que ha pasado entre nosotras.

Intento dirigirme hacia la puerta, no quiero oír eso ahora. Pero ella me alcanza y me sujeta por el brazo.

—Escúchame, por favor. Necesito explicártelo, necesito que sepas lo que ha pasado.

Me vuelvo lentamente, preparada para escuchar lo peor, preparada para escuchar lo que hay entre Art y ella, para que se confirmen mis peores temores.

—Entre Art y yo no ha pasado nada —asegura entre sollozos—. Contactó conmigo para pedirme que le echase una mano, necesitaba que alguien lo ayudara a esconderse en los cobertizos, que le llevara comida. No quería que te enterases por miedo a causarte algún problema. Sabía que su padre no dudaría en hacerte daño con tal de descubrir dónde estaba, y sabía que te tenían vigilada. Me hizo prometerle que no te diría nada, pero hubo días, Celestine, te lo juro, que estuve a punto de contártelo todo. Y sé que debería haberlo hecho. Pasaba casi todo el día encerrado en la parcela de los Tinder, y por la noche nos veíamos para hablar de ti, de lo mucho que lamentábamos no haberte apoyado. El remordimiento nos consumía. Él era el único que podía comprender cómo me sentía. Eso fue todo, de verdad. Solo intentaba ayudarlo, mantenerlo a salvo para ti. Lo siento mucho.

Suspiro de alivio al escuchar que no ha habido nada entre ellos, que lo único que intentaban era protegerme, aunque pareciera que me traicionaban. Nos abrazamos como si fuese la última vez que podremos hacerlo.

—Siempre he tenido celos de ti, siempre —prosigue—. Eras tan perfecta... Siempre hacías lo adecuado, siempre decías lo adecuado. Le gustabas a todo el mundo. Tenía celos de tu perfección, y ahora tengo celos de que seas una imperfecta. Debería haber sido yo la que hiciera lo que tú hiciste en el autobús, pero cuando llegó el momento no fui lo bastante valiente. Lo siento mucho.

—No puedes culparte por lo que pasó en el autobús —digo. Y lo pienso en serio—. Nada de todo esto es culpa tuya, nunca te pedí que me salvaras. Los tres podríamos habernos encontrado en la misma situación en la que yo me encuentro ahora. No hiciste nada malo.

No quiero profundizar en el tema de Art, necesito tiempo para encontrar las palabras adecuadas.

—No —me interrumpe—. Me acobardé. Lo revivo todos los días, segundo a segundo. Tendría que haberte respaldado en el autobús. —Se enjuga las mejillas con aire desafiante. Mi pequeña soldadita—. Pero ahora haré lo correcto. Seré valiente. Tienes que escapar, o Crevan te llevará quién sabe dónde.

—Gracias —susurro, tomando sus manos entre las mías—. ¿Sabes cómo se llama el hombre que me trajo?

—Carrick Vane.

Sonrío. No lo imaginé, no fue un sueño.

—¿Significa algo para ti? —pregunta.

Asiento, y recuerdo la sensación que me produjo tocar la cicatriz de su pecho, recuerdo su nuez de Adán junto a la punta de mi nariz mientras me alejaba del peligro.

—¿Lo buscarás?

—Sí —admito llena de confianza, sin pensar que voy a alejarme de mi familia, que me adentraré sola en lo desconocido.

Pienso en la frase de Pólya que citó el profesor Lambert acerca de que si no podemos resolver un problema, siempre habrá otro más sencillo que sí lograremos resolver. «Búscalos y encuéntralos», me dijo. No puedo acabar con Crevan yo sola, pero encontraré a Carrick Vane y él me ayudará a conseguirlo. Es lo único que importa ahora.

Bajo las escaleras de puntillas, tan silenciosamente como puedo, sabiendo que un falso movimiento puede significar mi fin. Una vez en la planta baja, oigo perfectamente a Crevan y a papá gritar a voz en cuello. Tengo el impulso de entrar en la biblioteca y detener a papá, temo que sea el siguiente en ponerse a tiro de Crevan por defenderme, pero sé que no puedo, no le ayudaría en nada. La única forma de terminar con esto es exponer ante el mundo las manipulaciones de Crevan.

—Vete, escapa —me urge Juniper, sin dejar de empujarme.

Contemplo la puerta de la biblioteca incapaz de moverme, de abandonar a papá y a mamá en esta situación. Si me voy, serán castigados, acusados de ayudarme. Si me quedo y me entrego, ellos estarán a salvo, pero yo...

La puerta se abre de repente y Juniper me coge de la mano, incapaz como yo de moverse. Todo ha terminado.

En vez de Crevan es mamá la que aparece, pálida pero furiosa. Tiene un corte de pelo nuevo. Se lo ha rapado casi al cero en un lado de la cabeza, manteniendo el otro igual que antes, con largos y hermosos rizos. Parece una guerrera. Me ve con la mochila, a punto de irme, y cierra la puerta de la biblioteca tras ella. Sé que no dejará que me marche y tendré que convencerla. Me rodea con sus brazos, me cubre de besos y susurra a mi oído una palabra que despeja todas mis dudas y, al mismo tiempo, me pone los pelos de punta:

—Corre...

Las lágrimas casi me ciegan, pero me aparto de ella sintiéndome desgarrada por dentro, deshecha, y salgo al jardín trasero. Trepo a lo alto de la valla y salto al otro lado. Agachada, corro por el callejón que separa las casas hacia el sendero que me llevará a las colinas y a la cumbre oculta a la vista de las casas.

De repente aparece un coche y se lanza contra mí. Me quedo inmóvil, deslumbrada. No estoy segura de si parará o no, y a causa de los faros no puedo ver quién conduce. Tengo miedo de que quiera atropellarme. No reconozco el coche, pero a primera vista parece nuevo y caro. Se detiene a pocos centímetros de mí. Las luces son tan potentes que sigo sin ver quién está al volante. Decido dar media vuelta y correr, pero soy consciente de que en esa dirección se encuentra Crevan. Estaba tan cerca del sendero que me habría llevado hasta la libertad, el sendero que solía recorrer para ver a Art en la Cumbre, cuando la vida era más fácil, más simple...

La puerta del conductor se abre y la jueza Sanchez sale del coche. Mi corazón se acelera.

—Una noche estupenda para escapar, señorita North —dice con sangre fría.

—¿Qué quiere?

—Quiero lo que tú quieras —responde—. Tenemos algo en común.

—Lo dudo —digo amargamente.

—Las dos queremos hundir a Crevan.

Me sorprendo por esa afirmación, aunque, por supuesto, no debería. Aproveché mi caso para debilitar la posición de Crevan, me utilizó para conseguirlo.

—He oído que tienes algo que podría beneficiarnos a ambas, algo que lo ha puesto terriblemente nervioso y que le ha hecho enviar grupos de soplones a todas partes. No sé lo que es, pero supongo que tú podrás decírmelo.

—¿Qué le hace pensar que confiaré en usted?

Siento pánico. Necesito alejarme de aquí, necesito escapar. Mi familia no podrá impedir por mucho tiempo más que Crevan registre la casa en mi busca, y si es cierto que me acusan de ser responsable de lo ocurrido en casa de Alfa y del motín del supermercado, tanto los soplones como la policía se lanzarán contra mí. Espero que la policía me encuentre primero, pero Crevan no dejará que escape de sus garras tan fácilmente.

—Puedes confiar en mí. Pienso dejar que huyas —dice, lo que me deja totalmente confusa—. En manos de Crevan no me sirves de mucho, y veo cuánto daño puedes provocar estando libre. Lo has alterado de verdad y está cometiendo más errores de lo habitual. ¿Sabes lo que tienes contra él? —pregunta, y por su tono presiento que no saberlo la está matando.

Vacilo por un instante, pero termino asintiendo.

Ella esboza una pequeña y astuta sonrisa.

—¿Quién habría pensado que serías tú? —Me mira de arriba abajo—. Creo en el Tribunal, ¿sabes? Creo en una investigación pública que esclarezca los asuntos de importancia pública, pero no en la forma que se está utilizando ahora. —Me mira fijamente a los ojos—. Intenté ayudarte en la corte, Celestine. Debiste aceptar una sentencia de cárcel. ¿Te gustó el pequeño espectáculo que organicé para ti en el castillo? Creí que presenciar cómo se marcaba a alguien te asustaría lo suficiente para que confesaras haber ayudado a un imperfecto.

Así que fue ella quien se encargó de que Tina estuviese ocupada para que Funar nos obligara a Carrick y a mí a sentarnos junto a la Cámara de Marca.

—Si me ayudas —prosigue—, puedo hacer algo con esa cinta que estás obligada a llevar en el brazo. —Mete su enguantada mano en un bolsillo y la saca con una tarjeta—. Dejaré que escapes, Celestine, pero cuando te sientas preparada, contacta conmigo y podremos ayudarnos mutuamente.

Es demasiado bueno para ser verdad, pienso, y tiendo la mano lentamente hacia la tarjeta. Me detengo a un par de centímetros dudando, esperando que alguien salte de entre la maleza y me arreste, pero no aparece nadie. Cojo la tarjeta y me alejo deprisa. Ella se queda unos segundos mirádome antes de entrar en el coche. Enciende el motor y pone la marcha atrás. Y sigo el consejo de mi madre.

Corro.

Agradecimientos

En el verano de 2014, tras escribir una novela por año durante los últimos doce, acababa de terminar *El año en que te conocí* y me preparaba mentalmente para acometer mi siguiente novela, *Memorias de cristal*, cuando la idea para *Imperfectos* me asaltó y ya no me abandonó. Celestine North llegó a mi vida y tenía una historia que contar. Jamás había experimentado semejante chorro de adrenalina, jamás había escrito hasta tal punto con el corazón en un puño, con mano tan temblorosa, y jamás había escrito una novela tan rápidamente. Tenía que librarme de esa historia, ponerla por escrito, quisiera leerla la gente o no. Al cabo de seis semanas, había finalizado *Imperfectos*. Por eso quiero agradecer a quienes me animaron: a David, Robin y Sonny por vuestro amor, paciencia y apoyo mientras la escribía. También a ti, mamá, a ti, papá, a Georgina y Nicky por vuestro aliento. Gracias, Marianne Gunn O'Connor y Vicki Satlow, por vuestros consejos y creer que la de *Imperfectos* era una historia que merecía ser compartida. Gracias, Dave O'Callaghan por escucharme y leer el primer borrador y aun así animarme a continuar.

Ese primer borrador fue escrito en seis semanas, pero, inevitablemente, requirió mucho más tiempo de trabajo. La historia no sería lo que es sin los consejos, las agudas observaciones y el apoyo de Nick Lake. Tus contribuciones hicieron que la historia alcanzara un nuevo nivel. Gracias también al equipo de HarperCollins por su respaldo.

Escribí esta historia con rabia, con amor, con pasión. Cada palabra y cada sentimiento surgieron del corazón. Si contiene, como espero, algún mensaje, es este: nadie es perfecto. No debemos pretender que lo somos. No debemos temer si no lo somos. No debemos etiquetar a los otros y creer que no somos como ellos. Debemos comprender que todo ser humano es un ser imperfecto, y aprender de cada error para no volver a cometerlo.